



Imprenta Nacional
Editorial Digital

Cuentos de Magón

MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN

CR863.4

M211c Magón, seud.

Cuentos de Magón [recurso electrónico] / Manuel González Zeledón. – 1ª. ed. – San José : Imprenta Nacional, 2012

1 recurso en línea (227 p.) : pdf ; 4336 Kb

ISBN 978-9977-58-364-8

1. CUENTOS COSTARRICENSES.

I. Título.

DGB/PT 12-89

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional
Editorial Digital

CUENTOS DE MAGÓN
-MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN-

EDITORIAL DIGITAL
www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

CUENTOS DE MAGÓN

NOCHEBUENA

*Vámonos pastores;
vamos a Belén,
a ver a la Virgen
y al Niño también.*

Corría para mí el dichoso año de 1872. Libre de las faenas escolares, en plenas vacaciones, pasados los sustos y angustias de los exámenes, despedido ya de los queridos profesores don Manuel; don Adolfo y don, Ángel Romero, don Amadeo Madriz y mi tío don Alejandro González, frescos aún en mi memoria sus últimos consejos y en mi cuerpo sus últimos reglazos y coscorriones, me disponía a, gozar con todas mis fuerzas de los veinte o treinta días de libertad relativa, dando de mano al Cinelli, al Herranz y Quirós, a la Aritmética de “don Joaquín”, a los carteles y a las planas rayadas en cuarta.

Sonaba una noche con mi trompo de guayacán con puyón de tope, obra maestra de ñor Santiago Muñoz, y lo veía triunfante, roncando desdeñoso entre un montón de monas por él destrozadas, esparcidas las canelas, abolladas las cabezas de tachuela de tanto y tanto tataretas que con él habían osado medirse en sin igual mancha brava. ¿Qué eran para él sino objetos de desprecio: la mona de cacho de Narciso Blanco, el obispo de cocobola del Cholo Parra y el pasarraya de Arnoldo Lang?

Después entraba el bolero, orondo como cura de parroquia grande, con su casquillo de cápsula de revólver y su cazoleta ancha y honda como la pila de la Plaza. Y echaba docenas con los mejores jugadores y los dejaba avergonzados: una una, una dos, una tres, una cien, y destorcía el cordel con aire magistral y seguían los millares de revueltas hasta caer el brazo desfallecido y dejar rojos como tomates a todos los contrincantes, como el Sapo Gutiérrez, Isaac Zúñiga y toda esa pléyade de valientes campeones.

El bolero se esfumaba en el rasado horizonte y aparecía el barrilete colosal, más grande que mi padre, de varillas de cedro labradas por la diestra mano del maestro Moris, con sus frenillos de cabuya torcida y encerada, con su forro de lienzo de a real, de donde don Pepe, sus flecos de vara y media de coletilla azul y roja y con un rabo de buen mecate entrelazado con muestras de zarazas de brillantes colores. ¡Y qué cuerda! De más de tres cuadras, toda encerada a mano por Nácar, el

rey de los zapateros, con chuste legítimo de maría seca; y ya estábamos en la boca de La Sabana, adonde había llegado en triunfo el barrilete, escoltado por los primos y amigos íntimas como guardia de honor y más de cien chiquillos como espectadores; y Chepe me lo echaba y Abraham le quitaba los colazos y Félix le metía correos y Tobías le echaba engaños; y todos aplaudían y me envidiaban, porque yo era el dueño y señor, yo tenía el ovillo en la mano y la cuerda arrollada en la cintura. De repente el viento, reforzaba su violencia, el barrilete impelido por el huracán daba grandes cabezadas y ¡zás! la cuerda se reventaba y toda la máquina, hecha un remolino, caía por allá por los cafetales de Pío Castro. El susto me despertaba del sabroso sueño y todavía, sudoroso y convulso, abría de par en par los ojos a la claridad suave de la mañana, un veinticuatro de diciembre.

Hería mis pupilas con inusitado reflejo el abigarrado color del vestido que sobre un baúl de cuero me esperaba al lado de la cama. Componíalo una chaquetilla ajustada a usanza mujeril, de color verde esmeralda, con botones de hueso, un pantalón corto y ancho de color anaranjado con franjas azules, un birrete de coletilla amarilla con hermosa pluma de gallo, un par de medias maternas, rayadas de azul y blanco, una caña brava, con flores de trapo y campanillas de cobre en la punta superior, a modo de cayado, una zalea de color de ladrillo que me prestaba don Pedro Zúñiga y un par de zapatos amarillos de “talpetao” con correaje ídem. Era mi equipo de pastor, mi uniforme de gala, con el que debía recorrer desde las cuatro de la tarde hasta medianoche, cantando y bailando, todos los portales importantes de la capital, en unión de veinte compañeros, muchachos y muchachas, ensayados y dirigidos por el bondadoso e inolvidable don Marcelo Zúñiga.

Esperar a que pueda describir el cúmulo de emociones que la vista de este traje despertaba en mi alma de siete años; querer enumerar las cien mil peripecias que su adquisición me costaba y los pleitos, promesas, lágrimas y propósitos de enmienda que habían servido de peldaños para escalar el deseado puesto de pastor, sería obra de nunca acabar, así como el Teatro Nacional o el Ferrocarril al Pacífico. Pero estaba al alcance de mi mano, era mío propio, hecho, casi todo a mi medida, por Ramoncita Muñoz y la niña Gertrudis, para mí entonces las más aventajadas modistas que blandían tijera. Sí, era mío; en el forro del birrete se leía con grandes caracteres mi nombre con el estribillo de “Si este gorro se perdiera, como suele acontecer, etc.”. Era muy mío, como mi alma, como mis años, como mi niñez.

Llegaban por fin las cuatro de la tarde, las que me hallaban armado de punta en blanco con mi caña y mi ramo de flores de pastora.

—Callate demontre, me decía mi madre, si seguís atarantando con esa campanilla no vas a los pastores, te quito el vestido.

—Ya despertó a Marcelina, decía mi abuelita; ese mocoso es insoportable. ¡Dejá esa maldita caña, muchacho!

—Que los llama don Marcelo— gritaba Aquileo desde la puerta, ataviado de pastor, con las medias caídas y las faldas de fuera.

—Y corran porque ya nos vamos, ya llegaron los músicos— decía Alejandro Cardona, blandiendo su caña encintada y su gorra de pana (porque era de los ricos).

Corríamos en tropel, saltando de gozo, a formar en la ancha acera, de la casa de don Marcelo. Allí estaban José, Chico y Ricardo Zúñiga Valverde, Isaac y Abraham Zúñiga Castro, Alejandro y Jenaro Cardona, Félix y Aquileo Echeverría, Chepe y yo, cada uno con su compañera: las Gargollo, las Zúñigas, las Cardona, las Aguilar, todas preciosas, llenas de vida, con la alegría en los ojos y la dicha en los corazones.

Rompía la música en acordes formados por notas de cristal, con armonías de arroyo murmurador, entre el campanileo de los cayados y las voces argentinas de los pastores cantando villancicos de sin igual ternura, expresión sencilla de cariño infantil hacia el Niño Dios y a su preciosa y adorada madre la Virgen María.

Así recorriamos uno a uno los portales olorosos a piñuela y cohombro, albahaca y piña, con sus racimos de limas y naranjas, pejibayes y coyoles, con sus encerados figurando montañas, y sus vidrios representando tranquilos lagos, con sus entierros, procesiones, carretas, degollación de inocentes, escenas populares, críticas de costumbres, lluvias de hilos de plata, luna y sal de cartón dorado y cercas de piedra y barro de olla. Y allá en el hueco de una roca, con huevas de algodón salpicado de talco, sobre un montón de pajitas en forma de nido de gorrones, el Niño Jesús, el Hombre-Dios, desnudo y con los bracitos al aire y en actitud juguetona, con aureola de risa y majestad de rey; ese precioso conjunto de gracias y de martirios con que la imaginación del hombre ha personificado a su Salvador.

Todo respiraba satisfacción, alegría, infancia; todo llenaba el alma de dulcísimas emociones, que revoloteaban rápidas y brillantes como doradas mariposas.

Y luego la espumosa chicha y el picante chinchibí y los ricos tamales y el jolgorio y el bailoteo y los cantos y los triquitraques en el portal de Chanita, con su Paso de Guatemala y sus indios de Guatemala y sus molinos y sus culebras y su amable sonrisa y su contento sin rival, su exquisita finura y su mistela de cominillo y perfecto amor.

Bendito mil veces el recuerdo querido de aquellos años felices, bendito el que dijo por primera vez:

*Vámonos pastores
vamos a Belén,
a ver a la Virgen
y al Niño también.*

LA PATRIA, 24 de diciembre de 1895

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

UN BAÑO EN LA PRESA

Crucé en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma Cacheda, con dirección a la Plaza Principal, llegué a la tienda de don Maurilio, torcí a la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir a Baltasar, en “La Esperanza” de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Íbamos a la Escuela de don Adolfo Romero, una mañana del mes de marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de cotín azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde “Lescoviche”, y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo el brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi bulto, hecho de un cartón de tijeras, primoroso obsequio de don Teodorico Quirós. Contenía ese bulto una pizarra, un cuadernillo de papel de “venao”, un casquillo de puerco espín, una regla de cedro, mi trompo, un mango verde y una botella de agua dulce con limón, tapada con un olote.

Los mejores propósitos me llevaban a esa hora a mis cotidianas lecciones; pellizcaba de cuando en cuando la cáscara del mango y me saboreaba en mascarme una de lima que en la bolsa del calzón me había encontrado; repasaba los nudos del cordel de mi trompo y le emparejaba con los dientes las canelas y secos que me le habían inferido en la mancha brava de la víspera, en el altozano de la Catedral.

De repente me siento cogido por la espalda, con un par de manos olorosas a zumo de naranja encima de los ojos, y una voz vibrante y juvenil que me grita:

—¡Manuelillo, huyámonos de la escuela y vamos a bañarnos a La Presa! Va con nosotros Toño Arguedas, los Pinto y el Cholo Parra.

El que me llamaba con tanta zalamería era mi amigo íntimo, mi compañero inseparable, mi siempre admirado negro, Alejandro González Soto, el que hoy duerme el sueño eterno en el fondo del océano, digna tumba de tan digno carácter.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Vacilé un instante, el deber me llamaba a la escuela, veía pasar por delante de mis ojos, amenazadoras y terribles, las riendas que mi padre usaba como instrumento de castigo, veía las lágrimas surcar silenciosas por las pálidas mejillas de mi madre y oía la voz de mi hermana Marcelina, que decía: “No le pegue más, papito, no le pegue más”. Hice un débil esfuerzo para alejar aquellas visiones importunas y, como el acero sigue al imán, me sentí arrastrado por el placer de la escapatoria y el baño, y contesté:

—Bueno, vamos, pero cuidado nos cavilosean.

Todos deshicimos parte del camino recorrido y, a saltos y brincos, llegamos a La Presa, el lugar en donde hoy se encuentran los lavaderos públicos, en las orillas del río Torres, camino del Balletero.

Como cincuenta varas antes de desembocar a la plazoleta que daba frente al remanso, ya la mayor parte de nosotros no tenía puestos más que los calzones: todo el resto del vestido colgaba ya en apretado motete debajo del brazo. Era cuestión de alta nombradía lograr echarse al agua el primero. Ese puesto no se le podía arrebatarse al Cholo Parra, que no usaba zapatos y casi no gastaba camisa ni chaqueta; para él quitarse los calzones y la camiseta de manta era la obra de persignarse un cura loco, y apenas si podíamos oír el chasquido del agua al caer el pesado cuerpo cobrizo del Cholo, al principiar nosotros a soltar la faja de los calzones.

El Cholo, Toño y los Pinto eran insignes nadadores, se tiraban de la Punta del Cascajo y, después de estar consumidos largo rato, braceaban airosos hasta el Castillo, del que tomaban posesión a los pocos minutos.

Alejandro y Chepe no alcanzaban puntos tan altos, aunque sí aguantaban mucho de consumida y nadaban de “a lao” y de espaldas. Si no me equivoco, Alejandro sabía dar el zapatazo y ya casi hacía el candelero, pero este último ejercicio sólo recuerdo exactamente habérselo visto hacer a Parra con una perfección envidiable.

Yo era, además de mal nadador, sumamente pusilánime, y era para mí obra de mérito cuando me tiraba del Cascajillo y con “nadao” de perro llegaba, ahogándome, a la Pocilla de los chiquillos, con un pie en el fondo y el agua a la cintura; pero me daba aires, tenía mi cáñamo amarrado a la barriga como el Cholo y sacudía desdeñoso la cabeza para quedar peinado con un golpe de agua, como coyol “chupao”.

Todos los compañeros estaban ya en el agua; sólo yo estaba tiritando, sentado a la orilla del Cascajo, contemplando envidioso los graciosos movimientos de los nadadores, sin atreverme a echarme al río, cuya temperatura había tanteado metiendo la pierna hasta la rodilla.

—¿Idiái, no t’echás?— me gritó Alejandro.

—Echémolos al Cascajo— vociferó Toño, al mismo tiempo que Jenaro Pinto me zampaba en el pecho una pelota de barro.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Atemorizado, convulso, lloroso, corrí a ampararme al lado de una lavandera que estaba metida hasta la pantorrilla en un ojo de agua lleno de cabezones y ranas verdes, y tal era mi congoja que no veía por donde pisaba, resbalé en una laja y caí entre la batea de la pobre vieja, emporcándole la ropa de segundo ojo y un fustán engomado, que parecía un globo ensartado en una mata de güízaro llena de manchas de jabón. La vieja me cubrió de insultos y nalgadas y me acertó un mojicón en un ojo que me hizo ver candelillas.

Del pozo me sacaron entre Alejandro y Toño y en medio de una algazara de once mil diablos, sordos a mis gritos y patadas, me lanzaron a medio río, en donde me di un panzazo que me dejó colorado como un tomate todo el vientre y parte de la rabadilla.

Me ahogaba, tragaba agua a borbollones, estaba perdido, la vivísima luz del día llegaba amarillenta a mi pupila buena al través de las fangosas aguas, y mis esfuerzos eran impotentes para salvarme. Sentí que me agarraban de una mano, que me tiraban fuertemente y por fin la luz hirió mi vista con inusitado brillo, con fulgor indescriptible. Eché a llorar en medio de las carcajadas de los compañeros y me encaminé mustio y cabizbajo, como perro regañado, al lugar en donde me había desvestido. Soplaban un viento fuerte que me acalabraba; fui a ponerme los calzones y no pude: me les habían echado biscocho; a la camisa y a la blusa les había pasado otro tanto; cada nudo de aquéllos, apretado por las robustas manos del Cholo Parra, era una bola de billar indestructible. Por fin, a fuerza de dedos y dientes y uno que otro rasgonazo, logré deshacer el daño y vestirme. ¡Nuevo tormento! Se habían llevado el bulto los de la Banda Chiquilla, Jenaro Pinto se había comido mi mango y Ernesto se había bebido mi agua de dulce con limón, y todos huyendo me habían dejado solo.

Lloré largo rato, me encaminé a casa con un miedo horrible, llegué cuando principiaban a servir la comida, oí la voz de mi padre que preguntaba airado por sus riendas, y caí en el quicio de la puerta, víctima de un desmayo.

Todo había sido un sueño, pero un sueño horroroso, tan horroroso y tan... que... vaya, pues lo digo. No baste saber que todo ese día el colchón de mi cama, tendido sobre dos taburetes, recibió los ardientes rayos del sol.

LA PATRIA, 12 de enero de 1896

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

UN DIA DE MERCADO EN LA PLAZA PRINCIPAL

Yo vivía en la casa de mi abuela doña Chanita Castro, establecimiento “El Toro”, esquina opuesta a la del Seminario, junto a la fábrica de hielo de Chaves y taller de Ricardo Méndez. Desde muy temprano oía, al través de la anchísima pared de adobes, el constante rodar de innumerables carretas por el empedrado desigual de la calle, y el rumor más o menos sordo me hacía inferir el contenido.

—Seguro que esa cal es de Indalecio Fallas.

—Y esa otra es leña, y ése que acaba de parar en raya el chirca enfrente de la pulpería, es Juan Ureña: oílo pidiendo su trago.

Ya en la pulpería, abierta desde las cuatro de la mañana, se oía el murmullo de las conversaciones de los parroquianos.

—¡Buenos días, Pedro!

—Buenos se los dé Dios, Ureña.

—Écheme unos tragos pa mí y pa los muchachos.

¡Arrímense a espantar el diablo!

—¿Qué tomás, Indalez?

—Pa mí un isná con gotas.

—Pa mí cususa.

—Pa mí un mistao.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Se oía el rastrilleo de los caites de los “muchachos”, el golpe seco del eslabón y los pasos de los que, ya con el diablo “espantao”, volvían a su faena de “bueyeros”.

Pronto, el paso “picao” largo, de un macho “mosquiao” denunciaba la presencia de don Mariano Monge. Paraba en la pulpería, entraba haciendo resonar las rosetas de las espuelas, tomaba un ron de a diez, sacaba del pecho de su algodón de jerga su buen bolsillo de seda repleto de cuartas y plata blanca, pagaba y se volvía a montar en su “mosquiao”, con más aires que Roldán y más plata que el Gobierno. Ya en la esquina, volvía el macho y con aire altanero preguntaba:

—¿Se debe algo?

—No señor, está pago— decía Pedro.

Y don Mariano se alejaba.

A las seis de la mañana, ya estaba yo bebiéndome mi bebida y preparando los sacos y canastos para ir con Chanita a comprar el diario.

—No te se olvide el saco pa la verdura, y cuidao con andarte perdiendo; ¡ya sabés que compramos en el canasto y vas echando en el saco que dejás onde don Pepe!

—Mamitica —decía mi madre— me compra las moras y el almidón de Cartago, y si hay pacayas, tráigale un diez a Joaquín.

—Y a mí un cinco de coyolitos para comer con dulce.

—Y vea que el dulce sea del fino de ñor José María Rivera; el del otro sábado estaba revenido.

—¿A cómo estarán hoy los frijoles de Santa Ana?

—¡Sepa Judas! Si se está uno comiendo materialmente la plata; hoy hace ocho no rebajaban de quince el cuartillo; eso y los güevos, qu'están a cuatro por medio, va'ber que dejar de comerlos.

La cocinera, consejero nato de mi casa, era consultada previamente acerca de la especie, calidad y cantidad de los víveres; y ella, con sus “naüillas” de zaraza de color indefinible, su camisa de gola y su pañuelo de rabo de gallo en el pescuezo, contestaba con tono magistral, a la vez que se pasaba por las narices y los lagrimales una de las puntas del pañuelo de hombros:

—Pos yo conozco los ayotes pejibaye de pellejillo con sólo enterrales la uña y que sean bien esparramados, los di'onde ña Custodia Cordero son como buenos.

—Y si ve a Concho el de mana Menegilda, mércuele los tacacos, que son sin estopa, y hora que digo estopa, no se li'olvide trerse achote del de tusa y el librillo pal mais.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Tras de ése seguían mil encargos; Chanita cogía una sombrilla y su pañolón, yo la canasta y los sacos, y ambos emprendíamos la marcha hacia la Plaza Principal, hoy Parque Central. Todavía en la acera de las niñas Freer nos alcanzaba dando grandes voces la chichigua de Marcelina para decirle algunas palabras a Chanita, de las que a mi oído apenas si llegaban las de tripa..., bitoque... y otras de las que nada sacaba en claro.

La Plaza Principal, con su baranda de hierro, sus hermosos higuerones e higuitos y su pila monumental, únicos testigos mudos de aquellas escenas, era el lugar de mercado a donde acudían los vendedores y compradores, unos en espera de la módica ganancia, los otros en busca del pan nuestro de cada semana.

Las calles circunvecinas estaban cubiertas de truchas, amazones de madera y techo de manta, tiendas ambulantes, unas de ropa hecha, otras de artefactos de hojalatería, otras de tiliches y en fin, otras de santos o cromos de carácter puramente religiosos. El gran rectángulo estaba lleno, en variada confusión, de víveres, entre los que descollaban enormes montones de papas, ayotes, zapallos y repollos, grandes cueros secos en forma de batea, llenos de maíz, frijoles, espléndidos tendidos de atados de dulce oloroso a caña, e infinidad de ventecillas de vainicas, chayotes, elotes, nabos, coles, rábanos y todo el gremio de las sabrosas verduras que adornaban nuestras succulentas ollas. Las frutas eran a la vez que abundantes, de una risible baratura: mangos, limas, pejibayes, tunas, naranjas, cidras, plátanos, verdes y maduros, guineas amarillas y moradas, guineos machos, piñas, membrillos, duraznos, higos verdes, matasanos, nances, aguacates, zapotes, marañones, coyoles, y en fin, ese millón de riquísimos dones, con que la naturaleza virgen de este privilegiado rincón de la tierra ha empalagado a todas las generaciones de chiquillos.

Frente al Cuartel Principal, y dentro de la Plaza, en correcta fila estaban arrodajadas las vendedoras de melcochas, “sobao”, “güesillas”, rosquetes de Alajuela, biscocho, empanadas de chiverre, turrones, puros de iztepeque y bajeras, con sus mercancías sobre sendos canastos cubiertos con servilletas de hilo, adornadas con caballito rojo o encaje de tres puntadas. Seguían las polleras, vendedoras de huevos, gallinas, chompipes, patos y demás volátiles, después los molejoneros y por último las moreras, con sus vestidos característicos de pursiana azul con ojos blancos y sus jucós llenos de sabroso fruto.

En la banda oriental, con largos cajones a modo de bancas, su cuchillo de mesa oxidado y su reglita o medida llena de muescas, campeaban los jaboneros, entre los que figuraban muchachos de familias decentes. Recuerdo que a las doce en punto, con el cuchillo y la medida, redoblaban sobre el cajón acompañando al tambor del Cuartel y no era posible que despacharan ni una barra hasta que habían terminado su tarea de redoblantes.

Seguían a estos alegres vendedores los arroceros y negociantes de cacao, con su mochila de pita colgando del cuello, encerrada en el pecho, sus manos empolvadas y carrasposas, y siempre mascando granos del mejor Nicaragua o del Matina más colorado. Después los hojalateros con sus rallos de latas de canfín, sus jarros, sus platos con abecedario en el borde y elefante en el centro,

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

sus santos con vidrio y marco lleno de soldaduras, sus camarines cuajados de soles, estrellas y medias lunas coloradas, verdes y azules, su hornillo y sus candiles, tintero viejo de “ácido” y barra de soldadura para remiendos instantáneos.

—¿Cuánto me lleva por echármele marco a mi Señor San José?

—¿Con vidrio o sin vidrio?

—Con vidrio porque se me destiñe.

—Seis reales.

—Trato hecho; ahí se lo dejo— y vuelvo el sábado; y dígame, ¿mañana podrá cogerme una gotera de limajoya?

—No señora, eso sólo Maján o Mates.

Seguían los herreros, entre los que descollaban las figuras de Mr. Berry y el maestro Santiago Muñoz, con sus tendales llenos de armellas, hachas, bisagras, llantas, bocinas, varillas de carreta, etc., todo criollo, hechizo, con el color que les dejaba la fragua y las ralladuras de lima. Tras éstos vociferaban los chiquillos pajareros, arrimados a las gradas de la pila, con sus jaulas de tora y verolís, unas ordinarias, otras en forma de cuartel o iglesia con torrecillas, e invariablemente la caja de sardinas llena de agua herrumbrada y la guinea o la escudilla de alpiste.

—¿Cuánto pide por ese agüío?

—Treinta.

—¿Y por ese setillero?

—Se lo doy en cuarenta y cinco, porque es collarejo y cantador.

—¿Ese yigüirro es macho?

—Pues claro, hora está haciendo enredijos, y eso que está peleche.

Y cada uno salía con su viuda, su rey de picudo, su canario de costa, su mozoillo o su cacique naranjero.

Y por todas partes, atropellando viejas, regando sacos, deshaciendo montones, en medio de los denuestos de los perjudicados y las risotadas de los espectadores, con su cajón de pino a la altura del vientre, sostenido por ancha correa de vaqueta, lleno de tiliches como botones, agujas, aretes, gargantillas de perlas falsas, broches, cintas de papelillo, betún de Masón, mechas para eslabón y mil otras chucherías baratísimas, y con las manos llenas de pañuelos de a diez y rosarios de cuentas de vidrio, pasaba, saltaba, vociferando su mercancía hasta enronquecer, el gracioso tipo del tilichero, con su sombrero ensartado hasta las orejas, saliendo el mechón de pelo por al boquete de la copa y su cara de desvergüenza y su risa de superioridad altanera.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—¡Fósforos de globoooo! ¡A dos cajas por cinco!

—Negrita, cómpreme esta gargantilla de ámbar legítimo de Mompelas y este par de aretes de dublé fino que nunca se ponen negros.

—Este chato si le va a comprar a ña María el rosario bendito por el Nuncio de Lima, con cuentas de madera del Huerto de los Olivos. En seis reales le vendí uno a Bupedra y a usted se lo doy en cuatro.

—No friegue; écheme acá una mecha pa eslabón y no me jorobe más, pero que sea de las que echan buena yesca y se les saca cola de a jeme.

Y todos estos cuadros vivos, llenos de sangre joven y aliento de atleta, de sabor de tierra virgen y perfume de honradez y virtudes, pasaban en medio de una alharaca espantosa como el bramido del océano, bajo los ardientes rayos de un sol de trópico, precursor de lluvia torrencial y teniendo como techo el azul purísimo de ese cielo que nos cobija y que es nuestro orgullo, nuestra tarjeta de bienvenida, nuestro blasón nobiliario.

Pues bien, a ese mare mágnun entrábamos Chanita y yo, ella a comprar el diario, yo a cargármelo.

—¿Cuánto dijeron de güevos?

—Dos reales; un diez de yucas, veinte de vainicas, y el diez de pacayas.

—Andá compráte las vainicas; aquí te espero, y si no me hallás aquí, las echás al saco y te me juntás en la venta de cacao de ñor Bejarano. Mirá que no te las den con hebra y que no sean de las de palo; son a cuatro rollos.

Mi abuela me daba la plata y yo, relativamente libre, despachaba la compra y con un diez que unas veces me daba doña Bárbara Bonilla, otras don Aquileo Echeverría y otras papá, compraba seis manos (30 granos) de cacao Nicaragua escogido, y con esa moneda de cuño antiguo y que hoy ya no circula, cambalachaba por melcochas, “güesillas”, mangos y limas, me echaba al colete mi buen jarro de chinchibí de donde don Matías Valverde y conseguía un par de docenas de jaboncillos, que iban a parar junto con las frutas compradas y cachadas, al seno, a esa bolsa sin fin de los muchachos de mi tiempo.

Concluida la compra del diario y repleto ya el gran saco de brin que servía de depósito, la canasta atestada de huevos y mantequilla lavada e higos para hacer dulce, el par de súr tubas y el palmito arrimados al saco y el manojo de cebollas de San Juan coronando el nutritivo altar, principiaba el para mí difícilísimo trabajo de la carga.

—Ñor José, écheme por vida suyita, este saco al hombro.

—¿A cuál carga usted?

—A1 izquierdo.

El enorme saco, pesando sobre el delicado hueso de la clavícula, me hacía zanja con los bordes de unas condenadas tapas de dulce, a pesar del colchón que los frijoles trataban de interponer: agarraba la boca del saco con la mano izquierda, me metía el canasto hasta la sangradera del derecho, cuyo sobaco oprimía ya las súr tubas y el palmito, y agarraba con la mano el rollo de cebollas. El chonete me servía de tapojo y tras de cuatro o cinco pujidos, lograba echarme a andar por la mal enladrillada acera, camino de mi casa, que estaba a dos cuadras de distancia.

De repente algún caritativo pasajero me gritaba:

—¡Chiquito, se le van regando las alverjas!

A aquella voz de alarma volvía todo el cuerpo para poder contemplar el daño; me arrimaba a la pared para equilibrarme; las súr tubas y el palmito se escurrían de debajo del brazo y al hacer un movimiento brusco para sujetarlas, el saco se me iba a la espalda, me maltrataba horrorosamente los nudillos del espinazo; la muñeca izquierda, ya acalambrada, cedía al dolor de la torción violenta, y con estrépito que a mi acongojada imaginación parecía el del juicio final, el enorme saco se venía al suelo, esparciendo su contenido en media calle, yendo a parar el ayote de pellejillo al caño sucio y quebrándose en mil pedazos un “atao” de dulce y unos cuantos huevos de la canasta.

Con la cara corno un chile, cubierta de sudor y nublada la vista por enormes lagrimones y las narices chorreando candelas, me ponía a juntar los víveres desertores y a acomodarlos en el maldito saco, haciendo inventario de las pérdidas irreparables y de los heridos menos graves. Un zapallo estaba inútil, los rabos de las cebollas llenos de barro, una tapa de dulce había hecho blando nido en una boñiga y las yemas y claras de media docena de huevos salpicaban todo el embaldosado y parte de la pared.

Por fin, previo un nuevo auxilio de un ñor José y algunas precauciones, lograba seguir mi calvario; pero mi contento de verme tan cercano al fin de la jornada, ya en la esquina de ñor Juan de Jesús Jiménez, en frente de mi casa, se desvanecía dando lugar a la mayor angustia. Cleto Herrera, Tatono Bolandi, Abraham Zúñiga y otros más que a mí me parecían miles de forajidos, despreciando mis gritos y mis injurias y aprovechando mi estado de indefensión absoluta, me sacaban las faldas de la camisa, y mis mangos, mis melcochas, mis “güesillas”, mis limas y mis dos docenas de jaboncillos rodaban a mis pies y eran presa de aquellos salteadores, que a mi vista y paciencia se los tragaban, riéndose de mi copioso sudor y llanto. Y no era eso lo peor, sino que, con la violencia, me habían saltado el botón de los calzones, único sostén de esa adorable prenda, y al dar yo el primer paso hacia mi casa, se me escurrían y se me escurrían hasta dejarme casi atadas las pantorrillas, en cuya vergonzosa y triste figura me acercaba a la puerta de mi hogar paterno.

—¡Cójame el diario, que no puedo subir la grada porque traigo caídos los calzones! ¡Cój...!
¡Cójame estoos!

A mis gritos acudía la familia toda, me descargaban y previo un par de puntapiés por sinvergüenza, me hacían entrar de las orejas.

—Aquí falta una tapa de dulce y un zapallo, decía mi abuela.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—Fue que...

—¡Silencio! ¡Ya viene con sus mentiras! Ahora, en castigo, en cuanto almuerce, mete esa carretada de leña.

No había apelación: estaba convicto, confeso y sentenciado. Pensaba un rato en las injusticias de la vida. Almorzaba con apetito voraz y, metida la leña, llenos de raspones y cáscaras las orejas y el pescuezo, echaba un sueño de ángel, feliz en el regazo de mi madre.

LA PATRIA, 19 de enero de 1896

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

UN ALMUERZO CAMPESTRE

Bueno, entonces te espero sin falta a las seis y media de la mañana en la Caballeriza del Norte.
¿Tenés bestia?

—No, pero consigo con don Aquileo un caballo y tal vez me preste montura. ¿Qué debo llevar?

—Lleváte una caja de sardinas, media libra de salchichón y una media docena de huevos duros. No te se olvide algo de beber.

Mi interlocutor y yo nos separamos y yo me fui a conseguir bestia, montura y provisiones. Se trataba de un paseo al campo con almuerzo frío, en las orillas del Torres, camino de Puntarenas, cerca de La Uruca. No hay para qué agregar que ella iba con su familia en carreta y que yo no debía faltar so pena de perder novia y soportar el ridículo ante mis compañeros.

Me fui donde don Aquileo; le expuse mi compromiso y la necesidad ineludible de que me prestara un caballo y una montura. Con ese motivo entablamos este diálogo:

—Hombré, lo que es caballo no te puedo prestar porque están en el Barrial; y el único que tengo es la yegua de la pelota y está gafa y muy próxima. Lleváte la montura que está en el cuarto de la ropa sucia, pero eso sí, tenés que componerle un arción y remendarle la gurupera.,

—Muchas gracias; ¿y el freno?

—¡Ah! lo que es freno no tengo; tal vez donde Cholita te presta uno Leonidas o Tobías.

—Pues voy donde Cholita.

Después de mil circunloquios y ofrecimientos de devolución en buen estado, conseguí un freno sin barbada, con riendas de mecate, algo más que reventado y lleno de nudos.

Pero me faltaba lo principal, como a Abraham la víctima del sacrificio, el caballo.

¿Quién tiene un caballo? ¿Quién me presta una bestia cualquiera? Buen rato me preocupaba esa idea tenaz, fija,

“sin tregua, a toda hora,
aunque tal vez mi rostro indiferente
no dejara reflejar sobre mi frente”

la urgencia que tenía de un caballo cualquiera.

Pero Dios no abandona al que con sinceridad le pide en un apuro y vuelve á él los ojos suplicantes, aunque sea en demanda de una miserable yegüilla. Ese Ser Supremo que pone diques al embravecido océano, siembra de estrellas el velo azul del cielo y da abrigo y uvitas de güitite al yigüirro indefenso, creó para comodidad de su hechura más perfecta, al macho Kilgus con su gran caballeriza y sus caballos de alquiler.

La posteridad, única que hace justicia, pondrá en su debida altura el nombre del macho Kilgus a la par de los de Guadalupe Quesada, Maximino, Beltrán Murillo, Beltetón y toda esa pléyade de oportunos saca de apuros de la humanidad.

Me fui donde Kilgus:

—¿Tiene Ud. un caballo regular que me alquile para ir a la Uruca mañana a las seis?

—Sí hay, ¿a qué horas vuelve?

—Será como a las dos de la tarde.

—Vale cuatro pesos, que se pagan adelantados y se lleva el Quirós, que es un retinto pasitrotero fino.

Discutimos precio, consintiendo Kilgus en rebajarme seis reales por no poner montura, y todo quedó arreglado para que un muchacho de la caballeriza llevara el retinto a casa, a las seis, para ensillarlo.

El resto de la tarde lo empleé en la compra de los víveres o provisiones que se me habían designado, y con todos ellos listos y bien envueltos regresé a casa a ocuparme del arreglo de la montura. En el cuarto de la ropa sucia, conforme me había dicho don Aquileo, y debajo de un canasto que servía de ponedero a las gallinas, estaba la tan mentada montura, cuya descripción merece párrafo aparte.

Fue cuando nueva, por allá por la época de la invasión de Morazán, la silla de domingear de mi bisabuelo don Alexo Ramírez, Teniente de Gobernación de la provincia de Costa Rica, del Nuevo Reino de Guatemala. Casi no quedaba de ella sino el fuste cola de pato, con pico descomunal, con tachuela de plata, (tachuela que se sustituyó por una miserable armella de hierro herrumbrado), con aletas retorcidas hacia adentro, abarquilladas por el peso que de años atrás venían soportando en el suelo enladrillado del cuarto que le servía de blando lecho; los lomillos habían pasado a mejor vida y no tenía un “arción” descompuesto como don Aquileo aseguraba, sino que carecía completamente de él, pero arrancado de a raíz, sin correa ni estribo; carecía en absoluto de gurupera y la cincha, de las de dos argollas con cordelitos, estaba en sus últimos instantes, pues se conservaban enteros

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

sólo cuatro o cinco de los veinticinco mecatillos que originalmente le daban vigor y fama. En la semioscuridad del cuarto me pareció ver que la famosa montura estaba adornada de tachuelas de plata con correítas de cuero blanco muy bien trenzadas, pero esa ilusión se desvaneció cuando la saqué a luz: las tachuelas y las correítas eran purísimas... es decir, como el canasto ponadero estaba encima, las gallinas echaban sobre la cola de pato o bien en el ancho pico, sus sabrosas siestas y de ahí todos esos altos relieves que hubo que raspar con un chingo de la cocina y lavar con un trapo mojado. Las hebillas no aflojaban ni para atrás ni para adelante, parecían soldadas al cuero viejo y cada esfuerzo era un nuevo rasgonazo de la correa; no hubo más remedio que cortar de cuajo el único “arción”, comprar dos correas nuevas y acomodarles un par de estribos de fierro prestados por Mister Berry, el herrero de la esquina. Se suprimió la idea de gurupera y la enorme montura quedó con honores de galápago inglés, mezcla híbrida de todas las invenciones talabarterísticas del mundo, y embadurnada de unto fresco para suavizar la vaqueta, consejo de la cocinera, que le agradecí en el alma. De la cobija de aplanchar recorté cuidadosamente un mantillón de color indefinible, y un saco viejo hizo las veces de pelero. Cambié las riendas del freno por otras de sondaleza nueva, más decentes que los mecates deshilachados de que estaban formadas, y con esa nueva reforma, el apero quedó listo para encajárselo al Quirós, retinto pasitrotero fino.

A las seis de la mañana del siguiente día, ya estaba yo esperando a la puerta la llegada del retinto, vestido con mi mejor flux, con ancho sombrero de pita, pañuelo de seda rojo al pescuezo, camisa tigrilla de lana, faja de becerro charolado y chuspa de ante con su respectivo Smith y Wesson, descompuesto y sin cápsulas, para plantear, alardeando de hombre de pelo en pecho.

Dieron las seis y media y el caballo no asomaba; un sudor glacial invadía mi frente, y la congoja y la rabia hervían en mi pecho. Maldije al muchacho, al macho Kilgus y a todos los machos que vienen a comerse el pan del país y a engañar a los que como yo, estaban en un serio compromiso. Faltaría un cuarto para las siete, cuando desembocó en la esquina de la Universidad un caballo retinto conducido por un chiquillo mugriento, ambos a paso de pedir limosna. ¡Era el Quirós, retinto pasitrotero fino! No pude contener un grito de desaliento: aquel animal no tenía con la noble raza caballar más punto de contacto que el de ser cuadrúpedo, aunque con el rabo pelado al rape por la sarna o el piojillo parecía quintúpedo, si no se tiene en cuenta que la jícara le llegaba con el colgante de la jeta casi hasta los corvejones. Venía meditabundo y pensativo, con aires de filósofo de la escuela de Diógenes o de poeta de los de cuchara y escudilla; el espinazo parecía la serranía de la Candelaria y desde la matadura central hasta la cruz había una cuesta capaz de competir en gradiente y gradante con la cuesta del Tablazo o la trepada de los Anonos. Cada costilla con su vértebra y su cartílago podía recorrerse a simple vista desde la médula espinal hasta el esternón; las rodillas eran tan anchas como los cascos y parecía el conjunto de la canilla una pata torneada de mesa; los ojos se escondían entre profundas cuevas, lo que le daba un semblante cadavérico como de chiricano con tercianas y la jeta inferior colgaba con aire despreciativo; era gacho de la oreja izquierda y tenía una nube opalina en el ojo del mismo lado.

No había que andarse con repulgos de empanada; la hora y las circunstancias apremiaban, y dejando para mejor ocasión las lamentaciones, me apresuré a ensillar aquel alacrán con el debido respeto a sus años y a sus innumerables heridas y cicatrices.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El freno le quedaba corto y el pobre retinto quedó como un niño con barboquejo. Al irle a poner la colosal monturagalápago, el jamelgo se encogió como tubo de binóculo y enderezó la única oreja hábil, mirándome de reojo, como en son de súplica y miramiento; le llené la cesta del espinazo con el pelero en dos, le encaramé la cobija-mantillón y le dejé caer cuidadosamente el fuste; apreté la cincha lo menos que la prudencia permitía y después de pasarle suavemente la mano por la descarnada anca, me monté y le di el primer latigazo para que comprendiera que “no iba tan solo”.

El retinto cogió un trotecillo de perro regañado y ambos, caballo y caballero, recorrimos gran parte de la ciudad hasta la Caballeriza del Norte, que estaba en el Paso de la Vaca; allí me dijeron que mi compañero, cansado de esperarme había ya partido y que había dejado dicho que iría despacio para que lo alcanzara.

Volví al retinto y le puse proa al río Torres; el viaje hasta la cruzada del camino de Santo Domingo se hizo sin novedad, siempre a trote de perro con ribetes de masaculillo que me llegaba al alma; allí alcancé a ver, como a doscientas varas, la carreta en donde iba ella con su corpiño de zaraza azul rayada, sus enaguas verde botella y su sombrerito de con vivo de guinga y flores de verolís de caña. El corazón me dio un terrible bote y olvidándome de todos los percances hasta ahí vencidos, “talonié” el retinto, le zampé un fuerte chilillazo y le solté la rienda para que galopara, pues quería, además de alcanzar a mi adorado tormento, disimular la facha del ruco y probar a sacarle una pluma y pararlo en raya al borde mismo de la carreta.

Paró el rabo el chirca, enderezó la oreja buena y salió disparado como si llevara vejiga o cajón de lata; como a cinco varas de la carreta tropezó con una piedra, se fue de hocicos, se reventó la cincha y me lanzó de cabeza sobre el manteado de la carreta en donde caí raspándome la cara en uno de los arcos, en tanto que la montura que me había seguido se metió como una bala por debajo del pabellón cayéndole en media cara a mi futura suegra y rompiendo a una de mis cuñadas media nariz con uno de los estribos. Sobre mi novia cayeron las alforjas de mecate y la llenaron del vinagre de un frasco de encurtido que allí llevaba como eventuales.

Todas las ofendidas pusieron el grito en el cielo y me trataron de animal, tonto, malcriado y cuanto es posible decir y que se le ocurra a uno en esos casos. Me llevaban todos los diablos con el macho Kilgus y su retinto fino pasitrotero y juré vengarme. Un tío de mi novia me bajó bruscamente del toldo y un cuñado tiró la montura con todo y alforjas a una zanja, no sin que antes otro me hubiera arremetido un buen pescozón, ofreciéndome que luego nos arreglaríamos.

Todo lo hubiera yo soportado con la paciencia de Job, si no hubiera sido que mi novia, mi ilusión, mi encanto, mi todo, se acercó a mí con semblante descompuesto y con agria voz me dijo:

—Caballero, su acción de hoy me demuestra lo que es usted. Achará el tiempo que yo he perdido en darle a usted cuerda. ¡Todo ha concluido entre nosotros; espero que esta misma tarde me devuelva mi pelo, mi retrato y mis cartas!

—Pero...

—¡Nada, más tenemos que hablar!

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Se subió de nuevo a la carreta y me volvió la espalda en la que aún brillaba un parchón de vinagre con mostaza.

Me quedé aturdido moral y materialmente, con un ojo amoratado y lagrimeando, viendo con el otro candelillas y con un rajón longitudinal en mi pantalón nuevo, obra de un varal de la carreta. Ya ésta se perdía de vista, cuando me decidí a recoger la montura y volverme a San José; pero en mi atolondramiento no había reparado en que el retinto se había vuelto a su caballeriza y que yo quedaba a pie y con el peso de la montura. La cargué unas doscientas varas hasta depositarla en casa de la lavandera ña Fulgencia, que vivía a orillas del camino real; me hice la primera cura del ojo y bajo un sol de cuero volví a San José, entrando a casa como a las diez de la mañana, dando a todos los diablos a todos los retintos habidos y por haber y jurando solemnemente no volver a aceptar almuerzo campestre hasta no tener caballo y aperos propios.

LA PATRIA, 16 de febrero de 1896

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

MI PRIMER EMPLEO

Los corredores del Instituto Nacional, antigua Universidad de Santo Tomás, apenas si podían contener el numerosísimo concurso que en estrecha apretazón principió a llenarlos desde las once de la mañana. Las paredes habían sido blanqueadas con cal de concha finísima, los pedestales de las columnas tenían su mano de color de siena quemada y por todas partes se acusaba el reciente paso de la escoba y la regadera: el gran salón de actos públicos, con su cielo artesonado con estrellas de cedro y su piso lustrosísimo, lucía camisa nueva; la brocha gorda untada de ocre color de cielo, había suplantado a las preciosas delineaciones de Fortino, ya descascaradas por el tiempo; colgaban desde el muro los tres retratos característicos: el del padre Madriz, con su birrete de ramo de oro en la diestra apoyada sobre amplia biblioteca; el del padre Goicoechea, con el pie desnudo y con su feísima lápida al lado derecho, en la que campeaba una inscripción latina, llena de correcciones y el del doctor don José María Castro, mostrando un pergamino con la “Ley de erección de la Universidad”, con una pluma de ave en la derecha y sus cruces de la Legión de Honor en la solapa del frac. En los testers de los extremos, rodeados de banderolas tricolores, se destacaban escudos nacionales con todas sus lanzas, bayonetas, cañones y balas que hacen de nuestro emblema el más pretensioso de cuantos consigna la heráldica. Entre dos puertas del lado oeste del salón y en el centro, una amplia mesa cubierta con rico tapete verde, galoneada y rodeada de cómodos sillones, estaba destinada para la Presidencia y Consejo; al frente de ella mostraba su negro fondo una bien embreada pizarra o tablero con sus barritas de tiza forradas de papel verde; del lado del sur y en forma de lunetario de teatro, había más de trescientas sillas de petatillo, amén de varias bancas lisas de madera, todo destinado al público; e igual cosa al lado norte, sólo que las primeras filas estaban dedicadas a los colegiales que iban a recibir en ese día, solemnemente y de manos del Presidente de la República, unos sus medallas, otros sus objetos de premio, otros sus certificados honoríficos y todos la bendición de la patria y la voz de aliento, de sus conciudadanos. La banda del Cuartel Principal, con su uniforme de gala, llenaba el recinto con las ondas sonoras de sus metálicos instrumentos; a su cabeza, correcto y embebido en el cumplimiento de su delicado encargo, daba las entradas y revisaba su tropa el tambor mayor, de quien ya entonces corría la frase de “Me gusta a mí Malaquías por lo asiao que toca”, forma vulgar pero expresiva que denotaba el talento músico del aludido.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

En el comedor del Colegio, adornado con uruca y vástagos de plátano, que suavizaban la brillante luz del sol, lucía blanquísima e interminable mesa cubierta de pastelillos, piononos, merengues, mantecados, pilas de naranjas del Mojón, granadillas, olorosas piñas llenas de banderitas de papel, botellas rebosando aguas frescas de goma, grosella, vainilla, y limón, ejércitos de copas de colores dispuestas para recibir los helados sabrosísimos, y cientos de vasos quebrando la luz en millones de arcos iris al lado de las panzudas botellas de cerveza “Estrella” y de “Pale Ale”. De aquel departamento era Jefe expedito Germán Chávez con su compañía de mozos listos, aleccionados por don José Trinidad.

Y por todas partes, señoras y caballeros de lo más alto y encopetado codeándose republicanamente con artesanos y agricultores de chaqueta de fino paño y de mano callosa y semblante afable y honrado.

En correcta formación en el corredor de la entrada, con nuestros sencillos y elegantes uniformes azules galoneados de oro, estábamos los agraciados, los héroes de la fiesta: allí estaba Isidro Marín con el cuello embutido en el saco, pelado al rape y mordiéndose los raros pelillos de su siempre naciente bozo; a su lado y rebosando salud y vida, rubio tirando a rojo y con su buen quepis, obra de Pisuso, se paraba de puntillas Pío Murillo, ansioso de ver la entrada del Presidente; y allí Juan Umaña con su talante de Hércules Farnesio, llena la cabeza de ecuaciones, teoremas y logaritmos, departiendo con su sonrisa franca con Jorge Castro Fernández, quien lucía uniforme nuevo, botines de charol y melena de artista estilo Bertoglio. Componía el lazo de la corbata a Octavio Beeche, Melico Echeverría, con hermosa leontina de oro asomando entre dos ojales de la pechera azul; y hacía cosquillas en las orejas y nuca, con aire disimulado, a Alberto Gallegos, Jenaro Gutiérrez, mofletudo y gozoso, con risa de asmático. Y allí Ramón Castro Sánchez y Alberto González Ramírez, Nicolás Chavarría, y Guillermo Obando y Francisco Zamora y Daniel González y Nicolás Oreamuno y Francisco Jiménez Núñez y Próspero Calderón y León Guevara y Vidal Quirós y Elías Chinchilla, otros más que no recuerdo y Magón, de catorce años, con un ojo rasgado por feísima cicatriz, pelo herrumbrado y cara pecosa; pero con el alma llena de auroras boreales y la cabeza de dorados sueños.

A nuestro lado, aconsejándonos aliento y confianza, nuestros profesores, nuestros segundos padres: Bertoglio, de hermosa y brillante melena, bigote digno de un Príncipe de la Casa de Saboya que acariciaba constantemente con su mano aristocrática, la otra en la cadera, cubierto con magnífica levita negra completamente abrochada. Juan de Dios Céspedes acentuando la z de corazón y recordándome con frase pausada mi tesis de acto público: el sodio y el potasio. El Doctor Venero con gafas de oro, sombrero de copa y voz estentórea. El Doctor Zambrana con sus patillas negrísimas; los ojos entornados y su aire de superioridad y distinción y su torrente de brillantes frases contenidas por el blanquísimo dique de su hermosa dentadura. El viejito Twight con su sombrero de clack, su semblante dulcísimo orlado de barbilla gris y su sonrisa siempre cariñosa, mezcla de placer y de tristeza; y el chispeante Chemo Castro, amigo más que maestro, con la broma fina siempre al borde de los labios y el consejo saludable en su mirada cariñosa; y el macho Charpentier con la arrogancia de un buen mozo y justo orgullo de profesor de 25 años, pantalón de militar francés y su toilette a la brosse; y el padre Ulloa con su cara oval y bien afeitada, su fina cabeza rizada, su hermoso anillo, sus vueltas moradas en los puños sobre finísima sotana de la que

brotaba penetrante perfume, con sus zapatos de charol con hebilla de plata, su bastón de barba de ballena, su sombrero de castor reluciente y dirigiéndonos miradas tiernas que nos llenaban de alegría y palabras suaves que nos cubrían de placer; y como Jefe de aquella brillante escolta, como comandante de aquel nobilísimo escuadrón, el doctor Ferraz, el viejito don Valeriano, el Director del Instituto, con sus pobladas cejas, haciendo sombra a los anteojos de oro, nariz recta y perfilada como la de Julio César, con su barba blanca bien cuidada y recortada y su abierta y volante levita negra, recorriendo con paso rápido todas las secciones y conferenciando con sus segundos jefes; el inolvidable Torres Bonet de largas y puntiagudas patillas, de ojos saltones e inteligentes, de larga y rígida cabellera y de seco y serio continente que hacía resaltar más la suavidad y afable porte de don Manuel Veiga, con su barba al estilo Amadeo y su *s* sibilante en la abertura central de los labios.

—¡Firmes!—gritó un jefe militar —¡Presenten armas!

Malaquías inició el Himno Nacional; todas las cabezas se volvieron hacia la puerta de entrada, todos los chiquillos estiraron el cuello dirigiendo las miradas al mismo sitio y un profundo silencio, mezcla de curiosidad y de respeto, hizo más sonoro el redoble del tambor que anunciaba en unión del clarín, la llegada del Excmo. Señor Presidente de la República, Benemérito General don Tomás Guardia.

Entró el General Guardia con su brillante uniforme de gala, sombrero elástico coronado de ancha pluma de avestruz, frac azul cubierto de bordados de laurel y encino, pantalón de ante con anchísimo galón, bota de charol hasta la rodilla y espuela de oro; ceñía banda escarlata y espada demasquina cubierta de pedrería; calzaba finísimo guante de piel de Suecia y colgaba de su pecho valiosa placa de brillantes; iba a su derecha el Ilustrísimo Señor Obispo, Doctor don Bernardo Augusto Thiel con la sonrisa inseparable en su sonrosada faz, anillo de gruesa esmeralda orlada de diamantes y preciosa cruz pectoral de oro recamada de piedras finas, su faja de púrpura, su sotana morada y su castor con borlas verde y oro. Le hacía *pendant* a la izquierda del General, el Doctor don José María Castro, Ministro de Instrucción y Rector de la Universidad, luchador constante por la instrucción pública, que era su culto, con frac y pantalón negro, chaleco blanco escotado, sombrero de copa, botín de cabritilla, guante blanco, pechera de lino alforzada, bastón negro con puño de oro y borlas, y su barba, en forma de barboquejo y con el bigote afeitado. Seguían a respetuosa distancia Jefes militares, Magistrados, empleados de alta categoría, alto clero y numeroso escuadrón de edecanes.

El salón fue invadido por la multitud ansiosa de coger campo y previos los discursos de estilo, se dio principio al acto público y solemne de la distribución de premios.

Los alumnos fuimos colocados en las sillas destinadas para el caso al lado derecho de la mesa presidencial. Después de las disertaciones y exposición de las tesis, el Director, en pie, leyó con voz clara los nombres de los discípulos premiados; cada vez que se prendía del pecho una medalla, un murmullo de aprobación se levantaba de aquel millar de cabezas, una segunda promovía calurosos aplausos, una tercera hacía el efecto de un trueno, una cuarta rayaba en delirio, y una quinta apagaba el aliento causando un profundo silencio más elocuente que todos los bravos.

Allá en un oscuro rincón de la sala y detrás de una espesa cortina, limpio y modestamente ataviado, dando vueltas con nerviosa inquietud entre sus manos frías a su sombrero de pita, con un nudo en la garganta y una lágrima pugnando por saltar a la bronceada mejilla, un hombre de cuarenta años, de enérgica mirada, de espaciosa frente, de barba rala y bien cuidada, tenía clavados en mí sus ojos de lince con una expresión de ternura indefinible; sobre mi pecho brillaban cinco medallas de primera clase, como en el de Beeche, como en el de Obando, como en el de Gallegos. El Rector, Dr. Castro, se había dirigido a nosotros y con frase que la emoción hacía temblar en su garganta, nos daba las gracias en nombre de Costa Rica, “hoy risueñas esperanzas, mañana firmes columnas del templo sagrado de la República”, decía el bondadoso Rector, abrazándonos con la mirada como si fuéramos sus hijos; el Sr. Obispo nos alentó a seguir por la hermosa senda que el porvenir nos tenía abierta, sin descuidar por eso el cultivo de las virtudes de nuestros padres y llevando siempre como égida las saludables máximas de nuestra Santa Fe; el Presidente nos abrazó con fraternal cariño. Cuando yo estaba en sus brazos, dirigiéndose al Dr. Castro, le dijo: “Doctor, este joven es pobre, tiene que abandonar sus estudios si el Gobierno no le ayuda; como yo me iré muy pronto, no olvide darle un empleo adecuado a sus circunstancias”.

Yo me retiré a mi asiento con el corazón que no me cabía en el pecho, trémulo de emociones encontradas, orgulloso por el triunfo y rojo hasta la punta de las uñas; el caballero de la cortina me devoraba con los ojos nublados de lágrimas y con una sonrisa que más parecía mordisco y una alegría infinita que más parecía dolor; era mi padre, mi maestro, mi mejor amigo; me abrí paso entre la apiñada multitud y caí en sus brazos que casi me ahogaban con el violento apretón. Después, con aire sereno, me dijo: “Muchas gracias, hijito, ha cumplido Ud. con su deber”. Y arrancándome las medallas de mi pecho, las guardó silenciosamente en el bolsillo de su levita y tomándome de la mano me llevó a despedirme de mis queridos maestros.

Los corrillos levantaban alegres voces y sonoras carcajadas, el comedor estaba lleno de gente, la banda tocaba sus más alegres valeses, y en medio de aquel océano de cabezas, entre el perfume de las flores, el aroma de las frutas y los ecos de las voces y de la música, salí con mi padre a estrechar entre mis brazos y cubrir de caricias a mi madre, quien sabedora de mi triunfo me esperaba riendo y llorando a la puerta de mi hogar.

El doctor Castro cumplió la palabra empeñada por el Presidente de la República. En un gran pliego con el membrete del Ministerio de Justicia, recibía ya mi nombramiento, ¡mi primer empleo!

Portero-escribiente del Juzgado del Crimen, con ocho pesos, cincuenta centavos de sueldo mensual.

Ya era firme columna del templo sagrado de la Patria.

LA PATRIA, 23 de febrero de 1896

¿QUIERE USTED QUEDARSE A COMER?

En aquellos dorados tiempos una invitación a comer, lanzada a quemarropa por el jefe de la casa, siendo ésta de medianas comodidades, era un verdadero motivo de turbación general que bien merece los honores de la descripción. Hoy los buenos hoteles y restaurantes son un enorme y seguro recurso del que en el año de gracia de 1876, hace veinte años, no se podía echar mano por varias razones: la primera, porque no los había; la segunda... omito las demás.

—Bueno, pues me voy porque ya son las tres y media y...

—¡Pero hombre! ¿Cómo va usted a irse con semejante aguacero?

—Es que en casa me estarán...

—De ningún modo, quédese usted a comer con nosotros; aquí no hay más que plátanos y picadillo, comida de pobre, pero siempre es bueno hacer penitencia.

—Siento tanto molestarlos, pero...

—No es molestia; aquí, como en su casa. Permítame un momento, voy a avisarle a Toribia.

—Pero que por mí no...

El convidado forzado se quedaba solito en la sala contemplando los retratos de los abuelos de su víctimas, en tanto que el dueño de casa, todo demudado, con cara de viernes de cuaresma, comunicaba la fatal noticia a su costilla, con voz de confesionario.

—¡Toribia, don Esperidión se queda a comer!

—¡Ave María Purísima!

—¿Cómo querías que lo dejara ir con este aguacero?

—¡Bueno, pues yo qué! Vos sabés que ña Chepa tiene muy fea cuchara y que hoy es viernes y no hay olla.

—Andá vos a ver qué preparan y date ligero, porque ya son casi las cuatro.

—¡Pues hijito, afloje el pollo, a ver quién lo mete en camisa de once varas! Hay que mandar a la pulpería a comprar fideos para la sopa, porque la que hay es de guineos celes, y traer siquiera un diez de pan, porque es muy feo poner tortillas; además, no hay huevos y habrá que mandar por unas piccitas y zapotillos de donde las Fernández, porque ¡yo no me animo a darle a ese bendito señor el dulce de chiverre!

—Yo no tengo más de estos diez reales. Vos ve a ver cómo te las componés, porque me da pena dejarlo solo en la sala y voy a acompañarlo.

—Entretenélo siquiera un buen rato.

Don Benigno volvía al lado de don Esperidión con la sonrisa en los labios, en tanto que la pobre doña Toribia acudía presurosa a remediar el mal con más susto que si tuviera el cólera en la vecindad.

—Ña Chepa, tenemos convidado a comer a don Esperidión, ¡mire qué apuro! ¿Hizo las empanadas?

—Yo, ¿dónde? ¿Pos no vido que hoy casi no mandaron posta?

—No me salga con eso, ña Chepa. ¿Y ahora qué hacemos? ¿De qué es el principio?

—Pos angú.

—¡Jesús, María y José!

—Idiái, ¿de qué...? ¿de qué quería que fuera? No hay verduras, ayer se acabó el repollo y yo se lo avisé esta mañana.

—Pero ña Chepa, caramba, podía haberme...

—¡Ahora sí que estamos galanos! ¡Hombré! ¡Eso faltaba! Yo no estoy necesitada de estar prendida al fogón pa mantenerme; si lo hago, es por cariño a don Benigno, pero tampoco pa que me venga usté...

—¡Uy! Pero cállese, ña Chepa, que la va a oír ese señor.

—Pos no me venga a echar la culpa de...

—Pero si yo no digo que usted tenga la culpa, ña Chepa... ¿Y le he dicho algo?

—No, es que uno porque es probe tiene que aguantar.

—¿Pero yo en qué la he ofendido, ña Chepa? ¡Ve, ya se quemó el lomo!

Un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo de plano en una laja, salía del fondo de una cazuela y un olor de pavesa de candela de sebo se esparcía por la cocina y pronto por toda la casa, yendo a poner en grave sobresalto al bueno de don Benigno.

El percance se subsanaba con un poco de agua caliente y hacía olvidar el pasajero choque de ama y cocinera. Esta, con una trompa de a jeme y aire altanero, se encaraba a su patrona.

—Bueno, pues eche acá la plata pa ir a mercar lo que haiga que trer.

—¡Pero va volando! ¡Ya está aquí!

La cocinera se encajaba el rebozo azulejo y salía escapada a hacer las compras, en tanto que doña Toribia, después de atizar el fuego y pasar revista a la escuálida despensa emprendía la difícil tarea de poner la mesa.

Nuevos apuros y nuevos obstáculos que vencer: no había más que dos platos hondos, una fuente un tanto, resquebrajada, cuatro platitos de diferentes colores y formas, sólo una cucharita de estaño, amén de torcida y deslustrada, los cuchillos mango de hueso, cachiflojos, el mantel con un parchón de caldo de frijoles semejando el mapa de África y varios islotes y archipiélagos de achiote y yema de huevo; servilletas ni una y vasos ni dos.

Ña Chepa llegaba ahogándose con las compras y tirando el rebocillo sobre el cajón de la basura, se prevenía para hacer milagros.

—¡No se descobije, ña Chepita! Corra donde doña Mónica, la mujer de don Sinesio Retana, y dígale que digo yo que si me hace el favor de prestarme cuatro platos hondos, dos cuchillos, tres vasos, tres servilletas y tres cucharitas, qu'es que hoy se queda a comer don Esperidión, que yo se los cuido mucho y que a la noche se los devuelvo. ¡No se le olvide nada, corra!

Volvía a salir ña Chepa como una exhalación y mientras tanto, la apurada doña Toribia ponía los fideos y daba la primera mano a los platos complementarios.

Por fin llegaba ña Chepa con la mitad de lo pedido y con mil recomendaciones de parte de la servicial doña Mónica de Retana, la que mandaba a recordar que todavía no le habían devuelto el salero que les prestó el martes, ni el hacha que les prestó el sábado.

Ama y criada, febriles y sudorosas, se multiplicaban y de sus torpes manos iban brotando unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia.

Don Benigno había ya agotado todo su arsenal de chistes, don Esperidión pugnaba por atajar enormes bostezos, el aguacero no escampaba, y ya eran las cinco y cuarto de la tarde cuando doña Toribia, previo un lavado de manos y un arreglo ligero de las mechas del ahumado cabello, aparecía en la puerta de la sala con una “pañueleta” sobre los hombros, un par de chapas rojas en las mejillas, los ojos llorosos a causa del humo y un trapillo amarrado al índice de la mano izquierda como vendaje de alguna reciente cortadura o quemadura.

—¡Buenas tardes, don Esperidión! ¿Cómo está la niña Salomé? Dispense que no hubiera salido antes a saludarlo, pero...

—¿Cómo está, doña Toribia? Siento tanto haberla puesto en molestias, pero Benigno se empeñó y...

—No diga eso, ¿qué molestia va a ser? Usted es el que tendrá que dispensar; pero, ¿quién iba a saber? Ayer se me fue la de adentro, a Uladislao lo tengo con la cara hinchada y ña Chepa, la de los Anonos, que tengo ahora de cocinera, no sirve para nada. Pero véngase a comer que ya son casi las seis; ¡qué temeridad, pobre don Esperidión, no sabe cuánto lo considero!

Seguían excusas de don Esperidión, golpecitos en la espalda dados a éste por don Benigno, a la vez que por encima del hombro dirigía una mirada a su mujer que quería decir: “¿Qué hubo?”, una mueca de aquélla que significaba: “Se ha hecho lo posible”, y huésped y matrimonio se encaminaban al comedor, llevándose de paso a Uladislado o Lalito, fruto de bendición, de seis años de edad, soltero, escolar y de este vecindario, a quien aquejaba atroz postemilla y arrollaba las quijadas un gran pañuelo verde, dejando a media luz el rojo y abultado carrillo.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en ridículo. Sobre el África del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato soperero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y a la sombra de las cucharas.

Los platos llanos, con flores azules de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico “Mónica de Retana”, entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados a un enorme vaso de postrera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura, volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito.

Ña Chepa, con las enaguas domingueras y un larguísimo delantal de muestras, hacía veces de sirviente y dió principio a su tarea con la humeante sopa de fideos de cuerda.

Lalito abrió desmesuradamente los ojos, o mejor dicho el ojo del lado sano y con voz chillona exclamó “¡Eh, fid...!”, cuando un pisotón diestramente dirigido por doña Toribia, le cortó el aliento, a la vez que su padre le torcía los ojos. Los fideos estaban un si es no es duros y faltos de sal, aunque abundantes de soles de manteca amarillenta. Don Esperidión ya casi había concluido de tragarse la sopa cuando ña Chepa le arrimaba al codo la fuente con el lomo en salsa de sebo rechinado, rodeado de papas color de herrumbre. Un codazo del huésped hacía rodar una papa hasta la bandeja del pan, dibujando un nuevo y caudaloso río, pero Lalito salvaba del océano a aquel náufrago trasladándolo tranquilamente a su plato con la punta de los dedos.

—¡Chepa!

—Fue que...

—¿Qué es eso, Lalito, no se le ha dicho que...?

—¡No lo regañe, pobrecito!

El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa; las papas navegaban en el mar de sebo rojizo, hasta que un esfuerzo heroico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa iba a dar al plato de don Esperidión, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan.

El arroz llegó en plato hondo con su dorada costra.

—Mamá, deme costra de esa, decía Lalito, señalando con el labio inferior el plato de arroz.

—¿Cómo se dice; ya se le olvidó?

—Hágame el favor, por vida suya, de darme costra.

Don Benigno tosía para atraer la atención de don Esperidión; doña Toribia se mordía los labios y para calmar la tormenta servía costra a Lalito, quien la recibía con la mano y la engullía con un ruido de máquina de picar piedra.

Iguales o parecidos lances ocasionaron un improvisado guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, un plato de tomates con masa y unas vainicas envueltas en huevo.

—Coma de estos tomates.

—Gracias; señora, ya he comido mucho y estoy que reviento.

—No sea así, si nada ha probado: el lomo lo dejó, no tomó casi nada de sopa y...

—Bueno, pues hágame el favor de servirme una cucharadita... ¡Basta!

—Pero revuélvalos con arroz; y vea, estas vainicas no están tan feas... ¿le pongo un barbudo?

—Después, gracias.

Así concluía la primera parte de la comida.

Doña Toribia instaba a don Esperidión para que se tomara la postrera; éste se excusaba pretextando que no acostumbraba esa bebida; don Benigno y hasta Lalito hacían coro a doña Toribia y tanto comprometieron al huésped, que por fin lo decidieron.

Don Benigno alzó el brazo para alcanzar el consabido vaso, en tanto que Lalito mostraba sus adelantos en el deletreo leyendo la inscripción del plato en que se habían servido las piezas y zapotillos: “Mo... o... Mo, n... i... ni, Moní... c... a... ca, Mónica”. Doña Toribia le dio otro pisotón y el chiquillo separando rápidamente la mano dio en el codo de su padre, lanzando media postrera sobre las barbas de don Esperidión. La confusión llegaba a su colmo. El padre furibundo, arrimó un pescozón al chiquillo en la mejilla hinchada, reventándole la postemilla. Don Esperidión se limpiaba tranquilamente los pelos llenos de leche; Lalito ponía el grito en el cielo y doña Toribia, roja hasta la punta del cabello, pedía mil perdones al bañado caballero; en tanto que ña Chepa se esmorecía de risa agarrada al cajón de la destiladera.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

A las siete de la noche, bajo una mediana garúa, salía don Esperidión de aquella casa, lleno de achiote y manteca, con la corbata hecha un trapo y la camisa empapada.

Don Benigno, que lo acompañaba hasta la puerta de la calle, con frases melosas y sonrisas dulces, cerraba con estrépito y se dejaba caer desalentado en un sofá; Lalito lloraba a moco tendido con una cataplasma de linaza en el cachete; doña Toribia no volvía del susto, y ña Chepa, hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía lluvias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, a impulsos de una risa inacabable, cada vez que se acordaba de las barbas llenas de postrera del infeliz don Esperidión.

LA PATRIA, 1° de marzo de 1896

UNA OBRA DE MISERICORDIA

La calle pública ha dejado de serlo desde hace seis días en una extensión de cuarenta varas. A cada extremo del trozo cerrado, sendas “alfajillas” sobre cajones vacíos forman la interrupción de la servidumbre de “a caballo y con carreta”, como dicen las escrituras. Está cubierta de aserrín la acera de la casa de mi amigo don Liberato Valerio, quien, según aseguran EL CEPILLO NACIONAL Y LA ALCANCÍA DESFONDADA, órganos notables de nuestros dos grandes partidos, se encuentra enfermo de gravedad.

Las relaciones íntimas de amistad que desde hace muchos años cultivan felizmente nuestras familias, me obligaron a hacer una visita a mi estimado don Liberato, y una noche, como a las ocho, me encaminé hacia su casa, provisto de abrigo y de cigarrillos, útiles que, unidos a mi buena voluntad, me armaban de punta en blanco para poder quedarme a velar, si fuese necesario.

El zaguán de entrada estaba cubierto de alfombras y sacos viejos para amortiguar el ruido de las pisadas, y sobre la puerta que daba al enclaustrado corredor brillaba la rojiza luz de una lámpara con reflector que cegaba al visitante. Desde la entrada daba en las narices un fuerte olor de botica y un vaho de cocinilla de aplanchar. En el corredor se divisaban unos cuantos bancos y algunas sillas, unos y otras ocupados por parientes del enfermo y amigos de la casa.

Entré de puntillas con la debida precaución, pero aunque mis pisadas eran imperceptibles, las tablas crujían como mese de amasar. No había recorrido ni la mitad del zaguán, cuando del corredor me lanzaron un ¡scht... ! altanero, con aires de regaño y ribetes de cólera comprimida, a la vez que todos los bultos sentados allá me imponían silencio con el índice sobre los labios fruncidos. Continué mi entrada con mayor torpeza y sobresalto, y un gran peso se me quitó de encima cuando por fin puse los pies sobre los ladrillos. Todos los bultos se enderezaron para saludarme.

¡Buenas noches, señores; siéntense, no se molesten –dije en general, y luego, dirigiéndome a don Robustiano, hermano del enfermo, le pregunté con voz temblorosa: –¿Cómo sigue don Liberato?

–Lo mismo, gracias–me contestó con voz en la que se coló un suspiro prolongado que alcanzó desde antes de la L hasta después de la s.

Yo, que no sabía cómo había estado antes don Liberato, me quedé en la misma con el “lo mismo” de don Robustiano, pero el suspiro me dio a comprender que el caso era grave.

Tomé asiento en un baúl de cuero que encontré libre, con sus adornos de tachuelas, y poniendo cara compungida, me eché el sobretodo encima de las rodillas y esperé a que la conversación interrumpida a mi llegada, me diera la clave de la situación.

—¿Pero el sábado no se le habían bajado?—dijo un futuro yerno de don Liberato, con el cuello del paletot levantado hasta las orejas y un pañuelito de seda arrollado al pescuezo.

—Sí, desde como media hora después que arrojó, el viernes, ya sintió que se le bajaban; él se lo dijo a Mechitas.

—¿Y qué opinaron ayer en la junta?

—Pues Meléndez cree que habrá que hacerle operación, pero Garay y el doctor Fulján opinan porque ya no es tiempo.

—Lo dije yo desde que supe que le estaban dando los cólicos hepáticos,—dijo un señor gordo que hacía traquear un taburete, persona muy respetada en la casa, antiguo empresario de una fábrica de almidón —cuando a mí me daban cólicos en Atenas,—me dijo el doctor Merino que si no se me hacía la operación en el acto, no duraría un mes.

—¿Y se la hizo?

—No, pero fue que Atanasia me puso unos parches de aguarrás, y estuve como dos meses a punta de hombre grande y vino de coyol serenado. Vea; el año de sesenta; no, mentira el sesenta y no... ¿cuándo fue que te compré el macho dos pelos, Tiano?

Don Robustiano miró el techo, engurruñó los ojos, y con la boca entreabierta, estuvo como un minuto revolviendo el canasto de su memoria; por fin ríuio:

—¡Ah!... ¿el come-maiz? Como que fue el año...

—No hombre, el come-maiz fue el que le cambiaste a ñor Muñoz por la potranca azuleja, acordáte.

—¡Ah! sí, el dos pelos... dijo en alta voz don Tiano, ¡el que te botó en Sorubres!

El señor gordo se puso como un tomate y ya iba a protestar cuando, un insolente ¡scht...! lanzado desde el aposento del enfermo, le cayó como un jarro de agua.

La señora de la casa, esposa de don Liberato, se dirigió al grupo, andando en la punta de los pies. Usaba una enagua negra llena de chorreones de esperma; un pañolón chinilla, hediondo a cataplasma, le cubría desde la cabeza hasta el cuello, en donde se arrollaba en apretado abrazo y un pañuelo de dudosa limpieza le ceñía las sienes comprimiendo un par de rodajas de papa a los lados de la frente.

–Hablen quedito; por vida suya. Tiano, hay que mandar a traer el ungüento, antes que cierren la botica de don Bruno, y dos reales de esencia de clavo.

El presunto yerno saltó como muñeco de resorte y dijo:

–Yo voy.

–No, se moleste, Toño; a usted le va a hacer daño tanta mala noche, está muy acatarrado y el sereno es lo peor que hay para el pecho.

–Adió, no tenga cuidado! Magón me presta el sobretodo, esto no es nada.

Doña Mercedes, o la niña Mechitas, como la llamaban sus amigos, me saludó untándome la mano de belladona, de la que estaba cubierta.

–Buenas noches, niña Mechitas, ¿y cómo sigue don Liberato?

–Después de la última deposición se ha calmado mucho, y dice Meléndez que el ronquido es más natural, y que si así sigue tiene mucha esperanza.

El señor gordo, o sea don Tadeo Soflamas, volvió a enderezarse y con voz de chiflón, dijo:

–Lo mismo que a mí; ¿sabe con qué vino a aliviárseme el ronquido? Con un collar de lágrimas de San Pedro amarrado aquí (y se ponía las manos en las caderas), y con los cojoyos del cirgüelo macho.

–Dicen que son muy buenos, pero que es mejor la cáscara del jinocuabo con unos granitos de ipecacuana– insinuó don Tiano.

–Sí, pero el jinocuabo es muy ventoso. Ve, en setiembre del setenta y uno, cuando la cosa del... No pudo concluir.

Un ruido como de lucha o pleito de garito salía del aposento; todos corrimos a prestar auxilio y doña Mechitas se lanzó al interior desatentada.

–¿Qué fue, qué fue?

–Que papá se cayó de la cama, por ir a alcanzar no sé qué de debajo y se dio un golpe en el cachete con la pata de la mecedora, contestó toda azorada la novia de Toño, único fruto del amor de don Liberato, en tanto que medio tapaba las desnudeces del infortunado viejo, pero no tan bien que no pudiera percibirse que el caso no era tan grave como Meléndez creía.

Todos ayudamos a levantar en peso a don Liberato, a quien acomodamos de nuevo en la cama.

–Póngale una venda de vinagre en el cachete.

–¿No cree usted que con la calentura le haga daño?

–¿Tiene mucha?

—Treinta y nueve y dos quintos, y a esta hora siempre le sube.

—Entonces póngale una tela de araña y dulce raspado.

—A mí, cuando me clavé el vidrio...—, decía don Tadeo.

Todos nos volvimos para contener una carcajada, porque recordábamos que al pobre Soflamas se le había clavado un casco de botella en salva sea la parte, que lo imposibilitó para sentarse por más de un mes.

—¡Ahí está el doctor...!

Meléndez, pisando recio, con aire de “Comisario del Norte” y con una impertinente sonrisa de superioridad, se acercó al borde del lecho, haciéndonos el honor de saludarnos con una ligera inclinación de cabeza.

Se le refirió el último percance. Escarbó la herida de la mejilla con la punta de los dedos, con gravísimo dolor de don Liberato, quien encogió hasta el último tendón de la terrosa cara; sacudió el termómetro haciendo resonar el almidonado puño de la camisa, se lo entregó al paciente, quien lo acomodó en su nido, y dio principio al siguiente interrogatorio:

—¿Se puso el ungüento?

—Sí, señor; pero no le ha bajado la hinchazón y sigue la misma dificultad para coger el vaso.

—A ver la lengua.

Don Liberato la sacó de a jeme, con riesgo de su dentadura postiza, y cubierta de un sarro amarillo-verdoso.

Así la tuvo largo rato, en tanto que Meléndez se informaba de algunos otros detalles como número y color de las deposiciones, apetito, etc.

Por fin sacó el termómetro, después de dar un vistazo a su magnífico cronómetro.

—¿Cuánto tiene, doctor?

Treinta y ocho y siete décimos, va bien; ahora vamos a cambiar el tratamiento. Voy a recetarle unas cucharaditas que tomará una cada tres horas, y ya pueden darle algo sólido como pechuga de gallina o carne asada.

Don Liberato, con voz de chiquillo consentido, preguntó:

—¿No me dejaría usted comer unos pichones de itabo?

—De veras, pobrecillo, desde ayer está con ese antojo, saltó la niña Mechitas.

—Absolutamente, dijo Meléndez.

Se levantó después de extender la receta en una hoja de su cartera, y se retiró ofreciendo volver al día siguiente.

Don Robustiano lo alcanzó ya en el zaguán:

—¿Cómo lo encuentra, doctor?

—No creo que haya desaparecido el peligro, pero ya hemos andado un gran trecho. Veremos mañana.

—¿Y la operación?

—La suspendemos por ahora.

Soflamas arrebató la receta de manos de Mechitas y se puso a descifrarla.

“Esp... alca... sul... capr... ess... trem. Agse bien antes de usarlo”.

—¡Ajá! Espíritu de alcanfor, sublimado corrosivo y espérense a la tremenda; agáchese bien antes de usarlo. Vea, niña Mechitas, no le vaya a dar a Liberato, esta medicina; yo creo que Meléndez no le ha conocido la enfermedad.

—¿Por qué, don Tadeo?

—Porque esta medicina no se la daría yo ni a mi mayor enemigo; es una barbaridad. Figúrese que le da sublimado corrosivo, fuera, de otras cosas que sólo yo entiendo porque están en latín.

—¡No diga eso, don Tadeo! ¡Ave María Purísima! Yo que usted, ahora mismo llamaba al doctor Nevercures, que ha hecho curas maravillosas en los Estados Unidos, recién llegado de Paris, en donde no quiso quedarse por no hacerle competencia a los de allá.

—¿Y si lo sabe Meléndez?

—Se le dice que nadie lo llamó, que fue que vino por casualidad, como amigo mío, y que no recetó nada.

—¡Yo no hallo qué hacer! Me da mucha pena con Meléndez; lo que haremos será no darle esa medicina que usted dice, y si mañana amanece lo mismo, vamos a ver qué camino cogemos.

—Pues hagámosle un remedio que es como bueno. Mire: se coge la raíz del perejil crespo, se machaca junto con unas semillitas de nabillo colorado y se ponen a hervir en una botella de agua hasta que quede sólo el asiento; después se coge una cabeza de ajo, se pela y se muele en una piedra junto con la hoja de espuela de caballero, se menea bien todo en una olla nueva de barro, a fuego lento y de eso se le unta en las pelotas hasta que le escueza. Al mismo tiempo le pone un parchito en el ombligo, de lágrimas de candela y flor de ceniza. No deje de darle también cebada con agua de pasto y cuando le dé cólico, le cuelga una llave de la nuca y le pone una ayuda de cojollos de naranjo de China y hoja de güitite.

—¿Y eso es bueno?

—¿Que si eso es bueno? Pregúntele al padre Gumersindo que con qué se le quitó a él un miserere que le dio en Piedras Negras, el año de sesenta y ocho. Y que si no le hace bien, no le hace mal. Nada se pierde con tantear.

Como la receta de Meléndez estaba desechada y la de Soflamas era impracticable, se ganó la vida el pobre Liberato, por lo menos en esa ocasión.

Ya el paciente volvía a roncar con toda naturalidad con tamaña boca abierta, cuando el relojillo despertador dio las doce.

—Ya es la hora del alimento, dijo la novia de Toño.

—Déjenlo dormir, decía Tiano.

—Es que desde las ocho no toma nada; a las cinco se tomó una taza de sustancia con unas rodajitas de pan tostado; a las seis, un vasito de leche tibia y una tacita de atol de yuca con cascaritas de tortilla; a las siete apenas se bebió el chocolatillo con un polvorón, y a las ocho dejó como medio pichel de atolillo y no quiso probar las galletas de soda.

—No importa, el sueño alimenta, déjenlo dormir, dijo Soflamas.

Todos nos volvimos al corredor, en donde encontramos a Toño acostado en la mecedora y tapados los pies con mi sobretodo, del que una manga nadaba en la olla de las cataplasmas y con mi paquete de cigarrillos completamente diezmado, a extremo, de no haber más que dos dentro del zurrón.

Doña Mechitas nos brindó una taza de café que aceptamos y bebimos casi frío, y don Tiano nos llamó aparte a que nos “arriáramos un buche” del coñac del enfermo.

Yo trinaba de frío y de cólera con el comodioso de Toño, la pérdida del abrigo y de los cigarrillos y de un billetito de a cinco pesos que al mismo había prestado para la compra del ungüento y la esencia de clavo y cuyo vuelto no había visto ni vería jamás.

A don Tiano se le había encandilado un maldito raigón con el buche de coñac y don Tadeo se empeñaba en ensartarle en las caries el pelillo de un clavo de olor, que según aseguraba, era como con la mano, pues a él, el año sesenta y tres...

Mechitas se había ido a recostar mientras amanecía, y la novia de Toño se había quedado privada a la orilla del “molendero” con una cataplasma de pan y leche en la mano.

Aprovechando el oportunísimo momento que se me presentaba, arranqué mi sobretodo de las patas de Toño y sin volver la cara me escurrí hasta la calle, prometiéndome no cumplir jamás con el precepto de visitar a los enfermos, sin previa información de utilidad y necesidad.

LA PATRIA, 8 de marzo de 1896

SIN COCINERA

Esto del ramo de criadas está cada día “más a pior”, y eso que en aquellos dorados tiempos no era muy bueno, que digamos; júzguese por el siguiente lance ocurrido en casa de un amigo mío y vecino a fines del año de 1871, cincuentenario de nuestra Independencia.

Mi amigo don Fulgencio Buendía, secretario de no sé qué juzgado y manso compañero de doña Soledad Fecunda, acababa de ser padre del séptimo heredero de su nombre y de su miseria y, como tras de un día malo viene otro peor, doña Soledad no quedó en situación de amamantar al niño, ítem más en poder de ña Asunción la cocinera, como único paño de lágrimas.

“Ña Sunción”, que así la llamaban, se miraba en los ojos de la cara de Rosendo, su hijo legítimo de trece años y en los del rostro de Luzmilda, niña de meses, habida en una “desgracia” que en su viudez habíale acontecido.

Todo el vecindario conocía el genio atroz de la vieja y era víctima de las tunantadas del muchacho, quien en compañía de los niños mayores de don Fulgencio se había convertido en pandilla de bandoleros.

Ña Sunción llevaba ya once años largos de servir en casa de don Fulgencio, padrino de pila de Rosendo, y había criado a uno de los hijos de éste y chineado a los sucesores. Era, por consiguiente, un mueble de la casa y sólo se esperaba el transcurso del término legal para levantar título, sin perjuicio de tercero de mejor derecho; ella gobernaba en los dominios de su compadre casi tanto como el ama, y gozaba tácitamente del ejercicio de patria potestad, sin cautela alguna preventiva, sobre todos los Buendías a quienes, como ella decía, había visto nacer.

Serían como las dos de la tarde del día en que ocurrió el lance que voy a referir; doña Soledad, en completa ídem arrullaba al recién nacido y lo paladeaba con agua azucarada esperando a la chichigua que don Fulgencio andaba buscando en el Mojón desde las ocho de la mañana; los niños armaban bochinche en el patio jugando Mulita Mayor en compañía de Rosendo, y la chiquilla de la cocinera lloraba a más y mejor, descansando un minuto para continuar media hora, metida entre un cajón vacío al lado del lavadero.

Rosendo había dado una patada a un Buendía y tirado al otro entre un caño y ambas víctimas se habían vengado arrojándole una paliza digna de mejor suerte.

—Hora se lo voy a decir a mama.

—¡Andá decíselo, cara de tizón apagao!

—¡Corré con el cuento!

—¡Chanchos, eh, chanchos, sinvergüenzas, ladrones...!

Los denuestos lanzados en altas voces llegaron a oídos de ña Sunción, ocupada en ese instante en fregar una hermosa sopera de porcelana; darle contra el brocal del lavadero haciéndola añicos, y lanzarse en auxilio de su negro, todo fue uno.

—¿Qué jue, Sendo?

—Que estos chancletudos me pegaron con un palo en la nuque, porque yo no quise servirles de Mulita Mayor y... —decía el negro soltando el llanto y haciéndose el desnucado.

Mentira, ña Sunción; fue que él me dio antes una patada y a Chico lo botó en el caño.

—Pa qu'es eso, yo no lo hice al propio, jue que me resbalé y por eso me pegaron y...

Ña Sunción, amoratada de rabia y con los ojos echando chispas, agarró de un brazo a Rosendo, y reventándolo en medio patio, exclamó:

—¡Cómanselo, jártenselo, si pa eso es que yo lo he criado, pa que sea comida de hocicones! ¡Y te vas callando, negro de toditos los diablos, que ya me tenés l'alma podrida! Eso te pasa por andarte juntando con esos príncipos; bastante te lo he pronosticao, y lo que es hoy me las pagás todas, vagamundo, que no considerarás a tu madre.

Y daba vueltas como leona acosada alrededor del negro, blandiendo un enorme palo de leña.

Luzmilda, aterrorizada, daba gritos atroces entre el cajón, y los Buendías habían corrido a refugiarse en el aposento de doña Soledad.

Ña Sunción le arrimó cuatro garrotazos al negro, sin dejar de hablar un solo instante y colmarlo de insultos, y por último lo encerró en el cuarto de la leña.

Después se acercó a la chiquilla:

—¿Y vos por qué llorás?

—¡No, mama! —balbuceaba la niña.

—¡Te callás vos también, chorriada! ¡Con bien te murás, pa ver si así no te jartan también porque sos descalza! ¡Silencio!—Y le tapó groseramente la boca a extremo de sangrarle los labios. La niña estaba casi asfixiada, cuando afortunadamente llegó don Fulgencio, hambriento, sudoroso, empolvado, acabando de desmontar a la puerta de la calle.

—¿Qué es ese bochinche, Sunción? ¿Por qué estás maltratando esa criatura?

—No venga ahora a calentarme la jupa, don Fulgencio, que ya estoy hasta la cincha de infusticias, ya yo y mis hijos no somos en esta casa más que el olote de todo el mundo, y hora mismo me voy.

—¿Pero, qué fue lo que le hicieron a usted y a sus chiquitos?

—Nada, es que uno no es más que el palo de rascase de cuanto chancletudo le da la gana de fregala, y no porque uno es probe y vive largo tiene uno por qué aguantar.

—Pero hágame el favor de explicarme qué ha sucedido.

—Pos que los muchachos han cogido de trompo de ñiques al pobre negro, y yo se lo alvertí a usted cuando me concerté, que yo traiba al negro; y él es muy noble y no se mete con naide, ni nada les está comiendo ni rasgando pa que se lo jarten; y hora mismo me largo de aquí, que lo qu'es comida a mí ni a mis hijos nos ha de faltar, primero Dios y mi sudor de mi frente—decía ña Sunción hecha un mar de lágrimas pasándose el índice tendido por la rugosa frente y haciéndolo chasquear como látigo.

—¿Y nos deja solos en la situación en que nos ve? Eso es tener mal corazón.

—Pos por las que me amarro que hoy mismo me voy, y es ya, porque una no está necesitada de que la avasallen sacándole que sus hijos son unos tales por cuales y zafo de esta casa, onde quiera me los reciben con gusto y no les restriegan el boca de comida.

—¡Pues váyase cuando le dé la regalada gana y no me jorobe más!—dijo don Fulgencio exasperado.

—Ve, hora sí que ya no me quedo; yo me iba a quedar por velo como está de apurao, pero hora sí que es verdad que ni con perros de la Gran China.

La vieja, semejante a una furia, hizo un motete de sus trapos, entre los que, involuntariamente, iban unos cuantos de ajena procedencia, se cargó a Luzmilda en un cuadril y se largó de la casa, llevando a empellones a Rosendo, perniquebrado y lloroso.

Al pasar por frente de la alcoba donde la pobre doña Soledad arrullaba el rorro, lanzó en son de desafío esta brutal exclamación:

—¡Ánimas benditas que se les sale la casa pa que apriendan a tratar a los cristianos!—y dando un furioso bote a la puerta, con el que hizo retemblar toda la casa, se echó a la calle con sus dijes y motetes.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Don Fulgencio no pudo conseguir chichigua, doña Soledad estuvo *in artículo mortis* a causa del disgusto y el recién nacido fue llamado al seno de Dios al siguiente día, por haber mamado más hiel que leche y más lágrimas que sangre.

Hoy ña Sunción vende tamales en la Puebla; Rosendo aparece mensualmente en el cuadro de honor de la Agencia de Policía, en donde luce su retrato como ratero, y Luzmilda tiene quebraderos de cabeza cada semana con el Jefe de la Profilaxis Venérea.

LA PATRIA, 15 de marzo de 1896

TAQUILLA, PULPERÍA Y TERCENA

Colgado del desmantelado alero de una casucha de miserable aspecto, un rótulo color plomo ostentaba en letras torcidas y con alineación de reclutas, las palabras “Taquiya, Pulpería y Tersena del...” y en la parte baja, una escena marina en la que grandes olas coronadas de manchones blancos, amenazaban tragarse un barco tripulado por cuatro remeros vestidos de azul y rojo, y un rayo se desprendía haciendo una Z colosal, del fondo de una nube color de ceniza. Yo nunca pude descifrar ese jeroglífico; pero me consta que, tanto el propietario como el pintor, convinieron en que aquellos pincelazos querían decir “Trueno”.

En las paredes exteriores blanqueadas y con guarda azul, la misma mano que borroneó el rótulo, pintó letreros que decían: “arós carolina, quezo en polvo, zardinas en aceite y con tomate, peje seco, ropa echa, sonvreros de pita, etc., etc.”

Sobre las reglas que coronaban las dos puertas del establecimiento, y en palos y clavos, se mecían al viento y al polvo, jáquimas y alforjas de mecate, sartas de trompos, rollos de cabuya, sondalezas, y una infinidad de artículos menudos puestos a la contemplación del transeúnte, al que sacaban un ojo, arrugaban el sombrero o hacían un chichón gordo en la propia jupa.

El interior de “El Trueno” presentaba un aspecto pintoresco, un hacinamiento de objetos nuevos y viejos, útiles e inútiles, grandes y pequeños; casi indescriptibles; allá en el suelo, un manojo de escobas extranjeras; acá, rebosando grasa, un tarro de aguarrás; aquí, un barril de frijoles bayos; el saco de azúcar negro con su cucharón de lata o erizado de avispas; el cajón con sal criolla rezumando agua; el rimero de espuelas y frenos, la sarta de guruperas, las ollas, cazuelas y comales herrumbrados colgando del techo. A la par del salchichón negro sudando grasa; los quesos de bola, como soles en tiempo de quema, codeándose con las cinchas de cabuya, rayadas de azul y verde, los atados de dulce en desordenada hilera, forrados en bagazo y hoja de caña, desmoronándose sobre la caja de candelas “Belmont” de a ocho en libra y el queso de Bagaces con su costra de boñiga. Sobre el mostrador de cedro lleno de cortaduras, raspaduras y entrerrenglonaduras, la urna de feísimo estilo con sus varillas barnizadas y sus vidrios cubiertos de goterones y polvo, repleta de tiliches, como gargantillas, sortijas de plaqué, caballitos, gacillas, alfileres, pañuelos con “Te amo” y “Tuyo hasta la muerte”; papel de cartas “Congress”, sobres amarillos, betún de Masón, jabón de

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Windsor, leontinas de cobre, cintas de papelillos, pomadas “Filcome” y perfumes de todos los colores del arco iris y de los olores de todos los almizcles, sin exceptuar el pachulí apestosísimo. Clavados en el borde del despacho del guaro “diacuatros” y “diadoses” falsos; trascendía el olor acre y nauseabundo del tabaco en rama y de la breva Virginia que en un cajón del mostrador yacían entre trapos húmedos, y pendiente de grueso alambre de hierro sujeto al techo por colosal argolla, la balanza de latón con sus anchos platillos y sus cadenitas decoradas por las moscas.

El despacho del licor lo marcaba un pedazo de mostrador forrado de zinc, con su tubo de agua, su vasera verde y su cajón con agujeros, repleto de botellas rojas, pescuezudas, llenas de aguardiente; a los lados brillaban las medidas arrugadas en el fondo, los cristales de aumento y la botella de gotas amargas con su tapón con pluma de gallina.

Las paredes del fondo y laterales, estaban cubiertas de estantería alambrada que soportaba vinos y licores, paquetes, cajas, vasos, latas, manojos y demás continentes repletos de cuanto artículo de comercio hace falta para las necesidades apremiantes del consumo diario. En un extremo, una urna vertical lucía sus entrañas atestadas de pan dulce, pan francés, galletas, biscocho, quesadillas, rosquetes, pasteles de piña y mora, tártaras, enlustrados, polvorones, piezas, pan de rosas, cajetas y un millón de golosinas, sin que faltaran ni el trozo de queso de Turrialba ni la mantequilla lavada del “país”.

En todos los huecos libres saltaba a la vista el consabido “HOY NO SE FIA, MAÑANA SI” y atravesada entre ambas puertas una mugrosísima mesa de madera ordinaria llena de chorreones de esperma y de jarabe, a la que hacían corte cuatro o cinco bancos de palo liso y llano, de tres y cuatro patas siempre cojas; todo para honesto recreo y grato solaz de los marchantes.

Tal era y fue durante varios años la TAQUILLA, PULPERÍA Y TERCENA DEL TRUENO, o mejor dicho, de Serapio Conitrillo, hombre de cuarenta años muy bien contados, pelo lacio caído sobre la frente, entortado de pomada; bigotillo raquítico como rabillo de alacrán, dientes encaramados, ojos de culebra toreada, nariz de montura inglesa, alma atravesada y corazón mezquino y carcomido por la presunción y la usura. Vestía con ridícula elegancia, y cuando hacía sus salidas domingueras, parecía mico de organista limosnero, prendido a un garrote de guayacán con puño de peseta guatemalteca. Era el dandy del barrio bajo y el tenorio de todas las criadas de adentro del vecindario, así como el amigo de confianza de cuanto orillero palomilla gastaba chaqueta en cinco cuadras a la redonda.

A las cinco de la mañana se abrían las puertas de aquella Arca de Noé, y empezaba el despacho de tragos y comestibles.

—Buenos días, don Serapio, écheme una cususa de a diez, con gotas y gavilana, pa quitarme la goma.

—Al mío mel’echa mermú.

—Péseme media libra de iztepeque y me mide vara y media de sondaleza.

—¿No jué un cuatro el que le di?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

No, señor, fue una peseta.

—¿Entonces qué haría yo un cuatro de arbolito que traiba?

—Sepa Judas.

—¿Tiene pan de güevo?

—No hay, pero lleve del chumeca, que es lo mismo.

—¿Cuánto me da sobre este Colis?

—Seis reales, a diez el peso por semana de aquí al sábado.

—Eche acá la plata.

—¡Un cinco de café molido, un cinco de queso y diez de arroz del de a quince!

—Son veinte centavos, tome su cinco vuelto.

—Pero este cinco está con güeco.

—Pero así corre, no me moleste.

—¿Qué quería, ñor Rosa?

—Una mecha y una piedra de chispa.

—¿Y usted?

—Que si merca pan de yuca.

—¿Da vendaje?

—Cinco de pan de tres bollos.

—¿Trajo el cinco?

—Jue que dijo mama que el sábado se lo arregla, qu'es que hora no tiene y que le mande también un cinco de panecillos, pero que no sea Caracas ni Matina; que si no hay Nicaragua, qu'entonces le mande candelas de sebo.

—Decile a ña Chon que con esto son treinta y cinco y que mañana muere el rebozo, que yo qué.

—Vea, ñor hombre, si no compra el peje, no me lo esté manoseando porque se jiede.

—Ni si juera de oro. ¡Tan delicaos!

—¿Tiene una gargantilla pa los dientes, de espina de pochote?

—¿Cuánto importa ese polvo?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—Sáqueme esa pomada pa vela.

—¿Es de azajar?

—No, señor, de mejorana, hay también de miramelindo y rosa té.

—Idiái, ¿a mí no m'espacha?

—¿Ahí estabas, crespá? ¡Cómo no te había visto! ¡Pues cómo no te he de despachar! ¿Qué se te ofrecía?

—Pos que ya venía por aquello...

—¡Ah! sí; escogé la que te guste; mirá, esta de perlitás es la mejor; llevátela. ¿Qué dijo tu mamá de la serenata?

—Está con tamaña trompa desde que se levantó.

—Yo te la contento; llevale esta lata de salmón y esta... ¡Mire; ñor hombre, no se arrecueste a la urna porque le quiebra el vidrio!

—¿Vende esas guruperas?

—Sí, señor.

—¡Pues tiene suerte!

—¡Hágame el favor de no venir a cargarse!

Continuaba la eterna jerigonza y el constante entrar y salir, regatear y comprar de todos los criados y concertadas del barrio, de todos los chiquillos de la parroquia y de cuanto campiruso pasaba encargado de comisiones de los caseríos vecinos.

A las seis de la tarde, tocaba ya la parada en la Plaza Principal y comenzando a encenderse los faroles municipales, además de los compradores, iban llegando el maestro Molina, albañil; el renco Chonela, oficial de zapatero; ñor Muñoz, herrero y Luna o ñor Luna, vago de profesión y mal entretenido de afición, algo músico, un tanto leído y un mucho jaranero en toda clase de juegos de ingenio y suerte.

Formaban el invariable cuarto de dominó: Molina con Chonela y Muñoz con Luna; cuarto que casi siempre acababa en borrachera de uno de los cuatro, si no en pendencia de dos o tres de ellos.

—Revuélvame las fichas, Lunita, pero no amarre las doble blanca.

—Fíjense en que el cuatro y tres está rajado.

—Usté lleva la cuenta, ñor Muñoz.

—Doble-cena,... doble-cinco...

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—¡Aquí está el doble-cuatro!

—¡Échenos los mistaos, don Serapio!

—¿Ya la puso, Luna?

—No, señor, no la he soltao.

—¿No tenés ases ni blancas?

—¡Doses y cincos!

—¡Paso!

—Pues a cincos.

—Dominó.

—¿Quién metió este forro?

—Chonela, porque yo jugué el cuatro y blanco.

—¡No señor! ¡Adió! ¡Conque yo pasé a blancas y ñor Molina puso el cinco!

—¡Pa qu'es, eso! ¡Si yo fui el que cerré a treses!

—¡Apúntenos las treinta y siete, Luna!

—¡No, si no hubo juego! ¡Hombre, y el maestro Muñoz pasó a cincos, teniendo el cinco y dos!

—¿Pero hombre, usted está socao?

—¡No me friegue l'alma! Ya viene usted a calentarme; ¡conque yo le socaba a Chonela, y usted sólo poniendo nuevas y jetiando!

—Aquí falta la doble-blanca; seguro que la tiene Luna; entre la manga. ¡No hagan jaranas!

—¿Pero vas ves que yo la tengo? ¡No seas tonto!

—A mí no me trates de tonto, porque vos sos un jaranero, cochino, y no tenés boca con que hablar.

—¡No seas chancho! ¡No viste que el doble-blanco estaba durmiendo!

—Pero no se calienten por eso; menélas usted, ñor Molina. ¡Échenos otra ordencita, don Serapio!

Y juegos iban y juegos venían y jaranas y forros y disputas y tragos se menudeaban, hasta que sonaban las diez en el reloj de la Catedral y los serenos repiqueteaban los pitos. Ñor Muñoz se marchaba en compañía del maestro Molina y Chonela y Luna se quedaban jugando cabras a la ficha mayor hasta agotar la paciencia del tísico de don Serapio.

La mujer de Luna, envuelta en su rebocillo de hilo y con semblante angustiado, se asomaba a la puerta del “Trueno”.

—¿Está Luna?— preguntaba por señas a don Serapio y éste le indicaba que sí estaba, pero que tenía sus tragos.

—Caminá Rafel, ya son las diez y media.

—¡Mirá, Valeria, no vengás vos ahora a llenarme la cachimba de tierra, porque te soplás tu golpe!

—Pero hombre, Rafel, no siás desconsiderao, ¿no ves que el chiquito sigue malo y que hay que trerle la medecina?

—Si, hombre, Lunita, hágale caso a su señora, hágalo por la familia, insinuaba don Serapio.

—¿Quién dijo güevo pa que usté se entremeta en lo que no le va ni le viene?

—Pero no ve que es que usted está un poco descompuesto y puede venir la policía y...

—Pa eso es con mi plata; ¿le debo algo a algún chollao? ¿Ah...?

—Pero hombre, Rafel...

—Vos calláte, zaniba de todos los diablos. ¡A mí no me manda nadie!

—Vea, Luna, yo no consiento que en mi establecimiento venga usted a faltar.

—¿Y usté qu'es lo que quiere, ñato, usurero, car'e murciélagos, trompechancho, tizón del infierno? ¿Quiere que le saque una muela y lo reviente a la calle? ¡Sálgase si es hombre, so naguas!

Luna, rebotando como un coche viejo, reventaba el dominó en la cara de don Serapio y le arrimaba un banquetazo a la urna de los tiliches y le “enjorquetaba” las guruperas a su infeliz esposa; Serapio se hacía por un Colis descomunal y Valeria cubría con su cuerpo el de su esposo borrachísimo, a la vez que aullaba y lloraba amargamente.

Intervenía el sereno de la línea, armado de tortol y retaco, se sacaba a Luna con mil y tantas amenazas y dificultades y don Serapio cerraba el establecimiento, previas protestas de ña Valeria de “más que juera robao ella le pagaría los prefuicios”.

Pocas horas después, Valeria lloraba abrazando el frío cadáver de su muchachito de su alma; Luna dormía su borrachera tirado en un rincón; don Serapio soñaba con la conquista de la crespita y el sereno se “desgañotaba” en la esquina cantando a voz en cuello:

—¡Las doces han dao y ñublao!

UNA VELA

Eran ya las ocho y pico de la mañana y apenas si se paraba un instante el rudo trabajo que, aclarando, había emprendido la familia de ñor Concho Meléndez, ayudada por peones y “pionas” y allegados de la casa. Se trataba nada menos que de los complicados preparativos de la vela que en la noche debía verificarse allí, cumpliendo con la devoción que ña Regina, esposa de ñor Concho se había impuesto desde su primer año de matrimonio y la que se dedicaba al Arcángel “San Grabiél”.

Ñor Concho, con dos peones “esguazaba” una hermosa ternera de año colgada de una de las cadenas del amplio corredor; yacía ya desangrada y cuelliabierta una chanchilla sobre la que trabajaba un mocetón del oficio; los zopilotes jalaban tripa en medio patio, disputando las piltrafas a los perros; corría un chiquillo detrás de un pato jadeante, condenado a la guillotina; ña Regina con las muchachas, amasaba medio quintal de harina “Goleen-gate” haciendo rosquillas y panochas que iban colocando con primor en las “cazuelejas” llenas de manteca; Tiburcio encandilaba el horno y alistaba la escoba de ramas verdes para barrer las brasas; otros sacudían las telarañas; los de allá amarraban uruca y “cojollo” en todos los horcones; éstos arreglaban el camarín del Santo con pudreorejas de papel, gallitos de barro de olla, retazos de lino, ramilletes de clavelones y amapolas, saúco y damas, y por todos lados la alegre charla, el dar de voces y las sonoras carcajadas uniéndose al gus gus de los zopilotes, al ladrido de los perros y al cacareo incesante de las gallinas acosadas.

—¡Atájemelo en esa tranquera!

—¡Muchacho de todos los diantres, espantá la cuijen que se está comiendo las empanadas!

—Mire, ñor Raimundo, no se le olvide sacármele la telilla, que es para un remedio; y no le vaya a reventar la jiel.

—Écheme p’ acá ese solomo y la asadura.

—¿Le echaste comino al picadillo?

—Ve que no se le tueste mucho el rostro.

–Corré, trete un diez de ajonjolí, un cinco de anís y dos cabezas de ajo.

–Ese sebo de riñonada déselo a Regina pa un sobo.

–Atizá ese jogón; mirá, echále esa ramazón de guayabillo.

–Meniá bien la mistela de leche y puntiále el tanto de guaro, que no vaya muy cargada.

–¿Tendrá con cinco limetas?

–Ole a quemao.

–¡Apiáte la miel, que ya está de punto!

Terminada la primera parte de la faena, ñor Concho, ña Regina y mano Trenidá se reunían en el corredor para resolver el delicado cuanto importantísimo punto del convite.

–Bueno, la comadre Petra y ñor Ureña, dos; mano Chico Piedra con las dos muchachas, cuatro; ñor Vicente...

–¡Mirá, Concho, yo qué! Vos sabés que a yo no me va, ni me viene; pero yo que vos, no convidaba a ñor Vicente...

–Entonce, no viene ña María y se calienta Simona.

–Más que no vengán; pero acordáte la soca que se amarró el año pasao y el desorden que hubo; ¿verdá, mano Trenidá?

El aludido con cara de asentimiento, se entretenía en hacer un hueco en el piso con el dedo gordo del pie derecho y por toda contestación lanzó un pujido.

–Adió, dejáte de tonteras, ¿cómo voy hora a dejalo de convidar? No ves que si no va y viene a fregame endespúes con sus...

–Pos convidálo, pero yo más hago al alvertítelo.

–Bueno, son siete; mano Lico y la mujer, nueve; ñor Solís...

–¿Cuál Solís?

–El sacristán, ve que prestó los candeleros pal altar y la imagen del Buen Pastor y...

–Sí, si es que yo creiba que era ñor Solís Cuchite.

–No siás así. ¿Vos ves que a ese rascao lo iba yo a almetir de puertas adentro?

Concluida la lista de invitados y despachados los emisarios del caso, se siguió con la música.

–¿Quién es el mestro?– preguntó ñor Trenidá.

–Ñor Cuerdillas, el mestro de capilla de la Sabanilla; ya quedó seguro dende ayer.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—¿Y por qué no vino el maestro Sinesio?

—Porque es que va a tocar los nueve días del finao Molina.

—¡Achará! ¿Y ñor Cuerdillas es bueno?

—¡Oyí, Regina, que si es bueno! Pero mano Trenidá, ¿con que ha tocao en Catedral con el maestro Esteban y estuvo como tres años en la banda del Naranjo!

—Ah, bueno, es que yo no sabía. ¿Y quiénes más vienen?

—Pos viene Pirinola con el acordeón; el tuerto Meneses con la guitarra, ñor Torres con el pistón y Pilar Segura con el bajo.

—¿Idiái, no va a haber violón?

—Si es que no se ha podido conseguir: ñor Zúñiga no quiso.

—Es que se hace de rogar, pero si quieren le hablo.

—¿Qué te parece, Regina?

—Pos que le hable, ¡pero que no le afloje más de medio escudo!

—Cuidao con Pirinola, que le gusta mucho rascarse y es muy peliador.

—Ah, no; el que me falte, lo saco de la casa.

Siguió el renglón de la pólvora.

—¿Ya jueron a trer la pólvora?

—Dende las nueve. A saber si la habrá labrao toda el maestro. ¿Le dijiste de los cuetones de luces?

—¿Y a yo se miolvíaba?

—Tiene que mandar dos docenas de cargadores, cinco bombones para los misterios, dos recámaras pal “En el nombre del Padre” y el fin, docena y media de sartas pa la letanía, los cuetes de luz y los soles:

—¡Ves, se tiolvíó encargale los cachiflines!

—Mandá mercar unos a la villa; que traigan una docena dionde ñor Chaves.

—¿Cuánto mandó labrar?

—Una arroba.

—¿Onde quién?

—Onde el maestro Rosa, el de la Cuesta de Moras.

Ese jue el que labró la pólvora pa las fiestas de Alajuelita, hora pa Esquipulas.

Serían las seis de la tarde cuando aún se corría de acá para allá y se daban órdenes y la última mano al arreglo de la casa y especialmente de la sala, en la que se efectuaría la parte principal de la fiesta, es decir, el rosario y el baile.

La sala, de unas seis varas de frente por ocho de fondo, enladrillada, pintada con cal y zócalo verde, sin cielo raso, dejando al descubierto las hermosas vigas o cadenas de cedro labrado con azuela y el cañizo, sostén de anchas y pesadas tejas de Patarrá, merece descripción de su parte decorativa.

A lo largo de las paredes y en correcta fila, asientos de petatillo alternando con taburetes de vaqueta acompañaban a dos sendos escaños “del tiempo de antes”, lustrosos por el uso; en el centro de la pared del fondo, sobre una mesa ordinaria cubierta con cortinas prendidas con flores de trapo, ostentaba todo su lujo un camarín de lata pintado de los colores del arco iris, lleno de flores y “güevas” de limón; entre el camarín un San Gabriel de bulto, obra guatemalteca, rodeado de muñequillos, chivitos, paticos, y un sinnúmero de chucherías de china, vidrio y barro; rodeaban al camarín candeleros de cobre con sus enormes candelas de cera y jarrones o floreros llenos de ramilletes ordinarios. Pendía del centro del techo un velón con cuatro “espelmas” y en las paredes brillaban las ostentosas pantallas de medias lunas y estrellas de colores chillones.

En el corredor había un farol, una linterna grande en la cocina y varias candelas esparcidas por el aposento y resto de la casa.

Ñor Concho, con su buen calzón de casimir diagonal, su “cotón” de jerga de Guatemala, su banda de redecilla, su camisa hechiza y sus zapatos amarillos de “talpetao”.

Ña Regina, de cotona rosada con caballito negro, enaguas de merino color café, pañuelo de seda verde con ojitos tintos y su bien hecho “atao” con jasmín del Cabo.

Ambos apestosos a “pachulí”. Los hijos de tan venturosos cónyuges, muy “mudaos” y las hijas, muy compuestas.

Ya habían acudido algunos invitados, entre los que descollaba Lencho, novio de una de las muchachas, con los calzones amarrados con ancha faja de alfombra más abajo de las caderas, dejando al descubierto gran parte del bajo vientre, camisa azulada tirando a verde, pañuelo flor de romero anudado al pescuezo, chaqueta de paño tigrillo que no le cubría la rabadilla, amapola prendida al ojal, sombrero de pita a la pedrada y con los pies al aire muy bien lavados con teja y olote. Portaba su buena realera a la cintura y se daba aires de conquistador y de matón.

Brillaban juventud y vida en los negros ojos de una trigueñita de anchas y redondeadas caderas, brazos de alarmante musculatura, pecho turgente y provocativo, boca color de pitahaya, dientes como granitos de elote tierno y risa abierta y francota, andar de gallinita jardinera y bailar de isleña camagüeyana. La llamaban la Ñata y era el adorado tormento de cuanto pelele la había conocido, pero las malas lenguas aseguraban que era la novia de ñor Vicente, el “socio alborotero”, como decía ña Regina.

Fueron llegando algunos de los músicos, pero el “mestro” Cuerdillas no aparecía ni vivo ni muerto.

–Corré donde ña Tomasa Solana a ver si ya llegó el maestro, que se venga, que lo estamos esperando, que ya vino el rezador y que ya están ai los otros músicos.

–Bueno sería que fueras templando, Meneses.

El tuerto principió por pedir un la a ñor Torres, éste soltó un atroz berrido con el pistón y Pirinola suavizaba las llaves del acordeón a la vez que iniciaba el *Sobre las olas*.

Por fin, escoltado por la mayor parte de los convidados y por un grupo numeroso de curiosos, asomó el Maestro Cuerdillas.

–¡Ai está ya el MESTRO!

–¡Ñor Concho, el maestro!

–¡El maestro, ña Regina!

–Vayan a recibir al maestro.

–¡Que viva el maestro!

–¡ Vivaaa!

Era el “mestro” Cuerdillas un viejo como de cincuenta y cinco años, pelo color de ceniza, ojillos verdes, ceja poblada, con más arrugas en la frente que polainas de artillero miliciano; afeitado el bigote, dejaba esparramarse a sus anchas una boca descomunal de labios gruesos y salientes, nariz de panecillo y orejas taqueadas con pelotas de algodón; usaba bufanda color naranja, gastaba saco y pantalón chinilla y calzaba “medias cañas” con los tacones torcidos. Tenía un genio endemoniado, gran afición a la música y especialmente a las velas; había sido medio calaverilla en los tiempos de don Braulio Carrillo y poseía como única prenda de valor por su antigüedad e historia, un violín cascado y mugroso, inseparable compañero de una funda de franela azul con hiladillas de lana negra.

Apenas hubo devuelto los saludos y apretones de mano con que fue recibido, entró a la sala, hizo una ligera genuflexión al Santo, miró con aire de protección a sus compañeros de arte, sacó su violín, colgó la funda y dio principio a la interminable tarea del temple.

–Déme un la Meneses.

–Que se lo dé Torres porque el entorchao de la quinta está estirando.

–¿Por qué no le puso cuerda de piña?

–¿Qué va a tocar primero?

–*Tus ojos*.

—¿Eso es polca o valse?

—Es como a moda de varsoviana.

—¡Tóquense algo pa encandilar!

—¿Ña Regina, quiere que le toque el *Aster di bol*?

—Mejor tóquese el *Invito*.

Cuerdillas enceró el arco, afirmó el violín en el cogote y rascó las negruzcas cuerdas con empeño de artista consumado.

Los muchachos fueron sacando pareja, ñor Trenidá sacó a ña Regina y ñor Concho echó el brazo al cuadril de la trigueña Ñata.

Los desacordes del *Invito*, los bufidos del bajo, los chirridos del violín, el “puntiao” de la guitarra, los ronquidos del acordeón, las agudísimas notas del pistón, el rastrilleo de las patas descalzas en los ladrillos, el humo de las candelas y el vaho almizclado de las parejas, llenaban la sala, atronaban la casa, alborotaban al vecindario, incitaban a los mirones, coloreaban las arrugas de ñor Cuerdillas y hacían temblar entre su camarín de hoja de lata, el arcángel San Gabriel y su corte de monigotes de china y barro.

—¡Vivan los dueños de casa!

—¡Vivaaan!

—¡Que viva mi pareja!

—¡Que viva!

De repente un golpe seco y un ajo más seco y más sonoro rompía el encanto; la música paraba y las parejas acudían al rincón en donde el “mestro” vociferaba.

—¿Idiái, no siguen?

—¿No está viendo que se me reventó la prima?

—Añidíla.

—Toque sin prima.

—No sea tonto, ¿cómo quiere que toque sin prima? ¿Usté se está creyendo que esto es como chiflar a caballo?

—¿Y no trujo más?

Ñor Cuerdillas anudaba la prima y volvía a la faena del temple en medio de la algazara.

—¡Regina, sacáte pa los músicos! ¿De qué se lo toma, maestro?

—Écheme un rompope.

Los músicos eran llevados al aposento vecino, en donde se les echaba su cristal de ron blanco o de guaro de caña y en donde se atarugaban de pasteles, lonjas de lechona y lomo relleno.

Por la sala circulaban ya los platos llenos de puros y cigarrillos, los platones de tosteles y carnes, y los jarros de chocolate espeso, oloroso a jamaica y clavo, con sendas empanadas de maíz, rosquillas de biscocho y trozos de “hojaldra” de pan dulce.

Los mozos se hartaban de tamales y guaro y “humaban” sus apestosos chircagres en alegres corrillos.

Pasado el primer ataque a los víveres, ataque extemporáneo, toda la concurrencia se colaba en la sala de rezar del rosario “cantao”, pretexto de aquella fiesta.

El rezador se arrodillaba en un taburete al frente del retablo, las mujeres se arrodajaban en el suelo y los hombres se arrimaban a las paredes o se agrupaban en los buques de las puertas.

Principiaba el rezador con voz gangosa a signarse, cuando el estampido de una recámara hacía retemblar la casa hasta los cimientos. El rezo se interrumpía a intervalos regulares para dar lugar a las partes musicales, y el encargado de la pólvora no se daba punto de reposo quemando cargadores, cohetes de luz, sartas de bombetas y bombones; a veces un cachiflín introducía el desorden en la concurrencia, y el acre olor del azufre llenaba por completo aquel recinto.

Concluidas las oraciones y cantos, volvía con mayor ardor el baile interrumpido. Se tocó sin descanso, mazurcas, polcas, “chotis” y valsos.

La Ñata salió a bailar *El Torito* con un hijo de ñor Concho. Las aclamaciones a la airosa trigüeña fueron unánimes y acordes las silbas al desgarbado “parejo”.

Ya los tragos habían subido la temperatura de los bailarines, la sala parecía un horno en brasas, las candelas chorreaban a lo largo de las paredes, el acordeón estaba arrinconado por juma de Pirinola, el bordón antorcha de la guitarra estaba arrollado al clavijero como rabillo de marrano, ñor Torres había sacudido como veinte veces las babas del pistón y Cuerdillas, a media ceiba, no acertaba con la nota precisa, cuando en el patio se oyó un juramento descomunal y el chirrido estridente de un cuchillo rastrillado sobre las piedras.

—¡Es que a yo naide me avasalla, so calzonudos! ¡Que se salga el que quiera dase cuatro planazos con un hombre!

—¿Qué es el bochinche? gritó ña Regina desde la sala.

—Es que ñor Vicente está socao y quiere pegale a Tiburcio porque bailó con la Ñata.

—¡Ai está lo que yo dije! ¿Ves, Concho?, pa que viás. Bastante que te lo alvertí. Hora ese malcriao se va a pasiar en la fiesta!

—¡Sosegáte, Vicente, aquí no vengás a faltar. ¡Respetá el Santo, no siás mal dotrinao!

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—¡Se va callando, viejo chuchó! Aquí naide baila más sin mi gusto, decía Vicente con el cuchillo en una mano, la chaqueta en la otra, los calzones medio caídos y el chonete terciado sobre una oreja.

—¡Se calla esa música o va filo!

La mayor confusión se apoderó de todos los ánimos; ñor Cuerdillas, pálido como un difunto, salió a escape con el violín debajo del saco, dejando la funda y el sombrero sobre un escaño; el pistón perdió la embocadura en la carrera; Pirinola se acurrucó debajo de la mesa del Santo, haciendo una cuchara la bocina del trombón, y ñor Meneses en defensa personal, le arrimó un guitarrazo en media jícara a ñor Trenidá, quien se colgaba de las enaguas de ña Regina hecha una tintorera. Ñor Concho se atrancó en el cuarto de las monturas, los invitados se hicieron por sus cuchillos y Tiburcio agarró a dos manos un enorme mamón de poró.

Ñor Vicente, dueño del patio, dirigió una mirada despreciativa a los fugitivos, una sonrisa sarcástica a los defensores, salió con paso mesurado y aire altanero blandiendo la realera y al llegar al portillo de la cerca, lanzó un sonoro grito de desafío:

—¡Uí... ya... yai... Cara...!

Tambaleó y cayó inerte en el duro suelo, confundiéndose el ruido del costalazo del borracho con el eco sonoro de su grito de salvaje, en el perfumado bosque de las vecinas montañas.

LA PATRIA, 29 de marzo de 1896

UNOS NOVIOS

Ñor Sebastián Solano, viejo que abrió los ojos allá por el año de la Independencia, que después de batirse como un bravo en nuestra única y tan sonada Campaña Nacional, supo acumular una regular fortunita, vive en santa y regalada paz en el pueblo de su nacimiento, en compañía de su familia, compuesta de ña Teresa Rivera, su arrugada costilla, y de su “unicuija”, la donairosa Jacinta o Chinta, como sus padres la han confirmado.

Lencho Anchía, mozo de unos veinticinco años, vecino y ahijado de ñor Solano, entabló amores con Chinta y, correspondido por ésta, todo fue uno quererse y casarse con el beneplácito de toda la parentela.

Yo he venido siendo amigo de ñor Sebastián, y por consiguiente, fui por él invitado a la boda con todos sus circunloquios.

—Vea, don Magón, lo qu’es por bestia no deje de ir; el sábado bajo y le dejo el patas blancas pa que vaye: es cosa de probes, no se figure que va’ber budines ni bistedes.

Y lo que fue por bestia no dejé de ir; fui en el “patas blancas” a trote desgarrador y me encontré en plena fiesta de novios, la casa de mi buen amigo ñor Sebastián Solano.

Sobre la tranquera lucía un hermoso arco “bambuses” entrelazados con pacaya y saúco, y cubierto de flores de reina de la noche; el patio, amplio y despejado, había sido barrido a conciencia; los corredores estaban adornados con vástagos de plátano y banderitas de papel, y la sala brillaba como una camisa almidonada, cubierta de flores y adornada con cortinas y antimacasares prendidos con poco arte y menos gusto, de cuanto ángulo saliente o cajón de puerta y ventana daban lugar a recibir un clavo.

La ceremonia eclesiástica había tenido verificativo a las cinco de la mañana en la Ermita del pueblo, ante numeroso concurso y con su acompañamiento de bombas y cohetes, su velorio y repiqueteo de campanas y chorreadera de candelas de cera y esperma.

De manera que a mi llegada los viejos, los novios y la concurrencia sólo se ocupaban del hartazgo, de la bebedera del baile y del consiguiente jaleo.

Los músicos, un violín, un clarinete y una guitarra, lanzaban al aire alegres aunque desentonadas notas; los “muchachones” se esforzaban en bailar atropelladamente agarrados a sus respectivas parejas; los viejos se atarugaban de lomo relleno, café y cuajadas, arrodajados en la cocina; los

novios coqueteaban encaramados en una canoa a la vera del corredor, y ñor Sebastián y su vieja sudaban la gota gorda por mostrarse complacientes y dejar bien sentados su nombre y su fama de personas “rajadas pa un convite”.

—Mándese apiar, don Magón. Ya yo me creí que no venía.

—Sí, señor, hora me lo estaba diciendo Sebastián, que qué sería la tardanza.

—Venga pa que conozca a Lencho y pa que vea a Chinta.

Corrió ñor Sebastián, agarró a Lencho de una punta de la chaqueta y me lo empujó echándomelo encima, a la vez que me lo presentaba con estas palabras:

—Este es el mentao Lencho Anchía, que unque es feo el decilo y no es porque se haiga casao con m’hija, no tiene por qué le ponga naide la cara en vergüenza en ninguna facultá.

—Ña Teresa me señaló a Chinta, toda avergonzada y confusa. Temblaban en los ojos de la buena vieja un par de lagrimones; su cara denotaba encontrados sentimientos de placer y de ternura y la sangre franca y leal de nuestras campesinas coloreaba las arrugas de su honrada frente.

—Nu’es porque sea m’hija don Magón, pero vale lo que pesa en oro; ella pa la plancha, ella pa la piedra, ella pa la batea, y más que no se sepa la O por redonda, eso sí buena cristiana y buena hija con sus padres.

Chinta tenía que ser cuanto su madre decía: si la cara es el espejo del alma y a los ojos se asoma el corazón en las horas de supremo placer como en las de honda angustia, si para reír como para llorar, lo bueno y lo bello despliegan o contraen los labios a los párpados, aquella niña era dechado de virtud y de ternura.

Era alta, esbelta, morena. Abundosa y rizada trenza de negrísimo cabello sombreaba el óvalo correcto y picaresco de su linda cara; brillaban bajo sutiles cejas y al amparo de sedosas pestañas, unos ojos más negros que la conciencia de un agiotista y más juguetona que un gato vagabundo; la boca, como flor de granada rociada de sereno, daba paso al candor y a la inocencia en forma de sonrisa; la blanquísima gola de la fina camisa, a duras penas contenía la exuberante curva del turgente seno; la respiración anhelosa hacía temblarla luz en las plateadas lentejuelas y formaba magnífico pedestal a tan hermoso busto la graciosa ondulación de la breve cintura y la apretada redondez de las caderas. El color bronceado claro del fino cutis, la atrevida sencillez de los desnudos hombros, el terciopelo del fino vello de los torneados brazos, la corona de azahares olorosos, la húmeda mirada, la sonrisa zalamera y el todo de aquel botón de tricopilia, lleno de sangre joven y de perfume de selva virgen, me hicieron envidiar la suerte del novio, del venturoso Lencho a quien odié un instante y por quien me hubiera trocado a pesar de sus manotas callosas, sus orejas llenas de tierra, sus talones “rajaos” y su chaqueta color de panza de burro y sus calzones negros de cuero de diablo.

—¡Tóquense *El Torito*!

—¡Sí, arrelen a un zapatiao y que bailen los novios!

El clarinete rompió el silencio con las picantes notas del torito, el violín hacía segunda y en la guitarra vibraban las sonoras cuerdas con un rasgueo endemoniado que hacía saltar el corazón y anudaba el gozo a la garganta.

Los novios se abrieron paso y los mirones hicieron cancha.

Lencho, con su pañuelo de seda rojo echado al cuello y del que agarraba las puntas con ambas manos, restregaba las patas en el suelo de tierra y llevaba el compás con las angulosas caderas, dando vueltas alrededor de Chinta, hincando ora una rodilla, ora la otra, tirándole besos con la punta de los dedos y lanzando de pronto vivas a su airoso pareja.

Chinta, cogida la cintura con aire desdeñoso, enarcando el gracioso cuello, con la perpetua sonrisa en los labios, con jacarandosa y sandunguera alegría en el semblante y estremecimientos provocativos, movía los pies con acompasado ritmo y escurría el cuerpo a su galante pareja.

Ña Teresa hacía pucheritos en un rincón de la sala, y ñor Sebastián resoplaba entre la piña de mirones con las cuerdas del pescuezo tirantes como bordones de contrabajo, la cara amoratada y sudorosa y la boca abierta de par en par, dando ancho paso a la alegría que le llenaba el cuerpo y a la satisfacción que le rebosaba el alma.

Concluido *El Torito*, una ruidosa, atronadora aclamación acogió a los bailarines, entraron a la lid nuevas parejas, mientras que las salientes se entretenían en placeres más sólidos alrededor del “molendero” de la cocina, atestado de gallinas rellenas, lomas, chorizo, huevos duros, queso fresco, cuajadas, pan dulce y rosquetes, e infinidad de bocaditos más o menos sabrosos.

Yo me saqué la tripa de mal año, y hasta una indigestión, atipándome de cuanto yo creí que me gustaba, además de lo que los viejos me hacían creer que era bueno, y a las once de la mañana, un tanto soco y un mucho ahíto, me dormí profundamente al pie de un frondoso higuerón, al arrullo de las músicas nacionales, olvidando a Lencho y cantando entre dientes:

Echame ese toro ajuera
hijo de la vaca mora,
para sacarle una suerte
delante de mi señora.

EL HERALDO de C.R., 12 de abril de 1896

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

CAMAÑUELAS

Todavía la carretada de guate que el 27 de abril de 1870 puso en conflictos a la República y trajo al país a nuevos y más o menos empañados horizontes, no había pasado por el Cuartel de Artillería.

Vivíamos vegetando con menos pretensiones que hoy, cuando ocurrió el histórico caso de mi cuento.

Don Salustio Callejas, hombre entrado y aun salido de años, pues cuenta según él sesenta y ocho cumplidos, fuera de los que gastó en su tierna infancia, de los que no hace mención, salió hace unos días a hacer visita de digestión en casa de doña Anacleta Garro, “su amiga de muchachez”, como dice ella.

Hacía un tiempo delicioso, sereno, tibiecito y clarísimo; y las pocas nubes que se amontonaban color de ceniza por los lados de San Isidro y en las faldas del Irazú, no inquietaron a nuestro don Salustio, persona muy entendida en materia de almanaques y camañuelas, a pesar de que el de don Guillermo Molina marcaba lloviznas y el de Bristol pronosticaba veranillo, lo que quería decir chaparrón parejo. De modo que Callejas no sacó zuecos ni paraguas, capa ni bufanda y se largó a su visita con el de dominguear y bastoncito de cacique que aseguraba ser “ñámbar” teñido.

En aquellos dorados tiempos las calles de San José eran casi tan malas como las de Heredia y menos iluminadas aún que como hoy quedan cuando se quema un dinamo; las aguas discurrían tranquilamente por media calle arrastrando inmundicias de toda clase y tamaño, sólo rarísimas casas tenían cogidas las goteras, y casi no se andaba una veintena de varas por las pésimas aceras sin ensartarse hasta el tobillo entre un charco o romperse las narices contra un rincón nada impermeable. Hoy casi nos sucede lo mismo, pero además de la ventaja de poseer luz eléctrica que nos ciega y parpadea, no nos mojamos por intervalos en los charcos sino que caminamos con el agua a los calcañares quieta, pacíficamente y sin interrupción.

Eran las siete y media de la noche; don Salustio había estornudado dos o tres veces con gran sobresalto de doña Anacleta, la que cerraba las puertas para evitar chiflones; el objeto de la visita había agotado las últimas frases en boca de ambos y Callejas se preparaba para despedirse, cuando un pelillo de gato bastante nutrido empezó a caer y colarse por la entreabierta ventana.

Pronto siguió tina garúa nutridísima y tras de ella se descolgó un recio aguacero que parecía desentejar las casas. Cada gota semejaba un chuzo y cada gotera un Tequendama.

–Espérese a que escampe, don Salustio, esto pasa pronto y aquí no caen goteras.

–¿Sabe qué es? Qué tengo que estar a las ocho en casa, porque si no no se acuesta Refugio.

–¡Adió! Le mandamos a avisar.

–No, no se moleste, me voy a esperar un ratico mientras pasa este aguaje.

Volvió Callejas a poner el pita sobre la mesa, el cacique en un rincón y se acomodó de nuevo en el ancho y pulido escaño de cedro.

–Ya que por el aguacero se queda, va a hacer penitencia tomándose aquí un chocolate que aunque no es como el de su casa, sí se le dará con muy buena voluntad– dijo doña Anacleta con franqueza y finura exquisitas.

–No se ponga en trabajos, si esto pasa pronto.

–No es molestia, ahorita está. ¿Cómo le gusta más, con poco dulce o con...?

–Con regular dulce; pero no se moleste, mire si...

Llamó doña Anacleta a una criada, impartió sus órdenes y volvió a reanudar la conversación, despabilando de paso la candela y reventando en el suelo enladrillado la encendida pavesa, la que don Salustio aplastó de un solo cacharpazo.

–Vaya un tiempo tan raro, ya lo decía yo que esta luna traía agua.

–Dispénseme usted, señora; acuérdesse de que, si como tercia quinta y como quinta octava, como empieza acaba; estamos a ocho, el viernes fue la llena y este mes pintó buen tiempo. Esto debe ser por las quemas.

–Así será, pero Molina dice que lloviznas, y cuando la llena viene con rodaja de arco iris...

–No me venga con Molina ni con rodajas, doña Anacleta; esto no es más que las abras que están haciendo en Matina y las quemas; si el Gobierno no toma alguna providencia...

La criada puso fin a la discusión, anunciando que el chocolate estaba servido.

Ambos viejos pasaron al comedor, en donde apuraron su par de jícaras de oloroso y espumante chocolate adornado con rosquetes y biscocho, su tajadita de queso y sus untaditas de mantequilla.

El aguacero seguía derrumbando tejas y el patio no podía contener ya la abundancia de agua.

Don Salustio seguía estornudando y hasta había tenido que sonarse algunas veces con su hermoso polvero de seda morado con manguitos rojos.

De la meteorología parda pasaron a la chismografía colorada:

—Será verdad lo que dicen de Micaelita...

—No, yo creo que es que le levantan.

—Pero a mí me dijo Tenorio que...

—Ese no es más que un alabancioso, lengua larga. Acuérdesse de lo que dijo de Robustiana Sibaja y luego resultó que todo eran cuentos.

—Ve, eso sí que era verdad; yo se lo digo porque yo una vez la vi con estos ojos que se ha de comer la tierra, coqueteando con...

—Si es que ella es así; ustedes los hombres son los que se la pasan poniéndonos sus tablitas, y si una cae, todos se la comen, y si no cae, entonces le inventan mil embustes, de modo que una va siempre debajo...

—Pero doña Anacleto, ¿cuándo han hablado por ejemplo de usted, ni de ninguna señora que sea señora de veras? Hablan de las que dan en qué decir. Vea, ¿cómo me va a negar usted que Casimira?

—¡Ah, qué gracia! Con lo que sale ahora; Casimira no tiene ni ha tenido nunca vergüenza y...

El reloj altísimo, de ancho y brillante péndulo, encerrado en su cajón con incrustaciones de concha nácar, dio pausadas y sonoras las diez; el aguacero se había convertido de nuevo en garúa fina y el sueño comenzaba a entornar los arrugados párpados de doña Anacleto.

—Ya escampó, voy a aprovechar esta abrita piara llegar a casa.

—Espérese a que acabe de escurrir.

—Oiga, ya son las diez, ya es muy tarde, Refugio estará alarmadísima y ¡qué dirán!

El qué dirán decidió a doña Anacleto a soltar a Callejas.

Abríguese aunque sea con esta pañueleta y arróllese bien; vea, le voy a dar esta linterna porque es muy grande la escurana.

Pocos minutos después, don Salustio, tapado hasta los ojos con la “pañueleta”, agachada el ala del pita, con los calzones arrollados hasta media pantorrilla, con el cacique en la diestra y el farol en la izquierda, se echó a andar camino de su casa, bajo una agüita con viento capaz de dar pulmonía a las estatuas del Monumento Nacional, y dando traspiés en las aceras mal enladrilladas y peor empalmadas.

Ya habría recorrido con mil y una dificultades las dos terceras partes del camino, tropezando aquí, recibiendo allá en media nuca un goterón frío, metiendo acullá una pata entre un barrial que creyó laja, sudando la gota gorda debajo de su tapujo y con los pies helados como un muerto, cuando en el momento en que alumbraba buscando vado a un caño profundo y cenagoso, dio con el puro hocico contra el barrote de hierro de una ventana volada, se le hizo trizas la linterna contra un palo

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

de amarrar vacas que orillaba la acera y cayó sentado en medio caño, áspergeándose de barro el levitón flamante y poniendo perdidos los pantalones de casimir pura lana, color de tecolote con cuadros azules.

Garbanzo, el decano de los serenos, hoy Sargento de Policía jubilado, acertó a pasar por allí con su retaco y su realera, ayudó a ponerse en pie a don Salustio, le encandiló un traguito de aguardiente, ruciado con la boca en la herida de la cara, le medio lavó el sombrero, se lo canchó y lo llevó hasta la puerta de su casa en donde con los brazos abiertos lo acogió la acongojada doña Refugio.

Desde aquella infausta noche, don Salustio Callejas jamás volvió a creer en el almanaque de Bristol, ni en que si como tercia, quinta y como quinta octava, como empieza acaba.

LA PATRIA, 19 de abril de 1896

¡AL BARATILLO!

Hay casas predestinadas, así como hay hombres torcidos, como dicen los tahúres.

—¿Recuerdan los lectores haber visto hace unos diez años, a Mr. Certain con sus bigotes encerados y cinta métrica al cuello, vendiendo fluxes a quince pesos, camisas a doce reales y sombreros a dieciocho?

Pues del mismo salón de donde la juventud que ayer se levantaba y que hoy no se acuesta, salía emperifollada en vísperas de Corpus, Semana Santa o fiestas, sale hoy todo lo femenino de San José, atestado de motetes más o menos mal envueltos, más o menos desteñidos, pero indudablemente botados a vil precio de vil metal o de mugroso billete.

Desapareció Certain con sus bigotes y sus trapos para dar ancho campo a todos los Robles y Romeros y demás individuos de la noble raza botánica a quienes ha reventado la parte de locura por tirar por aquellas larguchas y desvencijadas puertas cuanto chéchere y cuanto chunche se estaba osificando en “La Villa de París”.

¡Si cada par de botines que allí se regala, abriese las suelas y contara su historia! ¡Si cada sombrilla divorciada del mango que allí se remata, pudiera relatar sus aventuras! Hay allí cobija que perdió el color con el susto del paso en barca por el río de la Barranca, zaraza que no llegó a pegar los ojos en la Aduana de Carrillo y par de zapatillas pedidas para el estreno del Teatro Municipal.

Y sin embargo, justo es consignarlo, los tres artículos citados y el sin fin de mercaderías que se queman en aquel baratillo, han merecido, merecen y seguirán mereciendo la estimación y distinguido aprecio de los costarricenses. La zaraza, como la torre de Pisa, es inclinada pero firme; los zapatos como el vino, mientras más viejos, más buenos; las cobijas por su poca lana como el agua, mientras más clara más potable, *et sic de ceteris*.

Ayer fui a hacerme de mi ganguita, como cada cristiano y quedé encantado. Es que todavía estoy como gallo con vena de diablo. Me bailan por delante los seis vendedores y sus cien mil chunches y me aturde la vocinglería de los doscientos marchantes y bienaventurados logreros.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—Hágame el favor de una pieza de género para sábanas, del de a peso diez— decía una futura suegra.

—Y a mí ocho varas de la sedita de a quince, que no esté muy pod...

—Ninguna está podrida; se vende a quince porque la pinta no es ya de moda, pero vea el costo.— Y le metía por los ojos un cartoncillo en el que se leía \$ Mon \$ Tira.

—¡Mirá niña— decía una hermosísima muchacha a su compañera no menos linda —ese camisón para Matea!

—De veras, niña. ¿Cuánto vale el camisón?

—Si lleva uno, diez reales y si lleva el lote, a ocho pesos docena.

—¿Y esas cortinas?

—Son sobrecamas. A tres pesos.

—¿Y esos calzones?

—A ochenta centavos; ¿le pongo un par?

—No, si los pone a seis reales, llevo tres.

—Se los voy a poner a usted más bajos si les arrima la sombrilla.

—¿Qués lo qués aquí?— decía una vieja quitándose de la cabeza un canasto con naranjas.

—Baratillo, ña María; venga para que vea unas zarazas de primera, a real el metro cincuenta.

—Eche pa vela.

—¿Qué le parece ésta?— decía el dependiente dando un golpazo con la pieza sobre el improvisado mostrador.

—Es medio jetona; ¿y estiñe?

—¡Qué va a desteñir! ¡Si es más firme que el Gobierno!

Pos mídame una terciá bien medida.

—No se vende menos del corte.

—Siés pa un guardapolvo.

—Aunque sea para amarrarse un dedo.

—¿Tiene lienzo Pavo Real?

—Sí, señora, a cuatro pesos.

—¿Vea, ñor hombre, usted no vido quién se habrá llevao las naranjas que dejé en un canasto contra la puerta?— decía la vieja de la zaraza.

—¿Yo qué voy a saber, buena mujer?

—Es que yo allí las dejé y eran tres docenas menos cuatro y yo creyí que estaba entre gente honrada y mantres tratábamos se las arriaron.

—Pero señora, no nos venga a quitar el tiempo.

—Es que a yo me dan mis naranjas porque yo asina no me voy.

Se armó pelotera y hubo que someter el caso a arbitraje. El laudo condenó a Robles y Romero al pago en especie y se canceló la deuda con un sombrero de papel, imitación paja de Italia, con cinta verde y florón de plumas rojas marcado \$ F Co.

Acá se despedazaba una, beata por un Cristo niquelado y forcejeaba con Romero menor.

—¿Lo bendecirán?

—Ya está bendito de órdenes menores, no le faltan más que las mayores.

—¿Y será plata?

—¿Para qué la voy a engañar? Es una composición de estaño de ochocientos con plata de cortadilla y piedra lipe.

—Écheme acá uno y aviaos que se me ponga negro.

Por allá un padre de familia se probaba un par de botines “Pollak”, premiados en la Exposición del 78.

—¿No le quedan 42-8?

No hay más que 41-5, pero estiran mucho; va Ud. a ver como a los dos días de uso no le maltratan.

—Ya lo creo, como que estarán abiertos de par en par. ¿Y cuánto es lo último?

—Tres pesos; pero los dos son del pie derecho.

—¡Ah!

—¿Y qué quería, que fueran del pie izquierdo?

—No, yo quiero par.

—Pues los dos son par.

—¡Qué caray! Échelos acá.

—¿No quiere unas medias de hilo de Escocia de a veinte el par?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—No, señor, no uso de ésas.

—¿De cuáles usa?

—De cuero crudo.

Y volaban las cortinas, las lanas, los velos de monja, los surahs, los metidos, los encajes, las colchas y un millón más de baratijas de algún provecho, por docenas, por piezas, por metros, por pares, a precios ridículos, baratísimos, de verdadera quema. Y se veían allí los rostros de aristocráticas damas y los semblantes coloradotes de las frescas campesinas; la faz amarillenta del empleadillo de mala muerte y el rizado bigote del mequetrefe de alta alcurnia. Atronaban las voces, retemblaba el suelo con las pisadas, se animaban los corrillos con los chistes intencionados de los dependientes y las ridículas frases de los conchos y a todo esto, el crujir de los lienzos, el chirrear de los zapatos, el retintín de las pesetas en el fondo del cajón, las risas de las muchachas y el gruñir de las viejas regateras, me hicieron creer que la destrucción de Babilonia o el derrumbamiento de “Las Lomas” no habrían sido más estruendosas aunque sí menos productivas para los listos y activos Robles y Romero y demás miembros de esa botánica familia de industriosos comerciantes.

¡A1 baratillo!

LA PATRIA, 24 de abril de 1896

EL CAÑÓN DE ROBLE

(EPISODIO HISTÓRICO)

“En éste año de 1748... el cura de la villa de Cubujuquí, Juan de Pomar y Burgos, en compañía de veinticinco hombres al mando del capitán José Miguel de Avendaño y del alcalde D. Ventura Sáenz de Bonilla, va a los parajes llamados La Lajuela (Alajuela y Tiquís), quema 21 casas y obliga a sus dueños a trasladarse a Cubujuquí. (L. Fernández, *Historia de Costa Rica*, 1889, pág. 380).

La cita antecedente contiene el grave suceso que engendró las mil peripecias de serios desagradados entre los vecinos de Alajuela y los de Heredia, causa de tantos episodios en la historia de ambos pueblos. Uno de esos episodios es el que describo aquí exactamente como me lo refirió quien aseguraba haber sido testigo presencial del hecho.

Yo no sé cómo se llamaba y no recuerdo cómo me dijeron que lo apellidaba el pueblo, pero creo que era el Maestro Chaves; el hombre más penco para tornear un paral de cama, un bolero o una huevera, la pata de una mesa o los bordes de una cómoda, así fuera en ronrón, quiebracha o quizzarrácolpachí, sirrí, laurel o cocobola ñámbar. Con los anteojos bien calados sobre una nariz de pico de lora y su juego de formones mango de cuero, jamás torció una línea, nunca dejó mal acabada una curva, comba o media caña, arriflés o uña de tigre, y era un genio admirable para vaciar un cáliz o para hacerle un culebreo a un bastón de palmilera.

No tenía familia ni le hacía falta; todos los del vecindario lo respetaban como un hombre superior y siempre encontró asiento dispuesto para recibirlo, ora en los cabildos abiertos, ora en la mesa del Municipio, ora en el tablado del Ayuntamiento, fuera para toros, para juegos de pólvora o para procesiones de Corpus y Semana Santa. La máscara del Cuijen era obra de su mano, si no la más perfecta, sí una de las que podían hombrrear con el retablo del Carmen y con los escaños del coro,

de los que era hermana legítima. Esas eran sus obras maestras artísticas, pero no su predilecta, la de sus ensueños y desvelos, la que no lo hizo grande pero sí fuerte, temido, inquebrantable: su cañón de roble.

Vivía el Maestro Chaves, cien varas al este de la parroquia de la noble Villa Vieja de Cubujuquí de Heredia. La casa esquinera y de puerta ídem, tenía a la calle una sala espaciosa, encalada, enladrillada con grandes hexágonos de los mejores de Patarrá, y ostentaba seis lustrosas soleras de cuadro, labradas con el máspreciado cedro que produjo la serranía de Barba. Sendos escaños y taburetes de fina vaqueta, una mesa de pata descansando en trípode de garras de león con piñas barnizadas y un camarín cubierto de dorados y colores vivos, colgado de la pared testera, formaban el modesto pero confortable mueblaje; asomaba por la puerta del fondo la mullida cama de pabellón, toda torneada y llena de labraduras, ostentando su par de ganchos de plata maciza para recoger las cortinas y su fino petate fresco y lustroso, sobre cuyo fondo de diversos matices, resaltaba el ojo vivo de la cobija guatemalteca arrollada sobre la cabecera guarnecida de encaje de bolillo.

Dividía una parte de la sala, formando un gabinetito estrecho, una cortina corrediza de pursiana con flores verdes. Allí se encerraba el santuario, la gloria y el honor del Maestro Chaves. Sobre un par de burras de durísimo guachipelín y amarrado por tenaces coyundas, lucía toda su esbeltez, toda su majestad augusta, un grueso cañón de roble, hecho de un solo tronco colosal y reforzado en todos sentidos por innumerables zunchos de hierro. El conjunto, pintado de verde, con ribetes rojos, erizaba el pelo a los más valientes y hacía temblar de espanto a cuantos tenían la peligrosa fortuna de ser admitidos a contemplarlo, ocasión que sólo se presentaba los domingos después de la Misa Mayor y la que atrapaban solamente los amigos íntimos del Maestro Chaves. Aseguraba la voz pública que aquel cañón era tan macizo como si hubiera sido chorreado con el más fino bronce, y hasta había amigo íntimo del Maestro que afirmaba seriamente haberle oído timbre metálico al golpearlo con los nudillos de la mano. Su autor apostaba a que su obra era capaz de aguantar doce libras de pólvora en la recámara y una carga de proyectiles hasta un jeme de la boca, sin que pateara como los de hierro ni reculara arriba de cinco varas.

La posesión de semejante máquina, unida al respeto adquirido con la habilidad de su mano, habían hecho del Maestro Chaves uno de los hombres más prominentes de Cubujuquí, el consultor obligado de las autoridades, el hombre bueno de los jueces y el arbitrador y amigable componedor de sus conciudadanos.

La Villa Vieja de Cubujuquí, a mediados del año de treinta y pico, era presa de indecible angustia; se menudeaban los preparativos para defender la plaza del anunciado y próximo ataque de los alajuelas en número considerable; sesenta y tantos bien armados, aseguraba el que los había visto pasar por la cañada de Río Segundo y se les había adelantado a dar la voz de alarma. Los esfuerzos del Cabildo y los del Cura párroco habían logrado armar con guápiles venaderas, lanzas y machetes una pequeña compañía de treinta y dos hombres que como avanzada, debía situarse en un recodo del camino real a unos tres tiros de escopeta de la plaza parroquial; los vecinos tapearon puertas y ventanas, los hombres se armaban con lo más valioso de sus propiedades y las mujeres

empeñaban fervientes oraciones en la iglesia o en la alcoba, encendiendo velas a éste o al otro santo y haciendo promesas a las imágenes más milagrosas como la negrita de los Ángeles, el Santo Cristo de Esquipulas y hasta a Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles.

La consternación llegaba a su mayor altura, cuando en medio de la sala del Cabildo, compareció sereno y sonriente el Maestro Chaves, seguido de numerosa turba de vecinos, sombrero en mano y terciada la capa española de esclavina, se acercó al grupo de concejales y dejó caer estas solemnes palabras:

—¡Estoy dispuesto a prestar mi cañón de roble, si se me deja vigilar la carga y mandar el fuego!

Un grito de entusiasmo, atronador, rayano en locura, se alzó de todos aquellos pechos; se abrazó al Maestro con gran efusión, se derramaron lágrimas sobre la esclavina de su capa, alguien propuso colocar su retrato en el salón del Cabildo, y toda la consternación huyó para dejar campo anchísimo a la seguridad del triunfo. El Maestro Chaves fue llevado en procesión a su casa; se aprestaron unas poderosas ruedas de carreta con buen eje del mejor quiebrahacha y el monstruo fue colocado con respeto y cariño en su improvisada cureña por los hombres más conspicuos de la concurrencia.

En ese instante solemne llegó el Cura, hombre de pelo en pecho y sangre en el ojo, al frente de la compañía de treinta y dos hombres; colocó su guardia alrededor de la máquina infernal, bendijo a los lidiadores, y a la par del Maestro Chaves, se encaminaron hacia el punto estratégico señalado de antemano, en medio de las aclamaciones del pueblo entusiasmado.

Llegados al recodo, bajo la dirección del Maestro Chaves, se tragó el cañón diez libras de pólvora, como treinta de carga compuesta de pedazos de hierro, plomo y piedras y un par de buenos tacos de hoja seca de plátano; lista el arma colosal y apuntada a lugar conveniente, se aseguró con fuertes coyundas a sendas estacas y la tropa formada en dos alas a uno y otro lado del cañón, esperó la llegada de los odiados enemigos. El Cura, machete en mano y crucifijo al pecho, se paró sobre una gran piedra en el repecho del camino y el Maestro Chaves, para ver mejor y así disponer con más acierto, según él decía, se encaramó en un frondoso árbol de aguacate, situado como a treinta varas de grupo.

Un patriota, venadera al brazo, esperó al pie del cañón con una hermosa mecha encendida, la voz ejecutiva, y por varios minutos reinó el más profundo silencio.

El Maestro Chaves, desde su observatorio, hacía señales al Cura, indicándole la proximidad del enemigo; con un agudo silbido, dijo la voz preventiva, y en el instante mismo en que los alajuelas aparecieron en el recodo, a unos cincuenta pasos del cañón, se escuchó del alto del aguacate la aterradora voz de ¡fuego!

Retumbó la tierra, un horroroso estallido resonó en el aire, crugieron los árboles vecinos al furioso estruendo de la atmósfera comprimida y los montes cercanos devolvieron el eco lastimero de ayes aterradores, de gritos de muerte, de chasquidos metálicos, semejantes al choque del rayo en el durísimo cascajo.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El cañón de roble había volado al furioso empuje de la tremenda carga, los mil zunchos de hierro, retorciéndose como víboras de fuego, cruzaron el aire en todas direcciones arrollando brazos, piernas, cabezas, manos; la metralla acribilló lo que muchos dejaron en pie, y enormes gajos de roble ennegrecido cruzaron con horrible estruendo la atmósfera calcinada.

Siete hombre, entre ellos el Cura, fueron los únicos que se salvaron, con graves heridas, de aquella segura muerte; los restantes, lastimosamente mutilados, se revolcaban en el polvo o yacían inertes; sólo el Maestro Chaves, pálido y convulso, pataleaba agarrado como perico ligero de una rama del aguacate.

Los alajuelas huyeron despavoridos, creyendo que el suelo se les hundía al paso y la Villa de la Inmaculada Concepción de Cubujuquí de Heredia se salvó del destrozo tan temido.

El Cabildo no llegó a ostentar en su sala de sesiones el retrato del Maestro Chaves y el duro suelo de Santiago de Puriscal, recibía poco después, los restos mortales del malaventurado artista.

EL FÍGARO, 26 y 27 de abril de 1897

EL CLIS DE SOL

No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda, que es un buen amigo de tantos como tengo por esos campos de Dios. Me la refirió hará cinco meses, y tanto me sorprendió la maravilla que juzgo una acción criminal el no comunicarla para que los sabios y los observadores estudien el caso con el detenimiento que se merece.

Podría tal vez entrar en un análisis serio del asunto, pero me reservo para cuando haya oído las opiniones de mis lectores. Va, pues, monda y lironda, la consabida maravilla.

Ñor Cornelio vino a verme y trajo consigo un par de niñas de dos años y medio de edad, nacidas de una sola “camada” como él dice, llamadas María de los Dolores y María del Pilar, ambas rubias como una espiga, blancas y rosadas como durazno maduro y lindas como si fueran “imágenes”, según la expresión de ñor Cornelio. Contrastaban la belleza infantil de las gemelas con la sincera incorrección de los rasgos fisonómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y tosco hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones. Naturalmente se me ocurrió en el acto preguntarle por el progenitor feliz de aquel par de boquirrubias. El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejibaye rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano y contestó:

—¡Pos yo soy el tata, más que sea feo el decilo! No se parecen a yo, pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible.

Pero dígame, ñor Cornelio ¿su mujer es rubia, o alguno de los abuelos era así como las chiquitas?

—No, señor; en toda la familia no ha habido ninguno gato ni canelo; todos hemos sido acholaos.

—Y entonces, ¿cómo se explica usted que las niñas hayan nacido con ese pelo y esos colores?

El viejo soltó una estrepitosa carcajada, se enjarró y me lazó una mirada de soberano desdén.

—¿De qué se ríe, ñor Cornelio?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—¿Pos no había de rirme, don Magón, cuando veo que un probe inorante como yo, un campiruso pión, sabe más que un hombre como usté que todos dicen qu'es tan sabido, tan leido y que hasta hace leyes onde el Presidente con los menistros?

—A ver, explíqueme eso.

—Hora verá lo que jue.

Ñor Cornelio sacó de las alforjas un buen pedazo de sobado, dio un trozo a cada chiquilla, arrimó un taburete, en el que se dejó caer satisfecho de su próximo triunfo, se sonó estrepitosamente las narices, tapando cada una de las ventanas con el índice respectivo, restregó con la planta de la pataza derecha limpiando el piso, se enjugó con el revés de la chaqueta y principió su explicación en estos términos:

—Usté sabe que hora en marzo hizo tres años que hubo un clis de sol en que se oscureció el sol en todo el medio; bueno, pues, como unos veinte días antes Lina, mi mujer, salió habelitada de esas chiquillas. Dende ese entonces le cogió un desasosiego tan grande que aquello era cajeta: no había cómo atajala, se salía de la casa de día y de noche, siempre ispiando pal cielo; se iba al solar, a la quebrada, al charralillo del cerco, y siempre con aquel capricho y aquel mal que no había descanso ni más remedio que dejala a gusto. Ella había sido siempre muy antojada en todos los partos. Veá, cuando nació el mayor jue lo mesmo; conque una noche me despertó tarde de la noche y m'hizo ir a buscarle cojoyos de cirgüelo macho. Pior era que juera a nacer la criatura con la boca abierta. Le truje los cojoyos; endespues otros antojos, pero nunca la llegué a ver tan desasosegada como con estas chiquitas. Pos hora verá, como l'iba diciendo, le cogió por ver pal cielo día y noche, y el día del clis de sol, qu'estaba yo en la montaña apiando un palo pa un eleje, es qu'estuvo ispiando el sol en el breñalillo del cerco dende buena mañana.

Pa no cansalo con el cuento, así siguió hasta que nacieron las muchachitas estas. No le niego que a yo se m'hizo cuesta arriba el velas tan canelas y tan gatas, pero dende entonces parece que hubieran traído la bendición de Dios. La mestra me las quiere y les cuese la ropa, el Político les da sus cincos, el Cura me las pide pa paralas con naguas de puros linoses y antejuelas en el altar pal Corpus y pa los días de la Semana Santa, las sacan en la procesión arrimadas al Nazareno y al Santo Sepulcro; pa la Nochebuena las mudan con muy bonitos vestidos y las ponen en el portal junto a las Tres Divinas. Y todos los costos son de bolsa de los mantenedores, y siempre les dan su medio escudo, gu bien su papel de a peso, gu otra buena regalía. ¡Bendito sea mi Dios que las jue a sacar pa su servicio de un tata tan feo como yo...! Lina hasta que está culeca con sus chiquillas, y dionde que aguanta que no se las alabancén. Ya ha tenido sus buenos pleitos con curtidas del vecindario por las malvadas gatas.

Interrumpí a ñor Cornelio, temeroso de que el panegírico no tuviera fin, y lo hice volver al carril abandonado. Bien, ¿pero idiái?

—¿Idiái qué? ¿Pos no ve que jue por haber ispiado la mama el clis de sol por lo que son canelas? ¿Usté no sabía eso?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

No lo sabía, y me sorprende que usted lo hubiera adivinado sin tener ninguna instrucción.

Pa que engañalo, don Magón. Yo no jui el que adevinó el busiles. ¿Usté conoce a un mestro italiano que hizo la torre de la iglesia de la villa: un hombre gato, pelo colorao, muy blanco y muy macizo que come en casa dende hace cuatro años?

—No, ñor Cornelio.

—Pos él jue el que m'explicó la cosa del clis de sol.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

EL TEQUENDAMA

A mi amigo Santiago de la Guardia

“...Es más bien el rugiente león, arrastrado por una mano hercúlea”.

J. J. BORDA

Me lo contó un indio viejo de Serrezuela, quien lo había leído en los jeroglíficos muiscas grabados en una piedra hallada por su bisabuela en las ruinas del Palacio de Tisquesusa.

Allá en los tiempos de Nemqueteba, como mil lunas antes de la llegada a Bacatá de los hombres de hierro, la Sabana era aún más hermosa que hoy; ostentaba la frescura de los quince abrilés, brillaban sobre su traje esmeralda purísima los zafiros y amatistas de las amapolas y santalucías, las chispas de topacio y azabache rozaban alegres las ropas de los sauces tristes y el cielo retrataba sus cambiantes en la linfa tersa de las lagunetas cubiertas de cañuelas y habitadas por garzas blanquísimas como copos de escarcha. Era la niña mimada, encantadora, huérfana de padre y madre; aquél, el volcán, se había apagado al soplo frío del páramo, y la madre, laguna de ojos azules y faldas de nieve, se había consumido absorbida por la insaciable sed de Tierra Caliente. La niña creció: redondeáronse sus preciosas formas, cobraron mayor brillo sus sedosos rizos, lanzó al aire sus más delicados perfumes y tomó posesión de su reino al amparo de sus tías maternas Monserrate y Guadalupe.

Al mismo tiempo y allá entre los peñascales de Tunja y de Sopó y entre los guijos y montañas de sal de Zipaquirá, crecía también, hermoso como sueño de primavera, arrogante como potro de batalla, robusto y apasionado, decidor y bromista, el río Funza, hijo predilecto de los socavones y de las sierras.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Ambos reinos eran vecinos y Funza, aventurero como arroyo malcriado y torrente consentido, logró ver a la hermosa Sabana y se enamoró perdidamente de ella; la ninfa, por su parte, lo recibió con su mejor sonrisa y el pobre Funza perdió los estribos, abandonó sus lares y fuese a vivir en estrecho abrazo con su bella conquista; con esa apacible calma, con ese amor tranquilo y suave con que se aman los ríos y las llanuras.

Y era de verse cómo besaba el mozo enamorado la falda de oro y esmeralda de su preciosa novia, se dormía tranquilo en su regazo dejando flotar al soplo de la brisa helada del boquerón sus verdes rizos coronados de yedra, entretejidos con rosas, nardos y albahaca. Cuando la ninfa del bellísimo prado enarcaba las cejas, Funza, con su más encendida mirada, con su mejor sonrisa, refrescaba el ambiente con las cristalinas gotas de su manto, copiaba entre sus pliegues al sol y a las estrellas, a la coqueta nube o a la golondrina chilladora, y después de trazar una y mil veces sobre el verde musgo la cifra del nombre de su amada, concluía por saltar por sobre el puentecillo de lianas y juncos, cubrir su cabeza de blanca y tornasolada espuma y asustar al indio en su cabaña con el ímpetu fingido de su fingida bravura.

Así pasaron cien lunas, en aquel manso idilio, en aquel dúo bellísimo, al que se mezclaban en sus ratos de ocio, los fuegos fatuos de la noche, el trueno sordo de la tempestad lejana, el soplo perfumado de la brisa, el canto de las aves, la juguetona sombra de las nubes, el azul purísimo de los cielos, el parpadeo continuo de las estrellas y el oblicuo rayo de sol.

Una de esas noches suavísimas del trópico, en las que el Cielo y la Tierra se unen en estrecho abrazo para entonar juntos armonioso canto de alabanzas al espíritu del bien, un doncel de faz severa y áspera, de cabellera abrupta, cuerpo seco y huesudo y brazo de hierro, nacido entre los bosques sagrados de Soacha, asomó la cabeza por entre las áridas rocas de su morada y llenó de envidia su duro corazón el cuadro encantador de aquel idilio; era el vengativo Declive, el amigo de Precipicio, hermano de Peñón, entre cuya familia se cuenta ese sinnúmero de seres crueles que en esta tierra se llaman Derrumbes y en la tierra de los hombres blancos se llaman Avalanchas. Jamás la Sabana había dado oído a sus amorosas insinuaciones, nunca obtuvieron sus sonrisas, sino el mayor desprecio y la más grande indiferencia. No pudo conformarse con la dicha de Funza y juró destruir para siempre su ventura.

Dormía Funza descuidado y sin preocuparse de la trama de su enemigo; Declive lo arrastró suavemente hacia los bosques de Soacha y allí lo extendió bajo las ramas de los encumbrados pinos, sobre el ancho regazo de la ninfa Siecha. Con los primeros rayos de la aurora despierta Funza, tiende la mirada ansiosa en busca de su amada y al no encontrarla, horrible angustia se apodera de su alma; no conoce a la ninfa que en sus brazos le aprisiona, no le son familiares ni los altos pinos, ni las escuetas rocas, ni las yerbas, ni las flores que lo rodean, mira asustado las negras fauces de las minas de carbón que a su lado bostezan, no es ese su palacio ni la dulce morada de su amada. Quiere volver a la llanura, pero Desnivel se lo impide con aire amenazador amontonando piedras, troncos de árboles y escombros como valla insuperable. Funza se revuelve entre sus pétreas cadenas, escupe airado el rostro de su infame rival, lanza a los ecos, sus amigos, rugidos de fiera indignación y prefiriendo la muerte a su desgracia, opta por el suicidio y después de enviar toda su alma en un suspiro a la reina de su corazón salta por entre los juncos y las rocas, cubre de

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

cieno su precioso manto sembrado de ricos diamantes y llega a la cima del horroroso acantilado. Allá está en el fondo del abismo la muerte que lo espera, en los dominios de Tierra Caliente, palmeras y magüeyes, mangos y cedros sombrearán su tumba y el rayo ardiente del sol convertirá en vapores sus aguas cristalinas. ¡No importa! ¡La muerte antes que la eterna desventura! Lanza de su robusto pecho un grito desgarrador, adiós eterno a la amada de su corazón, a su patria, a su cuna, a sus viejos amigos las brisas y las flores, y de un salto prodigioso se arroja al abismo por el acantilado perpendicular de mil palmos de altura.

Al horroroso grito de Funza, repetido por todos los ecos de aquella región, acuden las brisas más ligeras que el torrente, lo reciben en su espantoso descenso, le desgarran las vestiduras de nieve manchadas de fango, destrozan los cabellos del mancebo, Iris colora los girones del regio manto, y arroja a prodigiosa altura como bandera de paz y de consuelo, las anchas plumas de sus alas de cisne; y de aquella brega espantosa, de aquella terrible lucha se alza un horroroso estruendo que conmueve hasta sus cimientos a las altísimas montañas, vibra en los aires el ronco ruido de cien mil truenos y el rayo cruza el espacio trazando serpientes de fuego. La naturaleza entera toma parte en aquel terrible drama, mezcla de amor y de celos, de furor y de venganza, de muerte y exterminio. Funza convertido en menuda lluvia llega al fondo del abismo en donde tomando de nuevo su figura primitiva, pero con alma nueva de agitadas pasiones formadas se convierte en río vulgar de sucia vestidura, río que ahoga e inunda, destruye y atropella, fuerza motriz que el peón vulgar maneja a su antojo, lavadero de ropas, río que no conserva de sus antiguos esplendores más que la fluidez de su parlera lengua y el recuerdo de sus pasados días de gloria.

Eso me contó el indio, al borde de aquel abismo de rugiente espuma él lo había leído en los geroglíficos muiscas grabados en la piedra que su bisabuelo encontró en las ruinas del palacio de Tisquesusa.

LA REPÚBLICA, 31-VII-98

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

LA MUÑECA DEL NIÑO DIOS

Homenaje de respeto a mi distinguido amigo don José Durán.

Una pobre mujer, en cuya desgredada cabellera no luce ya el negro aterciopelado de los años juveniles, cuyas pupilas apagadas no reflejan el rayo ardiente de los mejores años, secos los labios que envidió la pitahaya, marchita y arrugada la frente de bronce y carcomidos los preciosos dientes que un tiempo fueron blancos y apretados como bayas de espino, yace en durísimo esterón sobre el húmedo suelo de una casucha negra y dismantelada. Abrega su aterido cuerpo una cobija desteñida y sucia, y da luz indecisa y móvil al triste cuadro un pedazo de sebo que chisporrotea, lanzando azulejos, adherido al tosco adobe del resquebrajado muro.

En el rincón de aquel nido de la miseria duerme una fresca y risueña criatura de seis años. El tordo que anuncia el verano no tiene las plumas tan negras como sus rizados cabellos; la amapola no brilla bajo las gotas de rocío de la mañana con más vivo color que el de sus labios; jamás la brisa que susurra entre los cafetos en flor ha sido portadora de más suave perfume que el de su aliento. Al través de la morena piel se adivina la sangre ardiente de los trópicos y los graciosos párpados dan sombra a los ojos negros y profundos como la historia de las crueldades de que fueron víctimas sus mayores, los caciques, los indomables, aserrises, los del nervio de pedernal y corazón de roble.

Suenan a lo lejos las doce campanadas del reloj del pueblo. Llamán las lenguas de bronce a los fieles a celebrar en la derruida iglesia el nacimiento del Salvador, y las brisas heladas de la noche llevan envueltos en su manto de neblinas los ecos quejumbrosos de la vihuela, los estridentes gritos de los borrachos y el chasquido sordo del cohete lanzado al aire en son de alegre triunfo.

La niña despierta, ríe y sacude airosa la rizada cabecita, preparándose para la llegada del Niño Dios que trae los juguetes de Nochebuena.

—¿Mamá, vendrá el Niño con la muñeca de trapo? ¿Se le olvidará?

—No, hijita, es que ahora está en la misa del gallo. Duérmase, mi negrita, porque si la ve despierta, no entra.

—¿Pero será de aquéllas que vi en la ciudad?

—Sí, mi vida, de las mismas.

Amarga sonrisa ilumina el pálido rostro de la desventurada mujer; dolor cruel y acerado destroza sus entrañas y el soplo frío de la muerte eriza sus cabellos y hiela las gruesas gotas de sudor que surcan su frente; la niña vuelve a posar su carita sonrosada sobre el duro esterón y siguen iluminando la triste estancia los azulados reflejos de la espirante candela. La mortecina llama al impulso de la brisa de la madrugada forma en las negras paredes sombras que danzan, lenguas de fuego que se entrelazan y reflejos siniestros que espantan.

Al estruendoso estallido de una recámara que saluda al nuevo día, de universal regocijo, despierta la graciosa niña; bebe con las negras pupilas la viva luz de la aurora, arregla con sus dedos de rosa los sueltos bucles de la linda cabellera y lanza un grito de inmensa alegría; allí, junto a ella, está su muñeca, mejor que las de la ciudad; no dice como aquéllas papá y mamá, no tiene trajes de seda ni zapatitos de abejón con hebilla de plata, no tiene ni camisa ni ropa alguna, pero llora, con un llanto de verdad, mueve las manecitas y los lindos pies y los ojos y la boca, y vive, vive como su dueña, como su segunda madre. Lanzando gritos de alegría y carcajadas sonoras de inmenso placer, besa la niña su muñeca encantadora y en tanto que la estrecha con cariño contra su caliente pecho, la madre rígida y yerta, duerme el profundo sueño de la muerte, y la luz juguetona del sol de Navidad irisa en su mejilla la última lágrima de sus cansados párpados.

25-XII-98

2 DE NOVIEMBRE

Al Lic. don Luis Dávila.

Como en casa somos pobres y la situación es mala y la Magdalena no está para tafetanes, resolvimos este año no comprar coronas para nuestros muertos, sino hacerlas con nuestras propias manos, de donde mayor mérito y mayor economía.

Se decidió, hoy hace ocho, en consejo de familia, que yo me encargaría de conseguir la materia prima, y a la calle me eché a cumplir mi cometido.

—Vea, ñor Ramírez—(amigo viejillo de Tres Ríos)—el jueves se viene con su machete bien temprano y va al solar de las Conejos a cortar una ramas de ciprés. ¿Cuento con usted?

Tomaré llegar a mediodía, pero sólo que Dios no quiera dejaré de venir. ¿No tiene unos dos reales que me preste y yo se los descuento el jueves?

Le di los dos reales y pasé una raya a “ciprés” de la lista.

—Buenos días, don Sotero, dígame, usted que es de San Juan, ¿no sabe quién tenga por allí flores blancas?

—Qué casualidad, esta señora que viene conmigo, tiene. Ña Remigia, ¿usted tiene flores blancas?

—¿Como pa qué?

—Para hacer unas coronitas sencillas para el día de finados.

—Pos hay unas pocas camelias, jazmines del cabo, claveles, jazmincillos y margaritas.

—Pues eso es lo que necesito; ¿podría contar con ellas para el jueves próximo en casa?

—Es que son pocas y hora las mercan mucho y las pagan adelantao y...

—Yo también se las pago por adelantado. Tome estos tres pesos y, o le doy más o me devuelve el día que me las traiga.

—¿Y ónde vive usted propiamente?

—En una casa verde, salida, a media cuadra del establecimiento de don Celestino Gómez, como quien va para el Laberinto, a mano izquierda.

—¡Ah sí!, pegao a una tapia.

—No, pegado a la casa de don Cleto Monestel. Eso es, entre la tapia y...

—Bueno, pues no me falte.

—Pierda cuidao.

Rayé “flores blancas” de la lista.

—Dígame don Eloy, ¿usted no tiene por casualidad unos aros de barril, de esos de madera, que me pueda vender?

—No se los vendo, se los regalo, hay una media docena, un poco pequeños, que usted puede llevarse cuando guste.

—Un millón de gracias.

Taché “aros”.

Compré media libra de alambre en casa de Macaya, un poco de cáñamo y unos cuantos clavos de dos pulgadas.

Por la noche, en reunión solemne de familia, di cuenta de los actos que se relacionaban con la cartera de mi cargo y presenté como prueba fehaciente, media docena de aros flamantísimos, el alambre, el cáñamo y los clavos. Se aprobó mi Memoria, se me dio un voto de gracias y continué tranquilamente siendo la admiración de la familia.

Ayer, jueves, me levanté muy temprano, quité la carpeta de la mesa del comedor, y allí extendí un par de aros y previne todos los útiles y herramientas del caso.

—¿No ha venido ñor Ramírez? No, señor.

—¿Y la vieja de las flores blancas? No, señor.

—Andá donde Celestino y decíle que si alguien ha preguntado por mí con un canasto de flores.

Volvió poco después la criada y dijo:

—Dice don Celestino que sólo un jovencito tuerto, con una como carta preguntó por usted, pero que como usted le ha dicho que cuando sea con una cuenta, que diga que no sabe...

—Está bien, dame mi café.

Y dieron las nueve, y las once, y hubo que quitar los aparatos para poner el almuerzo y nada de Ramírez ni de la vieja.

A las cuatro volví de la oficina. Mi señora me recibió en la puerta.

—¡Ves como no han traído el ciprés ni las flores!

A conseguir ciprés: por un peso me vendió una alma caritativa un manojo como una cataplasma. Puse telegrama a San Juan, con contestación pagada, “¿Qué hubo flores? Conteste; úrgeme.”

Llegó la noche, sin estrellas y sin flores, me soñé con la cabeza metida entre un gran canasto de camelias y jazmines del Cabo y con una inmensa corona de ciprés y hojas de magnolia ensartada en la cintura.

¡Amargo despertar!

—Por eso quería yo encargarle mi corona a Timoteo, decía mi madre política; ése es muy formal.

—Es que somos muy torcidos, decía la otra.

—¿Pero qué más podía haber hecho yo que pagar adelantado desde ocho días?

Para que veas, ¡si estas gentes de aquí son muy incumplidas!

—¡Pues yo no paso por ese aro! —decía la de más allá, viéndolos colgados de la pared.

Alquilé un caballo y me fui a San Juan a buscar a ña Remigia.

Como a las dos de la tarde di con ella en un cuchitril indecente entre un patiecillo miserable en donde medraban una raquítica matilla de camelia sin flores, un par de pies de jazmín con dos o tres botones amarillos y media docena de margaritas en la última pregunta.

—¿Idiái, ña Remigia, mis flores?

—¿Cuáles?

—Las que quedó, usted de llevarme desde hace una semana.

—¡Ah, sí!, pero ya no ve como están las matas, con esos judíos aguaceros y aunque las encargué a una comadre, me quedó mal. ¿Qué quería que hiciera?

—¿Y los tres pesos?

—¿Usted me dio la plata? Ve, bien decía yo, que de qué sería una plata que me jayé en un nudo del polvo. ¡Pos eran los reales suyos! ¡Y yo que jui y los gasté! ¿Y hora?

—¡Vaya usted al diablo, vieja mentirosa!

Volví como a las cuatro de la tarde, sin flores, pero con una gran cólera digna de mejor suerte.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Esta es la hora en que no he ido todavía a casa, por no poner la cara en vergüenza; a escondidas fui al Cementerio; las tumbas de mi familia están sin flores, sólo hay en ellas dos coronas de ciprés, humildes y pobrísimas, en las que prendí, como adorno, unas cuantas oraciones y abundantes lágrimas. Sí serán menos lujosas, pero más sinceras.

LA REVISTA, 4 de noviembre de 1900

MI TÍO CHEPE GONZÁLEZ

Así lo contó don Blas Quesada, quien vive aún rodeado de hijos y de comodidades en Sabanilla de los Granados, y que es hombre que no miente.

—Usted no conoció a su tío, era un valiente de los más valientes. Y vea que en aquellas Rivas se probaron los mejores corazones costarricenses. Aquello era un infierno: llovían balas como granizos, no se respiraba más que humo de pólvora, por las calles corría más sangre que agua, cada ventana era una aspillera, cada puerta vomitaba plomo y cada techo estaba convertido en trinchera. La compañía de don Chepe, muy mermada ya, estaba recogida en un corral de piñuela; aquel condenado cañón que los yanquis habían puesto en la puerta del Mesón, era la escoba de la muerte: ¡a cada disparo caían los muchachos como guayabas!

—¡Muchachos!, —dijo don Chepe—hay orden de clavar aquel cañón; vénganse conmigo veinticinco decididos; yo no los escojo porque tendría que llevarlos a todos.

A la calle nos salimos y nos fuimos yendo arrimados a las cercas y paredes, caminando de flanco, otros por media calle arrastrando como lagartijas. Nos hicieron tres descargas, la mitad de la gente se quedó en el camino. Nos escurrimos entre una casa; éramos unos diecinueve, cuatro muy baleados; yo con mi buen balazo en la quijada, que en nada estuvo que me quitara el resuello. Al teniente, que no me acuerdo cómo se llamaba, lo habían bandeado.

—Bueno, muchachos: los que aguanten, ¡afuera de un solo golpe, a toda carrera; son veinticinco varas, le caemos al cañón sin darles tiempo para cargarlo, y aunque allí quedemos todos, lo clavamos; los otros entrarán!

Dicho esto y ya se fue saliendo don Chepe, sin sombrero, con la espada y un buen clavo.

—¡Pecho en tierra...!

No nos dio tiempo el aguacero de balas: se apearon al capitán... por aquí, a la raíz del pelo, en la pura frente le clavarón el cachimbazo; abrió los brazos y se vino de espaldas; aquí me cayó, sobre el muslo izquierdo; lo metimos otra vez a la casa.

—¡El capellán! —balbuceaba don Chepe—nombren jefe, y claven ese cañón.

Cerró los ojos y siguió resollando; ¡cada vez que resollaba se le veían los sesos asomarse al hueco!

Nombramos teniente al negrito Guevara, de la Puebla. Yo sólo a don Chepe he visto en mi vida más templado que ese negrito. Mata-Viejas era más atrevido pero no más condenado; ese negrillo, con la bayoneta en la mano, era un demonio, una tintorera: ¡parecía cosa del otro mundo! ¡Ese se debe haber muerto cuando le dio la gana!

Mata-Viejas, dijo Guevara, ¡vaya llame un capellán para que absuelva a don Chepe!

—Si no se está muriendo, mejor es que le hagan remedios; ¡yo lo llevo al Estado Mayor!

—¿Usted es tonto? ¿Cómo lo va a llevar?

—Pues así.

Se lo pusimos a las espaldas, aquellas espaldotas que parecían una batea; se lo sujetamos con las bandas y con él salió a la calle, se echó al suelo y caminando como culebra, lo sacó a la bocacalle. Le llovieron balas sin misericordia, pero quiso Dios que no lo tocaran, ni al capitán tampoco.

Su tío estuvo en el Estado Mayor todo el resto del día y la noche y hasta el otro día fue que le entró tétanos y el doctor Frantzius ya no pudo curarlo.

Yo le voy una apuesta que hoy, con todo y sus remintones y sus cañones, y toda su bulla, llegándose el caso, ¡habrá muy pocos Guevaras, ni muchos Mata-Viejas y más menos Chepes González!

—¿Y clavaron el cañón?

—¡Vaya una pregunta! ¡Entonces no le estaría yo contando el cuento!

EL TIEMPO, 15 de noviembre de 1900

EPISODIOS NACIONALES 1885

Homenaje de respeto a la memoria del General don Vicente Vargas.

Teniente González, mande tocar atención.

—¡Chaves... Uno!

—¡Chaves... Uno y cuatro!

—Capitán Loría, ordene usted al coronel Brenes y al capitán Miranda que dispongan el campo para pasar aquí la noche; que el teniente Padilla aliste los fogones para el rancho; vea que la tropa no tome agua ni se bañe sin haberse refrescado. Mucho orden y mucha disciplina. —¡Vives, arme mi tienda tan pronto como haya usted comido!

Quinientos ticos y cien nicaraguas al mando del general Vicente Vargas forman la vanguardia del ejército enviado para sostener con las armas el honor nacional amenazado por Rufino Barrios. Hace veintitrés días que aquéllos salieron de San José; han recorrido a pie, ciento veinte leguas bajo los ardorosos rayos del sol, atravesando bosques y áridas soledades, sufriendo hambre y sed, cargados con la maletilla y el rémington, vadeando ríos caudalosos con el agua al pecho, y hoy llegan a la orilla del Platanar con el mismo entusiasmo, henchidos de patriotismo, a pasar la noche al viento y al sereno, sobre el duro suelo enemigo, a pocas leguas de la ciudad donde mil seiscientos adversarios los esperan para destrozarlos quizás y llevar la conquistada bandera y los sangrientos despojos al tirano audaz.

Me recuerda la escena de esa noche, el famoso cuadro “El Sueño”, de Meissonier, con menos hombres, ninguna batería, naturaleza virgen, arena quemante, pocos soldados, y más abnegación, más valor, más sacrificio.

Allá están Chalillo y Julián Zamora colando en sus pañuelos el café llenó de broza. Aquél, alegre y decidor; éste meditabundo y perplejo, con su pantalón azul de enormes rodilleras, sin camisa, de levita negra rasgada por la espalda hasta el tope del cuello y con sombrero de palma; luce presillas de teniente coronel hechas de lana amarilla y un solo botón de cobre en el cuello. Es el médico, el cirujano de la vanguardia, todo nobleza de alma, todo abnegación.

Llegan hasta mi tienda las alegres carcajadas de Faustino Padilla y Joaquín Madriz, a las que hacen bajo el pausado y ceremonioso hablar de don Florencio Castro y los ronquidos que el profundo sueño arranca a Juan Bautista Iglesias, el habilitado; una caja vacía y unos libros llenos de números en el Debe, forman su almohada de campaña.

Al rojizo resplandor de los fogones, con casimir rayado y camisa de lana azulosa, se destaca fantástico el vigoroso busto del tuerto Jesús Padilla, nuestro dispensero, el dueño del biscocho de piedra y del dulce de adobe, el rey del café molido. A su lado se ve algo como un pino con patillas, ojos de ascua, tez de bronce, músculos de acero, corazón de niño: es el capitán Miranda, de Nicaragua, el jefe de la fuerza de cien hijos del Lago.

Diseminados por compañías duermen, velan o rezan contritos los soldados de Costa Rica, mientras sus imaginaciones recorren los desiertos cafetales, el hogar entristecido, los campos perfumados de la patria, a la que tal vez no volverán; besan emocionados las últimas cartas de la esposa o de la anciana madre y mojan con su llanto el sudado escapulario del Corazón de Jesús que manos cariñosas fijaron en la burda manta de sus camisetas.

A mi lado vela el capitán Pedro Loría, dejando escapar al través de sus empolvados bigotes, el humo azulado de un bajera; con el sable niquelado siempre ceñido y con el pensamiento allá lejos, a las orillas del Río Grande de Alajuela, donde se mece la hoja seca de los cañaverales, arrullando el agitado sueño de su prometida.

Nervioso, enérgico, alma de hierro y corazón de oro, el general Vargas recorre cauteloso el campamento; lo acompaña su ordenanza el cholo Vives. No sosiega un instante: cubre al soldado desnudo, atiza el moribundo fogón, inspecciona los nudos de las carpas de campaña, desenreda el cansado caballo, y fulmina el rayo de su cólera sobre el centinela distraído, sobre la más insignificante falta contra su diosa favorita, La Disciplina. Es el tipo cabal del soldado valiente, del patriota digno, del jefe pundonoroso. No podré jamás borrar de mi memoria los rasgos característicos de su fisonomía, ya dulce y sonriente, con sus bondadosos ojos azules y su chivera de oro ya áspera y acerada, con ojos de mar embravecida y cabellera de acosado león.

Espíritu Alvarado me guiña un ojo y, atropellando las palabras contra la barrera de sus nevados dientes –me dice señalando al General: –hoy está cara la leña.

¡Está cara la leña! El General no duerme, está contrariado. Pueden atacarnos de un momento a otro y sólo somos seiscientos hombres. Fernández se retrasa, Patiño avanza poco, Villegas aún está lejos. Oigo murmurar al general: –no importa que muramos, pero siento que sea sin provecho. –¿En qué pensará Cárdenas? ¡Pobres cartagos! A mis oídos llega de pronto un tenue martilleo como de lejano galope. Suenan enseguida el cuerno del jinete, el quién vive del centinela y el

choque metálico de las bayonetas que calan. Es un correo del General en Jefe; ya dio el santo y seña (Bernardo Soto) y la contraseña (Alfaro); quiere hablar con el general Vargas y se encierra con él en la tienda. Un cuarto de hora después retorna a su cuartel.

El General me llama y con serenidad extrema, con sangre fría inalterable, me dice: –Mañana a las nueve debemos atacar al enemigo. No dudo que usted como todos, sabrán morir o vencer. Delgado ocupó ya el Corpus.

Yo me quedé frío. ¿Era miedo? No, no lo sé, pero me quedé frío. Loría dijo: Ya se compuso el juego. El cholo Vives se tornó cenizo.

Teniente González, continuó el General, comunique lo dicho a los jefes y disponga que revisen los rifles y el parque. Nada de precipitaciones, con calma.

Salí de la tienda a cumplir la orden del General. Se despertó a los soldados y se les dijo que para no perder su tiempo les diesen una limpiadita con canfín y lija a los rifles y bayonetas.

Poco después estaba el Consejo reunido en la tienda del general. Se fijó el plan de ataque por ambas márgenes del río y por una colina que domina la población, desde donde se había podido tomar un croquis de las posiciones hondureñas. Se despachó un correo a Fernández para que llegase a toda prisa en la mañana, a reunirse con nuestras tropas, y otro al general Espinosa para que acudiese con las suyas, a pesar del convencimiento que se tenía de que no alcanzarían a reunírse los ambos refuerzos hasta la tarde del día siguiente. El Consejo se disolvió y se procedió en el acto a preparar el ánimo de los soldados, a los que se repartió una copa de aguardiente criollo.

A nuestra tienda sólo llegaba un confuso murmullo que venía del hormiguero humano. Pasaron por mi mente, todos agrupados y revueltos, los años de la niñez, la vida del hogar, la triste mirada de mi madre, el beso cariñoso de la hermana, el abrazo efusivo de mi pobre “maestro”. Con repercusiones de fonógrafo sonaron en mi oído sus últimas palabras: –Adiós amigo, ve a cumplir con tu deber de ciudadano, no cometas imprudencias; sé valiente y si necesario fuese, muere al pie de la trinchera enemiga como murió tu tío Chepe González.– Un nudo de acero me apretaba la garganta; veía oscuro y triste el porvenir de mi familia, muerta la risa en los labios de mi madre y pensé en morir con honor al día siguiente como mi tío Chepe González. Morir, a los diecinueve años, lleno de energía, de sueños e ilusiones, de esperanzas halagüeñas; morir..., lejos de la patria, del hogar, de la mujer amada. ¿Y para qué? Inútilmente, sin resultado alguno favorable quizás, con la seguridad de la derrota, con la certidumbre de ver desgarrado el pabellón de la patria. Mañana mi cuerpo será pasto de los inmundos zopilotes y sobre mi cadáver inerte, mañana plantará desdeñoso su acerado casco el caballo del tirano indio. Un zumbido como de cien mil avispas encolerizadas, llenaba mi cerebro; ya sólo acudían a mi mente las últimas palabras de mi padre “como murió tu tío Chepe González”. Sí, pero mi tío Chepe formó con su cuerpo el pedestal de humanos despojos sobre que brilló el ángel de la victoria; Costa Rica triunfó, el audaz aventurero mordió el polvo; el honor de la patria quedó incólume...

–General, ¿no cree usted que debemos esperar la llegada de los refuerzos?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

–Teniente González, la disciplina no admite discusión. Usted plantará mañana la bandera de Costa Rica en la trinchera enemiga.

–Bien, General, moriré como mi tío Chepe González.

–Alto ahí, ¿quién vive?

–Nicaragua y Costa Rica.

–Avance.

Son las dos de la mañana del 5 de abril de 1885. El avanzado es otro correo del Cuartel General. Trae un pliego que abro y leo a la claridad del fogón del centinela:

“El dos de abril en curso, los salvadoreños derrotaron al ejército de Guatemala en Chalchuapa. Muerto Rufino Barrios. En el campo se ha recogido un pedazo de espada con el nombre Barrios.”

“El Congreso de Guatemala derogó Decreto Unión Centro América y pide un mes de tregua...”

“Viva Costa Rica. Viva Nicaragua. Viva El Salvador, Patria y Libertad.”

“Félix Alfaro.”

Ya no tengo que morir como mi tío .Chepe González.

1900

LOS DOS MÚSICOS

Al Lic. don Luis Dávila

Yo los vi y los recuerdo como si los estuviera viendo; ya al uno, a don Alejandro Cardona se lo tragó la tierra, la misma tierra que sin ser suya, defendió como un bravo y regó con su sangre generosa, la que lo guarda al lado de los valientes que se llenaron de cicatrices y gloria en la guerra nacional; y el otro, el Maestro Pilar Jiménez, aún vive, viejo pero fuerte y laborioso, siempre rebuscándose la vida como Dios se la depara y con el oído atento a cualquier grito, a cualquier chirrido, a los silbidos de los muchachos, al canto de los gallos, al gorjeo de los pájaros, a las mil armonías de la tierra y del cielo, de la que él ama con todo cariño y del que lo viene cobijando hace más de sesenta años; con su cara sonriente y bondadosa, su cabellera rala y desgredada, blanca ya como el alma que encierra su pecho y como el pensamiento que acaricia su cerebro. Adora a su esposa, dignísima señora, tiene encanto en sus hijos, su justo y legítimo orgullo, siente cariño entrañable por la patria, y su religión es la del trabajo y la del cumplimiento de su deber, pero tiene un vicio orgánico que lo domina por completo y que ni su hijo, médico notable, ni los saludables aires de su villa, ni su constitución de hierro han podido ni podrán vencer. —¡Padece de música!— Morirá de eso, sin remedio, aunque tranquila y dulcemente.

Pues sí señor, como les contaba, me acuerdo como si los estuviera viendo.

Eran las siete de la mañana. El Maestro Pilar pasó apresuradamente, con un rollo de papeles de música bajo el brazo y su eterno paraguas frente a la casa de Cardona; éste acabado de levantar, se asomó en ese instante a la puerta.

—¡Adiós, Maestro! ¿Por qué tan precisado?

—Voy para San Juan a cantar una misa y debo llegar a las nueve.

—Ya compuse el armonium. Me quedó muy regularcillo.

—¿A ver?

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El Maestro Pilar se asomó a la puerta, Cardona se sentó al armonium y para mayor efecto principió los acordes de la preciosa Serenata de Braga.

Instintivamente el maestro Pilar se fue metiendo a la salita se arrimó a la mesa, cogió un violín que sobre ella estaba, lo acordó y se puso a tocar la bien conocida melodía, a la vez que Cardona entonaba o murmuraba la parte del canto.

Siguió el “Ave María” de Gounod, tras ésta, la bellísima canción “Si tú me amaras” de no se quién, y esto y aquello y lo de más allá.

El armonium funcionaba de lo lindo, el violín no se daba punto de reposo. Cardona con el orgullo del mecánico hábil y la pasión del artista íntimo tecleaba con maestría, el Maestro Pilar hacía vibrar la caja del violín con toda la delicadeza de su alma de viejo niño, con todo el entusiasmo de su pasión y con todo el espasmo del vicio que lo va a matar, sin cuidarse los dos del mundo que los rodea, ni del calor sofocante, ni del sudor que corría por sus sienes, ni de la fatiga que invadía las articulaciones. ¡Música y más música, borrachera inmensa de notas y arpegios, de melodías y de estridencias; ebriedad sublime de inefables sentimientos, sangre del alma, rayo luminoso del noble pensamiento! Un par de locos admirables; encenegados en el vicio voluptuoso del sonido y en la crápula encantadora de la armonía.

—Dispénsenme un momento —dijo entrando la señora de don Alejandro— ya está puesta la mesa y el almuerzo se les enfría.

—¿Qué hora es? —exclamó el Maestro Pilar. Acaban de dar las once.

—¡Ah carachas!

Todavía lo están esperando en San Juan para la misa cantada.

EL PAÍS, 19 de febrero de 1901

TIME IS MONEY

No podía ser más agradable aquella melodía inagotable que como raudal de encantadoras armonías llenaba mi alma de un arrobamiento singular. Mi entusiasmo se manifestaba a cada instante, ya con la expresión, ya con la mirada; llevaba el compás con los nudillos sobre la madera de la mesa en la cual descansaba aquella máquina admirable.

¡Oh, Mascagni, el loco de las melodías extrañas, el desequilibrado de las inmensas disonancias! ¡Te han copiado hasta el último quejido de tu Santuzza y hasta el último arranque de coraje de Turiddu! Sí, ese es, escucha: “¡Viva il vino spumeggiante!” ¡Magnífico, sublime! ¿No oyes la tierna despedida? ¡Conmover! Parece mentira que la mecánica haya llegado a tal extremo de suavidad y de dulzura. Esta máquina es una orquesta de arpas y cítaras encantadas. Bien la han bautizado “Regina”; ya lo creo, es la reina de las cajas de música, es el último peldaño en la escala que principió por el organillo callejero.

Y no lo digo yo, pobre diablo sin principios musicales de ningún género, nacido en este rincón, asilo del mal gusto, y que apenas si he podido ver el mundo civilizado por el ojo de una cerradura.

Allí está ese señor, hijo indudablemente de la noble Germania, de aquel país en donde la música tiene su culto y sus sacerdotes, país en donde todos saben apreciar el valor de cada nota y el valor de cada melodía.

Está entusiasmado, no cesa un solo instante de registrar hasta la más pequeña de las ruedecitas que forman ese mecanismo complicado.

No hay duda, ese hombre siente con más intensidad, que yo el inmenso placer del sonido; y es que también el pobre no está en su país; cada nota debe recordarle alguna cara amiga, cada arpeggio debe traer a su mente el recuerdo imborrable de la patria; el susurro de la brisa natal en los pinares o en las ruinas seculares de algún castillo que se mira en el cristal del Rhin o del Mosela. ¡Pobre macho! ¡Cómo se afana, cómo escudriña en las entrañas de ese artefacto de acero!

Creerá encontrar entre los dientes de las ruedas o enredada en la brillante espiral de la cuerda el alma encantada de la armonía, el genio espiritual del gran maestro.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Ahora ha visto algo que llama más su atención, es aquel letrero estampado en la planchita de metal, debajo de la tapa. ¿Qué será? ¡Lo copia en su cartera!

No me pude contener.

—Dispense usted, caballero, ¿toma usted el nombre y dirección del fabricante de esta caja de música que le ha llenado el alma de suaves recuerdos? ¿Que tal vez ha despertado en usted el eco dormido de la patria?

Nain, mi toma nota cuando acabar patente escape espiral para aplicar máquina automática haciendo ¡chorizo!

EL PAÍS, 26 de marzo de 1901

UN DISCURSO IMPERECEDERO

¿Cuál de mis lectores no conoció al maestro Fernando Ramírez, el de La Isla, el del Hatillo, el de Alajuelita?

De mediana estatura, regordete, cuidadosamente afeitada su cara bronceada, bien peinado el cabello negrísimo; de pie en el suelo, pero muy limpio. Chaquetón de fina jerga, camisa de blancura impecable, pantalón de casimir de corte irreprochable, ceñido a la amplia cintura con magnífica banda de redecilla. Y su buen sombrero de pita, siempre bien azufrado, dando sombra a la acholada figura del maestro o en la mano de su dueño rindiendo afectuoso, meloso y empalagoso homenaje a cuanto hombre de pro con quien aquél tropezaba.

Porque había que oír al maestro Fernando al presentar sus respetos a quien calzara siquiera una línea más que él en la jerarquía social. La ancha y carnosa boca se explayaba dejando al descubierto las dos hileras de finos y blanquísimos dientes; bañado todo el rostro de la más humillante expresión de respeto; los ojos se entornaban hasta parecer simples puntos ortográficos; el sombrero bajaba de la negra cúspide hasta el nivel del ombligo y la mano libre se tendía impetrando un afectuoso apretón. “Excelentísimos” o “Ilustrísimos” eran para él todos los empleados públicos de oficial mayor para arriba, y “Lindísimos” o “Encantadorsísimos” los de jerarquía inferior, hasta escribiente supernumerario. A los porteros y demás colas del presupuesto, no los saludaba el maestro. A nuestro inolvidable amigo Camilo Mora le decía “Divinísimo”, y a Ricardo Bermúdez, a quien no saludaba antes, lo llamó “Honorable” en mi presencia, cuando lo vio de escribiente en el Congreso.

Allá por el año 1883 era yo “Encantadorsísimo”, pues desempeñaba el alto puesto de escribiente en la Gobernación de San José. El maestro Fernando “difundía luces” en la escuela de La Isla a un poco de docenas de mocosos.

Vínose a mí el “Apóstol de la Ciencia” y después de propinarme diez o doce epítetos, me suplicó le hiciera un “discursito cortito pero entradorcillo”, como él lo soñaba, para que fuera pronunciado por uno de sus discípulos en el próximo examen de su escuela.

La verdad, yo me sentí envanecido por la distinción, y acto continuo, robando un par de horas a las tareas gubernativas y tres plieguitos de papel nacional, emprendí la ardua tarea literaria, empujado por el acicate de las expresiones de admiración que el maestro no me escatimaba a la lectura de cada párrafo.

Naturalmente, hubo abrazo de gratitud, que aún me ruboriza, y fui invitado al examen en el cual mi pieza oratoria iba a tener puesto conspicuo.

En efecto, entre las ramazones de uruca, en medio de las columnas de vástago de plátano, los faroles de papel y las guiraldas de pudreoreja; embalsamado el local con el penetrante perfume de piñas, limas, naranjas y anonas colocadas en pirámides en cada hueco de la ventana o alacena y coronadas con banderitas de papel dorado o plateado, tuvo verificativo el examen público, presidido por el Inspector de Escuelas y presenciado por dos docenas de padres y madres de los educandos.

A su debido tiempo se levantó de entre los examinados un chacalín de unos ocho años, flacucho, desmedrado, almidonado y emperifollado, y fue a colocarse en la tarima desde donde lanzó con voz chillona las brillantes frases de mi obra de arte.

“Señor Inspector de Escuelas, señores padres de familia, señores:

“Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión...” Principió, el chiquillo y siguió con la retahíla de sandeces que a mí se me habían antojado figuras retóricas de alto vuelo.

Cierto es que tal discurso tenía novedades hermosísimas, entre otras:

“Las tinieblas de la ignorancia”,

“la luz enextinguible de la ciencia”,

“el humilde labrador”,

“la esperanza de la patria”,

“los apóstoles de la enseñanza”,

“el Supremo Gobierno que siempre vela”,

y otras muchas que hasta entonces, al menos para mí, nunca se habían dicho y de las que, por fortuna, nunca tampoco se ha abusado.

El caso es que el discurso “nos quedó lindísimo” y fue aplaudido y comentado por el señor Inspector y por “los humildes labradores”. Por supuesto que el maestro, henchido de vanidad y harto de satisfacción, dejó a todo el mundo creyendo que él había sido el Autor.

Yo me atraganté de anonas y hasta me traje unas cuantas en un pañuelo de rabo de gallo para solaz de mi mamá.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Era yo Padre de la Patria, por voluntad soberana del pueblo soberano. ¿Verdad ustedes? Pues bien, doce años habían pasado desde el célebre estreno del mentado discurso.

El maestro Fernando ya me llamaba “Ilustrísimo” y estaba empeñado en que le amamantara y sacara de pila una su eterna solicitud de pensión que pendía en el Congreso desde hacía ya más de un lustro, sin que hubiera pasado el dictamen de la comisión de credenciales y gracia.

Regentaba a la sazón el “Apóstol de la Ciencia” creo que la escuela de varones de Alajuelita, y para darme una clara muestra de lo mejoradas que estaban sus dotes pedagógicas, me invitó al examen de fin de curso.

Acepté. Siempre me he deleitado con esos actos solemnes a la par que ridículos, en los que maestros, inspectores, padres de familia, juntas de educación y examinandos se engañan unos a otros a sabiendas, y la majestad de la ley se deja ampliamente satisfecha.

Al final del acto, un mocoso de cortísima estatura, pero de altas dotes declamatorias, subióse a un taburete y nos espetó un discurso:

“Señor Inspector, señores miembros de la Junta de Educación, señor Cura Párroco, señores padres de familia, señores:

“Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión... las tinieblas de la ignorancia... la luz inextinguible de la ciencia... el humilde labrador... la esperanza de la patria... los apóstoles de la ciencia... el Gobierno que siempre vela... etc., etc.”.

¡Mi discurso! ¡El mismo, sin un solo remiendo, sin una sola intercalación, tal y como lo escribí en la Gobernación doce años antes!

—Dígame, maestro, ese discurso...

—Sí, ilustrísimo, es el tuyo; ¡está como nuevo y cada año gusta más!

Ya hace años que murió el maestro Fernando, sin haber obtenido su pensión. Entre sus escasos bienes, al hacerse el inventario del contenido de un baúl, se encontró, entre otros objetos conservados con esmero, un rollito de papel ministro en el que se leía aún:

“Escogido entre mis condiscípulos aunque sin merecerlo... el Gobierno que siempre vela...”

EL LIBRO DE LOS POBRES

Nueva York, 22 de julio de 1908.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

LA PROPIA

La casita es un enjambre. Enjalbegadas con cal las chatas paredes del amplio corredor y adornadas con vivos azules las anchas ventanas que dan luz a la espaciosa sala. En una de las esquinas de aquél, un mocetón robusto, cubierto de sudor y polvo, no da punto de reposo al manubrio del Campeón, que avienta y clasifica el café con sonidos de cascada que fingen los granos al revolverse entre el cilindro espiral de la criba de alambre, y con mugidos de huracán que imitan las paletas que lanzan al aire, como columnas de humo amarillento, la cascarilla que los rayos del sol desprendieron del aromoso grano y que, arremolinada por el viento del aparato, va formando en el costado de la casa un montículo dorado.

A lo largo de las paredes del corredor están las escogedoras apartando con primor los granos negros y quebrados sobre las lisas tablas de las mesas y dejando caer por las tolvas los granos limpios y parejos, que van llenando, puñado a puñado, sacos panzudos. No paran las manos, ora persiguiendo el negro, ora entresacando el pedazo, apartando los palillos, espulgando los terroncitos y las piedrecillas y empujando con el filo de la mano y el desnudo brazo, el montón de los escogidos; mas tampoco paran los ojos ni las lenguas: aquéllos para miradas de envidia a las afanosas, para guiños a los peones de acarreo, que con sus delantales de gangoche amarrados a la cintura, llenan las mesas o recogen y cambian los sacos: éstas para la charla salerosa, el chiste picante, la relación de la aventura pasada o para el secreto de los proyectos de la venidera. La morena regordeta del rincón canturrea la última polka escuchada a la filarmonía de la villa; la negrilla refiere a la vieja zarrapastrosa, su vecina, un cuento de espanto; la vieja estruja trabajosamente con las recias encías un grano caracolillo, a la par que babosamente chupa un chircagre resistido; un grupo de cholillas alborota entre carcajadas que les remueven las flácidas panzas, celebrando la torta que les refiere una rubia descolorida y pecosa, con cara de candela derretida; y allá en el extremo, en mesa aparte, un pedazo de cielo tropical como sólo en esta tierra bendita se ven y como sólo este suelo los produce: una muchacha de quince años, alta, flexible como rama de guayabo, de carnes firmes como el guayacán, de ojos y pelo negrísimos como el güiscol, de dientes parejos, blancos, pequeñitos, como granitos de elote tierno, morena con el tinte del cobre viejo y con la eterna y provocadora sonrisa en los carnosos labios de pitahaya; y una gracia, un contoneo y un palpar de

pasiones ardorosas cabrilleando en las húmedas pupilas, ensanchando las ventanillas de la nariz, vibrando en el turgente seno; es María Engracia, la guaria de Escazú, el macito de muestra de aquella villa famosa por sus muchachas galanas.

En la sala, ñor Julián Oconitrillo, el dueño del beneficio y del cafetal y del cerco y del potrero y de la “bueyada” y de las sacas de leña y del trapiche del bajo y del cañal que lo rodea y del potro azulejo que en el caedizo se regodea con su buen cajón de pasto picada, atiende a la delicada tarea de la pesa de los sacos llenos, a la costura que sus hijos Bernabé y Zoila desempeñan y a la marca que Micaela su mujer les planta orgullosa con la lámina perforada “J. O. London” y la brocha untada de negrísimo betún.

Ñor Julián, cholote panzudo, peliparado, afeitado de barba y boca, con camisa gris de lana, pañuelo de seda arrollado al pescuezo robusto de toro, banda de redecilla que ciñe por bajo del vientre el calzón pardo de casimir y calzado con zapatos burdos de becerro amarillos. Cuenta cuarenta y ocho años y es gamonal y tagarote de peso en todo el cantón, en donde en lo administrativo es Munícipe del Ilustre Ayuntamiento, en lo religioso, Vicepresidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo, y en lo político, es nada menos que Presidente Honorario del Gran Partido Progresista que trabaja por la candidatura presidencial del eximio Coronel don Torcuato Morúa.

Ña Micaela, como de treinta y cinco años, flaca, enfermiza, avejentada por el trabajo rudísimo de la piedra y de la batea en sus dieciocho años de matrimonio. Bernabé, de diez y siete años por el estilo del tata, y Zoila de quince con cara bonita y expresiva, pero de cuerpecillo enclenque y desmedrado.

Los mocetones alzan en vilo, con un vigoroso empuje de caderas, los sacos repletos y se los encajan en la membruda espalda y encorvados y haciendo resonar en el duro suelo sus talones de hierro, van tirando la carga en las carretas que el “bueyero” acomoda. Pela un muchacho con su afilado “Colis” las sabrosas cañas y partiéndolas en cabos, las ataruga en los hocicos de los bueyes, ya ocupados con el verde “cojollo” cuyas colas tiemblan a cada magullón de las poderosas quijadas y por cuyas hojas ásperas y cortantes corre la babosa espuma en hilos mucilaginosos, en tanto que las tenaces moscas saltan de las húmedas narices a los ojos y de los ojos a los lomos, de donde las espanta el colazo siempre tardo o las ahuyenta la vibración del músculo bajo el elástico pellejo del sufrido bruto. De cuando en cuando, un cinchazo cruza la cerdosa barriga de un marrano que arrebató un trozo de caña y el ratero salta chillando y se zambulle entre el fango de la paja de agua, en donde gruñendo mastica la dulce presa y la convierte en amarilla estopa.

Allá a lo lejos aguija otra yunta un chiquillo, a horcajadas en el volador, y las macizas ruedas de piedra pasan y repasan machacando el café y desprendiendo la cáscara, en la trilla circular. Como granizada resuena en el patio el café que los peones remueven con palas de madera, unos extendiendo el mojado, otros volteando el que está a medio palo, otros amontonando el seco.

Por todas partes el sol de febrero, rojo como cara de borracho, quemante abrasador, llenando de vida exuberante a la campiña, dorando la lejana loma, reseca la tierra desnuda, achicharrando los jarales, despellejando los troncos de los árboles viejos, metiendo sus rayos, como hojas de machete nuevo, entre las breñas y fingiendo relucientes monedas de oro en la fina grama de la

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

espesura. Ese sol que es nuestra gloria, sol tico, amigo nuestro, el gran peón sin salario, que vigoriza el cafeto, barniza la hoja, hinche de miel la roja cereza, seca el abejón, rasga la cascarilla, colora el pergamino, azulea el grano y...

...el aroma le da, que en los festines

la fiebre insana templará a Lico.

Mucho le gusta a ñor Julián, pero mucho, la tal María Engracia. Mucho se le arrima, mucho le ayuda a escoger, con sus dedotes de guineo morado, y con disimulo le atiza piropos vulgarísimos a la vez que le echa café casi limpio en su mesa y le hace cachete en la medida. Todos lo notan: la rubia descolorida ya se lo hizo ver a las cholas, una de éstas al mocetón del aventador, éste a un arriero.

Ña Micaela no las tiene todas consigo, pero teme tanto la brutalidad del padrote, que a nada se atreve; ya una vez, reuniendo toda su energía, le dijo:

—Fulián, podías dejar quieta a Engracia...

—Y vos podías estar en lo que estás y dejarte de fisgoniar lo que no te importa.

Y la infeliz mujer masca sus celos junto con sus rezos, haciendo promesas al Santo Patrono del pueblo, que en pintarrajeado camarín de hoja de lata brilla entre clavelones en el testero de la sala, o ya cuando el retorcido corazón se le sube a la garganta y allí se le anuda y va a deshacerse en copioso llanto, se levanta presurosa con el pretexto de encandilar el fogón de la cocina y allí desahoga a solas sus angustias y a su regreso se queja en alta voz del humo corrosivo de los tizones que enchila los ojos.

—¿Idiái, te resolvés?— susurra ñor Julián casi al oído de María Engracia.

—Hable usted con mama— contesta la morenilla ruborizada.

—Bueno, avisále que esta noche iré.

El sátiro se retira y finge inspeccionar la yunta de mansos pailetas que el muchacho está “cojollando”.

—¿Verdá, ñor Fulián, que al güey viejo le gusta el cojollo tierno?— insinúa el chacalín con sorna.

El gamonal coge al vuelo la puya, enrojece de cólera y con un “abreviá mocoso”, da por terminado el incidente.

La madre de María Engracia no se hizo de rogar mucho; fingió al principio grandísima indignación que fue paulatinamente, disminuyendo a la par que fueron en aumento las ofertas del padrote: seis onzas para entejar el rancho, un rebozo de seda de los atorzalados y una cerda parida desvanecieron

los escrúpulos de la otra marrana y dieron por cerrado el infame trato. Ñor Julián se adueñó de la vendida fortaleza. El señor vicepresidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo se hizo cargo, desde esa noche, de costearles la penosa vida a la harpía y a la manceba.

Y fiestas van y fiestas vienen, y allá ruedan las cuartas de India tras las enaguas de todos géneros y colores y las camisas lentejueladas y las cintas como franjas de arco iris; a más de rebozos salvadoreños y chales tornasolados y aretes y gargantillas de oro, sortijas de carey encasquilladas y peinetas y pañuelos chinos y hasta un caballo fino pasitrotero aperado con montura de ante.

Y siguen los paseos al Puente de las Mulas, y a la Catarata del Brasil, y a la romería de Esquipulas, y a la Pasada de la Negrita, y turnos, toros, retretas, juegos de pólvora y... ¡la mar...! El viejo estaba embobado en la conquista y ésta le chupaba la sangre y los reales con vigor de tromba marina.

Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián: “dale gusto a la Engracia” y sólo un sentimiento en el corazón de la muchacha: “sacarle los riales a ñor Fulián”, y ambos cumplían a maravilla sus propósitos.

Pasaron así tres años: los “Lachures” ya no querían hacerle más adelantos a ñor Julián, el Partido Progresista había sido derrotado en las elecciones y el Coronel Morúa había muerto de despecho; el precio del café no daba ni para la cogida; la garrapata se llevaba las reses dundas; el Gobierno rehusaba recibir dulce de los que habían sido contrarios; y el chapulín había arrasado milpas y frijolares.

Las cosas, para ñor Julián, eran cada vez peores; hipotecado el beneficio, vendida a ruin precio la montañuela; ña Micaela, acogida al último jirón de su escasa energía, se negaba a dar la firma para hipotecar el cañal y el trapiche que eran su hijuela paterna; las deudas engrosando con los intereses que se acumulaban; y el embargo como la espada de Damocles pendiente del cabello que en su mano sostenía el abogado de los acreedores. Pero Julián no ponía remedio: cada vez más encalabrinado con su amachinamiento y la morenilla cada día más pedigüeña y antojadiza.

¡Y se rompió el cabello y cayó la espada...!

Cuando el depositario nombrado por el señor Juez Civil tomó posesión de los bienes, Julián estaba de paseo en la Boca del Río Grande con la manceba. Ña Micaela se llevó su camarín con su Santo, Zoila se echó al cuadril el escuálido motete de los trapillos de ambas; bañadas de lágrimas abandonaron la casa en donde hacía veintidós años que aquélla había entrado feliz del brazo de su querido cholo y en donde la otra había nacido, se había mecido su hamaca y había echado aquel cuerpecito canijo. No estaba con ellas Bernabé: el pobre mozo, harto de vergüenzas y de improperios, había decidido buscarse la vida en las selvas de Santa Clara, en donde hacía dos años que tragaba miasmas y tiritaba sudando paludismo.

La negativa de ña Micaela dejaba libre el trapiche y el cañal, pero Julián se había hecho gato bravo con ellos y los explotaba con el descuido de quien no los quiere porque no son suyos.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Allá en la Boca, hubo amagos de tempestad: ñor Julián siempre celoso con su adorado tormento, notó que María Engracia no miraba con malos ojos a Aureliano, mandador de las fincas de don Leoncio, mozo apuesto y pendenciero, gastador y rumboso, tocador de vihuela y echador de coplas. De las explicaciones resultó el mocito ser primo segundo de la hembra, por parte de madre y que la morenilla había sido sacada de pila por el mismísimo padrino a quien Aureliano rezaba el bendito...!

A pelo quemado o cosa parecida le olieron los parentescos de consanguinidad y espirituales al taimado viejo y, como a él nadie se le eredaba entre las patas, al rayar la luna voló con su presa y ya el sol principiaba a asarles la cara, cuando se apearon a sestar en los Nances. Lo que el viejo decía a la chiquilla, con hartos ademanes y visajes:

—¡Mirá, si no me cuelga el güecho!— Y se pasaba el filo de la ceniza manota a raíz del robusto pescuezo.

—¿Pero de ónde saca... ?— murmuraba Engracia.

—¡Calláte, pava! Lo que es en otra ensebáte vos, ¡y que ese fantasioso se encomiende a las ánimas!— Y besaba con chapoteo de sus carnudas jetas las cruces que en la diestra y siniestra mano ostentaba.

Cuatro cañas medio enguarapadas, molía ñor Julián en el desvencijado trapiche; María Engracia espumaba con el pascón de guacal la hirviente paila y ambos, con el auxilio de un peoncillo, sacaban la tarea de olorosas tapas, que la vieja alcahueta iba envolviendo en atados con hojas secas de caña y plátano. Poco le había lucido su tercería a la infame harpía: mal comida, mal servida y peor tratada por ambos, era la bestia de carga de la pareja: ella agujaba la desmedrada yunta que movía las pesadas masas del trapiche; ella atendía al hacinamiento del bagazo; ella arrastraba penosamente los pesados troncos con que atizaba la hornilla; ella acarreaba baldes de agua para mojar los moldes; ella espantaba los chanchos, que por comerse las cachazas, amenazaban destruirlo todo; ella cocinaba, ella lavaba; ella molía el maíz y cuando al final de un día de molida iba a descansar sus huesos y su pellejo, servíale de cama un camastro de varillas con un cuero seco por toda estera y un cobo andrajoso por toda cobija.

Aclarando el día, montaban Julián y la muchacha, llevando a la zaga una yegüilla canija con los zurriones repletos de dulce y temprano arribaban a San José en donde, en su puesto del mercado, extendían la venta; él regateando con los marchantes, ella enmochilando los reales y dando los vueltos. Ese sábado, parecióle a ñor Julián haber visto, entre el gentío que se apiñaba por las ventas de maíz a Aureliano, disimulándose tras la carpa de una trucha, con la mirada clavada en María Engracia, quien se hacía la tonta. Y por sí o por no, echó a ésta un soberano viajazo que ella recibió con estudiada paciencia, abriendo desmesuradamente los negros y ojazos, como admirada ante tamaña injusticia.

Sofocante era el calor; el vaho nauseabundo del rebaño humano cosquilleaba en las narices y apretaba las gargantas. Eran ya las dos de la tarde y el cielo caliginoso se cubría de pesados nubarrones asfixiantes; mayo no soltaba sus refrescantes aguaceros y los vientos alisios se habían despedido de la tierra tostada por el sol.

Gruesas gotas de sudor rodaban por la mofletuda cara del dulcero y empujaban el bronceo pecho, pegando el escapulario mugroso al pellejo ennegrecido.

Nada más natural que la ocurrencia de María Engracia:

Voy a ir corriendo a La Violeta, a beberme un fresco. ¿Quiere que le traiga una kola?

—Pero espacháte pronto pa que alcemos,— contestó Julián: Y ella se fue, llevándose entre el seno la mochila de la venta.

Angustiábase el viejo con la tardanza de María Engracia: media hora larga había pasado y la morenilla no aparecía.

—¿Cómo está, compadre?— dijo al acongojado dulcero, un viejo humilde y pobrísimamente vestido, de mirar franco y cariñoso, surcada la cara de arrugas y de miseria.

—Ahí vamos, ñor Rivera, ¿y usted?

—Como Dios quiere. Cuénteme, ¿cómo sigue mi ahijao Bernabé? ¿Es verdá que está en el Hospital con fiebre de la Línea?

Julián nada sabía de la triste suerte de su hijo pero un resto de pudor hízole mentir ante la inesperada pregunta y la mirada inquisidora del compadre, y respondió un tanto turbado.

—Pos ya ve... regular... como yo estoy despartao y la madre concertada... él prefirió que lo llevaran al Hospital... pero yo voy a verlo cada vez que bajo... No es fiebre de la mala, son cuartanas que con hoja de guarco y con solfate...

—¿Y cómo me acaba de decir comadre Micaela; allí en las ventas de la ropa, que esta mañana lo vido y que estaba sin sentío...?

—Sólo que se haiga empiorao; voy horita mesmo a verlo. ¿Quiere tenerme la venta un ratico mantres voy? El atao es a cuarenta y la tamuga, a seis reales. No me tardo.

Y Julián salió desalado, haciendo exclamar al compadre:

—Lo que es él será mal marido, pero es buen tata. ¡Dios lo lleve con bien y le aliente al muchacho!

A la Botica de La Violeta había dicho Engracia que iba a tomar el refresco: para allá corrió Julián; no iba a buscar médico ni medicinas para su hijo moribundo, iba a ver qué se había hecho María Engracia. ¡Excelente tata!

Nadie le dio allí informe alguno satisfactorio; ciego de coraje y espoleado por los celos, voló al corral en donde amarraba las bestias; sólo la yegüilla canija estaba allí; los dos caballos habían desaparecido; a las anhelosas preguntas de Julián, la vieja que percibía el peaje contestó con esta terrible bofetada:

—¡Si hace tamaño rato que ella misma vino y se fue con Aureliano Meléndez y dijeron riéndose que usted pagaba el sesteo!

Y Julián, tras una horrible blasfemia, echó a correr como un loco por el Paso de la Vaca, camino del Río Torres.

Se acercaba la media noche; la luna bregaba por asomar su cuerno menguante por las rendijas de los negros nubarrones que aquel día de horno había amontonado en el cielo; el estrecho valle de Lazareto Viejo bostezaba entre los altos acantilados del Virilla, embozado en espesa capa de niebla; los cafetales yacían solemnemente silenciosos y al pie de los cuajiniquiles y los plátanos de hojas despedazadas por los vientos del pasado abril, los grillos coreaban con sus herrumbradas dulzainas; una que otra candelilla encendía su cirio funerario en la margen de la acequia, alumbrando el *de profundis* que entonaban los sapos y allá en la loma se estrellaban los ecos del medroso ladrido de los lambuzos atosigados por la sarna.

En una de las piezas de la hacienda de Las Animas, dormían entrelazados, hartos de tragos y de voluptuosos deseos, fatigados por la bestial orgía, Aureliano y María Engracia. Un cabillo de vela de sebo chisporroteaba próximo a hundirse entre la botella que le servía de candelero.

El débil cerrojo de la puerta cedió al empuje vigoroso de Julián y, antes que Aureliano pudiera defenderse, una tremenda puñalada le dividía la carótida izquierda; brotó la sangre en espumoso chorro y una voz de angustia infinita hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche, volviendo el pesado cuerpo a desgajarse entre la cuja. María Engracia, a quien el terror prestó alas, saltó por encima del agonizante y se lanzó dando alaridos por entre el cafetal.

Acudieron los peones de la hacienda con realeras y linternas y lograron desarmar al asesino que seguía apuñaleando a su víctima con saña fiera, lanzando imprecaciones espeluznantes y carcajadas aterradoras.

Amarrado a la cola del caballo del juez de paz de la Uruca y rodeado de una fuerte escolta de mocetones armados, hizo su entrada a esta ciudad el reo, en la mañana del domingo. Cerraba la comitiva la improvisada camilla de tijereta en la que el cadáver de Aureliano era transportado.

Ya en las cercanías de la cárcel, dos mujercillas agarradas furiosamente de los moños, se revolcaban en el hediondo caño, cubriéndose de arañazos y denuestos; la Cinco Pelos, enclenque y desmedrada, llevaba la peor parte; uno de los de la guardia, que la conocía, acudió presuroso en su socorro y no logró que la otra soltará su presa, hasta que no le dijo:

—¡No ves que ahí traemos al tata amarrado por una muerte!

¡La Cinco Pelos era, en efecto, Zoila, huída años antes de su concierto con un policía de los de Orden y Seguridad!

Todo lo confesó Julián al señor juez del crimen. Allí mismo se dictó el auto motivado de prisión y el reo quedó incomunicado.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

No bien el corneta de la Cárcel había alborotado al vecindario despertando a los dormilones con su toque de lista de siete, cuando una viejecita enlutada y llorosa, cubriéndose la cabeza llena de canas y con el rebocillo hecho jirones y llevando bajo el huesoso brazo una cobija de lana colorada, se acercó tímidamente al Alcaide y con temblorosa y humilde voz, entrecortada por los sollozos, pidióle permiso para ver al reo y para entregarle a más de la cobija, un medio escudo que trabajosamente desanudaba de una punta del pañuelo de hombros.

—¡Eche acá la plata!— Y empujándola groseramente hacia la sala de visitas, en donde el reo conferenciaba con un taimado tinterillo, exclamó:

—¡Conitrillo... esta vieja quiere hablarte; ¿es algo tuyo?

El reo alzó rápidamente los ojos, pero al reconocer a la intrusa, sin levantarse siquiera a recibirla, con aire indiferente y fatigado, contestó:

—Sí, señor; ¡es la propia...!

PAGINAS ILUSTRADAS

1° y 15 de abril de 1910

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

¿Quién no sabe cuál es el verdadero significado de esta frase en Costa Rica?: “una carretada de leña”. Y sin embargo, cuando yo era chiquillo, en años que a nadie le importa saber cuándo corrieron y que no soy capaz de decir a los envidiosos, una carretada de leña era cosa muy distinta de lo que hoy es. En aquellos dorados tiempos, en los que doña Pascuala García daba 18 huevos fresquecitos por dos reales, en los que un cinco de caña no se lo echaba a la espalda un zagalotón, en los que un diez de chayotes alcanzaba para toda la semana y por veinte reales se obtenía el más flamante par de zapatos que pies humanos pudieran calzar; en esos tiempos de miel y leche, digo, una carretada de leña parecía un monumento, contenía innumerables palos de madera seca y fina, sonora como una campana de plata, resinosa como pinotea y capaz de sostener vivos los fogones de una cocina, planchando y todo, por más de veintidós días, a todo viento y con regueros de lustrosas brasas, como ocurría con el uso de los tinamastes. ¡Y por un escudo...!

¿Y hoy? ¡Válganos San Isidro Labrador! Vergüenza debiera darnos de ver a lo que hoy se le llama con aquel respetable nombre, y por lo que se nos obliga a aflojar seis colones de buen metal de 21 quilates. Y luego, los desastrosos resultados: la casa se llena de humo, se le enchilan los ojos a todo el vecindario, la comida queda cruda en vida, se ahúma el arroz de leche, y la cocinera pide su pasaporte y nos trata de cochinos, por añadidura.

Es claro: al madero negro, al guayabo, al guachipelín, al güesillo, al aguacate y a otras veinte maderas quemadoras y decentes, secas y timbradas, han venido a sustituir el guarumo, el güitite, el targuá blanco y hasta el jocote, sin contar el poró verde y el itabo, llorones, chorreando agua, que al lamido de la efímera llama de los colochos y de las astillas responden con un horroroso humarasco y un espumeo desconsolador, se ennegrecen como si los embarnizaran con pavesa y se convierten en destiladeras de zumo acre que se come las cocinas de hierro, ¡Y luego el tamaño de la carretada...! En una carretilla enclenque y tísica, una armazón a guisa de techumbre de doble caedizo, dejando en el centro una cueva en donde cómodamente pudieran caber más palos de leña que los visibles, el astuto leñador edifica algo así como una portada de iglesia, con cincuenta o sesenta palos mezquinos, dándole apariencia de carreta recargada y con tal arte y tal destreza aparejados, que el ojo más escudriñador no percibe el engaño. Naturalmente con tales palos y tal

suma de ellos, si secos, habrá lumbré por una semana, si mojados, habrá humo y lloriqueos *per saecula saeculorum*, salvo que un baúl desvencijado, una tijereta desfondada, o un par de cajones de pino, acudan en ayuda de la cocinera.

¿Quién no ha sido víctima consuetudinaria de esa pública calamidad a la que debieran volver los ojos llorosos nuestras autoridades?

He aquí un caso que por típico lo cuento y por histórico conservo con los archivos de mi memoria.

La criada de adentro (llamada así porque justamente son las que más tiempo pasan afuera) salió muy de mañana a atravesar una buena carretada de leña a la entrada del Laberinto y con ella, el par de terneros que la arrastraban y el “bueyero”, volvió triunfante como a las nueve de una mañana cenicienta de temporal cerrado. Mi inolvidable costilla, que no sabía distinguir entre el guayacán y el guarumo, y que calculó por las apariencias, que la carretada merecía el nombre, cerró el trato con el mentiroso leñador, por siete miserables colones, precio exiguo por cosa tan “magnífica” y como la pintaba el ladino palurdo; según él, allí no había sino guayabillo, aunque, para no engañar, confesaba que se le había ido en la cuenta unos pocos palos de “guácimo” y una media docena de guapinol —¡Dios lo tenga donde tiene a Gestas!— Y comenzó la descarga, en el zaguán de la puerta cochera. Mi dormitorio quedaba pared de por medio con el zaguán.

Echaba yo ese sabroso sueño del perezoso, el último de la mañana, para quien lleva una vida regalona, que a Dios gracias siempre he llevado, gracias a los millones que heredé de mis padres. El primer brazado de leña que cayó en el empedrado del zaguán, me despertó sobresaltado: ¡Se armó la gorda! , exclamé, echándome fuera de la mullida cama con la idea de que la Unión Católica había dado el golpe que en esos días se esperaba y que aún creo se está esperando. El segundo brazado me dio la nota verídica de los hechos, pero ya espantado el sueño, procedí a medio vestirme y a fuer de pagano, abrí una ventana y procedí a la inspección de la compra.

Miré, ñor José, no siga descargando; ¿cuánto le ofrecieron por esa cochinada?

—Yo no traté con usted, mi trato jue con acá.— Y el campesino señala con la jeta a mi consorte, y seguía tirando abajo los palos empapados y verdes de su carreta.

Pues haya usted tratado con quien haya tratado, yo soy el que paga y no me da la gana pasar por un engaño como éste; su leña es una indecencia y su carreta no hace ni media carretada por lo chiquilla y por el caedizo que le ha dejado en medio. Si usted no tiene conciencia para venir a engañar a una señora, yo tengo razones para hacerlo a usted respetarla. Cargue usted otra vez y lárguese cuanto antes.

Eso le dije, mi palabra de honor que eso y más le dije y que por respeto a mis lectoras no copio, y subrayé mis expresivas razones con una tremenda amenaza de pegarle un tiro si no procedía inmediatamente a recoger su indecente mercancía.

El palurdo saltó de su carreta y dejando plantados sus bueyes en mi zagúan, fuese, echando sapos y culebras, en busca de un —66— “polecía”, con quien retornó a los pocos minutos.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El representante de la autoridad, mozo buen mozo, de mediana pero garbosa estatura, blanco, ojos gatos y melenilla rizada, color de canela, bien retorcidas las puntas de un bigotillo color de herrumbre, había levantado información en el camino y, formado juicio completo sobre el intrincado caso, fallando *in mente* a favor del ladino leñador. Con la contera del recio tortol dio unos cuantos golpes en la puerta principal, a los que respondí yo saliéndome a la acera, en mangas de camisa, listo a sostener mi derecho en todas las instancias.

—¿Qué's la cosa?, ¿Ah? ¿poqués que no quieren pagale a este hombre su leña? ¿Qué's, que la quieren de balde? ¿Y usted fue el que lo amenazó con tiralo? Se viene conmigo a la Comandancia. Acabá de descargar, dejá la carreta y los bueyes onde Manuel Hernández y te vas ligerito para onde don Gregorio. ¡Apuren...!

Eso sentenció el agente de orden público, sin oírme, sin convencerme en juicio oral por él establecido en media calle y teniendo como auditorio a mi familia y algunos vecinos y viandantes. Naturalmente, el bigotillo sufrió serios estrujones de vanidosa prosopopeya de parte del policía, y el carretero, henchido de suprema felicidad, me restregaba su triunfo con sonrisas y meneos de cabeza, hartos significativos.

¿Que yo soy pacífico?, ¿quién dijo que yo soy pacífico? Es decir, yo no ando en pleitos a cada rato, observo una política de prudencia que bien puede haberse interpretado de cobardía. En ciertos casos mal interpretada, por supuesto. Pera cuando se me sube el González o el Zeledón o el Ramírez o el Castro, que de todos corren nutridos por mis venas, yo mismo me desconozco: me vuelvo una tintorera herida a la que hubieran robado sus hijuelos; no reconozco ni pelo, ni color ni tamaño; y más cuando me siento empapado en derecho con toda la razón de mi parte y a la sinrazón batiendo palmas. Por consiguiente, enfurecido, pero aún conteniendo los feroces impulsos, dije al policía:

—Este hombre ha tratado de engañar, con su puercada de leña verde y mal cargada, a mi señora, quien no entiende de esas cosas; yo le llamé la atención a su dolo y él rechazó mis razones; me insultó y no me hizo caso; encolerizado, lo amenacé, pero sin arma ninguna, y él se apeó de la carreta y se fue en busca suya. Venga usted y verá por sus ojos la maldita leña y se convencerá de que tengo razón.

—Eso lo debieron haber visto antes de cerrar el trato; si tiene algo que alegar, alégueselo a don Gregorio; traiga el saco y el sombrero y camine conmigo.

Mi indignación llegó al colmo, no pude más, y a gritos destemplados y usando de un vocabulario que Sancho me hubiera envidiado después del vapuleo de la venta, hice mi alegato en aquella corte callejera; el policía gritó más, el carretero terció en la contienda, la familia mostró su justa indignación, y acudieron más vecinos, entre los que apareció mi buen amigo y proveedor don Celestino Gómez, a quien Dios guarde y haga prosperar por muchos años.

Celestino se abrió paso entre la multitud y dando un fuerte tirón al policía, le hizo observar que yo no era un simple mortal, sino nada menos que un Diputado al Congreso, inmune por consiguiente y merecedor de todo el respeto de que su insignificante autoridad fuera capaz.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El cambio que se operó es indescriptible: el policía me enderezó su más dulce sonrisa y lanzó rayos de oprobio sobre la sucia cara del leñador.

—Eche para ver la leña.— Y se encaminó donde los cuatro guarumos y poroses yacían. A la vista de los palillos se indignó, mas cuando se asomó al rancho que aún se ostentaba en la carretilla, la indignación no tuvo límites ni reconoció barreras, retorció nerviosamente el bigotillo y encarándose con el leñador, vociferó:

—¿Hombré, y esto es lo que vos llamás una carretada de leña? ¿Y a estos cuatro palos verdes en vida llamás leña? Debía caerse la cara de vergüenza, antes de resolverte a venir a la ciudad a engañar a las señoras; ¿y por esa cochinada querés que te paguen siete colones? Siete años de presidio te habían de encajar por mala fe y por chacho; hombré, ¿pos qués lo que vos te estás pensando? Abreviá a cargar esas calillas y veníte conmigo; ¡es ya...!

Y volviendo a mí su faz augusta en tono quejumbroso y de altísimo respeto:

—Me hace el favor de dispensarme, pero yo no sabía que usted era... es decir, no sabía cómo era la leña y no me habían dado tiempo de ver el rancho; va usted a ver lo que le va a pasar a ese concho mala fe, no le van a quedar ganas de volver a vender porquerías...!

Y, efectivamente, diez minutos más tarde se llevó al carasucia con su yunta de terneros enclenques y su carretilla desvencijada, en donde campeaban en toda su verdura los guarumos, los poroses y los jinocuabos asegurados contra incendio.

Celestino Gómez, mi señora y yo, quedamos en la puerta de mi casa discurriendo acerca de un tema encantador: “El principio de autoridad”.

New York, 15 de setiembre de 1911

Publicado en *PANDEMONIUM*

EL MOZOTILLO DE POCHET

New York, agosto de 1913

Señor don Tobías Zúñiga Castro,
San José de Costa Rica.

Mi querido Tobías:

Y va de cuento. A raíz de la muerte del inolvidable Pochet, la familia, agradecida conmigo por lo poco que por él hice en su última enfermedad y entierro, me obsequió un mozotillo admirable que había pertenecido a don Eduardo; lo conservé por unos meses, hasta que mi mamá y mis chiquillas se vinieron para Nueva York lo mandé con ellas para que les recordara la patria ausente y para admiración de cuantos le escucharan. Cuando llegó a Nueva York y fue instalado en jaula nueva en la ventana del comedor en casa de Marcelina, en Bensonhurst, cantaba con la robusta voz de la juventud, tenía cerca de tres años de edad. Pasaron años y el insigne mozotillo trinaba cada vez con mayor dulzura, pero cada vez con menor aliento; acabó –al cabo de los siete años cumplidos– por no cantar más, pero con un apego entrañable a los huesos y el pellejo y las cuatro plumas erizas que le quedaban. Una tarde calurosa, al entrar al comedor, me acerqué a la jaula de Pochet y al mirarlo hecho una bola de pelillo gris, acongojado y compungido, caídas las alas que fueron su orgullo, cenicienta la capa de azabache y desteñido el pecho de oro que fueron sus preciadas galas, mudas las cuerdas de su lira de cristal, sentí tristeza y lástima y quise levantarlo de su nostalgia; lo saqué de su jaula, lo paré en la enredadera de rosas que bordeaban la ventana y, escondiéndome entre las cortinas de verdura que cubrían los muros, imité el silbido dulce y cadencioso de los mozotillos.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Al oír aquel silbido, el pajarito se estremeció, sacudió las desplumadas alas, se irguió gallardo como en sus mejores años, y cantó esforzándose en imitar los gorgoritos de antaño. Pasaron por su imaginación, en confuso tropel, las memorias de sus días de encantadora libertad, cuando en la movediza rama del cafeto en flor, llamaba con trino acariciador a su mozotilla, que picoteaba las semillas de la setilla al pie del rugoso tronco de poró; el rayo de sol acuchillaba los rosales, se le antojó saeta vibradora de nuestro sol tropical; el chorro de la regadora en el jardín era para él el murmullo del ojito de agua que brota allá entre las peñas, del ripio de nuestras quebradas; y sus ojos velados por las nubes de los años, tomaron el cielo de plomo de estas latitudes por aquel trozo de zafiro que es nuestro cielo. Y cantó sin descanso, recorriendo la escala de su canto toda la gama de su vieja garganta, con infinita ternura, con trémula melodía, con arpegios de ruego, con fugas de súplicas; como canta el indio colombiano las nostalgias de su raza al son del gracioso tiple, como el guajiro canta al pie de las palmeras sus inimitables “quebrantos”, como el árabe andaluz arranca de su garganta los “jondos quejíos de sus soleas”. Y cuando la hembra de sus ensueños no llegó a posarse a su lado, ni lo llamó, escondida entre las hebras de la perfumada grama, ni le batió las alas, meciéndose en la vena de la amplísima hoja de guineo, cuando comprendió que todo había sido un sueño, una cruel ilusión, un nuevo desengaño, cesó su canto, ocultó la cabecita calva debajo del arranque de una ala y volvió a apelotonarse, indiferente a cuanto a su lado pudiera pasar. Dos días después había muerto: ¿lo mató la inmensa alegría de aquel momento o la infinita tristeza del desengaño? No, no lo sé, tal vez ambas cosas, que matan o hacen vivir eternidades, según la sensibilidad del sujeto que las recibe.

Pues bien, querido amigo, ese es mi cuento o mi historia; el pajarito de mi relato tú lo conoces: tuvo sus días de gloria, sus auroras interminables, de constante trinar; sus aventuras entre los jarales de la quebrada y sus harturas de dicha allá en la tierra de los poroses, de los guineos y de los cafetos en flor; hoy vive en jaula nueva, sus comederos limpios están llenos del mejor alpiste y del nabillo más fino; tres lindas muchachas lo acarician, le cambian el agua, lo asolean con sus gracias y sus cuidados; pero no puede moverse en el estrecho enrejado de su jaula y le hacen mucha falta su sol, sus campos, sus montañas, sus chamarascas, y más que nada, los otros mozotillos, machos y hembras, con los cuales pasó los años dorados de su existencia; y aun los setilleros, agüíos, soterrés, yigüirros, monjes, caciques, picudos, jilgueros, naranjeros, tijos, chinchibiríes, bobos, tucanes y humildísimos comemaíces que con él revoloteaban en los higuerones de la Plaza Principal, en las moreras de la Iglesia Protestante, en los guineos de don Ezequiel Herrera y en las matas de azul del solar de Cholita. Y antes que me pase lo que al Pochet de mi historia, he decidido ir a mi tierra, a verla otra vez, a canturrear allá de nuevo siquiera por un par de semanas, con mis tres mozotillas, a las que dejaré por mayor tiempo. Y lo haré en el gran mes de diciembre, notable por los toros, por los disfraces, por el nacimiento del Salvador y por mi cumpleaños. ¡Conque, hasta luego!

PANDEMONIUM, 24 de diciembre de 1913

PARA JUSTICIAS, EL TIEMPO

Fue en la Nochebuena de 1872 y, si hubiera sido en la de 1912, mis recuerdos no serían más claros. Esa noche cumplíamos años Nuestro Señor Jesucristo y yo, y con tan plausible motivo, en mi casa se armaba la gorda, pues mi familia ponía portal y, de refilón, me celebraba el natalicio. Por lo menos, yo me creía que todas las fiestas, músicas, villancicos, bailes de pastores, juegos pirotécnicos y demás jolgorios, no tenían otro objeto que el de celebrar el aniversario de mi venida a éste que yo entonces juzgaba como valle de miel y hojuelas. Además, acababa yo de laurearme de Doctor en Cartilla y Doctrina Cristiana, algo así como *in utroque jure*, en la jamás bien ponderada y recordada escuela de primeras letras de doña Eusebia Quirós, precursora de Froebel y de todos los *kindergartens*. De modo que mi cumpleaños, la terminación de mi carrera primaria, y la coincidencia de ser Nochebuena, vinieron a presentar excusa para inusitadas alharacas.

No sé si fue con motivo de tales acontecimientos, pero es el caso que, para esa noche, se anunciaba la inauguración en la Plaza Principal del Circo Ciarini (Charini lo llamaba la Historia), el primero que llegaba a Costa Rica con leones, tigres y cebras, el primero que nos hacía el grandísimo honor de presentarnos el gran salto Leotard, y el primero que nos distinguía con las desternillantes gracejadas de un *clown*, “envidia de arlequines y payasos en el universo entero”. Así lo decían los grandes cartelones que ostentaban sus brillantes colorines en todas las esquinas, hasta en la de mi casa, en donde un furibundo tigre de Bengala, azotado por un hermoso gladiador romano, saltaba por entre un aro de llamas, que a gran altura sostenía una gladiadora romana, en tanto que, montados en el lomo de un leonazo de Numidia, hacían ejercicio unos gladiadorcitos, también romanos.

De fondos andaba yo sumamente escaso; la entrada a gradería, para esa función de circo, “para niños menores de diez años, cincuenta centavos; para adultos, un peso”. Eso costaba. Yo era niño menor de diez años, pero no tenía la menor idea de lo que era ser adulto, y como al “torcido todas se le hacen”, nada de extraño tendría que fuera yo a resultar adulto, justamente cuando menos necesitaba serlo. Había que poner en claro ese punto interesantísimo, antes de echarse por el mundo en busca de los reales para la entrada. Afortunadamente, Juan Castro, viejo soldado del

56, y encalador y oficial de mi morada, me sacó de la tremenda duda. Estaba el hombre echando sapos y culebras, por la pegada del cartelón en la parte recién encalada de nuestra casa, cuando me acerqué a él con mi consulta.

—¡Hombre, Juan!, ¿quiénes son los que son adultos?

—¿Qué's la cosa?

—Que si vos sabés qué's adulto.

—Claro que sé, ¿pa qué querés saber?

—Para la entrada al circo.

—Pa vos son de a cuatro reales; dejá de estarme jorobando y largáte de aquí con tus geografías.

Se me quitó un gran peso de encima. Juan tendría sus razones para no explicarme el significado de la misteriosa palabra, pero ya sabía y que, fuera lo que fuera, a mí no me tocaba. Y me largué en busca del empréstito.

Vendí mis bonos a la par, sin interés ni comisión y a cinco sábados de plazo, a mi padrino bautizante el Excelentísimo doctor don Martín Mérida, Enviado Extraordinario de la República de Guatemala en Costa Rica, e hipotequé mi palabra de honor, libre hasta entonces de toda clase de gravámenes y servidumbres. A la memoria de mi ilustre padrino debo infinitos respetos y cariños por mil otros servicios y bondades, pero ése ocupa preferente lugar en mis recuerdos. ¡Que Dios se lo haya tenido en cuenta, si de abonos de alguna especie hubiere necesitado aquel cumplido ministro de Dios y de su patria, excelente caballero y noble amigo!

Y como yo era “niño menor de diez años”, y tenía en mi bolsillo los consabidos “cincuenta centavos”; al circo me fui derecho a comprar mi entrada y asiento de gradería. Eran las tres de la tarde, y los anuncios marcaban las ocho de la noche, como hora para dar comienzo al espectáculo. Naturalmente, la boletería aun no estaba abierta; en la espaciosa carpa extendida en la esquina sudeste de la Plaza Principal, y adornada con banderolas y gallardetes de todos los colores y nacionalidades, se llevaba a cabo la faena de aplanar el redondel, en donde los caballos habrían de ejecutar sus proezas, y de cubrirlo con serrín de madera que estaba amontonado al lado de la carpa. Las fieras, la maravillosa cebrá, la colección de monos sabios, los caballos, los ponies, la mula mañosa y demás elementos de la colección zoológica, estaban ya ocupando una pequeña carpa vecina a la del espectáculo; los mozos no se daban punto de reposo en el arreglo de trapecios y argollas, garfios, roldanas y torniquetes; las grandes farolas o candilejas rebosaban petróleo; los andamiajes de la gradería resonaban a los continuos golpes de martillos y de mazos; las lonas de la inmensa carpa ondeaban a impulsos del viento alisio de diciembre, formando oleajes difícilmente contenidos por los tirantes de recio cable, y producían ruidos sordos como de lejano trueno. Y en medio de aquel va y ven de peones y maromeros, el señor Ciarini, con sus altas botas charoladas y su sombrero chambergo, sus gruesos bigotes y perilla al estilo de la casa de Saboya, y un pequeño látigo que su impaciencia hacía crujir. ¡Qué espléndida figura, qué majestuoso porte!

A él me acerqué con mis cincuenta centavos, y respetuosamente le requerí para que me vendiera el mejor asiento de gradería que pudiera ofrecerme. No se dignó atenderme; con voz imperiosa me dijo:

—Ayude a traer el serrín para el redondel, ¡apure!

Y quedé convertido en sirviente, por obra y gracia de su insolente imposición. Estuve acarreado serrín, hasta que el redondel quedó completamente preparado; después me mandaron a acarrear agua para las bestias; el balde era pesado, pero mi energía era inquebrantable; gran parte del agua me bañaba de media pierna para abajo; poco llegaba a la canoa de las sedientas alimañas.

Por fin, todo estaba listo, nos arrojaron fuera de la carpa a todos los muchachos ayudantes, no nos dieron ni las gracias. No las necesitaba. Yo había tenido el honor de conocer al señor Ciarini; había visto al *clown*, y hasta le había ido a comprar un real de tabacos; había estado a cinco pasos de distancia de la jaula del león, y a seis o siete de la de los tigres; había visto la cebra, y hasta había presenciado el acto de pintarla o repintarla con nitrato de pata, que manchaba los dedos de negro, que ni el mejor jabón podía disolver. Todo lo había visto, observado, catalogado; era el más feliz de los niños menores de diez años que encerraba la tranquila ciudad de San José de Costa Rica, en el mes de diciembre de 1872.

Esperé, cercano a la candileja, a que abrieran la boletería; compré el primer boleto, y corrí con él a casa a lavarme, a peinarme, a sacudirme para volver sin demora a escoger puesto en la gradería, y situarme en el punto más conveniente para gozar de todas las peripecias del espectáculo. No quise comer; al diablo con el apetito; lo imperioso era el Circo, y a él regresé sin demora.

Aun hube de esperar a que la policía los serenos, llegaran a ocupar sus puestos de vigilantes; nadie me arrancaba de la cuerda que sujetaba la cortina de la puerta de entrada ¡Por fin...!

La gran candileja central iluminaba con radiaciones de incendio todos los ámbitos de la gran carpa; escogí mi puesto, lo cambié varias veces; éste era demasiado alto, aquél demasiado bajo, el otro no quedaba exactamente en frente del trapecio, éste sí, éste, el mejor sin duda, mirando al espacio en donde se situaba la banda militar, a espaldas del palco del Gobernador, frente al boquete por donde tenían que aparecer los artistas; sí, éste era el “más mejor”; y allí me senté y me acomodé, como si me hubiesen clavado, atornillado con pernos y tuercas.

Fue llegando toda la gente, primero por parejas, luego por grupos, más tarde por montones, y se llenaron las galerías, los palcos, los pasillos; no había en dónde echar un alfiler; el Gobernador don Mateo Mora, con su Secretario y el Fiscal, y muchos otros señorones, y señoras con crinolinas y vuelos, y bucles y peinetones, y la banda tocando sus mejores y más incitantes pasos dobles, y los chiquillos vendiendo confites y distribuyendo programas, y el león rugiendo en su jaula, y los tigres maullando como inmensísimos gatos, y los monos chillando, y yo en la gloria: sí, señores, en la gloria, como yo me figuraba la que en el Catecismo de Ripalda se promete a los buenos, a los justos, a los inocentes.

De uno de los grupos tardíos que buscó acomodo del lado en donde estaba mi asiento, se desprendió un hombre como de unos veinticinco años, pequeño de estatura, macizo, pelo rizado, ojos azules, barba y bigote rojizos; recorrió con la mirada la galería, y al divisarme se vino derecho a mí, abriéndose campo por entre la apiñada muchedumbre que ocupaba las gradas inferiores; me tomó bruscamente la muñeca, y colocó el dedo del corazón sobre la arteria de mi puño.

—Chiquito, ¿qué es lo que usted tiene? —me dijo con aire de gran preocupación.

Nada, señor, yo no tengo nada.

Me pasó la mano izquierda por la frente, y me dijo:

—Usted tiene una gran calentura, ¿dónde vive usted?

—A dos cuadras de aquí, esquina opuesta al Seminario.

Pues hijito, corra a su casa a que le hagan algo, porque Ud. está muy enfermo, corra; yo le cuido el asiento. La excitación nerviosa en que yo me encontraba, la fatiga de los trabajos del día, el pequeño resfriado que la mojada de las piernas y pies me había ocasionado, y la falta de alimento durante las últimas diez horas, unido a la seriedad con que aquel hombre me hablaba, me sugestionaron al extremo de sentirme acalenturado. Puse toda mi confianza en mi improvisado protector, le entregué mi asiento, y salí escapado para casa a que me hicieran algo, con la esperanza de volver inmediatamente, sin perder ni siquiera la primera parte del programa.

A casa llegué desalado; acudí a mi abuela, que era nuestro médico de cabecera, expúsele mi querella, conté las circunstancias, y rióse de mi simplicidad.

—¿No tengo calentura? ¿Y cómo el hombre me dijo...?

No sea bobo, hijito; vuélvase al Circo; ese hombre, lo que quería era quitarle su asiento. Ármele un escándalo, pero no lo deje que se lo quite.

¡Mil rayos y mil millones de centellas! ¡Lo que es ese pelo colorado no se ríe de mí!

Al circo volví, lleno de indignación, rabioso, herido en lo más íntimo de mi alma de niño menor de diez años. Cuando el hombrecillo me vio acercarme, soltó una carcajada que aún resuena en mis oídos. Atropellé a los espectadores, me escurrí entre las gradas, y llegué hasta mi hombre.

—¡Déme mi asiento!

—¿Cuál asiento? ¡No venga a molestar!

—¡Que me dé mi lugar, viejo mentiroso...!

Me dio un empujón, me arrojó de la gradería, y llamó a uno de los serenos, a quien me denunció como atropellador y escandaloso. El policía no oyó mi alegato, me amenazó con echarme fuera de la carpa si no me sosegaba; los circunstantes, empeñados en escuchar las gracejadas del gran *clown*, me ordenaron callar. Comprendí que estaba perdido si pedía que se me hiciera justicia;

de nada me valía mi personal amistad con el señor Ciarini; el Cielo me había abandonado. Me resigné, y tuve que pasar el resto de la representación confundido con la multitud en uno de los pasillos, sin poder ver lo que pasaba en el redondel, que yo había ayudado a cubrir de fresco y oloroso serrín de cedro, sin ver la pantomima, sin mirar las piruetas del *clown* ni sus habilidades con varitas y bonetes; de las fieras, sólo los rugidos y aullidos pude escuchar; y muy de tarde en tarde lograba apenas divisar, por entre las piernas y barrigas de los adultos, la regordeta figura de la equitadora, los amplios pantalones del payaso, las patas pintadas de la cebra, y las ruedas de las jaulas de las fieras. Sólo el salto Leotard vi, allá en el aire, a prodigiosa altura; el maromero que lo dio, se meció por largo rato en un trapecio; otro maromero colgaba de las corvas, de un par de argollas pendientes del techo; el saltador soltó el trapecio, hizo un giro gracioso en el espacio, y cayó en los brazos del otro, sin sacudimiento, sin precipitación; bajó por una cuerda al redondel; le perdí de vista. El público aplaudió frenéticamente.

Mi hombre, mi pelirrojo, el grandísimo mentiroso que me había arrebatado mi asiento y me había engañado y maltratado, reía, aplaudía, gozaba inmensamente, tanto o más que todo el resto del público. Me sorprendió que gozara, pues yo creía que todos los hombres tenían conciencia; así lo dice el Catecismo de Ripalda. Está equivocado.

A mi vuelta a casa, nada dije; a quienes me preguntaron por la función del Circo, les hice fantásticas descripciones de cuanto había visto, y exageradas apreciaciones del gran salto. Oculté mi humillación, y a nadie confíé mi inmenso quebranto.

Cuando llegó la hora de los cánticos y de los villancicos al Niño Dios, todos los muchachos nos acercamos al Portal, y entonamos con los viejos nuestras saluciones al Salvador del Mundo. Al final, se rezaba un Rosario acompañado de músicas y pólvora, y en una de las partes de éste se hacía la petición, se presentaba verbal o mentalmente la solicitud a Dios de los favores deseados, de las necesidades satisfechas, de los perdones merecidos.

Entonces me acordé de que hay un Dios de Justicia, un Señor de todo lo creado, Todopoderoso, para quien todos los peli-colorados del universo, todos los serenos y policías de la Tierra, todos los que se burlan del dolor de los “niños menores de diez años”, son como el polvo del camino arrebatado por el viento, como la hoja seca deshecha por la tempestad, como la nube herida por el rayo; y a ese Dios y Señor le pedí justicia para ese mismo instante, para el día de mañana, para dentro de muchos años, pero justicia.

Y siguió la fiesta y la cena de tamales olorosos, y el baile, y, por fin, el sueño, aliviador de todos los pesares.

Era el año 1896, veinticuatro años más tarde.

Entre varios documentos de plazo muy vencido y escrituras hipotecarias que debían ejecutarse, otorgadas a favor de mis poderdantes, los señores William Le Lacheúr Son, de Londres, campaba en mi escritorio la de un tal Perico de los Palotes, a quien llamé a mi oficina para que me hiciera proposiciones para evitar el remate de su finca.

El día señalado en mi citación apareció el sujeto. Le reconocí en el acto. Los veinticuatro años no habían borrado sus facciones, no habían cambiado su fisonomía; la misma cabeza rizada, los mismos ojos azules, la misma barba de herrumbre salpicada de manchones blancuzcos, sucios.

—¿Qué desea usted?

Vengo a su llamamiento para ver si logro que me dé un respiro para el pago de mi hipoteca. Las cosechas han sido malas; el precio del café no paga las cogidas; los animalillos no tienen pasto, porque los potreros están secos; parece que me hubiera caído la maldición de Dios. Si me obliga al pago inmediato, habrá que rematar la finca, y me deja en la calle; si me espera, pagaré en un par de años, con intereses y gastos, y me salvo. ¿Qué me dice?

—Siéntese usted y hablemos. Su fisonomía no me es desconocida, me parece haberle visto a usted hace ya mucho años, y si mi memoria no me es infiel fue una noche, Nochebuena, cuando se inauguró en la Plaza Principal un circo, el de Ciarini; estaba yo sentado en la gradería, y...

—¿Qué memoria tiene usted! Yo apenas recuerdo eso muy vagamente, y sólo me lo hace recordar el hecho de que habiendo llegado tarde y no encontrando acomodo, le metí un gran susto a un chiquillo pecosillo, a quien le hice creer que estaba muriéndose. El chiquillo se fue en un temblor para la casa, pero de seguro comprendió de camino el engaño, porque volvió hecho una furia, y armó una gran gritería por su asiento; yo llamé a un policía, éste lo retiró, y yo me quedé tranquilo. Vea, señor González, muchos circos han venido después con mil bullas y aparatos, con elefantes y girafas y atletas y mojigangas, pero ninguno me ha hecho la impresión que ese de Ciarini en la noche de su estreno, mi palabra de honor.

—A mí me pasa exactamente lo mismo: ninguno me ha impresionado tanto como ése, en esa noche; no tiene usted más que fijarse cómo me impresionaría, cuando sepa que yo, yo mismo, era y soy el chiquillo pecosillo a quien usted dio el gran susto, a quien usted robó su asiento, y a quien usted, abusando de su tamaño y de su fuerza, de mi flaqueza y de mi insignificancia, arrojó a empujones de la gradería, e hizo ultrajar por un policía no menos brutal e injusto que usted.

—Pero, hombre, ¿quién hubiera creído...!

—Hemos terminado; si dentro de tres días no ha pagado usted su deuda, entablaré la ejecución sin ningún género de contemplaciones; hombres que, como usted, son crueles con un niño, no merecen la compasión de Dios ni de los hombres. Puede usted retirarse.

Hubo remate.

¡Para justicias, el tiempo...!

ALEGRÍA DEL MAL AJENO

A Joaquín García Monge

En materia de habilidad lingüística de nuestras loras, bien conocida *urbi et orbi* y no disputada aún, comparable solamente con la facilidad característica de los polacos, tengo una anécdota que es, en mi humilde concepto, el arquetipo de los casos comprobados y que a la vez indica y establece con presunción *juris tantum*, que nuestras loras piensan con igual maestría que repiten cuanto escuchan.

Allá por los albores del siglo XIX y en una de las primeras casucas que se construyeron en la Villa Nueva de San José, hoy vanidosa capital de Costa Rica, vivía una buena viejecita llamada Mamita Antolina, madre del que más tarde llegó a ser jurisconsulto muy distinguido. Carecía la buenísima señora de bienes de fortuna y mantenía su hogar con el esfuerzo de su bien sentada inteligencia. Se dedicaba al comercio de cacao en grano y molido; aquél obtenido, ya de los cultivadores de la planta que en Matina.

“... en urnas de coral cuajas la almendra que en la espumante jícara rebosa”

o del que muy de semestre en semestre acarreaban los ticos de las plantaciones de la vecina república de Nicaragua; y el molido iba brotando de la caliente piedra que Mamita Antolina manejaba con habilidad extremada y duro esfuerzo, recogido primorosamente en el talón de la limpia mano y moldeado con donaire con la punta del cuchillo y el índice de la mano izquierda sobre frescas y amplias hojas de plátano.

Por varios años los indios de la Mosquitia habían dejado tranquilas las haciendas de Matina; el grano nicaragüense llegaba con mediana regularidad y el mercado “se mantenía firme con tendencias a la baja, debido a los grandes arribos, a la amenaza de futuras cosechas y a la escasez de la demanda”.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El caso es que el cacao en grano se vendía “a ocho manos por un real”, es decir, a cuarenta almendras por doce y medio centavos de los de las reales armas de don Fernando Séptimo, que era la base de la moneda circulante. Y como en toda la casa, constante de sala, cuarto, caedizo y cocina, no había más alma humana que la de Mamita Antolina, salvo la del futuro Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien la paseaba por los cercos vecinos, y como Mamita Antolina pasaba el día a la vera del fogón, sobre la piedra del cacao, resultaba que el único ser viviente que podía atender a la tarea de anunciar el arribo de un parroquiano, era la lora de mi cuento, paseándose de amarra en amarra en su palo que colgaba del techo de la sala. A fuerza de escuchar siempre el mismo diálogo, la lora retornaba al comprador su saludo de entrada, y a la trillada pregunta de “¿A cómo tiene el cacao?”, contestaba acto seguido: “A ocho” –y Mamita Antolina, a cuyos oídos llegaba la voz chillona del animalucho, acudía presurosa a despachar al cliente. Era la rutina diaria y bien puede afirmarse que la lora ganaba a conciencia su panecillo empapado de oloroso chocolate y merecía con creces el cariño de su patrona y las alabanzas de propios y extraños.

Pero, ¡ah! que nada en este valle de lágrimas es perdurable.

Los indios moscos creyeron llegado el tiempo de hacer otra provechosa irrupción en los cacaotales de Matina y se dejaron venir en sus piraguas como nube de langostas y se llevaron cuanto cacao contenía la rica región, quemando ranchos y asesinando a los pacíficos moradores, a los que aún las fiebres palúdicas, endémicas en aquel suelo pantanoso, habían hasta entonces dejado en condiciones de defenderse y hasta se llevaron –¡castigo de Dios!– a un tal Aimeriche, viejo panzudo y de malos hígados que poseía vastos plantíos del precioso grano.

El caso es que, como habría dicho el Boletín de la Bolsa de Productos, si tal institución hubiera sido inventada en aquellos tiempos de oro, “las cotizaciones de cacao de Matina eran animadas, con muy altos precios, gran demanda, escasísima oferta y stock visible muy bajo, con tendencia marcada a alzas mayores” –y Mamita Antolina, se vio precisada a subir el precio, rebajando el número de “manos por real”.

–“¡A cuatro”, lorita, ya sabés; ¡a cuatro!– repetía la señora a su verdi-emplumada socia industrial, y al fin la lora aprendió, no sin grandes tropiezos y vacilaciones a contestar “A cuatro” cuando algún parroquiano hacía la estereotipada pregunta: “¿A cómo tiene el cacao?”

Esa tarde, final de un día húmedo y caliente del mes de julio, la lorita echaba su siesta asentada en la pata izquierda y con la derecha y la cabeza de copetillo grana escondidas entre las erizadas plumas de esmeralda. Quizá soñaba con el frondoso árbol de mango, que erguía su espaciosa copa a la vera del parlero arroyo en las quiebras del Monte de Aguacate, entre cuyas ramas se mecía su nido, conoció su nunca olvidado loro y ambos comieron del dulce y sabroso fruto hasta que la miel les corriera por los acerados picos y les manchara las gualdas plumas del buche. ¡Tiempos aquellos, edad dichosa: aire tibio, sol hirviente, aguaceros torrenciales, perfumes de aroma y de flor de coyol y de marañón maduro y de reseda! ¡Y luego las alegres excursiones invernales a la costa en inmensas bandadas, canturriando graciosas coplas lorescas, y el bellísimo golfo de Nicoya y la Isla de Chira, y los Negritos, y el ancho y majestuoso Océano Pacífico! ¡Y su amante compañero, el más hermoso loro de toda la parvada, con su gentil mancha de grana coronando

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

la graciosa cabeza, sus plumas negras y rojas al extremo de las alas de esmeralda! Y cómo se le acerca y murmura a su lado encantadoras frases de amor... y le dice: “Buenas tardes”... ¿A cómo tiene el cacao...?

—“¡A ocho!”— contestó instintivamente la lorita al despertar sobresaltada balanceándose en el palo colgante en casa de Mamita Antolina.

Y ésta apareció a despachar al parroquiano, secándose las manos en los pliegues de su limpiísimo delantal de tela criolla de algodón.

—Espácheme seis reales, prontico, porque voy pa Escazú y me coge la noche bajando la cuesta de Los Anonos;— dijo el cliente, jinete en su menuda pero firme mula de paso.

La buena vieja le acomodó en las alforjas de cabuya torcida el envoltorio conteniendo la preciosa mercancía, a cambio de los seis relucientes tiestos de cortadilla de plata con la cruz y el quinto de la casa, de moneda.

Y vuelta la calma, la lorita con la satisfacción del deber cumplido, sacudió sus plumas, restregó el pico contra las uñas de cada pata y entonó el bien conocido “Lorita real del Portugal vestida de verde y sin medio real, urria, lorita”!, terminado lo cual se dedicó concienzudamente a la tarea de reducir el diámetro de la estaca, gracias a las recias tenazas de su pico de pedernal.

El sábado siguiente, llega de nuevo nuestro comprador, para su mula al frente de la escuálida casucha de Mamita Antolina y sin saludar ni preguntar, grita desde la calle:

—¡Upee! ¡Ave María!

A las voces del enojado parroquiano, sale Mamita Antolina a inquirir las causas de su enojo.

—*¡Gratia plena!* ¿Qué se le ofrece, ñor Candelario? ¿Viene a llevar cacao?

—¡Sí, pero no mercao, sino el que es mío propio! ¡El jueves le merqué seis reales a ocho y usted me lo contó a cuatro y como yo no la vide contar jue y m’engañó! ¡Achará la cara de formalidá que tiene y entantico quiuno se descuida no le mide legal!

—¡Qué está usted diciendo, hombre de Dios! ¿Cuándo le he dicho a usted que el cacao estaba a más de cuatro manos? ¡Todos saben que desde Corpus se vende a cuatro!

—¡A ocho!, ¡a ocho!— me dijo usted dende la cocina, el jueves ya oscureciendo .—Yo lo oyí clarito, y por eso jue que me ecedí a mercar seis reales. ¡Y el trato es trato, y el cristiano por la palabra y el güey por la cachadura!

—Bueno, ñor Candelario, si usted dice que se lo ofrecí a ocho, a ocho se lo daré...

Por este chiquero de cruces— contestó el viejo cruzando los dedos de las manos y besando cada cruz con sincera unción.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Pero yo también le juro por lo más sagrado, que no fui yo la que le dijo que a ocho, fue esa maldita lora cavilosa que aprendió a decir “a ocho” cuando por tantos años el cacao se vendía a ese precio.

Mediaron más protestas de una y otra parte; el caso quedó arreglado, el hombre se largó refunfuñando y Mamita Antolina, herida en lo más íntimo de su dignidad y su limpiísima reputación de mujer honrada y verídica, desahogó su coraje sobre la verde parlanchina, origen, fuente, brote y causa del serio disgusto.

Cabizbaja, semidesnuda, achucuyada y maltrecha quedó la lorita, no ya columpiándose en la percha de la sala doméstica, sino en la rugosa y musgosa, polvorienta y reseca rama de un poró de la cerca en el fondo del patio, entre patos y gallinas, chanchos y palomitas de Castilla.

Y aquí viene el caso maravilloso a que aludí al principio de mi histórico relato.

Un perrillo ladrón había sido arrojado a palos del corral vecino y, como alma que lleva el diablo, atravesó un portillo de la desvencijada cerca y se guareció al amparo de los dominios señoriales de Mamita Antolina, con quien la vecina no había celebrado tratado de extradición. La lora, al oírlo chillar y al verlo perniquebrado y contuso, obedeciendo a los feroces instintos y duros sentimientos que sólo en la raza humana tienen dominio, alegrándose del mal ajeno, soltó estruendosa carcajada y, entre silbos y burlas, exclamó:

—¡Ja, ja! ¿Vos también dijiste que a ocho?

New York, 27 de mayo de 1919.

REPERTORIO AMERICANO

1º de setiembre de 1919

CRIMINAL NEGLIGENCIA

A mi primo Claudio González Rucavado

Mucho se esforzaron mis padres (q. de D. g.) en prepararme ampliamente para la difícil lucha por la vida; mucho hicieron por desarrollar y robustecer las dotes naturales que en mi niñez acertaron a despuntar, y grandes y continuados fueron sus sacrificios para que nada faltara a mi armadura intelectual, pero aún no me explico la ceguera que les impidió apreciar el inmenso caudal que mi garganta encerraba y que pugnaba por mostrarse cuando apenas contaba yo nueve años de edad.

Mi voz, entonces era dulce y sonora como una flauta de cristal, como el trino de un yigüirro, como los gorgoros de un zenzontle; robusta y voluminosa como el canto del cuyeo, llegando a notas asombrosamente agudas como las de la piapia y a suavidades y trémolos como los de la torcaz.

Si estuvieran vivos, pondría de testigos a don Marcelo Zúñiga y a don Alejandro Cardona, con quienes aprendí los cantos de los pastores con villancicos y zorcicos, y a don Mateo Fournier, con quien esgrimí en zarzuelas al amparo de doña Concha Corrales; y que lo diga hoy don Pilar Jiménez, el queridísimo maestro Pilar, quien para gozo y solaz nuestro vive aún, y bajo cuya batuta entoné trozos de ópera seria y toda la parte del soprano de la notabilísima Misa de Lambillotte, recibiendo caricias, aplausos, parabienes y menciones honoríficas del público josefino, en aquel entonces uno de los más peritos en achaques musicales.

Pues verán mis lectores cómo mi carrera musical, que a más de haber podido darme honra y provecho hubiera comunicado lustre y vanagloria a Costa Rica, se la llevaron todos los diantres por la falta de empuje doméstico.

Acababa de desbandarse en San José la Compañía de Opera Italiana, llamada “de Petrilli”, dejando rezagados e indigentes a Grossi, barítono, a la señora de Grossi, soprano, y a cuatro o seis coristas; machos. Urgía reunir fondos para emigrar a más amplios horizontes, y resolvieron los náufragos

dar una velada operática “con la cooperación” –así lo rezaba el programa– “de algunos notables aficionados nacionales quienes generosamente han prestado su valioso concurso para dar mayor realce a esta velada”.

Se llevaba a la escena, en el antiguo y desvencijado “Teatro Municipal” o “Teatro de Mora”, una selección de trozos de la inimitable ópera del inspirado maestro Verdi, que lleva por título “Hernani”.

Y es claro, entre los “notables aficionados” se escogió a este humilde servidor de ustedes para el corto pero importantísimo papel de paje, pues además de requerirse una voz clara y bien timbrada, se exigía una presencia noble, elegante, digna y cautivadora, cual cumple a quienes tan elevada categoría desempeñan, y cual la pródiga Naturaleza se había complacido en ofrendarme desde la cuna, aunque me esté mal el decirlo.

Y solicité el permiso paterno para prestar mi valioso concurso.

Fue a la hora de la comida, en presencia de mi madre, mi abuela, mi hermano Chepe y Pirinola, el muchacho que nos servía a la mesa.

Transcribo la conversación:

Yo. –Papá, ¿me da permiso de salir de paje en la Ópera a beneficio de los señores Grossi?

Papá. –Lo que diga tu mamá.

Mamá. –Si sale con su vestidito de los domingos, sí; pero si hay que hacerle ropa especial, *no*; ¡no está la Magdalena para tafetanes!

Yo. –¿Cómo voy a salir de paje de un Duque, con blusa y calzones de mezclilla?

Mamá. –¡Pues que busquen a otro!

Yo. –Pero ya yo le dije al señor Grossi– (pucheros)... y él me dijo... (llanto)... y entonces yo le dije ... (más llanto)... y la señora Grossi dijo... (abundantísimo llanto...).

Mi abuela. –Niña, ¡vos parecés una madre de poró! ¿Por qué te has de encaprichar por lo que haya de costar un vestidillo de paje? ¡Yo se lo hago, déjalo salir!

Mamá. –¡Así sí!, pero con la condición de que si me dan una sola queja tuya en estos días, o no repasás tus lecciones o te negás a hacerme los mandados, no salís; ¡te prometo que te lo cumplo, mocoso, lloretas!

Chepe. –¡Qué bonito que te vas a ver! ¡Vas a parecer un mico, vestido de mantudo y con esa cara pecosa y ese pelo chuzo color de achiote!

Pirinola. (Estentórea carcajada y disimuladas imitaciones de mico, rascándose los costados).

Pero conseguí el deseado permiso, y por encargo de mi abuela, fui a informarme de los detalles de la indumentaria que resultaron ser: justillo de pana, con cuello y puño de encaje, calzón corto, ceñido, también de pana, medias altas y zapatillas con tacón rojo y hebilla de plata; cinturón de cuero charolado con escarcela de seda o cuero; lazas de cinta en los extremos del calzón, y botones de azabache cerrando el justillo. ¡Un verdadero sueño, un traje de príncipe como el que estaba pintado en la etiqueta de las botellas de Agua Florida!

Al oír la descripción que hice, lleno de alborozo, mi abuela frunció el ceño.

—¡No señor, nada de panas ni charoles, ¡eso cuesta un platal! ¡Yo se lo arreglaré a mi modo y ya verá qué lindo!

—¡Admirable! ¡Ahora, a ensayar!

Y a casa del Maestro Director y Concertador, Signor Pietro Visoni, del Gran Teatro Carlo Felice de Génova —(¿qué tal?)— ¡a que me repase mi parte!

—“*Ragazzo, domani a la noche, nel Teatro, cogli altri. Sua parte solamente sei parole*”,— me dijo el Director en italiano salpicado de español.

Y claro, al día siguiente al oscurecer, ya estaba yo en el Teatro haciéndole compañía a Ñor Sánchez, el conserje encargado de las lámparas de petróleo y a Enrique Ellerbrock, utilero y tramoyista.

Hasta las ocho no comenzaron a llegar los artistas y los notables aficionados nacionales, a todos los que fui saludando, asumiendo aires de “uno de la manada”. Llegaron también el Director y los músicos que componían la orquesta, entre quienes recuerdo a Zonto Chaves, corno inglés; maestro Gutiérrez, violín; Benjamín Jiménez, viola; Mateo Fournier, flauta; Malaquías Fonseca, clarinete; “Chirrites”, trombón; Calvo, trompa; Cardaldá, requinto; don Pilar Jiménez, violoncello, y Chico Vargas, contrabajo.

Y se repasó cuanto era necesario repasar, especialmente lo de los “notables aficionados nacionales”; mas como no se me llamaba a tomar parte y el ensayo casi llegaba a su término, hube de acercarme respetuosamente al Maestro Visoni, e inquirí de él semejante olvido.

—Oh, sí; *subito lo vedremo*,— me dijo y con el índice de la mano derecha tocó en el piano dos notas, un sol y un do, al mismo tiempo que cantaba; *¡Per voi!*, y me lo hizo repetir unas cuantas veces; después, y siempre con el índice, tocó una especie de escala descendente de cinco notas, cantando al mismo tiempo esta hermosísima frase *¡E’ qui un signore!*, la que repetí de un modo admirable!

—*¡Bene, molto bene! E’ tutto*.— dijo el Maestro— y se levantó a cortar trozos de la ópera, con un grueso lápiz azul, en los papeles distribuidos a la orquesta.

No me pareció que mi parte era la más conspicua, no obstante que sí la consideraba muy importante, dado que, según me explicó enseguida el insigne Grossi, yo debía cantar el primer trozo en el momento oportunísimo, entregando al Duque una esquila tendida en anchurosa bandeja de plata, y que la otra aria debía entonarla desde la puerta del foro, abriendo al mismo tiempo las ricas cortinas de terciopelo, y que, como él decía: *tutto in tempo, ben timbrato e senza paura*.

A mis instancias, uno de los coristas machos me copió la letra, y me largué a casa con el corazón rebosante de entusiasmo artístico.

Al pasar por la Plaza Principal, hoy Parque Central, me detuve ante un majestuoso higuerón al que hice figurar como representante del Duque, eché una hoja seca en mi sombrero, y asumiendo la respetuosa apostura del caso, hice un gracioso saludo, me acerqué al árbol y alargándole el sombrero, canté: *¡Per voi!* Después me retiré retrocediendo y haciendo reverencias; luego fingí también el solemne acto de anunciar al señor visitante, y entoné: *¡E' qui un signore!* La Plaza entera resonó con las dulcísimas notas de mi canto y las paredes del Cuartel Principal y de la casa de Morell y del Almacén de von Schröter y de las tiendas de Teodorico Quirós, Arguedas y Belisario Fernández, así como el majestuoso atrio de la Catedral reflejaron la tiernísima frase y la arrobadora melodía.

También repetí mis trozos al poste de amarrar vacas en la puerta del maestro carpintero don Juan de Jesús Jiménez, frente al Seminario; y fui alborozado a repetírselo a mi madre y a mi abuela, quienes tomaban en esos momentos sendas tazas de olorosísimo chocolate.

Me detuve a la puerta del comedor y previa la reverencia del caso, extendí el sombrero y con majestuosos pasos me acerqué a mi madre y le grité: *¡per voi!*

—¡Silencio, muchacho, me vas a despertar a la chiquita!

—Es que quiero que oigan cómo va a ser mi parte en la ópera.

—Nada de óperas ni de comiquerías; ¡vaya a acostarse, que ya son casi las once!

Y tuve que callar y largarme a la cama.

Naturalmente, soñé con extraordinaria vividez, con todas las peripecias de la ópera, y con el castillo del Duque y con Carlos Quinto y con el Conde Cardona y los conspiradores y el gallardo Hernani.

Al día siguiente ya tropecé en la escuela con que mi hermano Chepe había referido en confidencia a nuestros condiscípulos que yo iba a salir de mico en el teatro y que ya en casa me estaban confeccionando un vestido con rabo y todo. Desmentí la falsísima aseveración. No fui creído. Pasé por amarguísimos ratos con las burlas y cuchufletas, pero todo lo soporté estoicamente.

A la tarde, como ni mi madre, ni mi abuela quisieran escucharme, acudí a Manuela, la célebre Manuela Jiménez, la incomparable cocinera de mi casa. A cambio de acarrearle unas tres brazadas de leña seca, consintió en oírme y en representar ella, de una manera muda, al imponentísimo Duque.

Era Manuela de porte mediano, raquítica, desgarbada y con notable distensión de la glándula tiroide izquierda, es decir, güecha, lo que no le daba ciertamente el aire majestuoso que requería la personificación del Duque, pero en cambio, ella había, en sus mocedades, ya lejanas, cantado tonadas populares, casi todas de extremado lirismo, y aún canturreaba el *Aben Hamet*, el *Tronco*

infeliz, el Abre las puertas de tus balcones, el Cual hoja seca y otros cantos, haciéndoles calderones quejumbrosos y cadencias de un sentimiento inimitable. Era, pues, en mi concepto, una autoridad no despreciable en asuntos líricos.

Repetida en su presencia, toda la parte de mi difícil cometido mereció su calurosa aprobación, no sin que me hiciera ligeras pero muy pertinentes observaciones tocantes a la altísima nota final del *¡per voi!* y a la corrección en el movimiento al descorrer el cortinaje.

Mirá, con los dos brazos a un tiempo, empujás las dos cortinas y dentrás ispiando al Duque, y entonces le cantás el recao y endespues caminás p'atrás y zafás como de a lao cuando él te haga señas de que le digás a la vesita que pase p'alante, y ya verés como te lucís.

¡Qué diferencia entre esa humilde y modesta diletante, alentándome y aconsejándome con generoso altruismo, y los otros, todos, tratando cobardemente de ahogar mis prístinos anhelos y mi nobilísima ambición!

Era que Manuela tenía alma de artista, sabía juzgar y adivinaba el glorioso porvenir que mis dotes naturales me estaban ofreciendo a manos llenas.

Ya en la tarde, mi abuela me citó para la prueba del traje y se resolvió que la bandeja del pan bien frotada con ceniza cernida, sal y limón, quedaría que ni pintada para la solemne escena de la entrega de la carta.

El traje que la buenísima de mi abuela me pergeñaba, consistía simplemente de tres piezas: blusa floja y calzón corto, ambos de coletilla verde esmeralda con grandes botones de madera forrados del mismo género y un par de medias largas, de un azul de cielo muy subido; en el cuello de la blusa, una gorguera estilo cervantesco, de lienzo blanco plegado, y los puños con tres hileras de hiladilla blanca.

—¿Ya ves qué bonito? ¡Te vas a ver como un príncipe!

—Pero esto no es pana... y faltan los lazos... y...

—Eso de noche se ve como pana y aún mejor que pana, y en cuanto los lazos y la faja, te los haré con unas tiras de guinga colorada y quedarán de rechupete.

—¿Y qué me pongo como zapatillas?

—Mirá, unas zapatillas como las que vos querés cuestan una cuarta, y como tu papel es de sólo un momentico, con tus zapatos bien lustrados basta.

—Pero es que...

—Ah, pues entonces no salís, porque ya oíste lo que dijo tu mamá.

El argumento no tenía réplica; capitulé. Llegó por fin el tan deseado día.

Con Manuela, en el corredor de la cocina, di el último toque a mi papel; estaba, según su expresión, ¡como navaja de barba!

A las cuatro de la tarde, ya estaban mis humildes zapatos de becerro más brillantes que cacao derretido; milagros de una sabia combinación de betún, zumo de naranja agria y saliva, y mucho cepillo, mucho vaho y más y más cepillo.

Las siete me sonaron ya en el escenario del Teatro, con mi motete de ropa y la consabida bandeja limpia como una patena.

Y el teatro se llenó de bote en bote; lo más granado de la sociedad josefina y algunas personas principales de provincias, colmaban palcos y platea.

Las pobrísimas lámparas de petróleo parecía que hubieran crecido en número e intensidad; todo lo teñían con sus reflejos de oro.

Y dio comienzo la velada.

En los programas, el público había sido notificado de los números que le esperaban y de los nombres de las personas que con la fiesta tomaban parte.

Al hacer la lista de los artistas que representarían los personajes de las selecciones de Hernani, al final de todos se leía. “Un paje... N. N.”

¿Por qué no habían puesto mi nombre? No lo sé, pero me causó resentimiento. ¡Ingrata humanidad!

La orquesta abrió la velada con la preciosa obertura de “Poeta y Aldeano” que fue aplaudidísima; después la señora de Grossi cantó con maestría un magnífico trozo de Donizetti, ambos fueron ovacionados; las siguió don Pilar con su violoncello con “Una furtiva lágrima”, y el público lo aclamó entusiasmado.

Hubo entreacto.

Y llegó el trance, es decir: Hernani.

Y el corazón se me saltaba del pecho, y una carraspera, y las manos se me pusieron frías y sudorosas y mentalmente pasaba y repasaba las siete notas y las seis palabras de mi papel, con los ojos clavados en el segundo apunte que debía indicarme las salidas.

De mi sudorosa diestra colgaba la bandeja y un trozo del programa cuidadosamente plegado hacía veces de esquila.

—¡Magoncillo, ya, listo! ¡foro derecha...! ¡Afuera!

El público, como un inmenso ogro de cien mil cabezas, me aterrorizaba; temblaba yo de pies a cabeza y la bandeja con el billete vacilaba en mi mano tiesa como un palo.

A la señal del Maestro Visoni y siguiendo los acertados consejos de Manuela, me acerqué al Duque, le solté el par de notas, le entregué la misiva y me retiré airosamente por donde había entrado. —La cosa había quedado muy bien.

Pasó un siglo.

—¡Magón, listo! ¡foro, descorriendo cortinaje...! ¡Afuera!

Tenía yo dominado al público, ya era mío; casi le había perdido el miedo.

El aire con que descorrí el cortinaje, fue magistral, solemnísima la reverencia al airado Duque, y qué torrente de miel y de armonía cuando le dije:

—*E qui un signore.*

Y luego el desdén' altanero del Duque al indicarme que hiciera pasar la visita y cómo hice la segunda reverencia, y sobrepasando a Manuela, sostuve con la zurda una cortina y con la diestra invité al visitante a pasar adelante, y lo saludé a la derecha y a la izquierda y al público y con nobilísimo porte hice mutis por el foro!

¡Me salió magnifiquísimo!

Al día siguiente, al almuerzo, se entabló la siguiente conversación:

Mi padre. —Hombre, ¿por qué saliste anoche con los calzones desabotonados? ¿Y qué era aquello que no acababas nunca de meterte, haciendo cortesías como un porfiado de circo de toros?

Mi madre. —¿Así salió? Nada nuevo, este pecoso jamás se abotona; ¡qué vergüenza!

Mi hermano. —¿Sabés qué parecías? ¡Un fósforo encendido arrollado en una hoja de güitite!

Mi abuela. —Lo de los botones fue culpa mía que no se los puse, pero todos ustedes son unos desconsiderados; el pobre muchacho hizo lo que pudo y de seguro que lo hizo bien.

Yo. —Encendido como una amapola, en completo mutismo y en copioso llanto, dejé la mesa y me retiré avergonzado a buscar el amparo de la única persona que en la casa tenía el derecho de pronunciarse en materia de arte, a Manuela, quien después de oír mi querella, encandiló la mirada y gesticulando se soltó en improperios contra los despiadados críticos:

—¡Ingratos, envidiosos, descorazonaos, sin conciencia! ¿Y ese sapo de tu hermano pa qué habla? ¡Ah! ¡Si a ése no le luciría ni la corona de la Virgen de los Ángeles en aquella jupa de cabezón! Dios me libre de murmurar del prójimo y más menos de mis patrones, pero, ese nués modo de ver por el porvenir de por delante de los hijos. ¡Los había de castigar Dios quitándote la intonación pa que les ardiera!

Y creo, aunque no estoy seguro, que la maldición de la vieja se cumplió, porque desde aquel día, todos cuantos me han oído cantar, me han dicho sinceramente que mi voz está muy lejos de parecerse a la de Caruso.

New York, julio de 1919

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

Todavía en febrero de 1910 allí estaba, tal cual fue en 1871, el local que contenía todas las maravillas del Bazar Atlántico, de don Manuel Argüello Mora, a cincuenta varas al Norte de la esquina Noroeste de la Plaza Principal, hoy Parque Central; a un lado, la popularísima tienda de don Maurilio Alvarado, al otro, la puerta cochera de la casa del doctor Montealegre. Hoy el Bazar Atlántico es la humilde venta de muebles y cachivaches de Borrás y las estrechas ventanas de vidrios pequeños han sido cambiadas por ancho ventanón de un solo vidrio, tras del cual ostentan sus ajados atractivos las mercancías expuestas a las miradas del viandante.

En muchos de aquellos humildísimos vidriejos salpicados de burbujas de aire y de gotas de pintura, mantuve por largos ratos mi naricilla pecosa, cada vez que iba o venía de la escuela, limpiando con la manga de mi desteñida blusa de cotón azul las nubes de vaho con que yo mismo los empañaba. ¡Cuántas cosas lindas había detrás de aquellos vidrios! Cajas de minúsculos fierros de carpintero, trompos listados con los colores de la bandera nacional, boleros de durísima madera, bolitas de mármol con franjas de diversos colores, cortaplumas de cabo de puerco espín, cajitas de pinturas de agua, chilillos con pito, dulzainas, flautas de hojalata, y en fin, mil más que sería fastidioso enumerar. ¡Ah!, pero nada de eso era lo que atraía a mi mirada ansiosa: lo que me clavaba en aquella ventana, lo que llenaba mi corazón de indomables deseos, era el gran juego de soldados de plomo que, según minucioso inventario que entonces practiqué y que no se borra de mi memoria, constaba de dos numerosos ejércitos, francés y prusiano, cada uno con general a caballo, Estado Mayor, Caballería, Húsares, Infantería, Suavos y Artillería, dos cañones de cobre que por medio de resorte disparaban guisantes, y seis tiendas de campaña. Los franceses de bigote y perilla, los prusianos rojobarbudos y todos pintados brillantemente, aquéllos de azul y rojo, éstos de negro y gris y con espadas, y morrales, y rifles y bayonetas y banderolas y lanzas y clarines y ¡qué, sé yo...! , pues todo, todo cuanto era necesario para que un muchacho de mis años, siete entonces, reprodujera a domicilio las recientes batallas de la guerra franco-prusiana. Y todo aquel maravilloso conjunto valía una cuarta, es decir, cuatro pesos y veinticinco centavos oro de veintinueve quilates.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Cierto que yo no podía quejarme en cuanto a mi tesoro de juguetes: tenía papalote con tres ovillos de hilo; tenía bolero de guayacán; tenía ronrón de hueso; tenía trompo de puyón de tope; y una monita de cacho; tenía cinco docenas de jaboncillos, una pelota de cera negra para cuepas, dos docenas con cinco botones de metal y más de cuarenta de palo y hueso; tenía caballo de palo de café con cabeza de cuero y tenía promesa formal de un par de ruedas de radio para pergeñarme un carretoncito de cajón que me aliviaría la faena semanal de acarrear el diario; ¡ah! se me iba olvidando: tenía una flamante cuchilla de mango de cuerno de venado con dos filosísimas hojas de acero “castil”, que era la envidia de toda mi clase en la escuela de don Chepe Céspedes. Y no obstante todas esas prendas, desde que vi en el Bazar Atlántico el bellísimo juego de soldados, todas ellas quedaron eclipsadas y les perdí toda estimación e interés.

Pero, ¿cómo conseguir la mencionada cuarta, para mí tan alejada como la misma luna? ¡Cuánto no daría yo por poseerla a título de propietario y con el inalienable derecho de transmitir su posesión a cambio de los dos ejércitos de plomo...! Y, hombre, ¡qué buena idea...!, usando de mi crédito y por medio del ahorro... Veamos: yo tengo como rentas fijas un cinco que cada sábado me da mi madre para gastos menudos y otro cinco que mi abuela me paga también cada sábado por “jalarle el diario”, son diez centavos que ¡ah...!, pero se necesitan cuarenta y tres sábados, más de diez meses, para reunir la cuarta y, mientras tanto, ya el juego de soldados se lo habrá llevado otro muchacho en mejores condiciones financieras que las mías.

¡Qué carachas, todo es probar! Tal vez don Manuel me abra crédito me entregue los ejércitos y yo le iré pagando por abonos. Y dicho y puesto en práctica:

Ese día limpié lustrósísimos mis zapatos, me arreglé las mechas y me lavé cara y manos con abundancia de jabón y tempranito me presenté ante el afortunado propietario del Bazar Atlántico. Le expuse mi querella concluyendo por ponerme la mano en el pecho y jurarle por lo más sagrado que los dieces de cada sábado y lo más que en mandados, obsequios y rebuscas pudiera allegar, irían derechitos a parar a su generosa mano.

El bondadosísimo don Manuel me escuchó con gran paciencia, pero se negó a entrar en el negocio, salvo que los abonos fueran de cincuenta centavos semanales y con retención de la cosa vendida hasta el completo pago de la suma debida.

Esa modificación en los términos de pago me partió por el eje. Cerré los ojos para no ver a mi salida la ansiada meta de mis aspiraciones y regresé a mi casa mustio, cabizbajo y lloroso. ¡Adiós sueños encantados de batallas campales, de sorpresas, de asaltos, de cañoneo, de gloriosas victorias, de cargas de caballería y de ataques a la bayoneta!

¿Qué pudiera yo empeñar o vender para reunir la indispensable cuarta? Me lancé al mercado de valores. Por la cuchilla cacha de venado, Jesús Pinto me ofreció un diez; por el bolero, la mona de cacho y veinte botones de metal, Mariano Jiménez estaba pronto a darme quince centavos; por la pelota de cera negra, el ronrón y los jaboncillos, me ofreció un cinco Ricardo Zúñiga Valverde; y Narciso Blanco me propuso el cambalache de mi trompo puyón de tope y la monilla de cacho por una hebilla, grande de cobre con tres letras G. C.R. realzadas, obsequio de un sargento de la Artillería, pero ni un centavo en efectivo. Hoy uno es diputado, otro es capitalista, el otro es canónigo

de la Santa Iglesia Catedral y el otro es Ministro, personas honorabilísimas, respetadísimas y muy queridas para mí, pero entonces me parecieron los cuatro mayores judíos, grandísimos gorriones, avaros, engañadores, y... ¡tente lengua!

Solicité empréstitos de mis tíos y tías y abuelos y hasta del Presidente de la Suprema Corte de Justicia que era mi tío abuelo político. Mis bonos no se cotizaron.

Bueno, ya está... ¡a mí, qué me importa! ¡Yo no tengo gran interés por los tales soldadillos! ¡Hombre, ni si fueran de oro puro...! Mejor, así no gasto mi plata y me doy gusto con ella y más adelante puedo comprar algo que sea de veras bonito y que realmente me guste... y que no sea tan debilillo y tan sin gracia...

Y en lo sucesivo, o me iba a la escuela por otro camino o, si indispensablemente tenía que pasar por el Bazar Atlántico, le volvía la espalda o cerraba los ojos.

Inútiles precauciones: aquellos soldaditos me seguían a todas partes, me atosigaban como necias moscas de verano, los tenía clavados en el cerebro, soñaba con ellos y se habían convertido en congojosa obsesión.

No sé si por eso o porque me comí una docena de guácimos secos y durísimos y dos mangos verdes con sal y tres guayabas celes y en seguida me tomé una jícara de chicha de maíz negro, lo cierto es que en el momento de sentarme a escribir mi plana de emes y eles, la casa principió a dar vueltas, el techo se fue hundiendo, el peso se alzaba y se bajaba como buque en agitado mar, la mesa se escurría debajo de mis brazos y yo caí sin sentido en un abismo profundo, con horroroso zumbido de oídos y cólico agudísimo.

Cuando volví en mí, me encontré en cama, con un enorme sinapismo de mostaza en la barriga, rodeado de mis buenas gentes, madre, padre, abuelas y demás familiares, y con la certidumbre de que mi estado era de suma gravedad y cuidado.

Se le avisó a mi madrina de confirmación, la inolvidable señora doña Bárbara Bonilla, persona de muchas campanillas y de amplios haberes, quien acudió presurosa a echar la bendición final a su enfermísimo ahijado para evitarle los amargos días de permanencia en el limbo por falta de esa formalidad espiritual.

Acercóse una espaciosa butaca a mi catrecito y la aristocrática dama se sentó en ella para verme y acariciarme más a su sabor.

—¿Cómo te sentís, hijito?

—Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar; buenos días, madrina. Me siento muy débil, pero yo creo que ya estoy mejor, muchas gracias.

—Y, ¿qué te hace falta?

—¿A mí? ¿Como de qué... de comer o de jugar, o...?

—De lo que sea.

—Ah, pues lo que yo quisiera tener son unos soldaditos de plomo que vende don Manuel Argüello y que...

—Pues contá con ellos; ahora mismo te los mandaré.

Me eché a reír, a llorar, trataba de cantar, quería salirme de la cama, ansiaba volar y esparcir mi felicidad por toda la casa, por todo el barrio, por la ciudad entera.

Cogí la mano enguantada en finísimo mitón de encaje de seda y se la besé con grandísima efusión, cubriéndosela de lágrimas de sincero agradecimiento. Ella me acarició con gran ternura, me bendijo, altamente emocionada y se retiró dejando en mi cuarto una estela de gratísimo perfume, en mis oídos una música arrobadora y en mi alma infantil un rayo tibio de sol, puro y vivificante.

Y como tres siglos después, un criado de casa de doña Bárbara, se presentó a la puerta de mi cuarto con una cajota grandísima que contenía los ejércitos de Francia y de Prusia y una gorra de militar francés y un sable de lata y una coraza de cartón forrado de azul con alamares de lana amarilla, es decir, que contenía la cajota la bendición de mi madrina y la de Dios y la Gloria y hasta la salud, que aprisa se me coló por todos los poros y me vigorizó y echó fuera de mi raquítico organismo los gérmenes y bacterias y tóxicos y corpúsculos y demás chécheres que la tristeza, guácimos, mangos, guayabas y chicha habían acumulado entre pecho y espalda.

Es claro: a los tres días ya estaba yo completamente restablecido; me planté la coraza, ceñí la espada, me encasqueté la gorra y en nombre de la gran nación francesa, ultrajada, vencida y vilipendiada, declaré la guerra a Guillermo I, a Bismark, a Moltke y a toda su chusma y durante una quincena entera, desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, excepto cortos armisticios para las comidas, los guisantes secos volaban, por todo mi cuarto sembrando destrucción y muerte, la caballería perseguía a los confusos prusianos hasta por debajo de mi cama y del armario ropero; la infantería ocupaba los puntos más estratégicos sobre el tocador, los brazos de la mecedora, el borde del lavatorio y la mesa de noche, y el Estado Mayor francés ordenaba la campaña desde el asiento de un amplio taburete colocado en medio de la habitación. No quedó un prusiano vivo, de dos en dos, de tres en tres y hasta por pelotones, con caballos, banderolas, músicos, clarines todos iban cayendo y se les arrojaba en la tapa de la cajota, de donde horas después resucitaban en calidad de refuerzos, para caer de nuevo barridos por la espantosa artillería y fusilería y cargas del incansable y heroico ejército enemigo.

A los espías se les fusilaba por la espalda, a los prisioneros se les internaba entre un zapato viejo y a los heridos se les atendía cristianamente debajo de la palangana convertida en hospital de sangre.

Algunos de mis amigos, envidiosos observadores de los combates me criticaban mi parcialidad por el ejército francés y mi encarnizamiento contra el prusiano. Eso tenía su explicación muy plausible. Mi corazón de niño se había entristecido al oír de unos señores franceses amigos de mi padre, el vivo recuerdo de los incidentes de la reciente guerra y de los horrores del sitio de París...

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Mi hermano decía que era porque una niña muy rubia y muy linda y con unos ojazos muy azules, que vivía a media cuadra de casa, era francesita y que yo... pero ¡mentira...! no era por eso... ¡Quién le hace caso a ese sapo toreado de mi hermano...

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

¡TODO PASA...!

A Santiago Argüello

Fue a mediados del mes de diciembre de 1918, cuando en mi periódica peregrinación a mi querida Tiquicia, llegué a San José después de un viaje lleno de aventuras y peripecias, que en tiempos normales habría durado ocho días desde Nueva York y que entonces, con motivo de la carencia de transportes, me hizo rodar por Cayo Hueso, Habana, Colón, Panamá y Puntarenas, durante veinte larguísimos días, gastando una suma fabulosa de buenos dólares, visitando forzosamente oficinas de inmigración, consulados, despachos militares, clínicas de vacunación, aduanas y mil embrollos más que eran en esos aciagos días la pesadilla de los viajeros. Llegué finalmente, sano y salvo, cargado de permisos de embarque, certificados de identificación, pasaportes y recibos de impuestos de salida, de entrada, de contribución sobre la renta y de cuentas canceladas de ferrocarriles, vapores, aduanas, hoteles y demás sumideros.

¡Ya estaba yo otra vez en mi amadísima tierruca, bañándome en su aromado y tibio ambiente, en los rayos de su sol de oro y de grana y espaciando la vista regocijada por las esmeraldas de sus empinadas montañas y de sus fertilísimos valles! Loado el Señor de los Señores que en un ratito de entusiasmo de los seis atareadísimos días de la Creación se entretuvo en formar con cariñosa complacencia ese trocito de paraíso que centenares de siglos después bautizó el loco sublime con el pomposo nombre de Costa Rica, esa faja del trópico feliz de la que Andrés Bello debió acordarse cuando cantó su inimitable oda:

“No de purpúrea fruta o roja, o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.”

Y en cuanto despaché los múltiples, sabrosos e intrincados incidentes del arribo: abrazos, apretones de manos y bienvenidas, distribución de recados, memorias y recuerdos, apresté mi programa para el día siguiente: visita al Cementerio a saludar a mis muertos, transporte de equipaje y arreglo de la arrugada indumentaria, afeite y empergamiento de mi personita y gran sorpresa a los numerosos amigos en el Club Internacional. Sí señor, eran hambre y sed de esparcimiento las que me devoraban porque la noche llegara y caer como gratísima sorpresa en medio de los antiguos compañeros de juvenil jolgorio y obligarlos a revivir en esa noche las inefables escenas de nuestros buenos tiempos en el renombrado Salón del Arte del Club Internacional.

Me escurriría temprano, sin ser notado por ninguno de los míos; me metería al saloncillo de música y allí, cuando ya el núcleo de los amigos estuviese instalado en las diferentes secciones: la de lectura, la de billares, la de *poker*, la de dominó y chaquete, rompería a tocar en el viejo piano los antiguos aires que eran de mi exclusivo repertorio, a cuyos ecos habrían de acudir, como en lejanos tiempos, todos los que solíamos formar el alegrísimo grupo de los parranderos, de los que manteníamos vivos y palpitantes los entusiasmos del Club, la brillante pléyade que dio timbre al Internacional en los últimos años del siglo pasado. Cierto que algunos habrían de faltar, pero quedarían aún bastantes, es claro, de los treinta y tantos fundadores: al menos quince habrían de continuar siendo visitantes de aquella Alma Máter.

Y efectivamente, llenos y cumplidos los números de la mañana y de la tarde, y al toque de ocho en el Cuartel de Policía, me encaminé derecho al Club Internacional, trasladado por causa de incendio del antiguo local a la espaciosa casa de la sucesión de don Aniceto Esquivel, a media cuadra al Norte de la Iglesia del Carmen. Iba yo realmente conmovido y saboreaba de antemano los incidentes de la indudable gratísima sorpresa.

—Buenas noches, señor, ¿a quién desea ver?— me interpeló cortésmente un empleado que guardaba la entrada.

—¿A qué viene esta pregunta? Yo soy Magón, antiquísimo socio de este Club, conocido de todos sus socios y hasta del mobiliario; vengo a sorprender a mis amigos después de larguísima ausencia.

—¿Tiene usted pase como socio transeúnte?

—¡No me jorobe con sus pases y sus majaderías...!

Y me colé en el Club, contrariado por el humillante requisito. Hombre, ¡pues no faltaba más...! ¡Atajar a Magón... pedirle pases en el Club Internacional... mi Club... mi segunda casa...!

Y recorriendo acá y allá, di por fin con el saloncillo de la música.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Allí estaba el viejo piano, el “Apollo”, comprado a Juan Rafael Mata; el mismo en el que tocaran Jesús Salazar sus scherzos, nocturnos y sonatas, y el Renco Chente Quirós, sus mazurcas, y Chico Vicente Sáenz, sus polkas, y Fernando Goicoechea, sus pasos dobles, y Alejo Jiménez, su famosísimo “vals de cinco mil pesos”, y Magón, sus pasillos colombianos y sus bambucos; y alrededor del cual entonaban Cano Aguilar y Mata, y Ernesto Foster sus hermosas selecciones de música clásica, y Tobías Zúñiga Castro, el queridísimo “Gato”, cantara las vibrantes arias de “Marina” y de “El Juramento” y de “La tempestad” y del “Anillo de hierro”, y el grupo entero coreara a voces, entre las que descollaban las del “Macho” Montealegre, Aquileo Echeverría, Elías Castro Ureña, Víctor Millet, Antonio Ortuño, Enrique Goicoechea, y la mía, a grito pelado, llenas de entusiasmo y de vida y de juventud y de alegría.

*¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!*

Parecía vibrar aún el saloncillo con las elocuentísimas frases de Antonio Zambrana y con las recitaciones altisonantes de Rafael Villegas y con los chispeantísimos chistes de Aquileo y con los cuentos de Magón y con las aventuras de Viniegra. Aún se escuchaban las sabrosas pláticas de Matita y de Camilo Mora, las acaloradas discusiones arquitectónicas de Durini e Invernizio en las que terciaba Lesmes Jiménez como árbitro tiránico; podían aún escucharse las sesudas disquisiciones de Juan Montalto y Alberto Gallegos y recogerse con unción las juiciosas observaciones de Manuelito Carazo. Dominaban la voz resonante de Alejo Jiménez y las estentóreas carcajadas de Jesús Salazar, entre las atildadas peroraciones de Elías Castro Ureña y Alfredo Esquivel y las historias de viajes y negocios de José María Castillo. Aún se esfumaban en la tibia atmósfera los deportes gimnásticos de Víctor Millet y la seriedad y circunspecta apostura de Pedro Loría y de Luis Charpentier.

Mi imaginación pobló aquel saloncillo con los treinta y tantos del grupo y viví por largo rato la vida de hacía veinticinco años. Al banquillo del piano me acerqué recogido y silencioso; posé mi mano temblorosa, sin oprimirlas, sobre amarillas teclas del viejo instrumento, en las que dormían el sueño del olvido las antiguas armonías del scherzo, las elegantes frases de la gavota, las melancólicas cadencias del pasillo. Y esperé, sumido en religioso silencio. El hermoso péndulo del Salón de Recibo dio las nueve. Resonaban ya en la Sala de Billares algunas voces y se formaban carrillos alrededor de las mesillas de dominó.

Me colé en la Biblioteca, desde donde sin ser visto y ocultándome tras las anchas páginas del “Fígaro Ilustrado” podía tomar nota de los presentes y de cuantos fuesen llegando. Entre los presentes distinguí solamente tres antiguos conocidos: Alejandro Cardona, Santiago Millet y Manuel Vázquez; todos los demás eran jóvenes de quienes no conservaba recuerdo alguno; llegaban gentes nuevas para mí, cuyos nombres no me eran familiares. Llegó el Magistrado, Licenciado don Benito Serrano, antiguo amigo, serio y circunspecto, columna de nuestro Foro y socio del Club casi desde su fundación; su jornada de esa noche era la que había hecho cada noche durante más de cuarenta años: un par de horas de cuidadosa lectura ultramarina, una amable sonrisa y cariñosa frase para cuantos allí encontraba, una cortés despedida, y vuelta a su hogar, con la misma medida, con el mismo reposo, con el mismo silencio.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Hacía muchos años que no nos veíamos; fue muy cordial y efusivo nuestro encuentro:

—¿Y a qué se debe el placer de su visita de esta noche, amigo Magón?

—Una sorpresa que pienso dar a los antiguos compañeros del Salón del Arte.

—Como que no vienen más por acá, fuera de que, como usted sabe, ya varios han desaparecido...

—Es fácil que falte más de la mitad... pero los demás...

—¿Cuáles?

Pasé lista mental de los treinta y tantos de la Vieja Guardia...

¡Qué espanto...! ¡Qué pocos quedábamos...!

Dos en Europa: Viniegra y Alfredo Esquivel; dos en San José: Chico Vicente Sáenz y Piquín Martín; Castillito en Colombia... y yo, el viejo Benjamín de los parranderos, y veintiséis caídos en igual número de años.

Profundamente emocionado me despedí de don Benito; fui al piano en el que con religioso recogimiento toqué pianísimo el pasillo colombiano *¡Todo pasa!* y canté, casi en un murmullo, la última estrofa:

*Y esos sueños del hombre, que en su gloria
Son su ángel tutelar,
Nacen, llegan sin eco a la memoria
Y en la tumba se vienen a estrellar.*

Me alejé con el alma entristecida y llena de amargura y al llegar a mi habitación no pude contener las lágrimas que se agolpaban a mis ojos.

Al día siguiente, muy temprano, di la proyectada sorpresa a los veintiséis amigos ausentes, en el Cementerio, regando sobre sus lechos de tierra puñados de flores humedecidas con el rocío de mi sincero e interminable cariño:

Y murmuré como despedida, esta otra estrofa del pasillo:

*Todo es vano, vana la esperanza,
Hija del corazón;
Sólo a tus pies, ¡gran Dios!, el hombre alcanza
Un más allá después del panteón.*

New York, 19 de junio de 1924

SEMPER FIDELIS

¡Con qué sincero placer pago esta deuda! Mi manifestación de admiración y gratitud a las antiguas sirvientes de mi familia, a aquellas magníficas, fieles, devotas, altruistas mujeres que desempeñaron en nuestro hogar, desde el humilde oficio de barredoras y pulidoras de pisos hasta las delicadas faenas de la cocina y del lavado y las altas funciones de nodrizas y niñeras.

De éstas, de igual ley y de tantos quilates, ya no se estilan; el mercantilismo ha secado la fuente que las manaba. Ya se acabaron ya todas, sin excepción fueron a recoger de manos de su Creador, el merecido y bien ganado galardón, el Paraíso Celestial prometido a los buenos, a los humildes, a los de corazón noble y generoso.

Pasaron ya, en su dura jornada por este valle de los desterrados hijos de Eva y sus nombres que con íntimo cariño no se han borrado de mi memoria, fueron:

Dolores, Ramona Carrión, Estéfana, Fulgencia, Chepa Meléndez, Chon, Nicha, Dominga, Manuela Jiménez, María Vázquez.

La Carrión, la Meléndez, la Jiménez y la Vázquez, eran singularizadas por sus apellidos; las demás o no los tuvieron o nunca los supe. ¡Qué importa! Así, sin apelativos, sin distintivo de familia, sin eslabón de continuidad para que pudiera conocerse a sus antepasados, así las guarda mi memoria y las venera mi corazón.

Compañeras inseparables de mi infancia, de mi niñez, de mi adolescencia, de mi edad viril; enseres vivos del solar de mis mayores, carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos, partes integrantes de mi hogar paterno y de mi casa propia a la que llevé conmigo cuantas se salvaron del ciclón de nuestras adversidades.

Su abolengo, el de todas, debió remontarse a las Agares del Antiguo Testamento y a las Cleofás del Nuevo; los viejos troncos se columbran ennegrecidos en los campos de la historia como mudos testigos de las vicisitudes humanas; reverdecieron tras los siglos con las Gregorias, Apolinarias o Policarpas Salvarrietas en 1817, con la mamá del Erizo Santamaría en 1856, y fue de su dura leña que se labraron Teresa de Jesús, Rosa de Lima, Bernarda de Lourdes, Juana de Domremy, las madres de Lincoln y de Juárez, y la Gran Cavell.

Porque eran buenas sin igual, nobles sin rival, fieles sin tacha, generosas sin ostentación, cariñosas sin medida, sufridas sin queja, honradas sin límite, puras de alma y de corazón, excelentísimas cristianas.

Dolores, nuestra Lola, ocupa el mejor lugar en mis recuerdos: ella me recogió del seno de mi madre, ella me crió, ella me doctrinó, ella me enseñó a temer a Dios y a reverenciarlo; grabó en mi memoria las primeras oraciones y en mi corazón los primeros preceptos; veló mi sueño, rió y lloró conmigo, me castigó y me acarició; y cuando del brazo de un hombre bueno, humilde, justo y honrado fuese a formar un hogar que ha sido modelo de virtudes, se llevó con ella las bendiciones del adolescente y el entrañable cariño del niño colegial. Cerró los ojos a la vida terrenal para abrirlos a la Gloria Eterna; si Dios no hubiera existido, mi ferviente deseo lo hubiera inventado para que saliera a recibir a aquella alma inmaculada.

¿Quién hubiera podido sacar de la batea, goma y plancha, blancas como copos de nieve, brillantes como mármol bruñido, mórbidas como fuste de palmera, las camisas de lino que salían de las habilísimas manos de Ramona Carrión, o de Chon, la destrísima chapina? ¿Quién con más primor convertía nuestras semillas y nueces en deliciosos confites y las cortezas y pulpas de nuestras frutas en sabrosísimas conservas, sino la bravísima Estéfana? ¿Quién devolvía más limpia y olorosa a romero, más alba que carne de coco, la ropa blanca que lavaban las bruñidas manos y los nervudos brazos de Fulgencia? Y a guisar a estilo netamente tico, ¿quién podría mejorar a Chepa Meléndez? ¿A quién podría confiarse mejor la crianza de un rorro que a las sanísimas ubres de Nicha? ¿Quién más alerta, más vivaracha, más juguetona, para entretener criaturas que Dominga? ¿Quién para cuanto pudiera ofrecerse, con la cuchara, con la piedra, con la escoba, con el trapo de sacudir o con la cera de pulir, como la galana y frescota María Vázquez, la nicaragüense? Y por fin, ¿quién para eso y muchos otros oficios como Manuela Jiménez, la güechita, de cuerpo delgado pero recio, como el acero, de pobrísima instrucción pero de imaginación maravillosa y de memoria fenomenal? Ella era Ibse, Samaniego y Trueba, era Boccaccio, era Edgar Allan Poe, era la rapsodista de las Mil y una Noches, de Don Quijote, de Sancho y de Bertoldo; la insigne relatadora de cuentos de camino, con reyes, príncipes y príncipas, tontos y vivos, enanos, duendes y hadas; gigantes y ogros e invencibles guerreros; la Schahrazada nuestra que nos convocaba a la vera de los fogones de la cocina en la prima noche o en el oscuro corredor surcado acá y allá por clarores de luna, y nos deleitaba con sus interminables fantásticas relaciones.

Todas, las diez, tienen su nicho en mis recuerdos, ornado con las flores de mi gratitud, aromado con el incienso de mi leal reconocimiento. Ellas fueron dispersadas por el vendabal que barrió los lares y penates de mi hogar grande y, alejadas de éste, fueron desgranándose entre los brazos misericordiosos de la muerte, con palmas o azahares, coronadas de rosas o de espinas, pero con dulce placidez en el apergaminado semblante, con la miel de la sonrisa en los secos labios, con el aleteo de la bienaventuranza en los vidriados ojos.

¡Fieles servidoras de mi hogar, saludo respetuosamente vuestra memoria! Cuando pase de éste al otro mundo, dadme el inefable placer de salir a mi encuentro; quiero principiar los siglos de ventura que del Señor espero, bajo el ardiente sol de vuestras miradas cariñosas y con la grata armonía de vuestras palabras de bienvenida.

Nueva York, junio de 1925

APUESTA MORROCOTUDA

Pedro de los Dolores Jirón, único apellido, de cincuenta y dos años, casado, jornalero y vecino de Mata Redonda; enjuto, desdentado, pobrísimo, siempre tosiendo con una maldita tos de perro que le raspaba hasta los tubos capilares de los bronquios. Ese es el héroe de mi historieta.

Con mujer y dos chiquillos, los tres tan entecos y macilentos como él; aquélla eternamente pegada a la piedra, a la batea y al fogón, siempre atacada por dolores de cabeza y atragantada por flemones originados por raigones y caries; los chicos, amarillejos, panzudos, invadidos por amebas, anquilostomas y malaria.

Los cuatro viviendo esa miserabilísima vida de los pobres de nuestros campos, dura, sin esparcimiento, sin desahogos; lucha sempiterna contra el hambre, la desnudez, las enfermedades, las inclemencias. Pegados al escuálido salario del jornalero y a las escasas generosidades del patrón traducidas en plátanos, chayotes y quelites, en un desecho de cobija, pantalón o saco y en los cuatro palos de leña de cerca recogidos acá y allá en el cafetal para asar la insípida tortilla, cocer el puñado de frijoles negros y hervir las verduras y el agua para filtrar el café de tercerilla.

“Y hoy como ayer, y mañana como hoy, y siempre igual”, y sin más esperanza que la de ser dignos de alcanzar en la otra vida las felicidades y goces prometidos en las bienaventuranzas. Y como había que agarrarse de la mano de abogado fuerte de San Pedro estaban prendidos con sincero fervor, con desesperación, con uñas y dientes. Una estatuilla de yeso del humildísimo pescador, discípulo y celestial portero, aderezada con florecillas de papel, era todo el ornamento de la sala-dormitorio-comedor-cocina que constituía la pobrísima “pieza” de Ñor Jirón en la finca cafetalera a la que alquilaba sus escuálidas fuerzas de enero a enero.

Estaban en pleno verano, en las múltiples y presurosas faenas del beneficio; ochocientos sacos ya iban de camino para Londres; otros tantos estaban en vía de preparación para Hamburgo, sin contar con cerca de doscientos de tercerillas que irían a Nueva York. El patrón con su familia ocupaba la cómoda y espaciosa casa de altos al lado del gran patio de asolear café y no muy distante del galerón de la maquinaria.

Jirón, con camiseta de manta, calzón de mezclilla, sombrero de palma y descalzo, era el brazo derecho del mandador; se ocupaba en el clasificador recogiendo y apartando sacos llenos, arrimando vacíos, cerrando y abriendo compuertas, aceitando chumaceras, barriendo derrames. Eran sus horas de seis de la tarde a seis de la mañana y después de echar unos cuatro parpadeos en la durísima cuja, se cachaba un colón extra por medio día allá en el correteo meneando los grandes despulpados entre los canales rebosantes de agua espumosa.

—La cosa, así, no iba tan a peor— decía Jirón —porque dos colones por noche y un colón por medio día, venían a juntar tres, que al cabo de la semana eran dieciocho y decomisando y con lo que la mujer se agenciaba con la batea para los patrones y un cuatro-diario de cada chiquillo en rejunta, repela y esto y aquello, daban un total de treinta colones, ¡Tamaño montón de reales!

—¡Si así fuera todo el año...! ¡Achará que no dura esta bonanza más que tres meses! Los otros nueve son de vacas flacas, de lluvias, privaciones, pobreza, miserias y enfermedades.

Mi patrón San Pedro me tiene que valer; pa eso que le pago yo la misa de año y la vela se le hace con rezador pagao y con tres pesos de pólvora.

Y la mujer no dejaba de encender el cabillo de candela al lado de la estatuilla de yeso y los más flamantes clavelones y amapolas embellecían la tablilla del altarcito; y ella le decía:

—Mirá, San Pedrito, quitámele a tu tocayo esa tos que le asiste; acordáte de que lleva tu nombre; ve qu'él no tiene mal guaro, ni es peliador, y que a conduta es nonis. Si me lo mejorás te ofrezco mandate a retocar y mercarte floreros de china pal veintinueve.

Era más de media noche; Jirón repasaba los sacos pegados a las compuertas del clasificador; apartó uno ya colmado y, al arrastrarlo sobre el piso cubierto de polvillo blancuzco, observó que barría con una esquina un papel verdoso. Lo recogió, lo miró a la luz del foco eléctrico y vio que era un papel de diez colones, lo dobló con cuidado y se lo guardó en la pretina, allí pegado a la sudada piel de la barriga.

—No, nués mío; pero, ¿de quién tomará ser? Tal vez del patrón que antenoche vino a sacar muestras y junto al caracolillo sacó la cartera pa enseñale unos papeles al mandador. ¡Dichosotes los ricos que pueden perder así los riales sin echalos de ver!

Y lanzando un suspiro, continuó su faena monótona y siguió tosiendo y aspirando polvo de cascarilla.

Apenas entregó al relevo, fuese derecho a tragarse su café que la compañera le tenía listo desde antes de despuntar el día, y luego a la cuja, en la que cayó como una piedra, fatigado, derrengado, exhausto.

A las diez despertó adolorido, sin haber satisfecho al organismo que le pedía a gritos más sueño, más reposo, más alimento. Tenía que ir a la villa vecina a una diligencia del mandador, a mercar una limeta de lamedor de raspaguacal para la tos y a hacer los arreglos para la misa del 29 en honor de su patrón San Pedro. Y todo corriendito, como quien se quita una avispa del trasero, porque a las dos tenía que estar en el correteo.

Mirá, patroncito, mi tocayo, fijáte que no se me olvida tu misita; ¡no me desamparés!

Y haciendo la señal de la cruz, se lanzó a trotecito para el mandado.

Todo resultó bien hecho y pronto y ya venía saliendo de la casa cural cuando se le atravesó un chiquillo vendedor de lotería.

—¡El gordooooo! ¡Cincuenta mil colooooones! El último billeeeeeete!

A Jirón le dio un vuelco el corazón al oír la fabulosa suma...

—¡Cincuenta mil colones!, y todo con sólo diez coloncillos, y con un poquito de suerte y... ¡ah!, si San Pedro me lo empujara..., si él que es tan milagrosísimo y tan amigo de Nuestro Señor... ¡Qué carachas! Me voy a arriesgar, ¡y que mi tocayo me valga!

Pero por más que revolvió entre los bolsillos no encontró plata bastante con lo que había quedado después de las diligencias.

El chiquillo, que vio que “el peje había picado”, insistió en sus gritos y exageraciones:

—CINCUENTA MIIIIIL. Cincuenta miiiiiiiil... Por diez coloones. El número que prencipia con un dos y acaba con un nueve... ¡Número suerteroooo! ¡CINCUENTA MIIIIIL!

—¡Dos y nueve!— pensó Jirón— lo mismo que el día de San Pedro, el día de mi Santo. ¡Hombré, esta sí que es cábula!

Y volvió a rebuscarse; de pronto sintió cosquilleo en la cintura producido por el roce del billete encontrado la noche anterior.

No, ora sí que lo merco manque tenga que pedir, limosna pa reponer la plata. ¡Ya esto es seña de que está de la mano de Dios que me arriesgue!

Y sacando el papelillo se lo entregó al chacalín a cambio del número 2009.

La conciencia principió a roerlo.

No, nués robao; esa plata jué jayada; San Pedro me la reparó anoche y naide la ha reclamao; cuando la reclamen, pos la pago de mi plata que tengo guardada u de la misma plata del premio, porque lo qués este número saca sus buenos reales. ¡Carachas, el que no se arriesga no pasa la mar!

Y con el número entre los pliegues de la camisa, se lanzó por cafetales y potreros, carreteras y atajos para llegar a tiempo al correteo.

A la hora de la cena contó a su mujer el percance; ésta no le aprobó el uso del papel encontrado en el clasificador. Debiste entregárselo tal cual al patrón gu al mandador.

Pero el patrón no güelva hasta esta noche y, ¿diónde sé yo si el mandador sé los chorrea y no da cuenta? Y todo es la misma plata, en devolviendo un papel de a diez, ya está; ¡vos sí que sos refistolera!

Pos cuidao no vayan a apercibise y tenés que andar en puertas de fusticia y te ves echao de la hacienda y te desgracian pa siempre!

—¡Dios libre! Ora mesmo voy a echame la plata a la bolsa y se la entrego al patrón en cuanto asome.

Jirón buscó en la cajita de lata donde atesoraba sus haberes; había veintinueve colones y unos céntimos, pero no había un billete de diez colones como el encontrado y la devolución en otra especie que la perdida, hubiera parecido sospechosa.

—¿Sabés lo que voy a hacer? Pos mañana qu'es domingo tempranito vuelvo a la villa y consigo un papel de a diez y vengo y se lo entrego al patrón en cuanto baje ¡más que me quede sin dormir!

El billete de lotería, causa de tantas congojas y base de tantas esperanzas, fue puesto bajo la peana de la estatuilla de San Pedro; ambos cónyuges se arrodillaron frente al santo patrón y fervorosamente le pidieron: ella, que sacara a “su tocayo” del enredo; él que hiciera el milagro y les diera “mas que juera un premio de los más menos, un alquito, una migajita, una broma de ayuda pa salir de tanto apuro y de tanta miseria y de tanto tuerce!”

Y ella, a planchar la ropa blanca de la familia del patrón; y él, al clasificador a quemarse los ojos de sueño y a atascarse los bronquios de polvillo.

A eso de la dos de la mañana, una de las bombillas eléctricas comenzó a parpadear; Pedro arrimó un taburete y subiendo en él trató de componer el daño. Al agarrar el cordón conductor, recibió un fuerte choque y cayó al suelo sin sentido.

El Espíritu Malo que lo aguijoneaba con un chuzo de punta candente entregó el alma de Pedro en la negrísima cueva surcada por relámpagos adonde el Patas iba destinando las almas de los réprobos a sus respectivos tormentos. Sonó un trueno.

—¿Por qué viene condenado? Por robo de diez colones. —¿Cuánto es eso?

—¡Sepa Judas! Allá el cambio está altísimo y cambia diariamente...

—Es que si no llega a tres dólares no tengo jurisdicción. Llévase al calvillo de las llaves allá arriba y decíle que no jorobe.

Otro trueno y veinte retumbos.

Y Pedro tuvo que ajilar para arriba. ¡Qué vergüenza! ¡A presentarse a su Santo Patrón, sin haber devuelto todavía los diez colones!

Aquí traigo este tonto; lo mató un circuito corto y lo cogió chingo en diez colones que se cachó del suelo del beneficio donde trabajaba y los emplió en lotería.

—Dejálo ahí afuerita,— dijo una voz por el postigo de la puerta celestial. Mañana veremos a cómo está el cambio, ahora no es hora para aritméticas.— Y se cerró el postigo.

De modo que el alma del pobre Jirón hubo de acomodarse como mejor pudo entre cirros, nimbos, cúmulos y estratos, para esperar la hora oficial de apertura de las puertas celestiales.

—¡Maldita l'ora en que jui a mercar el numerillo! Ora sí que se compuso el juego; ¡estoy atollao hasta el gollete y me van a pegar mi buena chasparriada!

Pasadas unas tres horas fue despertando por los chirridos de las grandes alcayatas del portón principal por donde brotó un chorro de luz rosada y brillante y una bocanada de perfumes y armonías.

San Pedro, en todo el esplendor de su túnica rutilante, de sus llaves de oro y de su halo de tres anchos flejes de plata, llamó a Jirón. Este, con la cara tapada, avergonzado y contrito, pasó a la portería en donde estaba la oficina de arreglo de cuentas; varios ángeles con tamañas alas blancas, azules y rojas manoseaban los libroles en los que estaban apuntados la vida y milagros de todos los mortales.

—¿Cómo te llamas? —dijo San Pedro.

—Pedro Amancio Melquiades de los Dolores Jirón, pa servir a Nuestro Señor y a usted— contestó el alma atribulada.

—¿De dónde venís?

—Del beneficio del Bajo de Torres en Mata Redonda.

A la primera respuesta, San Pedro mostró interés; a la segunda ya no pudo contenerse y con marcado disgusto exclamó:

—¡Ajá, conque vos sos mi ahijado! Hombré, Jirón, ¿no te da vergüenza oírte acusado por robo? Vos, un hombre de trabajo, con mujer e hijos, en un país de abundancia como es Costa Rica, en donde el que quiere trabajar gana para pasar la vida sabrosa; donde no hay grandes calores ni grandes fríos; donde los plátanos, los chayotes, la leña, las guayabas, los mangos y los jocotes están dundos; donde la primavera es perpetua, las lluvias abundantes, la tierra fértil; y en donde no hay más calamidades que uno que otro temblor y elecciones cada dos años... Y vos, que llevás mi nombre y que sos devoto mío y que me pagás misas y rosarios con pólvora... ¡Venir a pecar gravemente por diez coloncillos! Si a vos no, lo que es a mí se me cae la cara de pura vergüenza. ¿Pa qué diantres fuiste a gastar lo que bien sabías que no era tuyo y para qué venir a meterme a mí en tus enredos poniendo el numerillo bajo mi amparo...? ¿Estás mudo...? ¡Decí algo...!

El pobre Jirón más rojo que una amapola, todo tembloroso, contestó tartamudeando y un tanto indignado:

—Vea, Santo Patrón, no se caliente conmigo por vida suyita; la cosa nués pa que me eche semejante viajazo y me trapé tuitico delante de estos señores. Yo no me ha robao naditica; junté el papel del suelo, no traiba nombre de dueño y aunque l’ubiera traído, yo no sé ler ni escrebir; me lo metí en la pretina pa devolverlo y se miolvidó cuando me jui a echar más cansao que un burro; cuando me jui a la Villa al arreglo de la misa pa usté, mi Patrón y tocayo, me ataranté con l’ilusión de sacame unos riales en la lotería, contimás cuando el chacalín me dijo que el número traiba pintao el día en que a usté le celebramos allá abajo, y arriesgué la paradita confiado en que usté mi’ayudaría más que juera poquillo, y como no llevaba plata, implé el papelillo ese de la jurisca. Anoche ya me había echao la plata a la bolsa pa escambiala por otro papel de a diez y entregáselo al patrón hoy domingo, cuando jue y me sucedió la cosa de la lamparilla eléctrica. Si no juera que allá quedaron los calzones, le enseñaba la plata, que por cierto que estaba en un papel de a cinco, tres de un colón y dos en plata blanca. Además que...

—Pero tu intención primera era hacerte el tonto con el hallazgo y fue tu buenísima mujer la que te hizo cambiar de idea. Pecaste Jirón, pecaste, y sin necesidad...

—¡Dispénseme que le cuarte, toca...! ¿Sin necesidá? ¿Pos a qué es a lo que usté llama necesidá? Más pobre que las ratas; viviendo con mi mujer y mis hijitos en costante miseria; sin segundo calzón que poneme ni pa coger misa; tosiendo día y noche que ya el ombligo lo tengo como un jaboncillo; la mujer siempre llena de calamidades; los chiquillos llenos de lombrices y a diario con tosferina, gu paperas, gu corridas, gu sarampión, gu un chorro de vainas; yo doblao de sol a sol cuando nués tuitica la noche pa ganar dos miserables coloncillos que no alcanzan ni pal máiz y los frijoles y pa pagar dautores y melecinas; y sin saber pa onde coger con tantas tribulaciones; aguantando viarazas del patrón, trapiadas del mandador, y malos modos del político gu del fuez de paz gu de cuanto mandinga manija las cosas del Gobierno...

San Pedro disimuladamente fue volviendo la augusta faz hacia los archivos para que Jirón no notase su emoción. Este prosiguió:

—Y mire, tocayito, eso de que Costa Rica es país de abundancia y de chorro parao y esas otras alabanzas que usté le echó, se lo agradezco porque a tico no me gana naide, pero todo eso es música celestial. ¿Diónde? La cosa es muy diferente; allá es verdá que unos cuantos la gozan en grande, pero los más se las pasan en las delgaditas. Hay mucha pobreza, mucha miseria, mucha enfermedá, mucho desamparo. ¡Pa unos pocos, el café a cien colones; pa sus piones, sudores y congojas y maltratos y piecillas sucias de piso de tierra, y plátanos verdes y camiseta de manta; y en todo el año no venimos a juntar ni con qué mercar la mortaja. Pa otros, el banano a veinte riales el racimo, y pa sus jornaleros aguacero tieso, barro hasta la horqueta, fiebres y tercianas; y cuando salen de La Línea es a tragar quinina y guaro con guarco y a gastar los cuatro pipiolillos que han decomisao, en boticas y curanderos...

En tanto que Jirón hacía su defensa, fue paulatinamente iluminándose la estancia con luz como de mil soles y el aire fue llenándose de plácida armonía. San Pedro, vuelto de espaldas, se enjugaba furtivamente las lágrimas.

—Y si no fuera porque uno es cristiano y tiene temor de Dios y porque se prende de los santos y de la Inmaculada, quién sabe si no pararía en saltador de caminos. Usté lo sabe, Patrón: yo, en mi gran pobreza, aparto cada año la plata pa su misa y pa su rosario, más que ande con camisa remendada y con calzones desteñíos, y le rezo fervorosamente... y, ¿qué's lo que le pido?... Amparo, sólo amparo; juerzas pa seguir trabajando, ánimos pa no quer en tentaciones, salú pa la mujer y pa mis peloncitos; y la mujer que también lo tolonguea, ¿qué le pide?... lo mismo: ayuda, resignación, alientos pa no quer redondita encima de los tinamastes gu de la batea... Y ora que en una corazonada me dio el repente de mercar un número, viene usté y me trapea y me avasalla y ni mi'alza a ver... Ora que estoy acusao infustamente, mi abogao se me niega y mia'bandona. Pa mí que no es legal ni fusto... Mejor miubiera...

No pudo terminar la frase de desahogo y de amarguísimo reproche; una mano llagada estrechó la suya y vio a JESÚS, rodeado de infinita majestad y dulzura que le dijo:

—Jirón, no te impacientes; ¡bienaventurados los que son humildes, los que están tristes, los que han hambre y sed de justicia! Anda a devolver el dinero a tu patrón; tu hora aún no ha llegado; cuando llegue, mis brazos estarán abiertos para recibirte.

Y San Pedro, besando las manos del Maestro y acariciando la cabeza de su ahijado, díjole entre puchero y puchero:

—Tocayo... quedamos buenos amigos; andá gozála, pero portate bien y ¡que no haiga descándalos!

Cuando Jirón volvió en sí, todo vendado, oloroso a Agua Florida y amoníaco, con parches porosos en pecho y espalda, sinapismos en barriga y pantorrillas y con la cabeza arrollada en trapos con hielo, rodeado de su llorosa compañera y de los chiquillos y de peones y peonas, vio delante de sí al finquero quien se había interesado por su infeliz jornalero. Tartamudeó con la boca torcida aún por la contracción nerviosa:

—Chepa de la Concepción, sacá de mis calzones la plata y dásela al patrón y explicáله. ¡Date ligero!

La pobre mujer obedeció y llevando a un rincón del cuartucho a su amo y señor, le dio los reales, le explicó el incidente y le mostró el billete de lotería.

El patrón sacó de su bolsillo la lista del sorteo verificado ese domingo, comparó el número 2009 y lo encontró premiado con DIEZ MIL COLONES...

—¡Te la sacaste, Jirón!

El enfermo tornó los ojos, grandotes, hacia la estatuilla de yeso rodeada de cabos de candela y con placer incomparable, enderezándose con trabajo en la desvencijada cuja, exclamó:

—¡Chocála, tocayo! ¡Apuesto los riales a que en todo el Cielo no hay un santo más milagroso que vos!

New York, 7 de noviembre de 1925

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

YO Y PEDRO

Estábamos los dos empleados en el Juzgado 1° Civil de San José. Pedro era el secretario. Yo uno de los escribientes hecho a cargo del grandísimo Protocolo de Cartulaciones, que era un enorme tomo de papel rayado, encuadernado con recias tapas forradas de cuero y en el que iban consignándose, con letra clara y correcta, cuantas escrituras públicas, testamentos, protocolizaciones de particiones de herencias, poderes, etc. etc., que iban ocurriendo, servicios que hoy están en manos de los Notarios Públicos. Como empleados del Poder Judicial, según el decreto correspondiente, estábamos exentos del servicio militar, de modo que, en la época en que esto ocurrió, febrero de 1885, estábamos exentos de tomar las armas en defensa de Costa Rica en la guerra que le declaró Rufino Barrios en su descabellada intentona de rehacer la Federación Centroamericana, por bien o por la fuerza.

Sepan cuantos las presentes vieren, que yo no nací para hombre de armas, aunque siempre tuve habilidad para ocultar esa deficiencia y aún para hacer que se me haya tenido por hombre de pelo en pecho, todo un templado de cuerpo entero, al cual disimulo me han ayudado la buena suerte que siempre me ha evitado situaciones comprometedoras, y mis vínculos de familia que me ligan a mi tío *Chepe* González Ramírez, el glorioso Capitán muerto en Rivas en 1856 y a mi tío *Pepe* Zeledón Castro, hundido heroicamente con el “Huáscar”, el célebre monitor peruano, en la memorable guerra del Pacífico; sin mencionar a otros González, Zeledones, Ramírez y Castros que en los albores de nuestra vida independiente mostraron coraje, serenidad ante el peligro y bravura no comunes, y a quienes cuento entre mis ínclitos antepasados; y conste que no le consiento a ningún mandinga que lo ponga en tela de duda... Perdón, lector, sin quererlo se me iba subiendo el geniecito.

Pues como les iba diciendo, Yo y Pedro, el nunca bien recordado amigo, caballero cumplido, excelente ciudadano, Pedro Loría Iglesias, por las ventanas del Juzgado Primero Civil veíamos “los toros desde la barrera”, es decir, el paso de tropas en marcha, a las gentes de los campos que llegaban a alistarse en el ejército expedicionario, a amigos nuestros que ya vestían uniforme de oficiales, ceñían espada y acariciaban revólver; la barahúnda del enlistamiento que en San José se

efectuaba para levantar un ejército decente, bien aperado, bien comandado y de respetable número, para volar al auxilio de nuestras aliadas Nicaragua y El Salvador, a las que, especialmente a la última, ya el enemigo amenazaba con inmediata y poderosa invasión.

Las noticias que el “correo de las brujas” dispersaba a cada instante eran cada vez de mayor alarma: “que Barrios al frente de veinte mil hombres se ha puesto ya en marcha para invadir a El Salvador”; “que Barrios cuenta con un cuerpo de artillería de más de 300 piezas modernísimas y manejadas por oficiales de la Escuela Militar”, “que el general Luis Bográn, presidente de Honduras y aliado de Barrios, se ha puesto a la cabeza de ocho mil veteranos para atacar a El Salvador por la frontera occidental de Honduras y cerrar el paso a los nicaragüenses”; “que el doctor don Rafael Zaldívar, presidente de El Salvador está todo entero alistándose para rechazar a Barrios, pero que no cuenta con algunos importantes elementos del país que son netamente federalistas”; “que el doctor don Adán Cárdenas, presidente de Nicaragua, pide que se le envíen inmediatamente dos mil hombres y que se le auxilie con armas, municiones y dinero”. En fin, una cerrazón de todos los diablos en el poco antes tranquilísimo cielo de Costa Rica.

La cosa hervía, el entusiasmo popular crecía por horas; hombres, mujeres y hasta niños, acudían a la Comandancia de Plaza a ofrecer al general don Egidio Durán, jefe de ella, sus personas, sus servicios, sus recursos y hasta sus economías.

Y Yo y Pedro borroneando papel sellado, amparados en la exención.

Esa tarde al salir de la oficina, fuimos a la plazoleta de la Artillería a presenciar el movimiento. Ocupaban la plaza tropas ya aperadas y listas para marchar cuanto antes para Puntarenas; las comandaba el coronel don Joaquín Quesada, militar veterano de alto prestigio. Los conchitos arrollados en sus mal pergeñados uniformes de mezclilla azul y armados de rifles y machetes, se despedían de sus madres, esposas, hijas, hermanas y de sus parientes varones y de los amigos viejos. Era una de abrazos, de besos, de cariñosas frases, de graciosos encargos, de recomendaciones, motetes, bocaditos, lágrimas y aun carcajadas.

—Llévate este escapulario del Señor de Esquipulas; tenélo siempre pegao al pecho pa que no te dentre bala ni bayoneta.

—Acordáte de que “un tiro y ¡a la bayoneta!”, jue lo que barrió con los filibusteros en Santa Rosa y en Rivas—decía un viejo veterano del 56.

—No se ti’olvide que los indios chapines son macheteros y casi todos son zurdos; arriales con la cutacha del lao de montar y zampásela hasta onde dice Colis.

—Mire viejo, ora que queda sola la familia, dóblese a trabajar pa que no pasen crujidas,—decía un cholo a su suegro que le llevaba unas alforjas atestadas de biscocho.

—Oyíme bien, Remigia—recomendaba un cabo a su consorte —mantres yo ande allá abajo no dejés al renco Gumersindo que te falte, ni almitás a ña Fulgencia de puertas adentro; no dejés de escrebime, ya sabés que la mestra se ofreció.

—Poné cuidao, Nicanora; sacále las dos onzas del overo, a compadre Rosa y recogé los animalillos en el rastrojo del bajo donde hay agua.

Et sic de similibus...

En la entrada de la Comandancia la gente se apelotonaba al rededor de una larga mesa en donde varios oficiales se ocupaban en llenar las planillas de enlistamiento.

Un viejo como de setenta años, que ostentaba prendida del pecho de la camisa la medalla de los veteranos del 56, acompañado de cuatro robustos mocetones de dieciocho a treinta años, se acercó al Comandante, general don Egidio Durán.

—Don Igidio, aquí está el Manco Jiménez con sus cuatro muchachos, pa que nos dé un remintón y un salveque a cada uno y nos espache pa la frontera; mantres más pronto, más mejor.

El general Durán dirigió al viejo una mirada cariñosa y le tendió la mano que el veterano oprimió con la izquierda, pues del brazo derecho no le quedaba sino un cortísimo muñón.

—Mirá, Jiménez, vos no podés ir; vos te quedás en la Reserva para cuando haya necesidad; vamos a filiar a tus dos mayores, y otro día, si hace falta, filiaremos a los otros dos.

—Perdóneme que le cuarte, general, la patria corre peligro y nos necesita a todos, y lo que es de casa todos vamos, no se quedan más que las viejas y las gallinas.

Yo y Pedro cruzamos una mirada. El viejo echó mano de un bolsín de pita que llevaba en el chaquetón y, alargándolo al general, le dijo:

—Coja esas veinte onzas di'águila ques cuanto he podido aruñar y échelas en la caja del Gobierno pa que se ayude; cuando puedan me las devuelven y si no pueden nunca, pos que no haiga molestia; truje tres bestias que ya entregué en la Remonta; seis yuntas y seis carretas están a su mandar.

—Muchas gracias, Manco; guardá la plata. Si llega el caso, ya te la pedirán—lijó el general muy emocionado y volviéndose al grupo exclamó:

—Si todos los costarricenses fueran Ramones Jiménez, no habría quién se atreviera a atacar a Costa Rica.

Yo y Pedro nos volvimos a ver, no ya con cariño, respeto o indiferencia; no señor, con aire acusador y con vergüenza. Nos retiramos; él mordiéndose nerviosamente las guías de sus negrísimos bigotes, yo emocionado y perplejo. Íbamos silenciosos. Al llegar a la esquina, doblando hacia el Norte, como heridos por la misma inspiración exclamamos:

—Lo que soy yo, mañana mismo me cancho las presillas y me largo con 1ª primera tropa que salga.

—Y yo también, ¡carachas!

Y nos separamos a cumplir la palabra empeñada.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Por el camino hasta mi casa en la Cuesta de las Moras, fui pensando en la excusa que habría de dar a mis padres para enrolarme en el ejército, arrebatándoles el sosiego de que con justicia disfrutaban con respecto a mi alejamiento del peligro, pues como era natural, se sentían satisfechos de que mi posición de empleado del Poder Judicial me eximía por el momento de entrar en la refriega.

Absorto en mis cavilaciones tropezaba a cada pocos pasos con amigos de la infancia, compañeros de Instituto y parientes más o menos lejanos, quienes, o ya estaban armados de punta en blanco o se preparaban para marchar pronto al campo del honor, y todos hacían preguntas filosas o me dirigían cuchufletas hirientes.

Bueno, adiós, Magón. ¿Y vos muy ocupado copiando hijuelas? Tené cuidado que las mortuales son contagiosas...

Hombré, Magón, no seas tan atrevido, no salgás a la calle; se le puede caer una bayoneta a un concho y te pega un gran susto...

—Hacéme un favor; ahora que me voy, está atento a que en casa no dejen de darle agua a las gallinas...

—Si estás haciendo alguna novena, no dejés de encomendarme en tus oraciones...

Y yo callado, saboreando mi pronta venganza con la sorpresa que habría de causarles cuando leyeran mi nombre en la lista de los oficiales de la División de Vanguardia. ¡Manes venerandos de mis tíos Chepe y Pepe!

Pues nada, viejitos, que tengo que salir mañana mismo; ya recibí la orden en la Comandancia; mamá, alísteme unos trapitos...

—¿Qué es lo que decís? ¿Te vas con la tropa?

—Sí y no... es asunto muy confidencial, no se les vaya a salir una sola palabra... vean que estamos rodeados de espías... Yo y Pedro tenemos orden de salir mañana en la noche para Puntarenas, adonde recibiremos instrucciones del general Vargas. Es comisión muy delicada y nos han escogido porque confían en que la desempeñaremos con la debida circunspección... El asunto es peligroso, pero de nosotros depende que no lo sea... No se preocupen.... Dios nos acompañará...

Mi padre, un tanto turbado, me abrazó muy estrechamente.

Muy bien, hijo, vaya a cumplir con su deber; sea prudente, pero no sea cobarde; y si fuere necesario sacrificar la vida, muera de frente al enemigo como murió su tío Chepe González...

La excelentísima señora se conmovió hondamente; entabló lucha violenta entre su condición de madre y su deber de buena costarricense, y por fin, como digna hermana del héroe del “Huáscar”, se serenó; echándome los brazos al cuello me dijo:

—Será lo que Dios y la Virgen Santísima quieran, ellos lo acompañarán y piense que mi espíritu estará con usted a todas horas.

Tras de una comida tomada casi en silencio, alegrada solamente por instantes con las graciosas ocurrencias de mi hermana Marcelina, entonces en sus quince abriles, toda belleza, toda entusiasmo, chispeante y vibradora, fuimos mi madre y yo a arreglar unas cuantas piezas de indumentaria y algunos utensilios de imperiosa necesidad para el “viaje confidencial que la patria confiaba a mi alta circunspección y talento”.

Al día siguiente muy temprano, Yo y Pedro nos reunimos en el Juzgado y convinimos en que lo mejor sería irnos, escoteros a Puntarenas y, una vez allí escoger el Jefe que más nos conviniera y enrolarnos en su División. Escribimos nuestras renunciaciones de los altísimos puestos que desempeñábamos en el Poder Judicial y, lacradas entre sus respectivos sobres, las echamos en el buzón de la esquina.

El juez, puntual como de costumbre, entró a su despacho a las ocho de la mañana. Después del saludo de ordenanza, nos confió que con mil precauciones y dificultades había logrado, la noche anterior, traerse de su finca un caballito negro patas blancas, muy fino, que escondió en un caedizo de acomodar leña, en su casa de habitación, librándolo así de las garras de los encargados de apercebir bestias para los oficiales del ejército.

—Es que están barriendo hasta con los rucos de los lecheros; no dejan bestia a que no le echan la garra; y luego... ¡Vaya usted a cobrarle al Padre Eterno! Lo que es a mí no me cogen de tonto; con mi negrito patas blancas, no se lucen.

—Pero, señor, la orden general previene que todos los que tengan bestias de silla, de tiro o de carga, están obligados a manifestarlas al Jefe de la Remonta, bajo pena de...

—Mire, mi amigo, no necesita usted enseñarme a cumplir mis deberes; yo sé lo que hago y usted está muy pollito para abrir cátedra... ¿Ya sacó los testimonios de las hijuelas de la testamentaria...?

Ya tengo tres terminadas...

—Pues déjese de estar leyendo órdenes generales y métale duro a la pluma; esa es su obligación.

Y me volvió la espalda y yo volví mi imaginación hacia un caedizo de guardar leña, en el que a esas horas trituraba guate y caña un caballo fino negro, patas blancas. Por encima del voluminoso protocolo eché una mirada al escritorio de Pedro, ambos sonreímos.

A las tres de la tarde, cerrada la oficina, Yo y Pedro nos fuimos donde el Jefe de la Remonta a conseguir bestias; Manuel Vicente Zeledón, primo hermano de mi madre, era el Jefe.

—Tenemos orden de salir esta misma noche; ¿puede darnos bestias?

—No tengo más que un caballo blanco mosqueado, grande. Es cuanto alumbra, hasta que vengan las que espero del Puriscal.

—Pues yo cojo el blanco mosqueado—dijo Pedro.

—¿Y para mí?

—Ya te dije que no tengo ni pintado...

—Y si yo le digo dónde hay uno escondido, ¿me lo hace entregar y me guarda la espalda?

Aunque sea del mismísimo obispo, contá con él; no diré quién lo ha denunciado.

Le dí los datos precisos acerca del negro patas blancas.

Tras del humo envió un cabo y dos soldados a sacar al negro patas blancas y convinimos en que a las siete de la noche nos tendría ambas bestias aperadas en la Caballeriza Nacional.

Yo y Pedro, a despedirnos de nuestras familias, a proveernos de cueras y armas y a echar palante, como dicen nuestros campesinos.

Salimos a las ocho en punto, al mismísimo toque de retreta que los clarines y tambores hacían resonar en todos los cuarteles y campos militares.

Pedro, teniente, con vestido de saco cruzado, azul, presilla de oro al hombro derecho, sable que su padre había blandido valerosamente en 1856 y revólver Smith & Wesson, sombrero de fieltro suave y botas altas con sendas espuelas. Yo, subteniente, con pantalón rayado gris, paltó-levita negro abrochado, presilla al hombro izquierdo, cueras negras charoladas, calzado de becerro fino, sombrero de pita alón, revólver cache de concha y afilado espadín recto, marca “Collins” de acero de alto temple.

¡Y ahora, que se modere el tal don Rufino Barrios y que el tal Bográn no se meta en camisa de once varas! Yo y Pedro no hemos renunciado voluntariamente a la exención que nos da derecho a permanecer pasivos, para volver con las manos vacías. ¿Me entendés?

El negro patas blancas sobrepasaba el retrato que de él nos hizo su propietario: era sencillamente magnífico: pero el blanco mosqueado que llevaba al teniente Pedro, según las señales harto bien marcadas que ostentaban en la cruz, en los hombrillos, en los jamones y en todo el largo de los costillares, era un veterano carretonero; sacarlo del paso regular de procesión, al paso trote, era provocar, una tragedia para el jinete, porque el tal blanco mosqueado alzaba a un tiempo los cuatro remos y con habilidad nunca vista, avanzaba a saltos de media vara de largo y de no menor altura. El teniente Pedro desplegó todos sus vastos conocimientos de equitación para modificar aquella maroma, pero los espolazos, los tirones de riendas, las palmadas en el pescuezo y aún algunos planazos asestados con el glorioso sable del 56, salpicados con un vocabulario que no consignan los Catecismos del Padre Ripalda, no hicieron mella en el jamelgo y más bien aumentaba notablemente las dimensiones de los saltos, añadiendo tendencia al desequilibrio, alzando más el nivel de las ancas.

Es claro que el teniente Pedro no pudo soportar tales desmanes sin grave riesgo de sufrir serios desprendimientos intestinales y dolorosas magulladuras en el hemisferio meridional y, por más prisa que tuviéramos de llegar a tiempo para atajar a Bográn y para parar en raya a don Rufino, hubimos de ceder a las circunstancias y seguir, proa al Norte, a paso de limosneros.

Fue así como, a eso de las once de la noche, arribamos al “Barreal”, hermosa finca de café de don Francisco Echeverría, situada a unas tres leguas de San José. Yo era conocido del cuidador, antiguo empleado de mi tío don Aquileo Echeverría, Administrador General de esa y otras fincas de don Francisco, y el buen hombre nos recibió en su casita, nos hizo obsequiar con sabroso chocolate y pan dulce y nos acomodó en un camión de madera con amplio esterón de venas de plátano; apercibió las bestias y las puso a pastar en canoa a la vera de la casa. ¡Dios lo haya colmado de felicidades!

A las cinco de la mañana nos levantamos, desayunamos y nos echamos de nuevo al camino, con proa hacia San Antonio de Belén, pues el teniente Pedro, antes de lanzarse en la tremenda aventura, quería despedirse de su linda novia que habitaba en el Ojo de Agua, cerca de San Antonio. Yo, me quedé esperándolo en casa de un antiguo amigo de mi padre.

El teniente Pedro se apareció dos horas después, un si es no es cabizbajo y provisto de su buen escapulario, de modo que emprendimos la marcha hacia Atenas, vía Llanos del Carmen, a eso de las diez, con un sol de cuero.

Salvo la lentitud de nuestra marcha y lo sofocante del calor, nuestra caminata no prestó incidente alguno digno de mencionarse.

Ya con el sol casi en su ocaso subíamos la empinada cuesta que del puente del Río Grande conduce a Atenas, cuando oímos llamadas de clarines y redobles de tambor y estábamos conferenciando acerca del partido que debíamos tomar para no ser absorbidos por las tropas en marcha, cuando un oficial y un pelotón de soldados nos atajaron el paso.

—¡Alto ahí! ¿Quién vive?

—La Patria!

—¿Qué gente?

—Oficiales en comisión para Puntarenas.

—¡Alto!

El oficial se nos acercó e inquirió acerca de nuestro destino y, no satisfecho con las explicaciones que Yo y Pedro le dimos, nos ordenó seguirlo a la plaza, en donde el coronel don Joaquín Quesada estaba acampado con la gente que había salido la víspera. Ya ven mis lectores que el blanco mosqueado no podía considerarse como caballo de carrera.

En la Jefatura Política, casa de corredor al costado occidental de la plaza, el coronel Quesada disponía lo necesario para que sus tropas tomaran rancho y descansaran unas cuantas horas a fin de continuar la marcha esa misma noche. Yo y Pedro echamos pie a tierra y saludamos militarmente al coronel; fuimos sometidos a interrogatorio:

—¿Adónde van ustedes?

—A Puntarenas.

—¿De orden de quién?

—Vamos por nuestro gusto: somos voluntarios.

—¿Quién les dio de alta?

—Nadie.

—Esos grados de teniente y subteniente que ustedes ostentan, ¿son legítimos?

—Sí, señor.

—Está bien; pero no pueden seguir viaje como moros sin señor; capitán Naranjo—dijo a un cholote recio y membrudo que estaba acondicionando unos aperos—, en su compañía falta un subteniente, llévese a este jovencito y déle instrucciones.—Y el capitán Naranjo me ordenó en voz bronca y altanera: ¡sígame!, y me fui tras de él llevando del diestro al negro patas blancas. Al teniente Pedro se lo dejó el coronel Quesada como uno de sus ayudantes.

El capitán Naranjo me condujo al extremo Sur de la plaza en donde acampaba su compañía; me presentó a los otros oficiales, sargentos, cabos y soldados y acto continuo me dijo:

—Vaya al matadero a ver que se den ligero con la carne para el rancho; menése, que aquí hay que andar derecho y listo; éste no es salón de baile...

—Vea, capitán, yo...

—Silencio, a obedecer y con el ya.

Monté al negro patas blancas e inquiriendo aquí y allá, fui al matadero y como media hora después regresé con las mulas cargadas con la res desguzada que entregué a los encargados de los fogones. Casi en el acto oí de nuevo la voz bronca del capitán:

—¡Subteniente González!

En cuatro saltos estuve frente a él sobre mi flamante negro patas blancas y cuadrándome militarmente:

—A sus órdenes, mi capitán.

—¿Ese caballo es suyo propio o es de la Remonta?

—De la Remonta...

Pues entréguelo al cabo furriel con todos los aperos; el teniente Piedra viene desmontado y él es de grado superior; dígale al furriel que le dé mi bestia al teniente Piedra y que me reserve ésta para mí. ¡Cumpla!

—Perdóneme, capitán, yo no estoy acostumbrado a caminar a pie en largas jornadas y mis zapatos de becerro fino...

—Subteniente, ya van dos veces que usted se insubordina; a la, tercera le impondré un castigo severo. Usted es muy indisciplinado. ¡Cumpla mi orden inmediatamente!

Y no hubo tu tía; entregué el hermoso negro patas blancas al furriel y confundido y alicaído me reuní a mi tropa, con la cual compartí, mi primer rancho de carne, caldo, plátanos verdes, café y biscocho de maíz duro.

Al rayar la luna la tropa se puso en marcha; yo, de paltó, levita y cueras nuevas, con zapatos finos de becerro, tragando polvo y sudando la gota gorda, marchaba en el lugar que me correspondía y veía al Cholo Naranjo caracoleando airoso, remeneando sus espaciosas asentaderas, en el negro patas blancas.

En uno de los llanitos de la Boca del Monte del Aguacate la tropa se detuvo para hacer el saludo de ordenanza al señor Presidente, general don Próspero Fernández, General en Jefe del Ejército, quien era conducido por médicos y ayudantes, en coche cerrado hacia Atenas, gravemente enfermo. Falleció al día siguiente.

Y así llegamos a San Mateo y de allí a Esparta, en donde se nos acomodó en carros de carga del ferrocarril que nos condujo a Puntarenas.

El negro patas blancas quedó en los corrales de Esparta y su propietario jamás lo volvió a ver; pero no fue por cierto el Padre Eterno quien le pagó su valor con un ciento por ciento de utilidad: fue el Tesoro de la Caja Militar.

Durante el viaje y por unos dos o tres días más, después de la llegada a Puntarenas, el maldito Cholo Naranjo no cesó de darme órdenes: se complacía en mantenerme siempre en activísimo servicio en faenas humillantes en fin, en atosigarme hasta el último límite de la paciencia. ¿Qué hacer? Esperar... ¡Paciencia, piojos, que la noche es larga...!

Llegó por fin el general don Vicente Vargas a Puntarenas con orden de embarcarse en el pailebot noruego “Frithiof”, con quinientos hombres bien escogidos (¡pongan cuidado!) y bien aperados, para desembarcarlos en Corinto, Nicaragua, como División de Vanguardia, y como primera remesa en auxilio de aquella república hermana. En cuanto lo supe, me fui a ver al distinguido militar, antiguo amigo de mi padre, y le pedí que me enrolara, a lo que él accedió, nombrándome su secretario particular, y acto continuo me ordenó redactar la orden general de mi nombramiento, clarinearla a los diferentes cuerpos estacionados en Puntarenas y hacer la comunicación oficial. ¡Manes de mis tíos Chepe y Pepe! Ya podía yo mandar al altanerísimo Cholo Naranjo a freír espárragos. ¡Y para qué les cuento como lo jorobé! ¡Ni si hubiera sido un chuica de limpiar pisos!

Induje al general a que nombrase al teniente Pedro su ayudante y pocos minutos después Yo y Pedro caímos uno en brazos del otro, libres de Naranjos y de trotones carretoneros, para continuar nuestra gloriosa marcha, en la División de Vanguardia, hasta la línea de combate.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

La natural modestia que me caracteriza, según ya habrán notado mis lectores, me impide referirles las proezas de Yo y Pedro hasta el final de la campaña; cuando se escriba la historia, si es justiciera e imparcial, habrán de hacerse cruces cuantos la lean.

Para puntearlos, les diré solamente que Barrios quedó tendido en Chalchuapa, El Salvador, el 2 de abril siguiente; que Bográn pidió cacao y, con el general Vargas y en mi presencia, firmó en Namasigue el tratado de paz; y que el sargento mayor, Pedro, pasó a ocupar la Secretaría de la Legación de Costa Rica en El Salvador, de la que era Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario el Licenciado don Ezequiel Guitérrez, de gratísima memoria.

Tres semanas más tarde, el capitán González—, ¿me entendés, Naranjo?—, en compañía del general Vargas, de la oficialidad y tropa de la División de Vanguardia, éramos recibidos con aclamaciones por el pueblo de San José.

No, si ya se los dije, yo no nací para hombre de armas; ¡vaya una ocurrencia! Yo nací para sacar hijuelas, testimonios y certificaciones. Decílo vos...

22 de enero de 1930

¡LAS COSAS CLARAS!

El protagonista de este histórico suceso, me lo refirió tal cual; copio literalmente su relación:

“Tras largas horas de vigilia a la cabecera de uno de mis compañeros de escuela, gravemente enfermo, llegué a mi casa, muy cerca del amanecer, y ya casi iba a meterme a la cama, cuando recios golpes en la puerta de la calle, me hicieron acudir presuroso a inquirir la causa.

“Quien tan precipitadamente llamaba era la esposa de un excelente y buen amigo, de origen español, dueño de la pulpería y taquilla de la esquina opuesta al Palacio Episcopal. La pobre señora, acongojada y llorosa, me manifestó su apuradísima situación: su hombre se había desedido en el maldito trago y armado riña con un gotera, vago de profesión, enguarao, que hacía horas lo venía jorobando; y agotada la paciencia, se había salido a la calle, revolver al cinto, y después de unas cuantas pescozadas, a su hombre se le había ido la albarda a las verijas y, acogotando a su contrario, sacó el revólver y le descerrajó un balazo que por fortuna no dio en el blanco; que el otro, asustadísimo, se dejó caer al suelo creyéndose bandiao se puso a pegar más gritos que chanco atorao en un portillo; y que llegó la autoridad y se llevó a los dos al Cuartel de don Masimino; y que ella me suplicaba que fuera sin perder tiempo a ver qué se podría hacer para que no acriminaran a su hombre.

“—Iré, mi señora; váyase tranquila a su casa; ya le informaré cómo van las cosas.

“Y volví a vestirme y me largué al Cuartel de Policía ainterpelar a mi cliente.

“Las cosas, según los datos recogidos, eran lisa y llanamente un caso de homicidio frustrado; al agredido todavía no le llegaba la camisa al cuerpo y vociferaba que le iba a echar abogado a la causa y juraba por los güesos de sus antepasados que el españolillo ese los chicharrones le iban a jeder a puro sebo.

“Mi cliente, ya bastante calmado y evaporada la juma y comprendiendo su metida en un berengenal, me relató el hecho con franqueza, atribuyó el percance al puñeterísimo trago. Que juraba no volver ni a olerlo en el resto de su vida, y me suplicó hiciera cuanto fuera posible para sacarlo sin presidio y que estaría dispuesto a pagar la multa que se le impusiera.

“El sargento de guardia me mostró el arma: era un revólver S&W Cal. 38.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

“Regresé a mi casa cuando ya el sol teñía las espaldas del Irazú de rojo, amarillo y violeta. Al llegar a la esquina Suroeste del cruce de las calles del Laberinto y de la Soledad, ocupada por la antiquísima casa de adobe de la familia Frére, en la acera de la cual la cosa había ocurrido horas antes, me, detuve a examinar detalles en preparación de mi plan de defensa.

“Allí estaba clarísima, mejor dicho, oscurísima, una perforación circular con resquebrajaduras estrelladas; como tres pulgadas adentro del boquete, sondeando con mi cortaplumas logré extraer un pedazo de plomo, la bala del S&W de mi defendido. La bala desaparecía, pero quedaba el agujero acusador a cerca de dos varas de altura del suelo. Con los pies y con un trozo de periódico, limpié la acera de cales y terrones denunciadores y pasé en seguida a dar cuenta de mis gestiones a la atribulada consorte de mi cliente, a quien dejé, llena de esperanzas y encargada de hacer llegar a mi casa en, cuanto se presentara, al viejo amigo Molina, modestísimo zapatero que tenía su taller en la esquina del suceso.

“Y ya en casa, un buen baño y un abundante refrigerio me pusieron de nuevo, como nuevo. Llego Molina, se tomó una buena copa de Manzanilla, se fumó un sabroso Tropical; se tomó otra copa; me tomó la medida para un flamante par de zapatos de cabritilla charolada que habría de hacer a su entero gusto, pues les hice comprender que no había aún dado con zapatero que me calzara al mío; y después de contarme sus trabajos, sus congojas, sus proyectos irrealizables por la escasez de numerario, etcétera, etcétera, se fue con el pecho ensanchado, con tamañas esperanzas entre pecho y espalda, con otra copa de Manzanilla más abajo de las esperanzas, con una media docena de Tropicales aromosos, con una estaca punteada, hija legítima de un viejo palo de escoba y con mis instrucciones al respecto.

“Cuando a eso de mediodía, de paso para mi oficina llegué al *locus delicti*, en el mentado agujero estaba la estaca, en la estaca unas fajas de cuero con ojetes amarillos, y en las fajas de cuero un cartón reclinado a la pared, en el que se leía: *A 4 riales*.

“Al lado derecho de la puerta, en la esquina formada por la jamba y el dintel, estaba clavada una varilla de fierro que mantenía colgante un mezquino rótulo en el que con letras azules se anunciaba al público la Zapatería de R. Molina y en cuyo centro el pintor, con una especie de sapo con una hilera de puntos blancos en el costado, quiso representar una linda bota femenil.

“—Adiós, maestro, no se le olvide... mi par de zapatos.

“—No, señor, esta misma noche estarán listos, pierda cuidado.

“Me fui a ver a mi cliente con quien conferencí una media hora. Ya había sido trasladado a la Cárcel Pública y el juez seguía la sumaria por homicidio frustrado.

“En la tarde se tomó al acusado su declaración indagatoria; el hombre sobrio y listo, muy cortésmente y con verdadera emoción, declaró que estando pasado de tragos, se había agarrado a golpes con un señor a quien llaman *Pirinola*, de apellido que no conoce, pues sólo así lo ha oído llamar y que es muy molesto y anda cogiendo goteras en cuanto venta de licores encuentra y que ultraja a quienes no quieren pagarle los guaritos; que él como dueño del establecimiento le ordenó retirarse, que le habló por las buenas; que el otro lo insultó; y que entonces lo sacó a la fuerza y con violencia; que el tal Pirinola es gordote y fuerte

y el declarante es pequeño y vio que la cosa no le era muy favorable, y entonces sacó su arma, solamente para darle un susto a Pirinola, y para eso disparó un tiro por un lado hacia arriba y que Pirinola, creyendo que lo había herido, se dejó caer en el desagüe y llamó a gritos a la policía.

“Muy otra había sido la denuncia del “muerto frustrado”. Durante el lance no apareció ningún testigo ocular.

“El juez, claro está, quiso ver más claro entre aquella oscuridad en que lo dejaban las dos declaraciones, pues la del policía era tal cual te la relato:

“Dijo: que como entre dos y tres de la mañana del miércoles dieciocho del corriente, estando el declarante corriendo línea desde la esquina de la tienda de don Pepe Durán hasta la Placita de La Soledad, y cuando ya iba por la Iglesia de los Protestantes, a media cuadra del Seminario, oyó un disparo de arma de fuego y en seguida unas voces pidiendo auxilio, que venían del lado de arriba; que el declarante, cumpliendo su deber, echó a correr hacia donde se oían las voces y que cuando llegó a la poca luz del farol que está en la esquina del Palacio del Obispo, vio que en el caño de la casa de las niñas Fréres estaba un hombre revolcándose y dando gritos; que habiéndosele acercado y preguntado qué le pasaba, que N... (mi defendido) quiso matarlo y le disparó en la pura cara con un revólver; que estaba herido y que lo llevara pronto a una botica para que lo curaran; que el declarante pitió y llegó el policía que corre la línea del Laberinto, Ruperto Vindas; que entre los dos llevaron al herido a la botica de Carit a pocos pasos; que el Dr. Carit les abrió y a la luz de la lámpara vieron que el hombre no estaba herido de bala, aunque sí tenía un ojo hinchado y la nariz con hemorragia de sangre (?); que el doctor le lavó la cara con una medicina y dijo que pronto estaría bueno; que el declarante y Vindas fueron a la casa de N... y allí lo hicieron preso, pues estaba en la puerta muy tomado de licor y alegando con la mujer, quien quería meterlo entre la casa; que pasaron a la botica por el ofendido que estaba en la grada poniéndose un trapo mojado en el ojo y que los condujeron al Cuartel; que es cuanto puede declarar, agregando que no le comprenden las generales de la ley con ninguna de las partes”.

“De modo que el juez, queriendo ver bien claro, ordenó “para mejor proveer” constituirse al día siguiente en el lugar del suceso para practicar una “vista de ojos”, acompañado de su secretario y de dos peritos “expertos en el uso de armas de fuego”.

“Como yo me había apersonado ya en la causa y el Agente Fiscal era parte, de común acuerdo nombramos los expertos (?), a quienes ofrecimos presentar al juez oportunamente.

“A las once de esa noche, Molina resolvió colocar un poco más abajo su rótulo, probablemente para que caso de que las autoridades y personas de significación pasaran por su establecimiento, pudieran admirar con mayores detalles la obra maestra del pintor, y posiblemente decidirse a encargarle un bonito par de botas como la tan magistralmente representada por el artista. La moldura del rótulo mostraba una astilladura fresca en la dirección del agujero viejo.

“La “vista de ojos” se practicó en la tarde del día siguiente; los expertos en armas de fuego, colocados en el lugar en que el policía dijo haber encontrado al “muerto frustrado” y alternativamente fingiéndose ofendido y ofensor, encontraron que si el disparo hubiera sido horizontal, habría la bala pegado en las inmediaciones del cartón *A 4 reales* y allí no había más perforación que la ocupada por la estaca de las fajas.

“El fiscal llamó a Molina y le preguntó:

“—¿Desde cuándo está clavada aquí esta estaca?

“—Ya lleva su buen año, señor, no le podría decir la fecha exacta.

“—¿No cree usted qué está demasiado baja y que puede hacer daño a los transeúntes?

“—Hasta ahora nadie se ha quejado y yo por no abrir más huecos, aproveché uno que había ahí cuando alquilé este local; además, así los que pasan se fijan mejor en las cosas que, cuelgo para vender; de tres docenas de fajas que puse a la venta hace mes y medio, ya no quedan más que esas cuatro...

“Aprovechando esa coyuntura, Molina preguntó al fiscal:

“—¿Quién me va a pagar el daño de mi rótulo? Una cuarta le pagué a Alejo Mora por ese rótulo, y no es justo que yo que soy pobre tenga que ...

“Allá quien hizo el daño, yo nada tengo que ver con eso.

“En cambio, si el disparo había sido como decía el acusado, la bala pudo haber hecho la perforación que se notaba, clarísima, como a un palmo más arriba del rótulo de la zapatería y a su paso haber desastillado la moldura de esa obra de arte; allí clavarón sus miradas de lince los “expertos”; con una escalera graciosamente prestada por las señoritas Frére y armados de una larga lezna que les facilitó Molina, sondearon el agujero y lograron extraer de su fondo un cilindro de plomo, el cual, en su base, ajustaba perfectamente al casquillo vacío de la cápsula de Smith & Wesson, Calibre 38 que obraba en autos.

“La maraña quedó en perfecta claridad; limpia de la criminosa acusación la reputación de mi cliente, puesto en vergüenza el calumnioso Pirinola y amplísimamente satisfecha la Vindicta Pública.

“El juez sobreseyó en la causa mandando poner en libertad al acusado y pasó los autos a quien correspondía para que se le juzgase por portación de arma prohibida y disparos en poblado:

—“Hombre, me he quedado admirado de ver cómo llegaron ustedes con tanta seguridad a descubrir la bala y a resolver el problema...

—“Es que cuando se toma en cuenta el calibre del arma, la calidad del explosivo, la forma del proyectil, la velocidad inicial, la inclinación del eje del cañón, la distancia entre la boca de fuego y el objeto y la deriva o ángulo de desviación, se puede deducir matemáticamente la trayectoria y encontrar el punto de impacto: En el caso concreto...

—“¡Ah, ahora comprendo! ¡Está perfectamente claro!”

27 de febrero de 1930

USUFRUCTO

Cuando allá por los setentas del Siglo XIX, llamado de las luces, una distinguida familia costarricense se trasladó a vivir a San Francisco de California, mi abuela materna, quien entonces era mujer de reales, compró una buena parte del mobiliario de los expatriados, amén de toda la vajilla de plata. Entre los objetos más valiosos había una pareja de candelabros de cinco brazos, de plata labrada a la antigua, con primorosos adornos, que constituía indudablemente lo que se pudiera llamar “la pieza de resistencia”.

El domicilio lego del par de luminarias era la tapa del piano Pleyel, en nuestra sala de recibo; pasaban ratos de jolgorio en las testeras de la mesa del comedor en días y noches de manteles largos, como en los cumpleaños u onomásticos de los patrones, la Nochebuena y Año Nuevo, y el 15 de setiembre. Otras veces, muy contadas por cierto, sosteniendo velas de cera, campeaban en el altar destinado a recibir la efigie del “Dulce Nombre” en la esquina de la casa, o en la bocacalle de la Plaza Principal adjudicada a mi abuela doña Chanita Castro, como mantenedora, para erigir el altar que en la solemne fiesta del Corpus Christi había de alojar por breves minutos la sagrada custodia relumbrante de oros, esmaltes y pedrerías.

Y lucían tan elegantes y apropiados, cautivaban tan sinceramente a cuantos los miraban, que los tales candelabros se hicieron tan populares como los mismos festejos que con su presencia realzaban; es más, se volvieron indispensables, y aunque doña Chanita gozaba sobre ellos del derecho de propiedad, a nombre propio y sin cautela de ninguna especie, resultaba que su posesión tranquila y continuada era constantemente interrumpida, constituyéndose ya en una servidumbre de uso, como si todos los vecinos de San José la hubieran adquirido por prescripción..

—Tun, tun, ¡Upeee!

—¿Qué se le ofrece?

—¿Está la niña Chanita?

—Sí está, pero está con jaqueca.

—Pues díglele que manda a decir la niña Heliodora que cómo está; y que si le hace el favor de prestarle los candelabros de plata; que es que a las dos le van a llevar el Viático a don Pedrito; que esta misma tarde se los devuelve; y que muchas gracias.

Trasmitido el recado y con la correspondiente venia de la dueña metía yo los candelabros, más limpios que una patena, en sendas bolsas de manta y se los entregaba a la pedigüeña.

Dígale a doña Heliodora que dice Chanita que está medio enferma; que muchas gracias; que siente mucho que don Pedrito siga mal; que Dios habrá de querer que se mejore; que vea que no vayan a rayar los candelabros ni a mancharlos; y que le haga el favor de devolvérselos hoy porque mañana se los va a llevar doña Micaela Torres para un rosario.

Y ya me sabía yo, por larga y congojosa experiencia, que yo mismo tendría esa tarde que ir a buscar los candelabros y pasarme una buena horita limpiándolos con flor de ceniza, tizate molido y cuerillo de ante, porque salvo rarísimas veces, ni los devolvían ni los limpiaban los usufructuarios.,

—¿Está tu agüela?

—¡La tuya, por si acaso! No me la mentés, ¡tuerto malcriado!

—No, de verdá; es que vengo a un mandao...

—No, no está; anda en misa.

—No es juguete, ¿está?

—Sí, ¿qué le querés?

—Que dice el Padre Chico que le precisan los candeleros o yo qué sé cómo dijo; que son para la Vela de San José en la Soledá: que mañana temprano los manda; ¡date ligerito que está esperándolos...!

Adentro con el recado y justas observaciones de la heredera, de la propietaria...

—¿Vos conocés al muchacho?

—Sí, mamá, es el tuerto que hace como chompipe; el que crió la niña Gertrudis Esquivel.

—¿El niguas ese? Mejor lleváselos vos mismo al Padre Chico, porque ese tonto es capaz de romperlos.

—Pero, mamá, yo tengo que...

—Le digo que vaya; no sea desobediente.

A sus sacos los candelabros y ocho cuadras largas para donde el Padre Chico; y es claro, al otro día ir por ellos y dele que dele a la ceniza y al tizate. ¡Malditos chunches!

—Buscáme mis anteojos; deben estar en la alacena del comedor, o en la cómoda de mi cuarto, o entre “Las Mujeres de la Biblia”.

—¿Cuáles mujeres...?

—¿Sos tonto, o es que te hacés? Ese libro grande que estoy leyendo.

Ni vivos ni muertos en ninguna parte, no obstante cuidadoso y concienzudo registro de alacenas, cómodas y mujeres, digo, libros.

—No están en ninguna parte.

—Pues léame esta carta y clarito, sin cancanear.

Y me alargaba mi abuelita una carta llegada de Heredia, escrita con tinta morada y con excelente letra y ortografía:

“Mi querida Chanita:

“Cómo están todos ayá, aquí a Dios gracias todos buenos solo Concha, la povre que sige padesindeo con el mal de ciembre i a Deidamia que la tengo loca con un raigon y yo todabia medio parada puez despuez de sinco malas noches; con Emigdio que asta aller se lebanto.

“Puez le ofresí una misa cantada a la Virgen para que curara a Emigdio en la capiya de la Concección, puez boy a tener que molestarla para que me preste sus candelavros para el martes que viene; me los manda con el onbre del coreo que; es primo de la chichigua de Froilansito y mui formal. Yo se los cuido mucho y se los debuelvo el jueves sin falta...”

Y los candelabros fueron a Villa Vieja y volvieron llenos de parches de esperma y con los brazos semi desgajados y patituertos y con unas manchas negras ocasionadas por unas malditas piñuelas crudas que la usufructuaria resolvió enviar como compensación del servicio.

El tonto de casa a apretarlos, a limpiarlos y pulirlos, dejándolos listos para el próximo préstamo.

La cosa ya nos tenía a todos “chinos”, hartos, fastidiados, nerviosos; y a mí especialmente, ya me llegaba hasta la purísima coronilla.

—¿En qué horas se me fue a ocurrir comprar esos candelabros!—exclamaba mi abuela.

—Pero mamita, niéguese a prestarlos—decía mi madre.

—Yo que usté, se los regalaba a la Iglesia—opinaba yo.

—¿Y a vos quién te mete?

—¿A mí? Pues si yo soy el que se ha sacado la rifa con la limpiadera, que ya tengo las manos negras y hediondas a perol; y yo soy el que tiene que andar zaqueando para arriba y para abajo recogéndolos.

—Tus buenos cincos que te han caído con esos mandados.

—¿Cincos? ¡Cómo no...! ¡a montones! ¡Si la Sabana la vendieran por una peseta, con los cinco que me han caído por esos chécheres no podría comprar el derecho de echar un ternero recién nacido a pastar allí!

Por doce largos años el par de candelabros siguió luciéndose en cuanta fiesta pública y privada se celebró en San José y poblaciones circunvecinas; en viáticos, rosarios, velorios, misas, funerales, exámenes y recepciones, bodas, bautizos y comilonas. Eran ya de ritual, de ordenanza, de absoluto rigor; y de las trescientas mil veces que se ostentaran, doscientas noventa y nueve fueron las veces que este humilde servidor de ustedes tuvo que aparejarlos, limpiarlos y recogerlos.

¡Con la ceniza tamizada y la tiza pulverizada que pasaron por mis manos durante esos doce años, bien pudo haberse rellenado el infecto zanjón de la Quebrada de las Arias y una buena parte del Barranco del Ballesterio!

Pero todo tiene su límite: no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Muerta la propietaria, mi madre heredó el par de gravámenes y al casarme yo me fueron enviados como regalo de boda. Como yo algo entiendo de cancelaciones de gravámenes y servidumbres, estudié el caso y resolví obsequiar las luminarias a la Iglesia de La Merced, en construcción entonces, y las puse en manos del cura párroco.

Pocos años más tarde, falta de fondos la parroquia para las obras de construcción, celebró turnos o tómbolas a las que asistía la niñera que cuidaba de mi hijita mayor; ésta, muy afortunada, compró un numerito en una de las rifas y resultó premiado: el premio era nada menos que el tantas veces mencionado par de candelabros.

En triunfo fueron llevados a mi casa...

¿Que dónde están? ¡Pregúnteselo a la zonta de su, abuela!

2 de abril de 1930

LA CONSIGNA

Fue allá por los ochentas del siglo pasado cuando se trasladaron al Mercado Municipal las ventas que durante los sábados se situaban dentro y fuera de la verja monumental de la Plaza Principal y se convirtió esa plaza con sus frondosísimos higuerones en lo que hoy, ya sin éstos y sin verja, se llama Parque Central. Se colocaron dentro bancas de armazón de hierro y asiento y respaldo de rejilla de madera, para solaz de los paseantes y de los vagos de profesión que en ellas se ubicaban desde las primeras horas de la mañana. Una de esas bancas quedaba exactamente dando la espalda al portón de entrada del Cuartel Principal, más tarde Escuela de Juan Rafael Mora y hoy Teatro y Casino de Raventós.

Yo no era entonces, no lo he sido después, ni lo seré en el futuro, un vago de profesión, pero me complacía en echar un cigarrillo, y un agradable párrafo al aire libre, al amparo de los higuerones del parque, en horas de asueto o de digestión, o en escuchar unas cuantas polkas o valeses que la Banda del Principal tocaba a las ocho de la mañana y las seis de la tarde dentro de la Plaza o Parque.

Varias veces intenté sentarme en la mencionada banca, pero siempre hube de renunciar a mi intento porque el centinela que estaba apostado en una de las hornacinas a entrambos lados del portón del Cuartel, previo golpeteo de la baqueta contra el cañón de su Remington, me hacía expresivas y enérgicas señales de desalojar la banca.

—Hombré, José María —preguntaba yo a mi compañero de esparcimientos, hoy Magistrado de la Corte Suprema de Justicia—¿por qué será que no permiten sentarse en esa banca?

—No lo sé; es posible que sea para evitar que alguna bala perdida que por accidente sea disparada de dentro del Cuartel pudiera herir y aun matar a quien estuviera allí sentado.

—¿Pero entonces, no sería más lógico que corrieran la banca hacia un lado?

—Así es, pero tal vez no lo han hecho para no interrumpir la armonía en la colocación de los asientos.

—Mirá, José María, ya se sentó una vieja con tamaño canasto...

—Oí al centinela repiquetando la baqueta...; ya se percató la vieja... Y está más caliente que jarro zonto... ¡Oíla...!

—Idiái, ¿qué's la cosa; qué's la cavilosada? ¡Ah!; las bancas son pa que se sienten los cristianos; ¿ónde querés que me siente, en una raíz de higuerón...?

Y como el centinela menudeara las prevenciones, la vieja soltó tamaño viajazo que por pudor no consigno y, arrellanándose más ampliamente con bien marcados movimientos del voluminoso y gelatinoso hemisferio meridional, resolvió no obedecer la orden de desalojamiento.

El postigo del portón del Cuartel se abrió dando paso a un cabo uniformado de mezclilla desteñida, con quepis echado coquetamente sobre la oreja izquierda dejando al aire un apelonado mechón de pelo, crespo y mantecoso que orlaba la nuca rasurada; manoseaba una vara de membrillo y se contoneaba como chompipe armado; se dirigió a la vieja desde el lado de afuera de la verja:

—Ña Chepa, ¿no ha oyido que le han dicho que aí no puede sentase?

—¿Qué's; qu'es tuya la banca? ¿Cuándo la mercaste? Esta plaza es de la Catedral y nu'es del Cuartel; ustedes mandan allí de puertas adentro, pero aquí sólo el Obispo es el que manda; dejáte de vainas. Yo estoy muy rendida di'andar p'arriba y p'abaio vendiendo güebos; no estoy de vagamunda como vos; dejáme quedita; di'aquí no me menean ni vos ni el Fefe del Prencipal...

—Y usté se va dejando de indireitas; si no se manda cambiar orita mesmo, le arrempujo la vara...

Y restregó la de membrillo en los barrotes de la verja. José María y yo, temerosos de un atropello, intervenimos para convencer a la Policarpa Salavarrieta tica de que la obediencia era su mejor camino y lo logramos, no sin agotar razones y argucias.

El cabo volvió a su cuartel a paso de vencedor con remeneos de santo en procesión.

No se quedó individuo de tropa, cabo, sargento, oficial, coronel ni general a quienes, durante largos años y cada vez que se presentaba la oportunidad, no preguntase yo por la razón de aquella encarnizada defensa de la maldita banca; jamás se me dio una contestación satisfactoria; aquí está la lista de algunas de las respuestas:

—Es una consigna del servicio militar. Es orden superior.

—La disciplina militar no me permite divulgar esas cosas...

—Pregúntele al Comandante del Cuartel.

—Yo no prestó mis servicios en este cuartel.

Y los años se sucedieron unos a otros y la banca permanecía siempre libre de ocupantes, mañana, medio día, tarde y noche, y en mi ánimo crecía cada vez más poderosa la curiosidad, atosigadora, como mosca de verano; y temía la llegada del día de mi muerte sin haber podido resolver el enigma.

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Fue en los primeros días del mes de mayo de 1902. Acababa yo de ser nombrado Juez Militar Específico para levantar la sumaria contra los revolucionarios que el día 3 se habían insurreccionado en los cuarteles de Artillería y Principal para impedir la toma de posesión del Presidente electo. Mis funciones me daban libre acceso a cuarteles y prisiones y me autorizaba para hacer toda clase de preguntas y exigir respuestas.

No era posible que dejase pasar tan preciosa oportunidad:

Me encerré en su despacho con el Comandante del Cuartel Principal, hombre enérgico y a la vez muy complaciente.

—Coronel, le va a sorprender mi pregunta; pero le anticipo que es imprescindible que yo sepa de dónde proviene la consigna que por muchos años viene dándose a los centinelas de este cuartel para que impidan que las gentes se sienten en la banca que queda frente al portón, por el lado de adentro de la verja del Parque.

No lo sé, pero voy a hacer las averiguaciones y pronto le informaré.

Mucho habré de agradecersele; es de gran importancia, aunque parezca una cosa tan inocente y simple.

A los seis días justos, el coronel me notificó que el portador de su recado, iba a verme para darme la contestación deseada en el misterioso asunto de la banca.

Se presentó en mi oficina un viejecito cojo con uniforme de sargento.

—Pase adelante, sargento...

—Patrocinio Subiría, pa servir a usted; estoy di'alta en el Principal dende hace ya un chorro di'años, pero dende que me baliaron en una revolución de don Zenón Castro, cuando mataron al finao Ramón Brenes y qu'estuve a las puertas de la muerte, no me hacen hacer servicio ni fatiga y mi'andao encargo de limpiar y encalar y pintar y hacer mandaos y...

—Muy bien, Subiría, ¿y qué sabe usted de esa consigna acerca de la banca...?

—Ah, sí señor; en esa banca, cuando era Comandante del Principal el coronel don Pedro Ávila, él iba endespúes de la comida y se sentaba y se humaba su buen puro que yo se los mercaba onde una señora Morales enfrente del Carmen, y otras veces...

—Bueno, en cualquier parte...

—¡Dios libre! El coronel era muy disgustao p'al tabaco...

—¿Sí, pero qué fue lo de la banca?

—¡Ah!, pos ora verá; jue el coronel y vino y me dijo: —“Subiría”, ¿tenés un chingaste d'esa pintura con que pintaste la barandilla? —Sí señor, le dije. —“Ah, pos dale una buena mano a la banca onde yo me siento allí en el parque y decíle al cabo de la guardia de prevención que le diga a los

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

centinelas del portón que no dejen que nadie se siente en la banca, pa que no la despinten”. Yo jui y con un sobrillo de pintura jui y pinté la banca y le comuniqué la orden al cabo y así quedó la cosa; al coronel Ávila lo cambiaron p’Alafuela como a los dos días y se jue sin dar la contraorden...

—¿Y eso cuándo fue?

Jue el año en que murió don Tomás Guardia, que en paz descanse.

—¡Casi veinte años! ¿Y usted por qué no dijo nada al nuevo comandante...?

—¿Y yo pa qué m’iba a meter de cucharilla...? ¡La banca nu’es mía!

15 de abril de 1930

¡QUINCE A DIEZ...!

Al Lic. don Ricardo Jiménez O.

Llena, de bote en bote, estaba la Gallera Municipal establecida en una destartalada casucha de propiedad de doña Heliodora Brenes de Bolandi, a cincuenta varas al Oeste del Patio de las Diligencias que manejaban Pepe Feo y Pedro Manau, antiguo Cabildo Viejo.

Ese domingo iban a echarse peleas de copete: la del “Melcocho” de Aquiles Bonilla con el “Chile” de Napoleón Escalante, a puro pico; la del “Gallo-Gallina” del Manco Vargas contra el “Panameño” de Santiago Alvarado, pico y punzón; y la del “Gariteño” del Maestro Joaquín González con el “Talisayo” de Carlos Carrillo; veinte onzas iban en las puntas de las navajas de este par de pajaritos, navajas primorosamente fabricadas con acero de herradura vieja y expresamente por Cartín, el más renombrado navajero en toda Tiquicia. Especialmente esta última pelea del “Gariteño” y el “Talisayo”, ambos gallitos de no menos de cuatro alzos cada uno y de galleros respetados por su alta pericia y honorabilidad, traía los ánimos muy exaltados y los nervios tensos como cuerdas de violín; se corrían paradas gruesas y los bandos estaban listos para copar cuanto cayera.

Presidía el Juez de Gallera Juan Ulloa, el abogado Domingo Carranza, hombre de una probidad indiscutible. No había un asiento vacío ni en la galería ni en los corredores y pasillos.

Bien acomodados ya en sus puestos consuetudinarios estaban los asiduos parroquianos de la Gallera: allí estaba Chico Ulloa Mata, de Cartago; allí Pepe Durán, allí Juan Ulloa, el abogado, y Ramón González, el viejo; allí Eugenio Echandi y Manuel Borbón y Teófilo y el Panzón Zamora, del Mojón, y Juan Félix Fernández y Luquitas y Melis y Santiago Güell y Guadalupe Quesada y Casiano Trejos y Chico Vargas, el carnicero, y Santiago Millet y Fermín León, y el montón de Bonillas Juan Bautista, Aquiles, Solón, Adolfo, Recaredo y Manuel, y Jesús Coto y Zenón Castro y Jesús Salazar y Mariano Castro y Jacinto y José Quirós y algunos pollitos principiando a emplumar, como Ricardo Jiménez, Carlos Alvarado Carrillo y Chico Alvarado y los González Soto y los Salazar Guardia y José Aguilar, e Hilarión Aguirre, *et sic de céteris*, pues no todos acuden a mi memoria; y a más, gentes menudas de la Puebla y del Mojón y del Zapote y de

la Uruca y de San Juan y de Guadalupe y de Desamparados y de las Pavas, sin faltar algunos heredianos y alajueleños, unos con gallo, otros sin él, pero todos con el alma puesta en la cancha y con los bolsillos más o menos abultados por la plata blanca o por el bolsín de redecilla de pita o seda relleno de onzas, medias onzas, cuartas, escudos y libras de caballito.

La pelea del “Melcocho” y del “Chile” la ganó el “Melcocho” tras una retreta de patadas que dejaron al “Chile” exhausto hasta que clavó pico no sin que en su magnífica defensa el “Chilito” tuerteara al “Melcocho” y le arrancara a picotazos casi todo el pelado pescuezo.

Napoleón Escalante, elegantísimamente vestido, seguía en la cancha a los lidiadores con entusiasmo febril y cuando ambos gallos estuvieron casi agónicos, Aquiles, Napoleón y Domingo se echaron en la arena ensangrentada para observar mejor y sin errores, que pudieran dar margen a reclamos, cuál de los campeones clavaba primero el pico.

Siguió la pelea del “Gallo-Gallina” con el “Panameño”. Ambos se portaron como bravos, ambos hicieron prodigios de agilidad, de poderoso envite, de cautelosa defensa, de largo aguante. Domingo declaró la pelea “tablas” con grandísimo disgusto de los propietarios pero con harta satisfacción de los maseadores.

Y vino la gran pelea “Gariteño”-“Talisayo”; el Maestro Joaquín armó el suyo; al “Talisayo” lo armó don Cruz Alvarado, quien para esa faena era nonis. Carlos Carrillo casó las veinte onzas, en monedas de oro de las de India y Escudo, que puso en manos del Juez; el Maestro Joaquín iba en vaca con sus amigos Solón, Aquiles Bonilla y Pepe Durán. Se le pasó escoba a la cancha; golillaron en tres diferentes envites los echadores, desenvainaron las navajas y soltaron los rivales a no menos de tres varas uno de otro.

Mientras tales formalidades se efectuaban, la ola humana se desbordó; gritos de acá y de allá, apuestas cogidas al vuelo, señales con los dedos al aire contestadas con otras semejantes y sacudimientos de cabezas y de brazos; carreras por los pasillos, palmadas, tintineo de monedas; un barullo espantoso que llenaba el recinto y que iba a perderse a más de una cuadra de distancia por las solitarias calles vecinas.

—¡Pongo diez al “Talisayo”!— dijo Chico Ulloa Mata, haciendo retemblar el galerón con su voz de trueno.

—¡Pago!— contestó Fermín León.

—¡Sombrerón!, ¡hombre, sombrerón!— le gritaba un mojoneño al maestro Ulloa que estilaba un amplísimo sombrero de pita—, pongo veinte a quince, voy al “Gariteño” veinte a quince, ¡sombrerón...!

—¡Francisco Ulloa Mata me llamo, alma de cántaro!— tronó el aludido —cojo la parada, pero case: no me gustan de hocicón...

—Aquí está el real, viejo; y estas cuartas no son huérfanas, la familia es grande...

—¿Me copa dos pesos al “Talisayo”, don Men?

—No como hormigas, no quiero morir reventado.

—Es plata...

—¿Sí? ¡pues comprá quesadillas!

—¡Men, Meeeee, voy dos onzas al “Gariteño”!

—Apiáte, Cholo, y escúlcate a ver si tenés más...

—Manco, lleváme media onza en la parada.

—¡Voy solo, no llevo en ancas! _

—¡Cancha! ¡CAAAANCHHA!— gritaban los ponedores con Domingo Carranza, quien sacudía violentamente la campanilla para que despejaran la arena.

La algarabía que hiciera resonar el galerón durante quince largos minutos antes de la soltada, cesó como por encanto; todos los ojos estaban clavados en los picos y en las patas de los atletas; el “Gariteño” con timbre puro y argentino lanzó el canto de reto al que contestó “Talisayo” con no menos bazarría, y ambos fueron acercándose de costado, sin perderse un instante de vista, hasta que ya al alcance de picos, con las golillas casi tocándose, el “Talisayo” saltó como un resorte de acero con las patas pegadas al pecho; el “Gariteño” no hizo lo propio y en un tremendo tiro parado, en el aire, con la rapidez del rayo y con la certeza del floretista experto, martilló con ambas patas al contrario clavando la agudísima navaja, hasta los taloncillos en el corazón del “Talisayo”; ambos cayeron a la arena unidos por aquel tajo mortal; el “Talisayo”, al espirar, pataleó, sacudió la diestra armada y accidentalmente desjarretó al vencedor, inutilizándolo para futuros combates. Carlos Carrillo, dueño del vencido, no se inmutó siquiera, no dijo una sola palabra: era hombre que sabía perder y ganar como un perfecto caballero; el Maestro Joaquín recogió su “Gariteño” y allí mismo, con rara habilidad, procedió a curarlo y a ajustarle el jarrete maltrecho, recibiendo con modesto alborozo las felicitaciones de los gananciosos y con paciencia y sonrisas las puyas de los derrotados.

—Maestrito,—le dijo Zenón Castro—, veo con efusivo placer que su Coronelito se ha ganado las charreteras de General...

Así llamaban varios amigos de mi padre al “Gariteño” por su planta altanera, por su color negro azulado lustroso y por las plumillas de la rabadilla que brillaban con un metálico color de oro.

Yo llevaba más de dos meses cuidando al “Gariteño” bajo las precisas instrucciones de mi padre, el Maestro Joaquín. El trigo más gordo y limpio mezclado con maíz güesillo del más fino era cuanto le echaba en la escudilla; agua purísima y mucho sol y aire y baños y frotaciones de alcohol en los muslos y debajo de las alas; y trabilla de cuero suave y resistente ajustada sin dureza a la fina y escamosa canilla, y zapatillas de hueso lijada a conciencia y cuerda nueva, y dormidero limpiísimo y... nada de gallinas... ¡ni por pienso!

Y venían Solón y Aquiles y Fermín y Zenón y lo alzaban delicadamente en la palma de la mano y lo pesaban y a sus horas y en sus días de precepto lo topaban con otros batalladores de renombre que en el mismo corredor de mi casa se alistaban científicamente para el combate.

Cada uno de los visitantes me felicitaba por mis cuidados al campeón y me hacía especiales recomendaciones acompañadas de una peseta o de un cuatro para mí; esas propinas y el regalo de uno o dos pesos cuando cualquier gallo cuidado por mí salía triunfante, habían acumulado en mi alcancía una cuantiosa fortuna; veinticinco pesos seis reales, ¡tamaño pupucha!

Y donde Juan Hernández estaba de venta un velocípedo lindísimo por el que pedían treinta y cinco pesos y mi sueño dorado era convertirme en propietario de esa joya. Treinta y cinco pesos... ¡qué carachas, ahorita los junto!

Claro está que mi padre no me consentía que hiciera apuestas en la Gallera; pero a escondidas y con cierta maña, y por mano ajena, bien podría echar una mascadita arriesgando unos diez pesos a las patas del “Gariteño” y duplicarlos y... la tentación era irresistible.

—Don Solón, ¿podría perder el “Gariteño”?

—¡No le gana ni el gallo de San Pedro!

Después de misa de tropa en la que pedí muy fervorosamente a San Pedro que hiciera ganar al “Gariteño”, me fui derecho al fondo de mi baúl de alcanfor, saqué la alcancía, la forcé con un destornillador y extraje los diez pesitos en plata, dejando los reales restantes en su escondrijo. Casi me sorprende en mis tejes y manejes el “Niguas”, el cholillo que criaron donde mi tío Aquileo Echeverría, que en esos momentos entraba por el zaguán con un recado; cholo bandolero, más malo que el ganado barcino, pendenciero, tahúr y jaranero.

Y cuando la hora solemne llegó, me fui con mi tata a la Gallera llevando orgulloso al famosísimo “Gariteño”.

—¿Me deja quedarme aquí arrimado para ver la pelea?

—Bueno, pero no estorbe y cuidado con apostar.

—Sí... no, señor.

En el momento de mayor alharaca de los cruces de apuestas, oí una voz chillona que gritaba: “Quince a diez al “Talisayo”, ¿quién me coge? ¡quince a diez!

Tal era la confusión y el barullo que no alcancé a ver, quién era el gritón; supliqué a mi amigo Ramón González Soto que le cogiera la oferta y le entregué los diez pesos recomendándole la mayor reserva.

Pasada la pelea, Ramón me llamó aparte y con gran complacencia me entregó en pura plata blanca, ¡los veinticinco pesos!

—Muchísimas gracias...

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—Dáselas al “Niguas” de donde tu tío: él fue quien los perdió.

—¡Qué candela de a peseta le va alumbrar a San Pedro hoy mismo!

Cuando llegué a casa, henchido de alborozo, corrí al escondite para reunir mis haberes...

¡No había en la cajilla ni un centavo partido por la mitad...!

—¡Dolores! ¡Lola...! ¿Vos sabés quién entró a este cuarto desde que yo me fui para la Gallera a llevar el “Gariteño”?

—Sólo yo, cuando arreglé las camas... ¡ah!, también entró el “Niguas” a buscar un serrucho que mandó a pedir prestado don Aquileo... ¿qué fue?

—¡No, nada...!

3 de setiembre de 1930

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

¿QUE HORA ES?

A Felipe J. Alvarado

Allá por los últimos días del mes de marzo de 1895 un grupo de hombres silenciosos, sumamente cautelosos pero muy rápidos en sus movimientos, obedeciendo órdenes cortas y terminantes de “Felipe”, joven costarricense sumamente enérgico, quien entonces era el agente comisionista más respetado y más influyente en Puerto Limón, en la costa del Mar Caribe, estaba cargando en el “Adirondack” uno de los viejos vapores de la Línea Atlas, un regular número de cajas, unas largas y angostas y otras cuadradas y pequeñas, que se suponía contuviesen tubería y accesorios para cañería, debidamente marcadas y numeradas y con destino a una casa de comercio en Nueva York. La faena se efectuaba sin despertar sospecha alguna de parte de peones cargadores y empleados del muelle ocupados en sus faenas ordinarias.

Entre las tres y cuatro de la mañana del día siguiente el mismo “Felipe” conducía cautelosamente a otro grupo de hombres compuesto del famoso general Antonio Maceo, alto, hercúleo, de tez muy morena, de su hermano José, de Flor Crombet, otro bien conocido militar revolucionario, y de un puñado de jóvenes cubanos y costarricenses, quienes iban a correr una gran aventura con el General, en Cuba, “la Perla de las Antillas”, que estaba entonces luchando heroicamente por su independencia. Todos entraron al vapor sin ser vistos por testigos inoportunos.

La noche anterior, en la ciudad de San José, la bella capital de Costa Rica, una locomotora que no daba señales de estar lista para emprender la marcha, con su tender y dos o tres carros de cajón, formaban un pequeño tren que estaba estacionado en el espolón de la vía destinado al servicio del molino harinero “Victoria”. Era alrededor de las diez de la noche. En pequeños grupos de no más de cuatro individuos fue llegando una veintena de personas que se iban embarcando con sigilo en los carros; entre los poquísimos que fueron a despedirlos estaba quien esta relación escribe, bien conocido por su sincero amor por la libertad de la Isla y por su íntima amistad personal con el Jefe de la expedición.

Urgía despachar la cosa rápidamente y con perfecto sigilo, y así se hizo. En los momentos en que el General se: despedía de mí, me dijo:

—¿Qué hora es?

Saqué mi relojito de acero con esfera negra y manecillas y números romanos fosforescentes que él conocía bien.

—¿Sabe que ese relojito sería muy útil para mí que tendré pronto que andar en la manigua en donde es muy peligroso encender luz alguna? ¿Quiere que cambiemos por el mío que es de plata y marcha bien, pero que no es práctico para campaña?

—Con mucho gusto, General.

Los cambiamos y al entregarme el suyo dijo:

—Muchas gracias, mi amigo; si la revolución triunfa, ya se lo cambiaré por algo mejor; si no será porque habré muerto y usted lo conservará como un recuerdo mío. —Dijo, y me entregó su humilde reloj de plata, fabricado en los Estados Unidos y en cuya tapa estaba grabado su nombre.

El puñado de héroes se alejó pausadamente y el grupo de amigos se dispersó tomando diferentes caminos para no llamar la atención de los numerosos espías que desde hacía largo tiempo venían vigilando los movimientos del General, y entre los cuales había algunos dispuestos hasta a matarlo para impedirle la realización de su empresa.

¿Cómo pudo burlar esa vigilancia? ¿Cómo logró escapar a la implacable persecución de sus enemigos? Dígalos Dios, el Dios de los oprimidos, el Dios de los héroes, el que salvó a David de la espada de Goliath y a Daniel de las garras de los leones, y díganlo, como prueba, algunos de los incidentes en los que fui actor y testigo, los que algún día habré de referir y que siempre consideré como providenciales. Uno de ellos se recuerda aún en San José: fue la noche en que el General se vio en la imprescindible necesidad de herir mortalmente a Isidro Incera, uno de sus asaltantes, en un ataque a la salida del Teatro de Variedades y del que resultó el General con un balazo en un muslo. Pero muy pocas personas están al tanto del que voy a referir y que tiene sus ribetes de comedia.

La fecha fijada para la salida de la expedición de Costa Rica para la gran aventura, estaba muy cercana. La congojosa situación de las fuerzas revolucionarias exigía la pronta llegada a Cuba del caudillo que con su sola presencia levantaría en armas a todos los patriotas de color; por consiguiente, la vigilancia en Costa Rica se hacía cada vez más severa por parte de los que, a todo trance, trataban de evitar la salida del general Maceo. Este me visitaba con frecuencia: permanecía largas horas en mi casa consultando mapas y papeles del Archivo del Ejército Libertador de la Gran Revolución del 68 dejados por mi suegro, el General don Manuel de Quesada y Loinaz, quien fue Mayor General de ese ejército; y con harta frecuencia salíamos juntos de mi casa a diferentes horas del día y de la noche.

Así las cosas, cierto día llegó a mi despacho un nuevo cliente que mi amigo Eduardo Beeche me recomendaba desde Limón para que le arreglara un reclamo por unos cultivos de bananos en la región de Santa Clara, en el valle del Atlántico. Cuando el visitante se presentó en mi despacho, creía que se me daba una broma inocente, porque a quien vi delante de mí, hablando dialecto inglés jamaicano y tendiéndome la carta de presentación, fue al General, pobremente vestido y descuidado en el característico pulcrísimo afeitado de su persona e indumentaria: alto, de anchas espaldas, de aire y apostura varoniles, de mirada dulce y expresiva pero firme, y hasta con aquella voz de timbre un tanto apagado aunque de grata vibración y resonancia.

—Me explico el disfraz, mi General, pero si he de ser franco, lo van a reconocer hasta los ciegos...

—No Spanish, sir; only English. Excuse me...

Fue entonces que noté ciertas diferencias que a primera ojeada se me habían escapado: la cara menos ovalada y menos regular, la nariz un poco más achatada, las manos sumamente toscas y descuidadas, el cabello enmarañado y pidiendo a gritos los auxilios del peluquero, etc.

Hablé con el visitante en mi mejor inglés de Ollendorff y me enteró del motivo de su visita; mientras él me hacía la relación de su queja acudió a mi mente una idea luminosísima, una verdadera inspiración: usar a Mr. Robert Francis, de Puerto Antonio, Jamaica, nombre y particulares del visitante, como contrafigura del General para despistar a los vigilantes de éste. ¡Magnífico!

Hablé a mi hombre de mi proyecto, calmé sus temores, le hice halagadoras promesas, lo hice darse cuenta del importante concurso suyo en la noblísima empresa de libertar a Cuba de sus opresores y logré que aceptara; lo instalé en el, altílo o desván de mi casa, bastante confortable que me servía de biblioteca.

Esa misma noche hice ver mi hombre al General y a unos pocos de sus íntimos y, en franca combinación con Francis, muy satisfecho ya del importante papel que habría de desempeñar, dos días después vestido con ropas del General, retocado, acicalado y pulido y convenientemente ensayado, en compañía de amigos del General, paseaba por las calles, parques y cafés de San José, representando a las mil maravillas al glorioso jefe revolucionario, aunque casi siempre silencioso.

En los precisos momentos en que el General y sus compañeros se metían en los carros de cajón para ser conducidos al puerto de donde zarparían para su glorioso destino, el otro, el falsificado, pulcramente vestido, luciendo finísimo sombrero de Jipijapa, calzado con flamantes zapatos de charol y blandiendo elegante caña de Malaca, se contoneaba en medio de un grupo de admiradores, recorriendo las enarenadas callejuelas del Parque Central, deleitándose con los acordes de la Banda Militar y, naturalmente observado de cerca y de lejos por varias docenas de pares de ojos de los encargados de no perder de vista al "original".

Y todo ese cúmulo de afortunados y providenciales episodios y coincidencias, los que prometo referir en no lejano día, ¿de qué sirvieron?

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Nada pudo todo ello contra la implacable mano del destino que sobre el héroe descargó su golpe mortal en la madrugada del 7 de diciembre de 1896, en las inmediaciones de Punta Brava, a las puertas de la Habana, cuando ya parecía que la Victoria tendía su diestra para coronarlo de laureles valientemente conquistados, en vez de lo cual, la Gloria coronó de encino al denodado patriota, al genio militar nacido para jefe de hombres, idolatrado por sus compañeros de lucha y admirado por todos los que aman al valor y la devoción a la patria.

No sé qué sería después del “doble” del General. Probablemente vivió largos años envanecido de parecerse tanto al héroe y de haber contribuido con su grano de arena a la causa de la libertad de la isla hermana, y habrá pasado a mejor vida, sino gloriosamente como su imitado, al menos con la sonrisa del deber cumplido, en los cárdenos labios.

El humilde reloj de plata que el General no pudo “cambiar por algo mejor” y que yo no trocaría por otro de metal precioso incrustado de diamantes, sigue aún en mi bolsillo después de haber marcado las horas de los triunfos y reveses de su antiguo dueño, como las marcara durante muchos años de la Magna Guerra que inició el Grito de Yara y terminó con el humillante Tratado del Zanjón; y como marcara el luctuoso instante en que el coloso, herido de muerte, se desplomó sobre el idolatrado regazo de la patria.

Muy hondas impresiones vibran en mi mente cada vez que con religioso recogimiento contemplo ese reloj; pero ninguna como la que me causa la lectura de un nombre que el inmortal “mambí” marcó en la tapa interior, con la punta de su puñal revolucionario, a la débil claridad del fogón de campaña. Ese nombre, el más dulce que pronuncian labios humanos, es todo un poema, es el idilio del león acosado en la áspera sierra, soñando con el tibio cubil; es el ansia viva del patriota enamorado que experimenta las añoranzas del hogar incendiado y que, con el alma, vuela, hacia la tierra hospitalaria en donde por él gime y por él reza su MARÍA, la idolatrada compañera de sus congojas y de sus triunfos.

New York, septiembre de 1930

EL TREN DE LAS DOS

Talao Chaverri y Esmeregildo Chavarría, viejos de barbilla de barboquejo y ceja poblada y enmarañada, fueron por largos años condueños y colaboradores de una no muy amplia pero fértil tierra de milpa, frijolar y huerta de ayotes de pellejillo que habían heredado, pal cólera, es decir allá por el año 1858, de un su tío que murió intestao en la columna que al mando del General Blanco limpió de filibusteros el río San Juan. Llamábase el causante Ufrasio Echeverría, pero la divergencia de opiniones con respecto a la forma castiza de pronunciar el apellido, hizo que el uno adoptara el de Chaverri y el otro el de Chavarría, sin que faltaran amigos que los indujeran a escoger otros entre la colección de apelativos que en las Provincias Vazcongadas se han formado con las dos raíces.

El caso es que Chaverri y Chavarría, que por más de cuarenta años no habían sabido lo que era el más mínimo desacuerdo, lo tuvieron, y gordo, por no sé qué causa; pero lo tuvieron y estuvieron sin cruzar palabra entre ellos por casi una semana, hasta que, empujados por los buenos consejos del cura del pueblecito vecino, constituido en el árbitro arbitrador y amigable componedor, se convencieron de que, para cortar de raíz toda probabilidad de vivir como perro y gato los últimos años de sus existencias, lo mejor sería vender los terrones y mercar solarcillo en el pueblo y pasar el resto de su vida en honesto y bien ganado solaz. Y vendieron bien y mercaron a gusto y, ya instalados en la nueva morada, resolvieron darse el gran gustazo de ir a la capital a conocer las novedades que en ella de seguro encontrarían, puesto que desde la edad de nueve y siete años, respectivamente, cuando los llevó la tía Petronila pa unas fiestas, ¡diónde que habían vuelto a vela!

Con indumentaria nueva, caites nuevos y alforjas de pita en las que lucían los colores de la bandera nacional, repletas de gustosa comedera y provistos de sendas cobijas coloradas, una madrugada de abril emprendieron el viaje llevando cada uno su mochilita con no menos de diez pesos en plata blanca y dispuestos a no escatimar los centavillos en proporcionarse la satisfacción de cuantos gustos se les antojaran.

Y a eso de las once y media de la mañana, después de siete largas horas de volar caite, asomaron a la boca de la Sabana en el punto y hora en que las autoridades y pueblo de media Costa Rica inauguraban el servicio público del Ferrocarril al Pacífico hasta la ribera oriental del Río Grande.

La escena que se desplegó ante sus ojos los llenó de asombro: allí estaban el Presidente don Rafael Iglesias, y su Gabinete y sus generales y oficiales, y la Banda Militar y un chorro de soldados y policías y señores de leva y sombrero de pelo y montones de gentes de todas las clases sociales, a pie, a caballo, en carruajes y hasta en carretas enguinaldadas y embanderadas; y de aquel rebaño humano se levantaba una tremenda algarabía que ahogaba los acordes de la música marcial y las voces de manda de los oficiales. De pronto, nuestros embobados paseantes oyeron un tremendo alarido y vieron venir hacia la multitud, por sobre dos larguísimas fajas de hierro, un animal negro echando humo, haciendo un ruidal como de cosa mala, adornado con flores y banderas, y al que los espectadores aclamaban vociferando: “¡Ahí viene la María Cecilia!”

Pregunta acá, pregunta allá, supieron pronto de qué se trataba y terminada la ceremonia, a la zaga del gentío entraron en la ciudad íntimamente regocijados de haber sido testigos oculares del notable acontecimiento y de poder referir a sus conterráneos, a su vuelta, de cómo habían conocido a don Rafael, de cómo éste se había dignado estrecharles la mano, de cómo le oyeron el sermón que echó encaramado sobre un tablado erigido enfrente de la locomotora, de cómo ésta es qu’era sobrina de don Rafael y era viva y echaba chispas y humo y gritaba tan fuerte que se podían oír los gritos a tres leguas de distancia y de cómo habían visto al general Arias y al general Carazo y un puño de otros melitares y la banda y una manada de diputaos y al Gobernador Montealegre y al Obispo Til y a los padres y a éste y a aquél y a tuiticos...

Y, es claro, tras del gentío se colaron en la capital pasando por la espaciosa calle de la Sabana y admirando asombrados cuanto les iba hiriendo las abiertas pupilas. Y principió el gasto de los reales sin tasa ni medida: pa eso habían venío.

Bien informados por buen baquiano a quien convidaron, se echaron entre pecho y espalda un mistadito de guaro con sirope de vainilla, gotas y mermú que les supo a gloria y que los puso a tono para continuar la juerga; el caritativo guía los condujo a la fonda de Berrocal que ostentaba el llamativo rótulo de “Segundo Impulso de Joaquín Berrocal Mondongo Perenne y Café en Hervereo”, en donde por la miserable suma de quince centavos les sirvieron un hondo plato de mondongo con papas y chiles dulces, un huloso bollo de pan francés y una taza de café de tercerilla, y por un diez más les aflojaron una raquílica copilla de helados de leche que, según opinión de los “eches y verrías” era la cosa más cospis que en su vida habían probado. Satisfecho el apetito, por consejo del baquiano, que desde que se apercibió de que el par de viejos vagabundos eran conchos ignorantes, no se les volvió a separar ni a sol ni a sombra, dejaron las alforjas y las cobijas a “guardar” en la “pieza” de una prima que vivía en el Chinchorro de Roig, persona de toda confianza y muy honrada que ostentaba dos parches de carmín en las amarillentas mejillas, clavel disciplinao en el cintillo del escaso pelo, dos lucientes dientes de oro en la mandíbula superior y que era de túnico y calzada, lo que no dejaba duda alguna de que las prendas en ella depositadas quedaban más seguras que en manos del Fefe de la Polecía, como les aseveró “Churuco” que era el pintoresco alias del acusioso primo.

—¡Y ahora, a ver la suidá!

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Y Churuco los llevó a conocer el Tiatro Nacional y les hizo saber que los dos santos que ellos admiraron en las hornacinas de la entrada no eran santos sino “estatuas” y que, junto con las otras que se veían en la portada, representaban a las cinco repúblicas de Centro América. Y los llevó a ver la casa onde vivía don Rafel y la Catedral y el Palacio del Obispo Til y el Palacio de los Diputaos en donde pudieron contemplar los retratos de tuiticos los Presidentes dende el de don Fuan Mora hasta el de don Rafel, y allí estaban los de Carrillo y don Fuanito y don Tomás Guardia y don Bernardo, y don José Rodríguez y el Dautor Castro. Y los llevó a ver la Comandancia de Plaza onde mandaba don Nicho, y la Artillería y el Prencipal, y luego vieron al Parque Morazán y la estatua de don Próspero. Llegados al Parque Nacional se extasiaron contemplando el Monumento de la Guerra Nacional.

—Hombré, Churuco, ¿por qué va ese calzonudo juyendo de esas cinco mechudas?— preguntó Talao —¿qué jue la cosa?

No, Chiverre, es que va zafando porque se metió en Nicaragua a cogerse el mandao y entonces se le botaron encima las otras hermanas y le dieron la gran apaleada. Esa que va adelante es Costa Rica.

—Pos lo que yo, biera juyido también,— observó Esmeregildo —si esto es con una sola se ve uno a palitos, contimás con cinco...

—¡Pa la jurisca!

Regresaron por la Cuesta de Moras y ya casi arrastrando de fatiga y un tanto jumaos por las repetidas libaciones en cuanta taquilla los iba metiendo el ladino Churuco, dieron con sus molidos cuerpos en el gallinero del Tiatro de Variedades y formaron parte del respetable público que presenciaba la representación del matiné ejecutada por una Compañía de Aficionados que a nuestro par de viejos les parecieron insignes artistas cómicos y de cuyas payasadas rieron a mandíbula batiente. Churuco ocupaba puesto en medio de las Chiverres como él los apellidaba y les explicaba cada escena y cada chiste con grandes aspavientos y estrujones.

Salieron de la comedia a eso de la seis de la tarde, se echaron otro mistadito en la taquilla de Mongito, con el cual ya sumaban como veinte tragos y fueron a aplacar el hambre al restaurante de Caraciola en el que por una peseta se arrempujaron una buena sopa de fideos de cuerda, un gordo güeso de cabeza de costilla, un chayote, una papa tamaña, un plátano verde, un picadillo de vainicas, arroz criollo, dulce de ayote, un bollo de pan y un jarro de café, todo servido en loza de china con cuchara, cuchillo y tenedor, con poquísimas moscas y hormigas agrias y con agua del tubo en cristales de vidrio agua que apenas probaron, pues, obedeciendo a las acertadas indicaciones de Churuco la sustituyeron con espumosa chicha de guayacán y maíz negro que era una delicia; y como exclamó Talao: “poco pero bueno y cueste lo que cueste, que pa eso son los riales”.

En el delicado momento de arreglar la cuenta, Talao echó de menos su mochilita que no apareció ni viva ni muerta, ni la tenía Churuco quien para probar su intachable honradez, los instaba a esculcarlo y se sacaba una a una todos los forros de los bolsillos del vestido chinilla que ostentaba y hasta se desabrochó chaleco y pantalones para mayor evidencia.

—A saber si la dejé quer en el tiatro gu onde Mongito...— decía Talao.

—Haberá sido en el tiatro porque yo jui el que pagó onde Mongito— aseguraba Esmeregildo.

—¡Hombré, qué vaina!— exclamó Talao —y nuavía más menos de siete pesos en puro menudo...
¿Cuánto te queda a vos?

—Echá pa ver...— Y contando los reales en la mochila de Esmeregildo resultaron sumar cuatro con seis, con asombro de ambos, pues de esa mochila casi no habían hecho uso en sus excursiones.

Resolvieron, pues, pasar la juerga, recoger las alforjas y cobijas y volverse “con la luna” al lejano pueblo.

Churuco les aconsejó que siendo tan tarde, mejor sería que acortaran el camino yéndose por el tren del Pacífico, que apenas costaba seis reales para cada uno; bajarse en San Antonio de Belén y de allí, por la cruzada del Puente de las Mulas, prontico estarían en el camino real de Santa Ana, a poca distancia de Piedades, en donde vivían.

—Así se dan ese gusto más de andar en tren, que nunca han andao y van descansaos y llegan frescos,— les insinuaba Churuco.

—¿Y cómo hacemos pa conseguir que nos dejen pasar?

—Yo puedo ir en un momentico a traerles los pases y allí mismo en donde esta mañana vieron el Presidente, en la Sabana pueden coger el tren.

—¿Hombré, y nuabrá peligro?— inquirió Talao.

—Más seguro que el propio camino real, ¡no sean bayuncos!

—Ah pos así nos iremos; un gusto más aunque nos cueste doce riales— dijeron a coro los Chiverres y le contaron la plata al servicial Churuco quien se fue a comprar los pases, no sin haberse antes enterado de que no conocían ni la “O” por redondo.

—¡Hombré, Talao, qué muchacho tan güeno este Churuco, perdiendo todo su día de trabajo por acompañanos y divertinos; hombré ni un deudo, viera sido más servicial...!

—No, si es que de veras, en San José son nonis pa’ ayudar a los cristianos inorantes; ya lu’abía oyido decir...

Y a poco apareció Churuco con un par de cartoncillos azules en que nítidamente impreso, se ostentaba un sello de caucho que en tinta morada decía: SOMBRERERIA DE MODAS, SAN JOSÉ, COSTA RICA.

—No los vayan a perder, porque sin estos pases no pueden andar en el tren,— les dijo Churuco agregando: —Por ser hoy día de la inauguración costaron un diez más, pero yo lo pagué y no se los cobro como recuerdo del gusto qué he tenido en conocerlos.

—Pos vamos ora por los chunches, y ¡al camino!

Al llegar a la esquina de la cervecería de Richmond, a media cuadra de la vivienda de la guardiana fiel de los chunches, Churuco se separó un momentico pa ir a comprar un macito de cigarrillos, mientras los Chiverres iban donde la prima a recoger sus prendas.

Tocaron en la puerta que les pareció haber visto en la mañana; allí no era, allí vivía una muchachota morena, la que casi desnuda, los recibió con el palo de la escoba; en otra puerta les abrió una vieja desdentada y regañona que los insultó y les mentó la mama por andar socaos haciendo descándalo; la otra puerta estaba guardada no menos que por un polecía que les echó un gran sermón y los amenazó con carreteárselos a la vecina cárcel si seguían fregando a los vecinos.

—Vea es que aquí en una d'estas piezas dejamos a guardar esta mañana las alforjas y las cobijas y...

—Ya les dije que se retiraran y no se los volveré a decir; váyanse a su camino, viejos vagabundos, si no quieren dormir en el pulguero y aflojar cinco con seis de multa...

—¿Y las alforjas y las cobijas?... cobijas nuevas de a doce pesos y alforjas de cabuya con la bandera...

—Si no se zafan con el ya, toco el pito y van a dar al hespital con la cabeza rajada.

Pues, a buscar a Churuco que debía estar en la esquina esperando. Pero muy probablemente Churuco se había cansado de la larga espera y no parecía por ninguna parte: por lo cual, después de maduras reflexiones los Chiverres decidieron a cargar a ganancias y pérdidas las cobijas y las alforjas y echaron cuesta abajo y cuesta arriba para la Sabana a fin de irse en el tren del Pacífico. Allí estaba aún, casi desmantelado, el tablado desde donde don Rafael había arengado al público en la mañana de ese día y como no había alma viviente que pudiera guiarlos, cada uno con el cartoncillo azul en la mano, es decir con los respectivos pases que Churuco les había obtenido tan servicialmente, se fueron por el “tren del Pacífico” a eso de las nueve de la noche, llegando a San Antonio a eso de las dos de la mañana del día siguiente; de allí zafaron por la vereda que conduce al Puente de las Mulas y unas tres horas después, casi desfallecidos, llegaron por fin a su casita en el barrio de Piedades, echándose en seguida con todo y ropa en sus correspondientes cujas, de las que no se levantaron sino muchas horas más tarde.

Cuando estaban a la vera del molendero vaciando las anchas escudillas de sustancioso caldo que la comadre Trenidá les había preparado y contaban a ésta las maravillosas aventuras del día anterior, dijo Esmeregildo a Talao:

—¡Hombré, lo perdío por perdío y que Dios se lo bendiga a los que se lo haigan encontrao u se lo haigan apropiado, pero la verdá es que pa eso es la plata y nos divertimos mucho; l'único que no me gustó fue el viaje en el tren...!

Ni a yo —dijo Talao—; pa mí que andar en tren, por más que digan, lo jáyo lo más mismamente qui'andar a pie y hasta más a pior, por la piedra quebrada suelta del camino y tener que caminar de palo en palo...

Washington, 1º de junio de 1933

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

TAPICERÍA FINA

No sé exactamente desde cuándo data la Procesión del Dulce Nombre que ha sido varias veces causa de grandes controversias entre los devotos y la Gobernación de San José, aquéllos manteniendo el derecho del pueblo religioso para sacar por las calles la Divina Efigie del Niño Dios y ésta oponiéndose esporádicamente a que se interrumpa el tránsito y se armen alborotos en los arrabales de la ciudad con pretexto de devoción. El caso es que, desde que yo ya alcanzaba a pararme en las dos y mantenerme tiesecito, fui testigo presencial de la anual ceremonia. Entiendo que la inventó una corazonada de los angustiados “güechos” a raíz de la tremenda peste del cólera que se llevó de encuentro un tercio de los pobladores de la Villa Nueva del Murciélagos en 1856, importada por las tropas que regresaron de Nicaragua al final de la primera etapa de nuestra gloriosa Guerra Nacional.

Y se ofreció ese solemne homenaje al Dulce Nombre de Jesús para que nos librara en lo sucesivo de flagelo semejante; nos cogió la palabra la Divina Criatura, pues el cólera nunca más nos ha visitado.

Salía la Procesión de la Iglesia del Carmen, bien de mañanita, echaba calle abajo hasta El Balletero, cruzaba hacia el Oeste hasta el Paso de la Vaca, recorría de Norte a Sur hasta la Puebla, volvía cara al Este hasta el Laberinto y de allí al Norte por la calle del Vapor hasta topar con la casa de los Jones, cerca de la Laguna, cruzaba al Oeste hasta donde los Johannings y volviendo a la izquierda regresaba a su templo. En cada altarcito, por humilde que fuese, allí reposaba la graciosa imagen, se le entonaban los cánticos especialmente inventados para esa fiesta y “eche palante”, al otro altar o mesa. Así resultaba que, saliendo tan temprano de la mañana, la procesión duraba todo el día y casi entrada la noche, terminaba.

Cosa bien significativa era de observar, que no obstante la elevadísima jerarquía del Santo, los acompañantes, músicos, cantores y portadores de las andas, los devotos mantenedores de altares y costeadores de pólvora y sahumeros, eran de la clase más humilde, del pueblo bajo, de la plebe; “orilleros”, como entonces se les apellidaba. Rara vez un pañolón de burato, una mantilla de encaje, una levita traslapada o un cuello parado, eran indumentarias que adornaran a los procesionarios. Sin embargo, aunque pocos, no dejaban de verse señoras y caballeros muy distinguidos, quienes

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

no vacilaban en formar parte de la procesión codeándose con la gentuza que constituía el grueso de ella. Vienen a mi memoria los nombres de una buena docena, señalándose entre ellos el de el Doctor don Nicolás Gallegos, Secretario de la Corte Suprema de Justicia y Profesor de Filosofía de la Universidad de Santo Tomás, quien al despedirse de esta vida llevó consigo el respeto, el cariño y la veneración de cuantos tuvimos el alto honor de conocerlo.

Los músicos: violín, viola y violoncelo, eran siempre los mismos, artistas “colados”, es decir, vitalicios, pues solamente en casos de grave enfermedad o de muerte, abandonaban sus arcos en manos de sustitutos. Ñor Eduardo González, “el Tuerto Biscocho” Benjamín Jiménez y Ñor Juan Salazar, respectivamente, “ejecutaban” en ese terceto de sagradas armonías. Y tenían el doble mérito de que, a más de rascar las de tripa y entorchado, daban voces, es decir, cantaban las alabanzas al Santo, con gran unción, fervorosamente, con trémulos y gorgoritos, especialmente los del Tuerto, que en eso de modular y de dar expresión sentimental a los “motetes”, era simplemente “nonis”. Ciertamente, la vida más azarosa que aquejaba a los del terceto, la influencia del clima húmedo del Valle y, tal vez, el dañoso efecto que en sus cuerdas vocales producían las abundantes libaciones del guarito de 22 grados que “muy de cuando en cuando” servía de refresco a sus privilegiadas gargantas, contribuían de manera desastrosa a dar a las voces un timbre bien marcado de caña rajada o de bisagra herrumbrada, especialmente a la del tenor González, el Tuerto. Pero indudablemente, si los “solos” de éste se resentían de ese trémulo, el conjunto de las tres voces, resultaba estridente, como si fuese producto de un enjambre de chicharras. Por fortuna, tanto el violín, como la viola y el violoncelo, rascados a conciencia, con escasez de pez rubia y abundancia de rajaduras, emitían sonidos tales que las vibraciones del canto quedaban ahogados entre las ondas de chillidos equiparables a los de marrano prisionero entre las pencas de una cerca de “tunas” y “porosos”. Y, sin embargo, aquello era música, era armonía imitativa, era sentimiento y salía costando a los fieles la no despreciable suma de no menos de treinta pesos que de óbolo en óbolo recogía de antemano el incansable primer tenor-violín en su carácter de Promotor-Recaudador-Encargado General y Tesorero de la Cofradía.

Los altares o “mesas” en los que sin excepción, debía asentarse la Divina Efigie durante la larga procesión, eran fiel trasunto de los posibles de las personas que los aderezaban. Los había suntuosos, ricos, abundantes de cristalería y argentería, pebeteros de incienso, flores finas, alfombras y cortinajes, pocos, contadísimos, contadísimos; los había modestos, con mantel de lino bordado, candeleros de porcelana, floreros atestados de rosas, lirios y jazmines y alfombrita raída para la genuflección del sacerdote; y los más, por centenares, pobrísimos, humildes, mezquinos: una mesita de pino con servilleta de algodón labrado, dos candeleros de cobre con sus velas de cera y unas cuantas latas de tiestos con almácigo de maíz, trigo y linaza, con una que otra matita de yerbabuena y albahaca, y un par de escudillas de barro con brasas encendidas sobre las cuales, a la llegada de la Imagen, se espolvoreaba “dulce raspado” que al quemarse producía una imitación no despreciable del de la mirra o del incienso. Y, como regla sin excepción, de ritual, de obligación ineludible cada puerta y cada ventana en todas las casas del tránsito, debían adornarse, ya con tapices, ya con colgaduras, ya con cortinas.

Continuaré mi verídica historia pidiendo perdón a mis lectores por verme forzado a usar nombres ficticios, pues aunque los protagonistas hayan desaparecido, quedan aún numerosos descendientes a quienes lastimaría el relato del incidente, aun cuando si picante es, no tuvo nada de deshonoroso.

Casi en la esquina Sudeste de las calles de la Laguna y de la Presa, habitaba la muy distinguida familia, de rancio abolengo alajueleño—cartaginés, compuesta entonces del matrimonio y de dos hijas cada una de las cuales era un “brazo de mar”, guapas y recatadas; ese día, la madre y sus dos pimpollos habían salido de visita dejando a don Melquíades de Jesús en tranquila posesión del domicilio.

Don Melquíades era hombre de poquísimas pulgas y de escasas palabras, aunque muy vibrantes y de indudable contundencia. Al oír estruendo cercano de bombetas y cohetes, llamó al “concertado” que lo acompañaba.

—¡Terencio...! ¡Anda asomate a ver qué pendejada son esas bombas!

Es la “prosección” del Dulce Nombre qui’and ajuera y ya viene cruzando por onde los Yones... Y ora que lu’echo de ver, la puerta y las ventanas nu’están adornadas y la gente va a criticar...

—¡Ah, cara... cho! ¡Yo con qué demonios voy a adornar...! Cogé la colcha grande de mi cama, la amarilla con flores azules y clavála en la puerta, con gracia; sacá dos alfombrillas y echálas en los antepechos de las dos ventanas, bien sacudidas... ¿Vos no sabés dónde guarda Emeteria las cortinas?

Ella le dio dos partes a ña Benedicta pa que las lavara y quedó de trelas ayer, pero nu’a pareció con ellas...

—¡Vieja puñ... o etierra! ¡Hay que buscar en los armarios y en las gavetas de las cómodas...! ¡Date ligero... pelmas!

Y amo y criado se dieron a la busca con febril empeño. De pronto don Melquíades lanzó una exclamación de triunfo que resonó en toda la casa.

—¡Aquí están las condenadas cortinas...! Echá acá los clavos y el martillo y ayudáme con la escalera.

Don Melquíades encaramado en la escalera, por el lado de la calle, majón más o menos y ajos más o menos, clavó las cortinas en lo alto de las dos ventanas, y con tiento y ojo de artista, que nadie le hubiera concedido, las sujetó a los costados con sendas cintas de vivos colores.

A la acera del frente fuéronse amo y fámulo a juzgar del efecto de la ornamentación... El golpe de vista era magnífico; la puerta ostentaba muy ventajosamente la colcha, primorosamente amarrada al centro con una banda carmesí con flecos negros; las alfombrillas caían sobre los pretiles como un par de cascadas de flores y arabescos de todos los límites del arco iris; y las ventanas... ¡ah!... las ventanas parecían orgullosas, de lucir las flamantísimas y coquetonas colgaduras de lienzo blanquísimo que en lo alto mostraban una sencilla pero resistente hiladilla blanca y que en la parte baja y en más de dos palmos de anchura, estaban recamadas de encajes superpuestos, desde uno angostito de hojillas menudas hasta el inferior, de cuatro dedos de ancho con rosas y hojas que

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

parecían tejidas por una araña... Y no eran como las cortinas ordinarias, sencillas, es decir, de una sola tela; no señor, eran de doble tela, amplias arriba, más angostas abajo, partidas en el frente y medio, como para facilitar mejor su colocación en forma de V invertida... ¡Soñadas!

Y no hubo un solo acompañante de la procesión que no las contemplara embelesado; que no cuchicheara con sus vecinos y, arrebatado por la envidia, seguramente, que no soltara una carcajada que no se avenía con la solemnidad de la fiesta religiosa...

Doña Emeteria y sus dos pimpollos llegaron a la casa en cuanto la procesión se había desprendido del altar de la esquina.

Mucho le sorprendió que don Melquíades hubiera atendido a la ornamentación de puerta y ventanas, y aunque el conjunto le pareció un tanto charro, iba ya a complimentar al artista, cuando observó más de cerca los detalles... ¡Ave María Purísima...! ¡Qué gran vergüenza...!

Más habría tardado un rayo. De cuatro fuertes tirones desprendió las cortinas de las ventanas con grandísimo daño de blondas y cintas y entró como una tromba al tranquilo hogar, casi ahogada por los sollozos y las lamentaciones.

Algo debió escuchar don Melquíades que le diera el hilo de la maraña porque a poco se le vio salir disparado por la puerta encolchada y esa misma tarde llegó a Alajuela de donde no regresó a la Villa Nueva sino varias semanas después.

La Procesión anual del Dulce Nombre de Jesús siguió celebrándose con iguales ceremonias; otros músicos y cantores han sustituido a González, Jiménez y Salazar; jamás han faltado altares, incienso y dulce raspado, bombetas y cohetes y mesas humildes; sólo dos cosas no se han visto más en la Villa Nueva, la pretenciosa ciudad de San José, capital de Costa Rica: ni el Cólera Morbus, ni cortinas como las de don Melquíades de Jesús.

Washington, D. C., 16 de octubre de 1933

CAL DE CONCHA

Al amigo Profesor José María Arce

Se llamaba Juan Castro, tal como muchos otros que también eran Juanes Castros y que como él vivían en la Villa Nueva de San José en aquellos años y que, ya por el agregado de un segundo nombre o apellido o por un apodo, los vecinos acertaban a diferenciarlos. A éste las gentes lo apodaban “Barranca”, y ya se verá por qué. Alto, enjuto; escaso pelo herrumbrado; bigote hirsuto, sucio, entrecano, manchado de nicotina; cejas casi despobladas; ojillos diminutos, amarillentos; nariz recta; frente mediana, acordeonada; boca amplia de labios delgados, generalmente chineando fuegos; barbilampiño, quijada angosta; pómulos salientes; cavidad bucal llena de raigones desgastados y negruscos a los que jefaba un colmillo arriba y otro abajo, que no coincidían; cuello largo, surcada de profundas arrugas requemadas y terrosas; y pecas arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda, solas, en constelaciones, a como cupieran; según la parte afectada; brazos muy largos; manos nudosas, callosas, uñosas, sudosas y suciosas.

Pobremente vestido de camisa y pantalón, descalzo o caiteado, según soplara la racha; chaqueta siempre al hombro, al brazo o donde la colgara o tirara su amo; lo que en hombros del propietario original debió ser prenda preciada de jerga azuleja con cuello de terciopelo, pero que ya era de urdimbre verdosa con lejanos recuerdos de un tercio del pelo del cuello prístino y dos tercios de sudor y mugre.

Pero así como a veces “debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor”, debajo del estuche arriba descrito se escondían un corazón de oro, una inacabable ansia de holgura y un tragadero seguido de unos intestinos de cobre estañado en los que el guaro de la Fábrica Nacional de Licores o el de los alambiques de Taras era absolutamente inocuo. ¡Ah!, y antes que se me olvide, encerraba ese carapacho algo mil veces mejor: un héroe de 21 quilates. Sobre la tetilla izquierda, debajo de la camisa mugrienta, un grueso alfiler de gancho prendía un escapulario de la Virgen de la Soledad y una medallita de plata con el escudo de Costa Rica en el anverso y con la leyenda “La Patria Agradecida” en el reverso.

Casado, con hija e hijo, ayudante de albañil, diestro, digo, siniestro, porque era zurdo, en el arte de empañetar paredes de adobe y bahareque, e insigne encalador. Recibía pensión militar de cuatro pesos veinticinco centavos mensuales, que “un día de éstos” se la iban a aumentar, por haber ejecutado un acto de gran valor en el “Paso de la Barranca” cuando las tropas leales cruzaron ese río para ir a debelar la revolución de Mora y Cañas. Castro salió de este trance con el apodo de “Barranca” con el grado de sargento primero y con dos perforaciones de postas de plomo, una en la nalga derecha y otra en la pantorrilla izquierda, las que si bien interesaron a Juan y a los tejidos pulposos y fibrosos, respetaron decididamente las partes hóseas; “balas cansadas” o “frías”, como las calificó el cabo Luna, quien en esa misma refriega recibió una activísima y calientísima en la mandíbula inferior, que lo dejó haciendo morisquetas para el resto de su asendereada vida.

Ya el maestro albañil Luis Cerdas había hecho formal entrega de su obra a doña Chanita, mi abuela; diez y seis varas, tres cuartas de tapia de adobe ladeado, empañetadas a conciencia con “barro mitad negro y mitad de ollas, con boñiga curada” conforme al convenio y tapada con mediagua de teja vieja; reforzada con estriberas del mismo adobe y con refuerzos de caña blanca sazona cada dos hileras, quedando entendido que el adobe “habrá de ser de buena calidad, de barro bien pisado, ceroso y con paja de saetilla que lo amarre”.

Faltaba, pues, la parte artística, el acabado de la obrar arquitectónica; dos manos de lechada de buena cal de concha de Patarrá con abundancia de baba de tuna. Y aquí, imprescindiblemente, entraba en funciones el sargento primero Juan Castro, alias “Barranca”, quien desde antes de haber sido perforado en nalga y pantorrilla, de haber ceñido laureles y recibido condecoraciones, era el encalador oficial de la casa solariega de mis mayores.

—Ve a ver si está Juan Castro en la taquilla.

—¿Aónde bía d’ estar?

—Llamámelo; pero si está jupiao decíle que en cuanto se refresque venga a verme sin falta.

Y “Barranca” a media ceba, se presentó con el chonete en la mano y la chaqueta al hombro.

—Juan, tenés que encalar la tapia nueva, mañana mismo.

—¿Por dentro y por juera?

—Sólo del lado de la calle; dos manos, cal de concha de la de Indalecio Fallas; apagada aquí y con tuna. Mañana tempranito traen la cal; hay que agenciar el resto del material.

Pos saque la cuenta; pa los hisopos, treinta de cabuya y un cinco de mecatillo encerao; diez pa la tuna. Hay que alistar dos barriles, uno pa esmenuzar y otro pa asentar; un balde y un guacal; y me tiene que largar el carretillo p’ ir a traer la tuna.

Me parece que para cabuya habría de sobra con dos rollos de a diez y aquí por el Laberinto hay tuna dunda que con gusto te la regalan.

—Vea, niña Chanita, si hoy fuera sábado no digo que no se podría mercar la cabuya a diez el rollo; pero hoy, si no la paga onde Ramón Brenes a quince, no la consigue ni pa un remedio; y lo qu'es la tuna ya anda muy descasa y como ora pa las Fiestas la Municipalidad dio banda d'encalar, arrasaron con tuiticas las cercas. Hay qu'ir a zánquiala al Zapote gu al Turrujal y llevar carretillo y perder medio día en busca y trela. L'único que dan son los palillos pa los hisopos. Fuan Castro no l'engaña. ¿Qué medriaría yo con cachale un diez?

Bueno, tomá este cuatro para las compras; sacá el carretillo y no perdás tiempo. Los barriles están ya listos y curados: no se les sale el agua.

—Écheme pacá dos riales más pa dejale a Jilomena p'al gasto y me los rebaja del pago; es que en casa nu'ay ni con qué dales agüedulce a las criaturas...

—¿No será para la cususita...?

—¡Niña Chanita! Por esta medallita y este...

—Ya vas a hacer el juramento de todos los días y que nunca cumplís; tomá la plata y ¡cuidadito con la cuenta!

A poco rato salió Juan por el portón de calle con el carretillo y el chingo de la cocina. Un par de horas más tarde estaba de vuelta con una docena de pencas rollizas y espinosas que de seguro no tuvo que ir a zanquear ni al Zapote ni al Turrujal, sino que cortó de la cerca de algún buen vecino del Laberinto o de Chileperro, en donde este cactus abundaba.

Puestos continente y contenido a buen recaudo, nuestro héroe fue a buscar la cabuya, a solamente dos cuadras de la casa, donde el bien recordado artista pirotécnico don Ramón Brenes, quien para la fabricación de sus bombas, cohetes, cachiflines, toros guacos y castillos, consumía gran cantidad de la apreciada fibra de *Fourcroya gigantea*, vulgo cabuya. A poco regresó “Barranca” con dos apretados rollos de la rubia y elástica fibra y con un ovillo de bien retorcido cáñamo encerado.

Un par de palos de fino guayabillo, escogidos de entre la leña de la casa, fueron aderezados por la hábil zurda de Juan con las indispensables camellas para ajustar la fibra con firmes vueltas de cáñamo; el sol apenas había cruzado el meridiano cuando dos hermosas brochas que parecían fabricadas con cabellos de ángel, estaban remojándose entre un lebrillo lleno de agua.

—Niña Chanita, ya está lista la tuna y los dos hisopos y'están en remojo, y que me saquen un ojo con las hebras que se suelten cuando encale la tapia; aquí está el vuelto del cuatro que me dio.— Y entregó un cinco a la patrona.

—Mañana a las seis llegará Indalecio con la cal; no dejés de venir a recibirla y a apagarla; a ver si mañana queda la tapia encalada.

—Vea, niña Chanita; si si'unta la cal el mismo día que si'apaga, si'hace polvo y la barre el primer aguaje; mantres que si usted la deja asentase con la tuna, meniándola seguido y colándola en gangoche pa dejar solo un atolillo cuchite y babosillo, cuando seca no l'arranca ni l'uña y queda

más blanca qui'azucena u jazmín del Cabo; hágale caso a Fuan que tiene plática en esta facultá; mañana, apagar, esmenuzar y mojar; en la tarde colar el caldo, echale la penca y dejala asentase; hoy estamos fueves; pal sábado encalo y pal domingo estrena tapia galana com'una flor...

—Y si te jumás y...

—Díonde, Dios me libre... Por esta medallita y este...

—Bueno, en eso quedamos; mañana a las seis venís sin falta...

Y efectivamente, “Barranca” que en compañía de unos cuantos admiradores de la medalla, y de las perforaciones que él sin rubor mostraba ya alzándose o bajándose los pantalones y que hasta instaba a sondeos, se había bebido no solamente los dos reales de la agüedulce de las criaturas sino el diez de la tuna, los treinta de la cabuya y el cinco de cáñamo, obsequiado por el maestro Brenes a doña Chanita, apenas si logró colarse ya bien guariao en nuestro corredor interior y allí pernoctó al amparo de la cobija de aplanchar que una compasiva sirviente le echó encima en nombre de “la patria agradecida”.

De modo que, poco antes de las seis, cuando Indalecio Fallas llegó con la carretada de famosas piedras negras llenas de prehistóricos moluscos que probablemente el hundimiento de la Atlántida amontonó en las canteras de Patarrá, el artista pintor ya estaba cafeteado esperándolas.

El zurdo procedía con conocimiento práctico en el apague de la cal: colocadas las rocas sobre las limpias y amplias lajas de nuestro lavadero, fue mojándolas con tiempo; las calcinadas piedras al absorber el ansiado líquido iban conmoviéndose y desmenuzándose automáticamente hasta convertirse en montones de polvo de inmaculada blancura, desarrollando intensísimo calor que lanzaba un humillo acre y enchiloso. Una vez tibia recogía la cal con el recio huacal de jucó y la iba echando en uno de los barriles provistos ya de agua limpia y movía la solución con un grueso palo achaflanado; el barril, de gran cabida, pronto quedó conteniendo buena cantidad de lechada burbujeante. Con filoso cuchillo desespínó los cactus y los cortó en trozos de regular tamaño que caían entre el barril para soltar su baba mucilaginososa que habría de dar lustre y agarre á la superficie encalada. Recomendando al muchacho de mandados que no dejara de dar de cuando en cuando una buena meneadita a la lechada y de mantener el barril siempre bien cubierto para evitar la caída de basuras, fuese el experto a proveer de alimentos a la abandonada consorte y a las criaturas, llevándoles un par de botellas de café ralo y media docena de tortillas añejas de maíz que nuestra caritativa cocinera le obsequió.

Derechito pa tu casa y ¡cuidao con el guarito...!

—¡Mi palabra! Por esta medallita y este...

—¡Zafá el bulto, qui'ay viene la niña Chanita...!

Cuando a eso de las nueve la patrona hizo la visita de inspección y vio que todo estaba a medida de lo convenido, no pudo menos que exclamar:

—Ya veo que como que Juan se está formalizando; Dios quiera que le dure la reforma. ¿A qué hora vino?

—Cuando ñor Indalés llegó con la cal ya Fuan estaba aquí,— dijo la fámula encubridora sin que en esa afirmación faltara al octavo mandamiento.

Ese viernes, Juan sin un centavo ni partido por la mitad, sin quién le fiara un trago ni quién lo convidara a espantar el diablo, hubo de plegarse a las circunstancias y estuvo atendiendo a la preparación del material: batido, colado en limpio cedazo de gangoche, trasiego al otro barril del y de “atolillo cuchite y babosillo”, adobo y recorte de los hisopos dejándolos coleadores y mórbidos como “col’e peje” y preparación de una tosca escalerilla de palos para alcanzar a la parte alta de la tapia.

A eso de las cinco de la tarde, al salir de casa de dar el último ojeo al material, tropezó en la esquina, a la entrada de la taquilla, con dos conocidos de San Sebastián que habían venido con unas carretadas de elotes y que habían acomodado su mercancía, carretas y yuntas en el sesteo del solar de don Juan de Jesús Jiménez, frente a casa; lugar muy apropiado por su cercanía a la plaza del mercado, por tener bebedero de agua corriente para las bestias y por la no despreciable circunstancia de que en frente no más estaba la taquilla brindando no escasas conveniencias para los cristianos, como pan, salchichón, sardinas, tabaco y uno que otro guarito, si llegara a ofrecerse...

—¡Hombré, Meléndres... y vos, Mereciano...!

—¿Qui’andan haciendo?

—¡Eh, Fuan Barranca! ¿Díonde salís com’un enlustrao? Trujimos ilotillos pa vender mañana en la plaza, mercar unos trapillos y largarnos pa juera antes de las doce. ¿Y vos?

—Siempre en las mismas; mañana tengo qu’encalar esa tapia.

—¿Querés atollate un guarito?

—Pero sol’uno; porque en casa m’está esperando la mujer pal picadillo.

Y, muy a su pesar, contrariando sus sinceros propósitos de cumplir los juramentos hechos sobre la medallita y el escapulario, pero sin poder desairar a sus dos amigos, ni al cabo Luna que allí ya asomaba y más tarde a “Charruscas” el veterano de la guerra de intervención, recitador de epopeyas mexicanas; ni a “Cuecha”, Epaminondas Renjivo, el guitarrista manizaleño, y con tener que relatar el heroico trance y mostrar las perforaciones y la medallita, y tragos van y tragos vienen, concluyó “Barranca” por salir de la taquilla a las diez de la noche, hora del cierre de ordenanza, y echar ancla en puerto cercano, el mismo corredor de casa, bajo la protectora egida de la misma chasparriada cobija de aplanchar.

Y al rayar el sol por encima de la majestuosa cumbre del Irazú, Juan, armado de balde, guacal, hisopos y escalera, zurdeaba de lo lindo con el atolillo cuchite y babosillo sobre el negrusco empañetado de la tapia nueva. Sí, señor. ¡Barranca no faltaba a la palabra empeñada!

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Sin la maldita hondonada que se tragó a los jinetes imperiales, Waterloo no hubiera sido el Calvario de Napoleón; sin la inesperada tremenda tempestad, Trafalgar habría presenciado la derrota de Nelson; sin esto y sin aquello *ad infinitum*, otro gallo le hubiera cantado a éste o aquél; y sin la malhadada circunstancia de que el barril de la cal preparada estaba en el patio de la casa, en el lado Sur y la tapia estaba al lado Norte, lindando con la calle que allí se descuelga hacia la Plaza de la Soledad y, por ende, agotada una baldada de lechada, Juan tenía necesariamente que regresar por otra, pasando inevitablemente a la ida y a la vuelta por la puerta esquinera de la taquilla, y con la circunstancia agravante de la goma que lo aquejaba y estando allí ubicado el cabo Luna y “Charruscas” y “Cuecha” y Meléndres y Merenciano, malvendidos los elotes y no comprados los trapillos y escuchando las baladronadas del mexicano quien vociferaba de pronunciamientos y de don Benito Fuárez, y de las de Luna relatando lo del cachimbazo que le torció la geta, y sintiendo Juan las vibraciones de su alma patriótica y el cosquilleo de la medallita y el temblor nervioso de la goma y el ansia de los intestinos sedientos, ¡es claro, aconteció lo que tenía indispensablemente que acontecer...! Ya lo dijo Aquél que con su palabra domeñó al Tiberiades embravecido. ¡Que arroje la primera piedra aquél que tenga el alma limpia de pecado...! ¿Qué otra cosa hubiera hecho cualquiera de mis lectores en idénticas circunstancias?

Y sin embargo, como relator imparcial y justiciero, declaro: que de las cuarenta y siete veces que Juan tuvo que doblar este tremendo cabo, más de diez, tal vez once, quizás doce, el sentimiento del deber triunfó contra las asechanzas del vicio; pero al fin, cayó en las otras y no solamente cayó moralmente, sino también materialmente, con el balde lleno de atolillo cuchite, en la grada, en la taquilla, en el portón de casa, en la acera, cabe el barril, a la vera de la tapia, en donde quiera que la heroica pantorrilla agujereada o la perforada ínclita nalga no alcanzaron a hacer guardar el equilibrio al sargento Castro, al ciudadano de quien la patria estaba agradecida... ¡Echemos un denso velo, etc....! No volverá a suceder... les juro por esta medallita y...

Las gentes que al día siguiente pasaban presurosas a coger misa, no solamente se sintieron arrobadas en la contemplación de la obra pictórica de “Barranca” sino que con las suelas de los zapatos o las desnudas plantas de los pies reprodujeron en las aceras, en las baldosas del templo y en los pisos de sus humildes moradas, innumerables azucenas y jazmines del Cabo producto de maravillosa combinación de babas de tuna con cal de concha de las canteras de Patarrá.

Washington, 5 de diciembre de 1933
[V. pág. 320]

EL CACAO DEL AÑO

No era como silbar a caballo ni como nadar con un pie en el fondo, la delicadísima tarea de alistar el cacao molido para todo el año. ¡Qué va! Era asunto bien difícil que exigía tres ineludibles condiciones: cacao de buena calidad, sazón, bien beneficiado, parejo y sano; que la molienda la hiciera persona experta, Doctora en Chocolate; y que los sabrosos y aromáticos churretes solidificados se conserven entre hojas tiernas y soasadas y en arcón de cedro, bien cerrado y ubicado en despensa fresca y seca.

Y caso que aún no se haya escrito un erudito tratado sobre la preparación y conservación del chocolate, escarbo en los rincones de mi ya flaca memoria, pues allá en mi niñez fui actor y testigo de tan interesante faena. Y como no intento editar el Tratado, bien puede hacerlo por su cuenta quien así lo disponga; ¡y qué buena pro le haga! Mi abuela doña Chanita, era señora adinerada; dueña de casa y solar grandes, tenía acreditado establecimiento de comercio y se afanaba porque en su despensa no faltaran, en abundancia, las necesarias provisiones de boca para nuestra numerosa familia. Y como en aquellos años quien no se proveía con debida antelación o se tenía que privar del artículo o estaba forzado a pagarlo malo y caro, Chanita, que no era de las que se dejaban soplar la dama, se aprovisionaba con tiempo.

Ese día fresco y claro de verano, llegaron de las chacras de Matina unas cuantas cargas de *theobroma odorata*, vulgo cacao, que se habían salvado de los piratas indios de la Mosquitia que con harta frecuencia invadían los cacaotales; las mulas que las portaban habían recorrido las treinta y tantas leguas por picadas entre los bosques vírgenes, por la vereda mandada abrir por el Presidente don Jesús Jiménez, de gratísima memoria, vadeando ríos caudalosos, bordeando abismos, metiéndose entre fangales hasta los ijares y todoi durante no menos de tres semanas, cuando les iba bien.

Una carga, compuesta de dos amplios zurroneos del cuero sin curtir, se destinó para la molienda casera; las otras se almacenaron en la trastienda de la pulpería para la venta a granel.

Y sin pérdida de tiempo, se me encomendó llevar recado a Ña Estéfana, la Suma Sacerdotisa Chocolatera, a fin de que en el término de la distancia se apersonara en casa con sus avíos.

—Pero me dejan ir descalzo, porque estos zapatos me hacen vejigas en los calcañares y tienen tamaño clavo en el talón.

Aprobada mi moción, saqué mi caballo de palo de un rincón de mi cuarto, le alisé una astilladura que hubiera podido romperme los calzones de cotín azul y aún maltratarme ciertas partes; me zafé los zapatos, monté mi brioso corcel de varejón de café con cabeza hípica de cuero y me lancé caracoleando zaguán afuera; de un salto me planté en la acera y eché hacia el Norte a galope desbocado; al llegar a la calle central, sofrené la bestia, torcí a la derecha y a trote moderado recorrí las cinco cuadradas y media que me separaban de la casucha de Ña Estéfana. Vivía la vieja en una de las piezas edificadas en una zanja, al costado septentrional del muro de retención que se construyó para el relleno de la Cuesta de Moras.

A las tres veces de golpear la desvencijada puerta con el regatón de mi cabalgadura, se oyó un ¡ya va...!, del interior, y a poco apareció Ña Estéfana, más brava que un toro guaco.

—¿Por qué no botaste la puerta con un sachó? ¡Malcriado! ¿Qué's la precisa; quién se está muriendo en tu casa?

—Como nadie respondía, creyí qu'estaba en el solar y como la cequia hace tanto bochinche, pa que oyera...

—Sí, estaba allá ajuera, pero estaba... bueno, en lo que no te importa. ¿Qué se te ofrece?

Di mi recado con la precisión que de muchacho me era característica y, recibida la respuesta, torné riendas a mi inquieto corcel; a poco enfilé hacia la Plazoleta de la Soledad en donde se me reunieron dos perros amigos, torcí al Oeste, cuesta abajo hasta la Quebrada de las Arias y luego cuesta arriba, pasando por frente a casas y solares de buenas gentes conocidas de donde salieron otros perros a engrosar la cabalgata y paré en raya en la puerta de mi hogar. Caballo, caballero y canes entramos de rondón por el zaguán y fuimos en busca de mi abuelita, quien estaba en el corredor interior haciendo preparativos para limpiar las hermosas piedras de granito, los indígenas metates, que habían de servir para la molienda del cacao.

Dijo Ña Estéfana que bueno, que...

—¿Y este chorro de perros? ¡Yo no te mandé a recoger sarnosos! ¡Los va sacando todos a la calle ahorita mismo! ¿Por qué no te los llevás a la sala para que se entretengan? ¿Qué será que vos nada hacés al derecho? ¡Sús, vagabundos, afuera...!

—Sultán, Merengue, Panocha, Chonete, Melcocha—... Fíííí.— Y a mi silbido todos acudieron y me siguieron hasta la calle en donde los dejé con sendas lenguas de fuera, pero sin dárseles un pito del mal recibimiento que mi abuela les hizo. Cerré la puerta y regresé a cumplir mi cometido.

—Ah, pues dijo Ña Estéfana que mañana no puede venir porque ya está comprometida onde las niñas Gutierritas, pero que pasomañana a las siete en punto la espere y que le aliste los trastes y la canela y la jamaica y el clavo y la vainilla y las hojas de plátano, pero de las candelas y que... ¿qué otra cosa?... ya se me olvidó la otra cosa que dijo... el... el... el....

—¡Muchacho más tonto en mi vida he visto! ¡Por andar con ese palo y ese chorro de perros! Pues ahora se sienta en esa banca y no se mueve hasta que se acuerde...

—Pero es que tengo ganas de...

—Pues aguántelas, de ahí no se menea hasta que se acuerde.

—Trastes, canela... vainilla... clavo... jamaica... canela... no, ya la dije... jamaica... no, también ya la dije; ¿qué sería?... ¡Ah! sí, de cobre, una cosa de cobre con un nombre muy enredao...

—Eh, niña Chanita, pos el almirez,— dijo Manuela la cocinera, mi paño de lágrimas, mi saca-de-apuros, quien siempre acudía en mis horas de tribulación.

—¡Eso, eso era! ¡El almirez de cobre!

Y salí disparado hacia el final del solar y escondido detrás de una frondosa mata de azul, siempre a caballo, satisface mi necesidad, volviendo en apresurado galope hasta mi cuarto, en donde alojé mi brioso rocinante.

Ese día, conforme a lo prometido, se apareció Ña Estéfana, a las siete un poco largas, provistas de sus trebejos que eran: balancilla hechiza semejante a las de las boticas, con sus pesas de onza y fracciones, espátula con mango de cuerno de venado, blanquísimo delantal de tela criolla de algodón, manojo de puros chircagres negros y nudosos, eslabón o yesquero en forma de perro corriendo en cuyas patas, mantenía el acero o chispeante y en cuyo amplio trasero se ensartaba la mecha amarilla de la yesca, y el correspondiente pedazo de piedra de chispa; traía además un abollado estuche de hoja de lata conteniendo un par de lentes anchos y redondos como los que pintan a horcajadas en las narices de don Francisco de Quevedo.

Ña Estéfana se entró de rondón hasta la cocina en donde Manuela la desayunó con café, pan dulce y quesadillas. Allí la estaban esperando, listas para la faena, a brazo desnudo y bien lavado, Ña Jacinta, mujer madura, rubia y coloradota y Chepa Melendres, mestiza de buen ver, ambas peritas en el manejo de los metates o piedras de moler, para lo cual Dios las había provisto de bien desarrollados lagartillos o bíceps, anchas y recias espaldas y rabadillas de probada resistencia y elasticidad.

Y, naturalmente, allí estábamos también Félix, el viejo cínico y rascarrabias, servidor de la casa desde tiempo inmemorial, y “el pecosillo”, este muy humilde servidor de ustedes, siempre metido en docena y siempre dispuesto a prestar su colaboración en cuanto pudiera ser útil y aun en aquello en que pudiera ser causa de molestia.

La niña Chanita, mi abuela, hizo pronto entrada para que cesara el palique entre las obreras, las cuchufletas y viajes de Félix y para ponerlos a todos en plena labor.

—Bueno, dejen para otra vez la conversación y, ¡a la tarea! Vénganse a los comales y ¡nada de perder tiempo!

En unos braseros de fina leña de guayabillo y sobre sólidos tinamastes de piedra, se calentaban tres amplísimos comales, especie de gruesas cazuelas chatas de arcilla de fábrica escazucaña; en cada uno se fueron vaciando huacaladas de cacao en grano, limpio de polvo y bien lavadito, libre de almendras quebradas o dañadas; cada una de las mujeres atendía a removerlo constantemente con una paletilla de madera a fin de que el tueste fuera parejo y que no se quemase; Félix cuidaba de atizar los braseros y Ña Estéfana vigilaba con grandísima atención a que la cosa no dejara nada que desear en cuanto a igualdad y punto, como que de esa operación dependía el buen resultado de la molienda. Yo mantenía llenos los huacales tomando el cacao de la mesa en donde había sido cuidadosamente escogido la víspera e iba recogiendo huacaladas del tostado que primorosamente depositaba en sendos canastos de junco colocados a la vera de las piedras de moler.

—Hombré, Félix— preguntó Ña Estéfana haciéndole un guiño a las otras —decíme en qué paró Filomena. ¿La has vuelto a ver...?

El aludido dio un gran respingo como si lo hubiera mordido una víbora y encendido en cólera, escupiendo el cabillo de tabaco que se estaba fumando, plantó la pataza a la colilla hasta hacerla un espurro y contestó:

—¡Cuándo había de faltar la chicha en Cot! Lo qu'es a vos no haiga miedo de que te se pudra la lengua de no usarla; mirá hacéme un grandísimo favor, ¡por tuiticos los santos! Mentáme la mama si es que tenés tanta gana de ventosiate el hocico, pero a esa... tal por cual, no me la mentés ni en sueños... hacéme ese favor... Y poné cuidado, porque tamaño rabo arrastrás; ¿cómo te gustaría que yo, te preguntara si has vuelto a ver a Ustaquio...?

La vieja se encabritó; se arrancó de un tirón los espejuelos y achicando los ojillos como dos chispas soltó la sin hueso:

—¿Qué me querés encarar con eso? ¡Baboso! Ustaquio y yo nunca juimos casaos como vos y Filomena; y él no jué el que me dejó ispiando pal ciprés; yo jui la que lo eché de mi propia casa pa que aprendiera a ganarse los frijoles, porque toda la vida no ha sido más que un vagabundo arrimao, como vos...

Intervino Ña Jacinta:

—Sosiéguese, respeten la casa, ¡mal dotrinaos!, Hombré, ni si fueran criaturas acabadas de espechar. Dejen de meniar cochinas que ya van largo y si son buenos cristianos acuérdense del Padre Nuestro onde dice “perdónanos nuestras diudas así como nosotros perdonamos a nuestros diudores”. Ya están viejos pa esos alegatos y saben que los chingos curtíos se lavan de puertas adentro y no en media plaza...

—¡Pos ya volvió a nacer mi mama! —dijo Estéfana— ya tengo otra vez quién me regañe; pa cura debiste haber nacido; sos nonis pa los sermones aunque no lo haigás sido pal buen ejemplo; ¡dos muchachas has echao al mundo y a nadie le costa que podás cargar más apelativo que el de tu mama...!

—Libre jui dende que aprendí a ganame la vida y a naide más que a Dios tengo que dale cuenta de mi conduta; y ya se acabó la custión conmigo y si querés seguir alegando, hablá con éste,— dijo Jacinta volviéndose de espaldas y dándose una sonora palmada en el rollizo asentadero.

—¡Chupáte ese güeso y volvé el otro lao de la jeta entrometida!— exclamó Félix soltando una estentórea carcajada.

—A ruin bagazo, poco caso. A vos te pregunté porque me dijeron onde las Solanas qu'esque te habías juntao con Filomena— replicó la vieja enredadora y solapada, a sabiendas de que estaba inventando la mentira para calentarle la jupa al pobre Félix.

—¿Quién? ¿Yooooo? Félix Hidalgo Conitrillo, volvese a juntar con esa grandísima... ¿Yoooo? Ni en l'ora de boquiar, ni que me lo disigiera el padre... Tenélo entendido vos y las Solanas y cuantas lenguas sucias barren el suelo pa venise a meter en mis cosas; oyílo bien y si la lengua no se te enreda, andá repetíselo a esas cascabelas: Félix Hidalgo es probe, pero tiene vergüenza y dinidá— Y se golpeó el escuálido pecho con el puño cerrado.

Pos ya está, hombre; no te calentés asina, que te vas a hogar. Ya está; nu'ay por qué hacer tuitico este descándalo; ¡ya está!

La única que durante la tempestad no musitó palabra contentándose con menear la cabeza de cuando en cuando y en abrir desmesuradamente los ojos cada vez que sonaba una expresión dura, como si fuera la primera vez que hería sus delicados tímpanos, fue Chepa Melendres. Ella bien sabía que, de todas las del grupo, era la que arrastraba más cola fácil de pisar ¡Machete, estáte en tu vaina!

Es que a Félix, quien se batió valerosamente en la Guerra Nacional contra el filibustero Walker, en 1856, y de donde sacó un balazo que le medio paralizó el brazo izquierdo y que a su vuelta se casó con una linda moza de Aserri, más pizpireta que ternera de año, se le escapó la cónyuge casi en plena luna de miel y se largó para el Guanacaste con un marimbero decidor y jacarandoso que se propuso entotorotarla. Desde entonces Félix, que había sido muchacho de chispa y de donaire, se trocó en hosco y cascarrabias y en enemigo hostil e irreconciliable de cuanto ser humano llevara faldas.

—Mirá, pecosillo,— me decía una vez mientras me fabricaba una carretilla de madera —cuando siás más grande no le hagás caso a las mujeres: lleváles el corriente y entretenéte con ellas y apereollá cuanto te caiga en las manos, pero zafáles el bulto y no ti'asomés nunca a la sacristía con una de ellas; ¡Dios te libre! Zafó de las de esta casa que yo respectó como santas, juera de esas, no daría yo esta cuchilla, ni este cabo de puro por media docena...

Y en vísperas de la boda de una de nuestras sirvientes, galana y fresca como mango maduro, tan buena y virtuosa como linda, con un barberito enclenque y desteñido, pero laborioso y honrado, Félix se atrevió a meter cuchara haciendo esta observación de doble filo:

—¡Achará la muchachota, tan buena pa lo que se ofrezca, irse a casar con ese hombrecillo...!

—Pero si él es muy bueno y la quiere mucho— le objeté.

—¿Pues no vés que hay no hay endividuo? O ella lo da muerto antes del año, o si antes se le olvidan las dotrinas que ha recebido en esta casa, se le va con uno de los músicos de la banda; acordáte de mí que así va a suceder... ¡Yo las conozco!

Cuando ya todo el cacao estuvo tostado a satisfacción de Ña Estéfana, procedimos todos a la tarea de la “pela”, resobando de uno en uno cada grano para despojarlo de la piel retostada que fácilmente se desprendía, quedando los granos limpios y relucientes. La película se aventaba, pues hubiera comunicado sabor amargo y de fermento a la pasta molida.

Ya Félix, en constante murmuración, había metido brasas encendidas debajo de las piedras de moler asentadas sobre el ancho poyo que abarcaba dos lados de nuestra amplísima cocina. Frente a cada una de las dos piedras se situaron Ña Jacinta y Chepa, armadas de las respectivas “manos de piedra” que encajaban bien entre palmas y dedos. Cogían puñados del cacao tostado y lo iban desmenuzando con hábil y acertado movimiento de las “manos” sobre piedra, media docena de pasadas; bastaban para que el cacao se acumulara en consistencia de pasta áspera en el borde delantero de los metates, de donde se le arrancaba para echarlo sobre hojas de plátano tiernas y soazadas.

Entretanto, Ña Estéfana con los anteojos calados y con la pesada mano del almirez, más reluciente que moneda de oro, procedía a pulverizar y mezclar a conciencia, los “olores”, es decir, las especias que darían al chocolate sabor y terapéutica que contrarrestara algunos malos efectos del cacao puro y que acrecentara y sublimara las virtudes de la almendra. Mientras molía y remolía los ingredientes en el sonoro almirez, chupaba el acre chircagre que había ya por octava vez encendido en la humosa lumbre de la mecha del chispeante.

Yo la acosaba a preguntas, con esa natural curiosidad del niño que todo lo quiere saber y obediente al acicate de mi natural espíritu de constante observación.

—¿Pa qué’s que l’echás vainilla?

Pa que güela bonito y sepa más mejor.

—¿Y pa qué es la canela?

Pa’l gusto y pa quítale lo jelao que hace daño, y pa eso mismo son la jamaica y el clavo de olor. Es qu’el cacao sin estos “olores” es endigesto y da agrura; otras l’echan chile dulce pa’l color y los mejicanos l’echan achiote esque pa dale más color y más cuerpo, pero yo no l’echo, más que lo que vos ves y así es como le gusta a la niña Chanita. Hay moledoras sinvergüenzas que le arriman almidón de yuca o harina de maíz pa que rinda y así es como engañan a los cristianos vendiéndoles tamaños panecillos a dos manos por un real. Tampoco l’echan el dulce, porque prontico se fermenta y se hace cuchite y aguao como babas. Juera de que a unos les gusta con dulce y otros prefieren beber “tibio”, que es de viaje sin dulce.

Hechos polvo impalpable los “olores” y pesado el tanto estrictamente necesario para acondicionar la cantidad de cacao que se había molido, se procedía a la “segunda mano” que consistía en pasar nuevamente la masa áspera, en las piedras recalentadas, añadiéndole entonces con gran cautela, la

conveniente proporción de especias que Ña Estéfana se encargaba de distribuir con la punta de la espátula cacha de venado. Y Jacinta y Chepa pasaban y repasaban con vigoroso resbalar de las manos de piedra sobre la lisa superficie de los metates calientes.

Ya Félix había extendido sobre las tablas delgadas de cedro que formaban anaqueles del arcón, las hojas tiernas de plátano pasadas rápidamente sobre el gran brasero listas para recibir las rengleras de aromáticos panecillos. Ña Estéfana iba recogiendo pasta remolida, con la espátula y con experto empuje del dedo índice sobre la lámina de acero, hacía desprenderse un chorrito de cacao que al caer sobre la hoja de plátano formaba un panecillo piramidal con punta retorcida, el que paulatinamente se iba aplastando y solidificando, casi hasta adquirir la forma de una, gruesa moneda.

El arcón de mi casa, de recios tablones de cedro, medía no menos de una vara de profundidad, dos varas de largo y vara y media de ancho, de modo que en sus entrañas podía guardar doce tablillas en cada una de las cuales se aposentaban en alineadas filas no menos de novecientos panecillos, de modo que, al echar llave al armatoste, concluida la molienda, bien podía calcularse que dentro quedaban esperando el advenimiento de la jícara y del molinillo, alrededor de diez mil panecillos de *theobroma odorata* para regodear el paladar de nuestra numerosa familia durante todos los días del año y para darnos alientos y vigos y otras virtudes que el mundo científico ha descubierto en la maravillosa almendra con que se regalaban los emperadores aztecas, toltecas y mayas, y sus cortesanos.

Y era al terminar la faena del “chorriado” y la del almacenamiento, que yo cobraba mis bien ganados honorarios por todas mis fatigas: por las quemadas al renovar los braseros bajo las piedras, por atizar el fogón, por enchilarme los ojos con el acre humo de los tizones, por darle las primeras majadas a las especias en el pesado almirez y por mil vueltas y revueltas para esto y para aquello, que a cada rato ocurrían. Mis honorarios consistían en la libertad y exclusivo derecho de raspar las piedras sacándoles el cacao que hubiera quedado adherido, sobre el cual se me daba título de propietario. Empeño y maña me producían una regular pelota de la aromosa pasta, la que primorosamente mezclada con azúcar negra, llamado entre nosotros “dulce de rapadura”, no se desprendía de mis churrientas manos, hasta que los labios y la lengua habían agotado la última molécula.

Ña Estéfana, Ña Jacinta y Chepa Melendres, a más de su jornal en moneda corriente, se llevaban su no menudo, envoltorito de aromáticas monedas de cacao. Sólo el adusto Félix volvía a su covacha, siempre murmurando, y cuando yo lo instaba para saborear mi confitura, exclamaba:

—Yo no como esa cochinada mansiada por esa vieja lengua larga: sería como tragarme un veneno de los más mortales... A mí denmen café qu'es la bebida d'esta tierra por la que me baliaron y no esas cuitas de lora untadas del dedo d'esa invencionera cara de lechuza espantada... ¡Hombré!, juntame yo otra vez con... ¡Miráme la seña...!

Washington, 11 de febrero de 1934

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

EL GRANO DE ORO

Allí estaba, sudoroso y sonriente, fuerte, rebosando vida y energía, con aquel cuerpo esbelto y musculoso, como el de un discóbolo griego; con aquel cabello negro, enmarañado y crespo, aquellos ojos color de aceituna madura, relampagueantes y candorosos, penetrantes e inteligentes, aquella boca mediana, bien cortada, roja, entreabierta, mostrando dientes limpios, sólidos y parejos; vestido modesto, de camisa de algodón abierta en el cuello, dejando ver el cintillo negro del escapulario, ceñida a la cintura por pantalón de mezclilla chocolate y por faja de cuero ojeteado de la que pendía el afilado Colis en su funda de baqueta; calzado de talpetao amarillo amarrado con tirillas de lo mismo.

Y él extraía los sacos llenos de café limpio de las compuertas de la clasificadora y los arrastraba, los del caracolillo y los de la primera, hasta la vera de las mesas de las escogedoras; los de las segundas y tercerillas hasta el costado de la romana; y atendía a la pesa, y a la costura y a la marca; y recogía sacos llenos de las clases escogidas; y vigilaba que las mesas estuvieran surtidas de grano sin escoger; y llevaba cuenta de la carga en las carretas; y se movía sin descanso de acá para allá entre los grupos de los peones y en las filas de las escogedoras y hacía una observación aquí, echaba un viajezo allá, ponía remedio a males transitorios, echaba aceite a las articulaciones de la máquina y arrebatava el cigarro encendido de la boca del peón olvidadizo de las severas reglas que prevalecían en el lugar de la faena. Era un dinamo a todo chorro, una lanzadera viva, un puñado de actividades que, hubieran bastado a derrengar a cinco o seis hombres de talla ordinaria.

—Melchor, a esos veintitrés sacos de caracol pintáles la C debajo de la marca al lao de LONDON; los tercerillas van pa California. Poné cuidao.

—Rumaldo, contáme las primeras descogidas qu'están arrimadas debajo d'iaquel mantiao...

—Renco, pa las segundas son aquellos sacos usaos que llegaron el fueves; n'impliés saco nuevo, y ve que Melchor les pinte la B grandota.

—Vea, Ña Conceción, ust'es la más mejor de las descogedoras cuando está bien espabilada, pero hay días que como qu'está cabeciando y se le pasan tuiticos los negros y los quebraos. Espí este saco y dígame si es que me he vuelto cómitre; mire, y mire y mire: aquí hay más palos qu'en todo el cafetal...

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Es verdá, Toño, tenés razón; vergüenza me da'icilo; pero es que no sé ni onde estoy parada; anoche no pegué los ojos con aquella injeliz criatura hogándose... ¡Dios me lo aliente! Y Fuan llegó tan cansao que me daba lástima ispertarlo, contimás que se estaba asando en calentura...

—¿Y cómo se li'ocurió venir hoy a l'escogida? ¿Ya Fuan está levantao?

—Qué va... nu'alza cabeza ende que si'acostó ayer tarde en una pura titiritadera y gomitadera, sin pasar bocao, con los ojos como dos candiles y tuitico esmadejao; yo lu'ice bebes un bededizo de hoj'e guarco con naranja agria que mano Tomás mi'aconsejó, y como Fuansito paró de toser, esidí venime a la descogida pa sacar siquiera con qué mercar una tapa de dulce porque en la casa nu'ay ni un cinco partío por la mitá...

—Mal hecho que no me lu'biera dicho, Ña Conceción; váyase a cuidar sus enfermos, y ora mesmo, le mando alquito pa que se vaya bandiando; no pase cuidao, que Quien todo lo puede da pa todos, en no arrebatando.

—Ese era Toño, el joven mandador de una de las fincas más famosas del Río Segundo, fiel guardián de los intereses confiados a su talento y honorabilidad y sobre cuyos hombros pesaba no escasa responsabilidad que él consideraba como depósito sagrado y a la que dedicaba todas sus energías, todo su talento, todo su tiempo.

Vivía en la parte baja de la casona de dos pisos que servía de alojamiento al patrón y su familia en los meses de la cosecha y gran parte del verano. Allí había establecido su modestísimo hogar con su excelente esposa y con sus dos criaturitas de muy corta edad.

La esposa, muchacha frescota y galana, bien desarrollada y sana, atendía a la perfección a los quehaceres de su casa y al cuidado de sus muchachitos y de su adorado Toño, en quien ella se miraba como si fuera las niñas de sus ojos: ella cocinaba, ella lavaba, ella aplanchaba, ella cosía su ropa y mantenía limpia y entera la de sus gentes sin que faltara un botón, un broche, una tiradera; remendaba a conciencia y con primor; ella y su compañero eran buenos cristianos, sin aspavientos ni repiqueteos, haciendo la caridad sin imponer humillaciones, doctrinando sin regañaderas y ambos con amplia fe en Dios y en ellos mismos, preparando poco a poco pero a paso seguro, un tranquilo porvenir para cuando llegar la hora de aprovechar la suma total de sus esfuerzos en algo que fuera suyo propio, para que la gota de sudor cayera en terrón que les perteneciera y al cual dedicaban todas sus complacencias. Dios habrá de querer... ¡Él y su Divina Madre nos han de ayudar!

—Ya m'entregó el Fuez l'hijuela de mi tata, que en Gloria esté; y en cuantos tenga un ratico desocupao voy'ir a recibir mi pedacillo de cafetal en el Bajo del Virilla... Quien quita que mana Narcisa me suelte el pedacillo d'ella pa juntar siquiera tres manzanas y decomizar la cerca. Ella pide dieciocho onzas, pero aviaos que se resuelva a largármela por quince...

—¿Y ya se palabrió con compadre Domitilo pal cafetalito pegao a lo suyo?

—Pos ya casi; es que a él le precisan los riales y yo estoy descaso. No tengo juntaos no más que ciento sesenta y no jallo dionde arrimales los otros cuarenta...

Pues coja mis, arras, Toño, con eso saca pa completar: son de escudos de India ques que ora los pagan a tres pesos; yo pa qué las quiero sinués p'ayudale y pa sacalo di'apuros...

—Es que dicen qu'es mal agüero vender las arras porque se pelean los casaos...

—No, negrito querido, no tenga esas creyenzas: yo y usté nunca nos hemos de peliar ni por mil arras; estas dos criaturitas, juera del cariño que nos tenemos, nos amarran más que tuitico el mundo.

—Bueno, así lu'aremos; y en cuanto yo pueda se las repongo con una buena feria...

Y acabando de tomar su buen jarro de aromático café primorosamente chorreado en limpia bolsa de manta lona, acompañado con media hojaldra de pan dulce y una sabrosa arepa de maíz aliñado con queso de Bagaces, acabada de asar al frente del encandilado brasero, cogió su linterna y se encaminó a una de las piezas de la peonada, en donde vivían Juan y Ña Concepción.

La habitación consistía de sala, cuarto y cocina, pobres, escasamente amueblados: mesa de ira colorada, limpia de adornos, una banca de igual madera, tres taburetes forrados de baqueta, un camarín de hoja de lata con un San Antonio de yeso, un cuadrito de la Purísima Concepción, cromo alemán de pésimo gusto, y amarrado a un clavo, sobre el cuadrito, un gajo de palma bendita. Oscura estaba la sala, de suelo de tierra pisoneado y disparejo, barrido a conciencia; una muy débil lucecilla rasgaba la oscuridad desde el cuartucho dormitorio en el que en una cama modestísima estaba tendido el enfermo arrollado en una cobija de lana ordinaria; a su vera sentada sobre un cajón de pino, estaba la buena mujer, bañada en lágrimas; en una viejísima tijereta dormía un niño de poco más de tres años, respirando trabajosamente en lucha desigual con las flemas que la tos ferina acumulaba sin descanso en la escuálida garganta. Una candelilla de sebo chisporroteaba enclavada en gruesa botella de vidrio.

—Buenas noches, ña Concepción, ¿cómo sigue Fuan?

—Buenas te las dé Dios, Toño; pos ya ves, cada rato más a pior; ya por dicha las arquizadas son más menos, pero la calentura no afloja; tocále la frente pa que vias...

Toño posó su ancha y fresca mano en la frente del enfermo y sintió intenso ardor y notó que la piel estaba seca, la respiración era angustiada, el decaimiento era completo.

—¿Qué remedio le ha hecho?

—Sólo el bebedizo de guarco y cuando me pide agua l'escurro un limón entero en el guacalillo y le tengo un ladrillo caliente en los pies pa ver que sude; yo jallo que Fuan está muy malo y que como yo no tengo con qué llamar dautor, sólo que Nuestro Señor y su Santísima Madre se dinen hacer el milagro, se me va a morir...

La infeliz mujer soltó tristísimo llanto.

—No si'aflija ña Concepción; Dios quedrá que se le aliente. Yo mesmo voy orita a treme al dautor y la medecina y voy a mandale quien l'acompañe.

Y Toño salió a recorrer otras piezas de dónde a poco brotaron dos buenas mujeres a acompañar a la acongojada vecina; él ensilló su fina bestiecita y a buen paso cogió el camino de Alajuela de donde regresó dos horas más tarde con el médico y con un abultado paquete de medicinas y provisiones.

Era el médico un joven colombiano, cortés, enérgico, inteligente, instruido, decidor y generoso que con su ciencia y su exquisito don de gentes se había ganado el respeto y confianza de todos los de la patria del “Erizo”.

Siete días después, Juan, ya convaleciente, se calentaba al sol en el amplio corredor de la escogida y ayudaba a coser los ventrudos sacos de café; al muchachito se le había calmado la tos y sólo de tarde en tarde le daban espasmos de muy corta duración y escasa fuerza. Ña Concepción se había instalado de nuevo frente a la mesa de escoger y ni un negro, ni un pedazo, ni un palillo se escapaban a su afanosa mirada.

Nuestro Señor, su Santísima Madre, la generosidad de Toño y la ciencia del simpático galeno colombiano habían hecho el milagro.

Las últimas partidas de café de la cosecha ya iban de camino para Puntarenas a juntarse con las otras que se habían despachado para Londres y para San Francisco. Buena había sido la cosecha y no eran malos los precios que el patrón estaba obteniendo en ambos mercados; ciento diez y ocho chelines por caracol y primeras y once y medio dólares por las segundas; las tercerillas pagaban el costo y hasta dejaban la olla untada.

El patrón estaba satisfecho: les costeó fiesta y baile a peones y peonas, en el gran patio del beneficio; se desguazaron dos terneras y un chanco grandote; la comedera fue abundante y no faltó buena chicha para rociarla y hasta sus limetas de cususita para encadilar; y un acordeón bien repiqueteado, dos vihuelas diestramente rasgadas y una dulzaina boqueada a toda baba, constituían la rústica orquesta que llenaba con sus cosquilleantes notas el patio, las viviendas, la casa señorial y se iban a perder entre las resobadas ramas de los cafetos recién despojados de sus corales y entre las menudas hojas de los cuajiniquiles y guachipelines.

Toño y su consorte eran los reyes de la fiesta, respetados y acariciados por todos; pareja ejemplar, de mano siempre tendida hacia el necesitado.

El patrón, su esposa y sus muchachos se dignaron asomarse un rato a gozar con el alborozo de sus trabajadores y fueron vivados con grandes algazaras y hasta les soltaron graciosas cuartetitas y dos de las muchachas escogedoras cantaron en su honor bien entonados dúos acompañados por las guitarras.

Al día siguiente, Toño fue llamado por el patrón a la oficina en la parte alta de la casa.

—Hombré, Toño, tu trabajo de este año ha sido muy satisfactorio; nada tengo que reprocharte; sos un muchacho honrado y cuidadoso y no podía yo haber puesto mi finca en mejores manos. Tomá este recuerdito como recompensa de tus esfuerzos y lleválo a Felipa y los chiquitos esos regalitos que les hace mi señora.— Y al estrecharle la mano, le entregó una bolsita de manta como las que usaba para remitir al extranjero las muestras de su café.

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

—Que Dios se lo pague, señor, y que le aumente sus caudales y le dé salú en compañía de su señora y de sus niños— contestó Toño todo confundido y ruborizado; y echándose la bolsita en la faltriquera, embrazó los regalitos de la patrona y bajó las escaleras más liviano que una pluma.

Veinticuatro cuartas de India, de oro de veintiún quilates contenía el bolsillo; reboso de seda tornasol, camisa lentejueleada y enaguas de merino finísimo atesoraban el paquete para Felipa; ropita y juguetillos constituían los obsequios a los chacalines y, en vaina de fino cuero marcado con el nombre de Juan Antonio Alvarado, se enfundaba un magnífico cuchillo o cruceta de fino acero, con mango de hueso y cobre primorosamente labrado.

Se armó la gran turumba en la vivienda del mandador y Felipa corrió a la cocina a pergeñar el más delicado plato que sus conocimientos culinarios le aconsejaron, victimando un par de pollos zancones, gordos y alentados, que habían de regodear esa tarde a los patrones con los agradecimientos y bendiciones de la buena servidora.

Un verdadero tesoro era el mococito y si con sólo eso se hubiese contentado, nadie lo habría removido de su puesto de mandador; ¡qué va! Jamás lo habría soltado su patrón que bien sabía que como Toño eran nonis los fieles y activos administradores. Pero el hombrecito tenía aspiraciones, sí señor, picaba alto y no aflojaba un solo momento su idea de trabajar en lo propio y de sudar en lo suyo: eso de alquilar sus fuerzas y su experiencia y de vivir atendido al jornal, para estirar la pata en casa ajena y no dejarle a su Felipa y a sus panzoncitos su pedazo de tierra y sus cuatro tejas, no era para hombres de sus alientos. Ya a su manzana y media que heredó de su padre, había juntado la manzana y media de su hermana Narcisa; ya llevaba muy vencida la hipoteca de los cinco cuartos de manzana que le mercó al compadre Domitilo y como Melchor Segura le aflojara el potrerillo que le quedaba al poniente, quebrada de por medio, que mal medido tomaría tener sus buenas dos manzanas, le metía arado y lo sembraba de cafecito del almacigal que ya tenía listo a prevención. ¡Tamaño pedazo! Seis manzanas largas, que bien atendidas y bien chineadas, poniéndoles asunto y sudándoles parejo y sin hacerse ilusiones, prontico estarían dando sus buenas ciento veinte fanegas... que a como se estaba pagando en fruta, podría rendirle por ahí de doscientos cincuenta pesos de buena plata y...

—Vea, ñor Melchor, ese potrerillo que pega con lo que le merqué a compadre Domitilo no le deja utilidá ninguna; está todo enmatonao de pura escobilla y como no tiene más salida que por l'orilla de la quebrada con tamaña cuesta pa llegar al callejón de los Targuaces, lo qu'es de invierno no puede echale reses porque...

—¿Qué's, que lo querés mercar? Te lo vendo; pero ni un cinco menos de doscientos cincuenta y con el dando y tomando; juntá la plata y caminá a la alcaldía a que demos las voces. Y abreviá si no querés que Ponciano Reyes te lo quite, que también está interesao...

—Sacó las patas de la cobija y se le van a infriar. ¿Doscientos cincuenta pesos por ese barrial...? Tenga concencia ñor Melchor; espiértese pa que no se le acalambre la canilla. Si se pone en lo fusto y legal, aquí están los güligüístis en puras cuartas d'India; eche pa contáselas. —Y sacó el bolsillito con el regalo del patrón. El brillo de las monedas y el retintín del oro, enguatusaron al avaro propietario: las manoseó, las acarició y las desparramó sobre la lisa piedra de la grada en donde estaba sentado al lado de Toño.

—¿Cuánto ofrecés?

—Lo que haiga en la mochililla; cuéntelas y si no le cuadra el trato, échemelas pacá pa dáselas a otro que no sea tan colmilludo.

El viejo las fue arrastrando de una en una y ayudado de granos de maíz que representaban los pesos y de granos de café que representaban los cuartos de peso, logró sumar los ciento dos pesos.

—No, ni loco qu'estuviera; arrimáله más y el potrerrillo es tuyo.

—Pos corra, y véndaselo a ñor Reyes y abrevie antes que ese alborotero se beba los cuatro riales que le dejó el agüelo, como se bebió y se parrandéó el cañalillo que le dejó el tata; écheme acá mis reales y que no se arrepienta cuando ya yo haiga mercao en otra parte.

Echó mano al puñado de monedas, se metió el bolsín entre la banda de redecilla que le ceñía la cintura y se dirigió hacia la tranquera con aire resuelto.

—Mirá Toño, ajustá ciento cincuenta que me precisan y trato hecho.

Toño siguió caminando sin siquiera mostrar que hubiera oído la oferta. Cuando ya tenía el pie en el estribo, le gritó el viejo:

—¡Aguardáte! Te cojo la palabra, pero vos pagás la escritura y me dejás en el potrero, hasta la llena, los cuatro animalillos que allí tengo pastando.

—Camine, tráigase el título y vamos onde el alcalde a que me haga la escritura; pero eso sí, la plata queda depositada onde el fuez hasta que l'escritura pase en el Registro libre de gravámenes y servidumbres.

—¿Dende cuándo aprendiste leyes? Ti'as vuelto tamaño tinterillo.

—Déjame ensillar y al camino. En el cofre tengo los papeles de cuando merqué ese potrero con mira de echale café, pero la plata está descasa y ya yo estoy de cuesta abajo.

A las siete de la noche fue llegando Toño a la finca más fresco y campante como si de allí no se hubiera movido desde las cuatro de la mañana, hora en la que emprendió el viaje con el decidido propósito de no regresar sin ser dueño del potrerrillo de ñor Segura.

—¿Cómo le jue, negrito? Debe estar acabándose de hambre y de cansao; camine pa la cocina onde le tengo una mancuerna de tamales de los más mejores.

—Merqué por las seis onzas; n'ubo necesidad de arrimales las diez monedas de caballito que llevaba pal caso de que ñor Segura estuviera rejego. Ya juntamos las seis manzanas; y hora, ¡a levantar el ranchito pa ilos a vivir en lo propio!

—¡Bendito se el gran poder de Dios!

—¡Amén!

CUENTOS DE MAGÓN

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Cuando, algunos meses más tarde, Toño abordó con su patrón el asunto de su separación, éste hizo poderíos para retenerlo, ofreciéndole mayor jornal, mayores ventajas y aún haciéndole promesas de traspasarle título sobre una casita amueblada con amplio solar, en las cercanías de la hacienda. Nada obtuvo: Toño estaba resuelto a volar con sus propias alas, y, como hombre animoso y de bien justificada ambición, quería ser dueño absoluto de sus acciones. El patrón le hizo un no pequeño obsequio y le dejó abiertas las puertas de su hacienda para cuando el mozo quisiera volver a su servicio. Se separaron como un par de sinceros amigos.

La peonada, hombres, mujeres y niños, vieron con sentimiento alejarse al mandador y a su familia que tantas muestras de cariño y de generosidad les habían dado durante los seis años y pico de su acertada administración. Por recomendación de Toño, Juan pasó a desempeñar las funciones de mandador.

Pasaron más de veinticinco años durante los cuales el negocio del café, como es bien sabido y muy justamente lamentado, experimentó alzas y bajas de consideración, enriqueciendo a algunos, empobreciendo a los más y manteniendo siempre un estado de incertidumbre que ha sido siempre su mayor enemigo. La ineludible ley de la oferta y la demanda, las indominables condiciones de abundancia o escasez de lluvias, las plagas que afectan al arbusto y mil otras circunstancias que están fuera del alcance de los hombres, continuaban manteniendo erecta la fatídica interrogación y haciendo precario todo elemento de cálculo.

Yo había perdido de vista al esforzado mozo. Fue una feliz casualidad la que me puso frente a él en condiciones de apreciar de nuevo la valía de sus capacidades.

Estaba establecido en muy cómoda y espaciosa casa en una de las poblaciones más afamadas de la zona cafetalera; su familia había aumentado hasta el número de tres varones y dos hermosas muchachas. Felipa sostenía los prestigios de su rozagante juventud de la que parecía no querer despedirse; el hogar nadaba en la abundancia. Toño, ya conocido como don Antonio, era hombre de pro en su vecindario, era munícipe, era miembro de la Junta de Edificación del Templo, era Presidente de la Junta de Educación del Distrito, leía y escribía de manera muy aceptable y seguía gozando del cariño y del respeto de sus conterráneos.

Además de la valiosa casa y solar, era dueño de bien montado patio de beneficio, de numerosas fincas de café y de algunos cercos de caña, potrero y montaña y tierra de sembrar para maíz, frijoles y hortalizas. Se le calculaba un capital no menor de cien mil buenos pesos o colones de oro; y nadie, ni por pienso, le atribuía haber adquirido su fortuna sino por el camino del duro y cuidadoso esfuerzo, con perfecta honradez y con abundancia de acierto en sus transacciones. Nadie podía quejarse de haber sido víctima de sus amañes o trapacerías.

—Sí, señor; yo soy el mismo que Ud. conoció como mandador de don Chico en los tiempos de don Bernardo Soto. Quiso Dios ayudarme y me dio fuerzas y valor para meterme a luchar por mi propia cuenta; me favoreció con darme una compañera que fuera mi aliento y mi buena consejera y aquí tiene el resultado de más de veinticinco años de esfuerzos. A nadie le he quitado nada, a nadie le debo

nada, de nada tengo que avergonzarme y lo único que me llega a quitar el sueño es la duda de que mis hijos no vayan a conservar siquiera lo que tanto sudor y tanto empeño me ha costado reunir, cuando Dios me llame a la otra vida.

—¿No son sus hijos los que pueden llamarse muchachos de esperanzas?

—Gracias a Quien todo lo puede, que sí puedo decir con orgullo que son honrados y trabajadores y que hasta ahora no me han dado motivo de queja. Pero, ¿quién puede penetrar el porvenir?

—¿Y sus hijas son tan buenas como la madre?

—Son nonis, señor; pero la mujer está expuesta a caer en manos de marido malo y muy difícil es evitarlo. Espero que Dios las libraré de semejante mala estrella.

Pocos meses después hizo su primer viaje a Europa, visitó a sus corresponsales y agentes en Londres; logró hacer ventajosas transacciones y arreglos y con su espíritu observador e inteligente, atesoró conocimientos y abarcó mayor horizonte espiritual.

En una de tantas visitas que me hizo, me externó sus opiniones relativas a nuestra industria del café; acertadas conclusiones que quiero consignar antes que se borren de mi memoria. Trataré de copiar su discurso:

“El café de Costa Rica, si no es el mejor del mundo, como constantemente lo estamos diciendo, sí es uno de los mejores del mundo: no hay ninguno que le supere. Yo tuve ocasión de ver y examinar muestras de las mejores clases de todos los países que mandan su grano de Londres y no encontré ninguno superior al nuestro, ni en aroma, ni en gusto, ni en cuidadosa preparación y, si he de ser franco, puedo asegurar que ninguno se presenta más ventajosamente que el nuestro. ¿Y quiere que le diga en qué consiste? Pues en que el café, como los animales, muestra en su apariencia el cuidado que con él se ha tenido desde que se sembró la mata hasta que se echó el grano en el saco. Cuando en otros países las haciendas son enormes, atendidas por gente alquilada a la que nada le importa lo que resulta, ni le duele lo que ocurra, todo se hace a medias y sin el cuidado necesario para alcanzar cosa buena de veras. En Costa Rica, las fincas grandes son pocas y aún esas, no se llamarían grandes en otros países en los que he oído que miden miles de manzanas; en cambio, por voluntad de Dios, aquí se puede decir que toda la zona cafetalera es un solo cafetal dividido en pequeñas porciones y en cada una de ellas hay el interés personal de una familia, que la quiere, que la tolonguea, que la estima como su único bien y su única riqueza; a las poquillas matas de cada uno se les pone amor y atención, porque de cada mata y de sus compañeras espera su dueño que le han de dar los realitos indispensables para cubrir muchas y muy grandes necesidades; allí está la ropita de la familia, la cobija nueva, el remiendo de la casita, el pago de la hipoteca, el pago de la promesa al santo o de la cuenta del doctor, o la realización de la esperanza de comprar más tierrita para aumentar la propiedad. ¿Usted sabe lo que todo eso significa? Eso quiere decir que cuando a la mata se le pone amor, la mata devuelve cosecha buena y abundante. Ahora, al beneficiar el grano, el patrón está allí, con sus peones, cuidando todos los detalles, alentándolos a hacer mayores y mejores esfuerzos; él sabe que una carrerita más entre el caño del correteo, que una migajita más de agua limpia en las pilas, que una meneadita más a conciencia en los patios, que un rayito más de sol en el pergamino y que un más

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

cuidadoso manejo de las máquinas, le ha de dar grano más limpio, más aromático, de mejor color, de mayor brillo y por consiguiente, más deseable para los compradores. Este es todo el secreto de la excelente calidad de nuestro café porque, fuera de la voluntad de Dios, de la bondad del terreno, de la ventaja del clima y de otras condiciones naturales, en su cultivo y en su beneficio los costarricenses ponemos cariño que vale más que todos los abonos y aparatos mecánicos. Yo le digo, mi amigo, que el día que desaparezca en Costa Rica el pequeño productor y los cafetales caigan en manos de los grandes propietarios y se le dedique al cultivo y al beneficio solamente el esfuerzo alquilado o el sudor mal pagado, ya no podremos envanecernos de que nuestro café sea el mejor del mundo.

—Pero usted era un pobre mandador con una migaja de tierra y hoy es hombre acaudalado y con tamañas fincas y excelente beneficio; para eso tuvo usted que trabajar recio y suprimir a muchos de los pequeños productores.

—Sí, señor; trabajé y trabajo aún sin descanso; viví con grandes economías. La fe en Dios y en mí mismo no me abandonan y los pequeños productores que me llevé de encuentro, no merecían que Dios les ayudara; eran vagabundos o botarates que no tienen derecho a ser dueños de sus cercos ni a esperar que sus matas los mantuvieran por su lindas caras. En Costa Rica, salvo rarísimas excepciones, quien riega la tierra con el sudor de su frente, saca de ella su pan y su independencia; con esa única condición: Dios siempre hace el milagro.

—Ni en el Evangelio encuentra uno más verdades que las que usted acaba de expresarme; y ahora, ¿en qué podría servirle?

—Vengo a suplicarle que me haga el favor de investigar en el Registro de la Propiedad si la hacienda que fue del finado don Chico, en la que usted me conoció cuando yo era mandador, está gravada. Me dijo el albacea que está en venta y si Dios me ayuda, pienso alzar esa paradita...

Caracolillo.

(Seudónimo del concurso)

Washington, D. C., junio de 1934

CUENTOS DE MAGÓN
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-FIN-



Imprenta Nacional
Editorial Digital

www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA